

Blanco Corredoira

AÑORANZA DE GUERRA

La novela de un viejo soldado
de la División Azul



José Maseda, el protagonista de esta novela, apenas tuvo tiempo de participar en la Guerra Civil debido a su juventud. En el verano de 1941 sentía la misma añoranza de guerra que tantos otros de su generación, y vio en la División Azul la oportunidad de demostrar que podía combatir al comunismo soviético. Sin embargo, la inconmensurable dureza de Rusia le reservaba un destino muy distinto al soñado.

Al final de su vida, un anciano Maseda rememora episodios como su viaje en el tren que atravesó Europa hasta Rusia, las batallas en las que participó y los trece años de cautiverio que sufrió en diversos campos de trabajo de la Unión Soviética. Hasta que por fin, en 1954, fue devuelto a España junto a otros prisioneros divisionarios y republicanos en el barco griego Semíramis, uno de cuyos oficiales recordaría: «Cuando dejó de verse en el horizonte la tierra rusa, se quitaron las ropas gruesas y bastas que llevaban y las tiraron al mar. Nadie que lo haya visto podría olvidar aquella escena de casi trescientos prisioneros llorando sobre la cubierta de un barco».

Lectulandia

Blanco Corredoira

Añoranza de guerra

La novela de un viejo soldado de la División Azul

ePub r1.0

titivillus 02.04.15

Título original: *Añoranza de guerra*
Blanco Corredoira, 2011

Editor digital: titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre.

*Madre, yo te pido el destino.
Yo, que por tus ojos verdes, amadísimos,
crecí veloz, no siempre bueno.
Yo, que por tus manos leves,
suavemente fui vestido.
Yo, que por tu piel morena
respiro la vida gratamente,
te debo todas las palabras posibles.
Pero yo, solo de intenciones pródigo,
poco, nada te doy, ninguna recompensa
a tu amor infinito.*

*Borrad
los años fratricidas,
unid
en una sola ola
las soledades de los españoles.*

BLAS DE LEZO

*Muertos míos de Rusia, heladas rocas
que fortifican una tierra ajena
bajo la vasta luz de la nevada.
Bosques yertos de cruces, nombres míos
de mi sangre y de mi fe crucificados,
para dar fe de vida ante la nada
y sangre de pasión ante la muerte.
Torres de nuestro honor como raíces,
aras ocultas, templos extrañados,
semillas de extremada primavera
y noches que atestiguan como auroras.*

DIONISIO RIDRUEJO

Introducción

Con dispensa de lectura

Admitamos que toda introducción suele ser un fastidio para el lector ávido de conocer la razón de ser de cualquier libro. Reconozcamos, también, que la introducción que alcance a decir lo que no dice la novela no deja de ser la promesa de un regalo que no va a llegar. Y no nos quedará más remedio que disponer que la mejor introducción es aquella que se salta el lector, pero a la que vuelve una vez terminada la obra porque esta le ha sabido a poco. De ahí la dispensa que le doy al lector para que se salte estos párrafos.

Este libro contiene un recado de amor para el lector. Podría ser un ruego, pero su razón es tal que, en realidad, es casi un mandato. Y es que, de los muchos episodios heroicos de la historia de España hay uno muy concreto que me ha llamado y cautivado hasta la obsesión. Hubo días en que los pasé enteramente en el alma de uno de nuestros soldados perdidos en Rusia en los años cuarenta. Embargado de la fuerza y la moral de aquellos hombres quise conocer todas sus gestas de armas y todos sus días; me exilié en los libros y en las fotografías hasta recibir la revelación de esta historia. Su verdad es tal que no puedo contarla a los amigos sin emocionarme. Es una historia de guerra y cautiverio, de encuentro y esperanza. Es la historia de los voluntarios españoles de la División Azul y de los que quedaron en Rusia. De los que allí murieron soñando con sus madres y hermanos; y de los cautivos en los campos de trabajo de Rusia y de su encuentro con otros prisioneros españoles que, para su sorpresa, eran republicanos. No diré más por ahora. Me demoraré aún todo lo que quiera su protagonista, porque él quiere dejar testimonio de todo —de unas y otras verdades— a su manera, haciendo un sereno balance de lo que fue su vida.

Él nos dice que no supo, o no pudo, en su día, escribir el relato del cautiverio de un soldado español en Rusia. Y que, sin embargo, otros veteranos sí lo supieron hacer. Son los libros de memorias sobre el cautiverio del capitán Palacios, del capitán Oroquieta, del alférez Ocañas, del sargento Ángel Salamanca, de Ramón Pérez Eizaguirre, de Juan Negro, de Joaquín Poquet Guardiola, de Eusebio Calavia, de Miguel Velasco... Y la gran crónica que trenza, con los pasajes de unos y otros, Fernando Vadillo en su libro *Los prisioneros*. Por eso, porque esta historia de guerra está ya tan bien contada, nuestro protagonista, don José Maseda Castro, ha decidido hacer un inventario más amplio: el de una vida en la que la guerra y el cautiverio han sido una parte sustancial, pero no lo han sido todo. El protagonista de esta historia trae aquí sus recuerdos y reflexiones, sus amores y razones; y en ellos está ese capítulo mágico de la historia reciente de España. Un capítulo muy desconocido, pero de una hermosura majestuosa que hace que sea nuevamente escrita con la vocación de que llegue a ser contada y se convierta aún en leyenda de nuestro pueblo.

Los primeros españoles liberados de Rusia llegaron a España en abril de 1954 a bordo del Semíramis —buque propiedad de una familia griega—, que había sido fletado por la Cruz Roja Internacional con la misión específica de repatriar a los prisioneros españoles en Rusia. A bordo se encontraba el hijo del armador, Giorgios Potamianos. Cuando, cincuenta años más tarde, un periodista español viajó hasta Grecia para entrevistarle, este le describía la siguiente escena:

Cuando dejó de verse en el horizonte la tierra rusa, se quitaron las ropas gruesas y bastas que llevaban y las tiraron al mar. Nadie que lo haya visto podría olvidar aquella escena de casi trescientos prisioneros llorando sobre la cubierta de un barco. Se me saltan las lágrimas cuando lo recuerdo.

Los ojos del viejo marino quedaron también impresionados por el recibimiento de Barcelona: «Había un entusiasmo como no he vuelto a ver nunca». He aquí la historia de uno de aquellos españoles.

En Novgorod, Rusia.

Primera parte
**DE COMO LLEGUÉ HASTA AQUÍ.
EL LARGO ATARDECER**

I

Cuando al llegar a España, nuestra gente se os acerque con el natural afán de saber de nuestra vida en Rusia, jamás le habléis de vuestras propias heroicidades y sí de las gloriosas hazañas que realizaron los que aquí han muerto...

Palabras del general Muñoz Grandes a los primeros divisionarios que volvían a España. Grigorowo, 11 de mayo de 1942.

Ayer una palabra sencilla me devolvió la alegría en esta hora cansada de mi vejez. Un hombre joven y alto, de una edad incierta y lejana para mí, vino a saludarme y me dijo unas palabras que me han hecho mucho bien. Me han levantado esta pesada carga que es la incomprensión y el olvido. Ya comentaré más tarde lo que me dijo, porque ha tenido mucho valor para mí.

Voy a cumplir ochenta y nueve años. Son muchos años y un largo recuerdo que me lleva sosteniendo. Es curioso que durante mucho tiempo le di la espalda al recuerdo. Acabada mi larga guerra de Rusia no quise volver la vista atrás. Y así fue durante casi cincuenta años. Medio siglo en el que, a veces, calladamente ordenaba mis fotografías, papeles y medallas. En ese ritual de limpieza del armario —que se acomete quién sabe cuándo— daba silenciosamente un repaso por mis viajes por los trenes de Europa; mis fervores y cuitas; mis horas voraces de fuego; mis amigos muertos y mis amores. Pero ni una palabra he querido decir más allá de esas breves sentencias que salen del alma: «Sí, es verdad, estuve en Rusia»; «Sí, fui voluntario a Rusia». Y nada más. ¿Qué más iba a decir? Y lo que era aún más importante: ¿para qué?

Solamente en los años en que iba a la playa con Teresa, mi mujer, allí en la terraza del hotel, después de la siesta, tomábamos un café o una Coca-Cola, encendía yo un cigarrillo mirando a los barcos y le decía:

—Teresa, tú sabes que yo de chaval soñaba con ser abogado. También me imaginaba como marino, porque me gustaban mucho los barcos. Pero vino aquel mes de julio en que España se puso del revés.

Y Teresa, que en paz descanse, me tomaba la mano sin decir nada. Sabía que en aquel momento me apetecía recordar algunos nombres, algunos sueños de aquella ilusión mía. Y así, callada y arrimada a mí, me arrancaba algunas palabras. Ella quería que le contara. Y le hubiera gustado que yo escribiera esto hace mucho tiempo, porque quería saber todo de mi infancia, de mis estudios, de mi guerra. Pero nunca tuve el cuerpo para hacerlo, hasta ahora.

Me desanimaba pensar que a nadie le interesa la historia de unos españoles en Rusia. ¿A quién le importa ya, en esta avanzada estación de los años, que unos miles

de voluntarios fueran al frente? Me desconsolaba la idea de que ya está todo contado y yo ni siquiera he tenido ánimo para leerlo. Ahí están los celebrados libros sobre el capitán Palacios, los de Fernando Vadillo, Tomás Salvador, Juan Eugenio Blanco... qué más voy a contar. Tampoco tengo hijos a los que dejar esta historia. Y quizás sea precisamente por eso, porque no tengo hijos que conozcan mi historia, ni me queda Teresa, por lo que creo que debo dejar constancia de ello como quien lanza una botella al mar con un mensaje dentro. Quiero dejar esto dicho para otro tiempo, no ya este en que todo fulgor de aquella nuestra esperanza está hoy proscrito. Quiero dejar esto escrito para cuando los hombres no tomen partido. Porque el tiempo no es de los hombres.

Es verdad que hay algunos viejos camaradas que han vuelto a Rusia, que se reúnen de vez en cuando; y hasta los hay, como mis amigos José Martínez o Juan Serrano, que llevan nuestro emblema en la solapa. Pero yo no he sabido volver a revivir aquello con esa desenvoltura. Como tampoco quise hacer de mi vida la historia de un divisionario y prisionero en Rusia. No me parecía justo, porque he sido más cosas que voluntario de la División Azul. Cosa triste sería que me hubiera apeado a los treinta y pocos años de mis anhelos profesionales para quedarme en un veterano. Siempre, siempre, desde antes que terminara aún la guerra española, tuve la intención de tener una carrera que me permitiera alcanzar un buen trabajo y llegar a ser alguien.

Pero hoy es el día en que tengo que reconocer que, si viví casi cincuenta años sin pensar en la guerra —y sin volver apenas la vista atrás—, desde hace unos años mi cabeza está cada vez más llena de aquellos días azules de juventud. Y si pienso en esto me doy cuenta de que coincide con el momento en que empecé a sentir que ya era un viejo. Al coronar los ochenta no puede uno negar esta evidencia. Y ocurrió, además, hace unos pocos años, que me quedé sin Teresa, mi mujer, mi dueña, mi compañera. Ella me enseñó a vivir velando siempre por mis pasos. ¡Qué delicadeza tenía y qué huérfano me sigo sintiendo! El matrimonio fue para mí un regalo de compañía sensible y de recreo. El no tener hijos nos mantuvo como si fuéramos novios. Cuántas veces me recuerdan los vecinos de Argüelles que éramos conocidos por ir siempre de la mano. Y es que me gustaba mucho Teresa. Que Dios la tenga en la gloria, como sé que la tiene.

Cada vez que digo esto tengo que pedir un poco de aire y siento un empujoncito, casi una voz que me dice: «Dios existe y está también contigo».

Pero mi vida ahora son los recuerdos. Y no solamente los de Teresa porque la tengo casi conmigo, a mi lado. Sabe lo que estoy pensando y hablo con ella en silencio a cada rato. Mi vida son ahora los recuerdos de las dos guerras. Me ha costado aceptar mi exilio en un ayer en el que me encuentro cómodo.

No compro apenas el periódico, no atiendo a los telediarios, no me interesa la política de este tiempo porque se refiere a asuntos que me quedan muy lejos. Quizás porque tuve conciencia política, y aun vocación, muy pronto. Viví con atención los

sucesos del final de la dictadura de Primo de Rivera. Seguí desde las páginas del *ABC*, al que estaba suscrito mi padre, todos los avatares del general y de los gobiernos que le sucedieron. Cómo no, las circunstancias que rodearon el exilio del rey y la proclamación de la República... y tantas otras cosas. No es posible que ahora pueda interesarme por nada, porque, sencillamente, han pasado demasiadas cosas. Y, además, todo ha cambiado tanto.

Vivo desterrado en un tiempo anterior, en unos años de mucho atrevimiento y muchas ganas por vivir peligrosamente. Un tiempo que pasamos cantando en las marchas desde la Ciudad Universitaria hasta El Pardo, en el cuartel del Infante Don Juan, en aquellos vagones preñados de ilusión, en el campamento de Grafenwóhr en Baviera, en las largas jornadas de marcha hasta el frente ruso...

A un paso de arribar a los ochenta y nueve años vivo refugiado en aquellos días. Y he vivido culpándome por esta vuelta a un tiempo que tuve superado durante toda mi vida. Hasta me ha llegado a preocupar si no estaba adquiriendo una manía o un pensamiento obsesivo con respecto a mis guerras. Hasta que ayer por la mañana, ese joven alto y moreno me ha dado, con sus palabras, tanta paz y tanto aliento.

II

«¿Es usted don José Maseda?», esa ha sido la pregunta de ese hombretón. Y me ha extrañado porque hacía mucho tiempo que no oía pronunciar así mi nombre. Ya solamente lo escucho en el ambulatorio de la calle Quintana, cuando la enfermera sale al pasillo y grita, más que pregunta: «¿José Maseda?». Entonces me levanto y ella me dice: «Pasa, ¿has traído la cartilla?».

Y qué le voy a decir cuando me hace sentir otra vez en la milicia. Es un tuteo inocente, rejuvenecedor y ordinario.

Pero esa pregunta tan redonda y formal. —«¿Es usted don José Maseda?»— me intrigó sobremanera.

—Sí, soy yo —le respondí, mirándole a sus ojos castaños y amables. Estaba viendo en él a un joven de otro tiempo. En ese instante pronunció esas palabras que me han encandilado y me han hecho meditar tanto:

—Mire, don José, soy un modesto estudioso de la División Azul y quiero manifestar mi respeto y mi admiración por todos ustedes.

Qué alivio y qué esperanza sentí al escuchar a aquel elegante joven que me saludaba así. Me ha devuelto la ilusión de pensar que aquella llama patriótica, cristiana y revolucionaria no desaparecerá del todo del corazón de los españoles. Estos tiempos de ahora han querido barrer cualquier vestigio de nuestros nombres, y nuestra ilusión es ya una causa proscrita. Los valores familiares de nuestra religión y de nuestra patria hoy son motivo de chanza o escarnio. No quiero aburrir, pero son tantas las cosas que hieren a nuestro espíritu que ya solo me queda la rebeldía de mi pensamiento. A mi edad ya no me van a cambiar, ni nadie va a conseguir que me arrepienta de haber sido lo que he sido. Este joven que me habló así de bien, de frente y cordialmente, me ha devuelto mucho fuego que creía extinguido en mi pecho. Hasta me ha tentado la idea de ponerme el emblema de nuestra división en la solapa. Tiene la forma de escudo, con el fondo de la bandera de España y una cruz de hierro negra sobre el yugo y las flechas. No creo que me lo vayan a prohibir.

Salía yo de la farmacia cuando me saludó este joven. Luego me acompañó un tramo de la calle Ferraz, hasta la esquina con mi calle, Altamirano. En ese recorrido de cuatro manzanas aproveché para hacerme algunas preguntas:

—Mire, don José, me llamo Fernando Velasco. Me dijeron quién era usted el otro día en la peluquería, cuando salía de cortarse el pelo. Yo soy vecino suyo, vivo aquí en Benito Gutiérrez, y como le digo, soy un estudioso de la División Azul.

—Te agradezco que me hayas venido a saludar. Pues sí, yo soy divisionario. Y fíjate que ninguno de nosotros decimos que somos excombatientes, ni nada de eso. Seguimos siendo divisionarios —le contesté.

—Oiga, don José, y dígame, me gustaría saber cómo fue la marcha que hicieron

ustedes de novecientos kilómetros.

—Pues mira, desde Suwalki, en Polonia, atravesando parte de Lituania, hasta Witebsk en Rusia. Cuarenta días de marcha con toda la impedimenta, acampando donde podíamos. No sé cómo aguantamos, éramos jóvenes y con una ilusión y una alegría muy grande.

Al llegar a la esquina con la calle Altamirano pretendí despedirme, pero aún quiso el joven Fernando apurar la charla y me hizo otra pregunta:

—Oiga, don José, no me resisto a hacerle esta pregunta, ¿qué le llevó a usted a alistarse en la División Azul?

Hacía mucho tiempo que nadie, ni yo mismo, me preguntaba semejante cosa. Dudé un poco antes de contestarle porque no quería responder con las frases tópicas de que queríamos devolverle la visita a los comunistas y etcétera.

—Mira, yo tuve a mi padre en Madrid escondido durante la guerra. Nosotros estábamos en Rueda sin saber nada de él. La angustia que pasamos fue muy grande, luego cumplí la edad para entrar en filas y hasta estuve en la batalla del Ebro y por ahí... Cuando se formó la división, la juventud madrileña del SEU —entre los que estaban mis amigos y yo mismo, que preparábamos el ingreso en la universidad— pues se alistó en pleno, y allí fuimos... Qué quieres que te diga... Es verdad todo eso que se ha comentado de que queríamos terminar con el comunismo. Le habíamos visto la cara al comunismo en España y nos pareció el mismo diablo.

Y tras la despedida, me quedé pensativo y con un ánimo embravecido. Pensé que si todavía había jóvenes que se interesaban por la olvidada División Azul tenía yo que dejar mi testimonio. Por eso me he dispuesto, con ochenta y nueve años, a escribir estas reflexiones sobre lo que ha sido mi tiempo. Un tiempo que no me pertenece, por el que pasé como quien se sirve de un camino, que permanecerá ahí por encima de las generaciones, como una insolente cumbre sobre la muerte.

Aquel joven volvería a buscarme otro día para darme otro pellizco de nostalgia. Parecía estar llamado y mandado por alguien que quisiera conmoverme, removiendo mis viejas ilusiones y heridas. Hasta me inquietaba un poco porque sentía que sabía más cosas de mi vida de lo que aparentaba. Esta vez me encontró en la panadería del final de la calle Ferraz.

—Don José, ¿se acuerda usted de mí? —me preguntó, estrechándome la mano cuando trataba de bajar el escalón de la puerta, ya hacia la calle.

—¡Cómo no! ¿Qué tal estás, amigo? —le dije con mi marchita sonrisa de octogenario.

—Me gustaría presentarle a alguien. Hasta es posible que se conozcan.

Según oía estas palabras pensé inmediatamente que se trataría de algún viejo camarada divisionario. Pero el muchacho siguió hablando y entonces mi alegría espontánea por el reencuentro con aquel joven y nuevo amigo se fue tornando ya en otra emoción distinta.

—Don José, yo sé que usted estuvo prisionero en Rusia. He leído la lista que

aparece en un apéndice de un libro de la División Azul con los nombres de los que volvieron en el Semíramis —me dijo Fernando.

—¿No me digas que hasta salgo en un libro? —le contesté entre extrañado y divertido por esa noticia—. Bueno, o en el apéndice ese. ¡Anda que estar en un apéndice! —exclamé en broma.

—Efectivamente, su nombre sale en esa lista, que indica también la ciudad de origen, Madrid.

Me quedé asintiendo curioso mientras trataba de caminar unos pasos por la acera, deshaciendo el camino hasta mi casa.

—Le decía que quisiera presentarle a alguien —me dijo, retomando la conversación por donde la había comenzado.

—Sí, eso mismo estabas diciendo.

—Se trata del abuelo de un gran amigo mío del colegio que estuvo también cautivo en Rusia.

Y al oír esto ya me enganchó la emoción al corazón, lo justo para que se me hiciera muy largo el camino de vuelta a casa y buscara el apoyo en su brazo. Me quedé pensativo. ¿Quién podría ser ese abuelo que aún vivía y que estuvo en Rusia conmigo?

—Pues yo creo que conozco a todos los camaradas que fuimos prisioneros en Rusia. Será Ramón Pérez Eizaguirre. ¿Quién es? Ya quedamos muy pocos...

—Pues se llama Francisco García y es también de Madrid.

—¿Y cómo puede ser que no le conozca? —le pregunté intrigado.

—Bueno, qué le parece si yo les invito a los dos a tomar un café en esa terraza que está ahí abajo, en Rosales, que se llama La Perla.

Y en eso quedó la cosa, que no es poco, en una mañana reciente y que me ha hecho darle mucho al magín.

* * *

Hasta esa última terraza del señorial paseo del Pintor Rosales fuimos una mañana luminosa del septiembre madrileño. El mes en el que cada día amanece azulísimo y fresco. La Perla es una terraza que se encuentra asomada ya al vértice donde el parque del Oeste se encara amigablemente a esa frondosa vaguada de Camoens y la Bombilla; a ese horizonte de chopos, aligustres y abetos que enlaza con el tapiz de pinos piñoneros y encinas de la Casa de Campo hasta poder ver cómo asoma la atalaya del cerro de Garabitas, recortado por el cielo del verano.

Cuando llegué no había nadie en la terraza. Me senté en la primera mesa que encontré al lado del propio quiosco de La Perla. Me volvieron a la mente los mismos pensamientos que tuve mientras me afeitaba. ¿Quién sería aquel antiguo prisionero de Rusia? La intriga me inquietaba. Allí estaba yo esperando un reencuentro con los años de Rusia, con los días terribles del hambre y la angustia. Aquel sí fue un tiempo

gris en el que la esperanza pocas veces nos alumbraba el corazón, desesperados como estuvimos al no saber nada de nuestras familias durante tantos años. Me inquietaba un reencuentro con esos nombres grabados con fuego en mi alma: Makarino, Borovichi, Karaganda, Potma...

Apenas sin tiempo para pedirle un café al camarero orensano —eficiente como todos los camareros gallegos del mundo—, apareció el joven del saludo acompañado de un viejecito con gafas y de otro chico joven.

—Buenos días, don José, aquí estamos. Le presento a don Francisco García y a su nieto Paco —dijo nuestro común amigo, Fernando.

Nos fundimos en un abrazo grande de dos hombres que se sabían supervivientes del Gulag soviético y de las dos guerras sufridas. Nos reconocíamos en nuestros sufrimientos comunes, en las mismas fatigas y los mismos desconuelos. Testigos ambos del padecimiento de muchos hombres que se quedaron para siempre en Rusia sin posibilidad de ser libres de nuevo y sin poder volver a ver el sol templador de España.

Nos sentamos sin apenas poder pronunciar palabra. Francisco García tenía el semblante curtido de un campesino. Aquellas fatigas pasadas en los campos de trabajo soviéticos, el frío constante y el insomnio; el esfuerzo continuo y el dolor frecuente y sin remedio habían trazado en su rostro —como en el mío— los tremendos surcos del sufrimiento, las huellas de una vida miserable.

Pero eso lo podía deducir ahora que conocía que habíamos compartido cautiverio. Cualquiera que le viera no apreciaría en su rostro otra imagen distinta a la de un labrador que hubiera ofrecido su piel, día tras día, al sol y al viento.

—¿Así que usted volvió también en el Semíramis? —me preguntó por fin Francisco García.

—Tutéame, por favor, que somos viejos camaradas —le rogué sinceramente.

—Está bien, pues dime, ¿dónde habremos coincidido? —me preguntó.

—Pues en el barco seguro, porque me ha dicho nuestro amigo Fernando —dije, dedicándole a este una mirada de agradecimiento— que también tú volviste en el Semíramis. Del barco en Barcelona derecho me vine a Madrid. Yo soy de aquí y a mí de Madrid solo me han sacado la guerra y las vacaciones. En nuestra guerra, que me cogió de veraneo en Rueda, y de allí a Gandesa cuando cumplí la edad. Y luego Rusia, que iba a ser cosa de un día y se quedó en trece años, del 41 al 54. Estuve prisionero desde marzo del 42 hasta el 27 de marzo de 1954. Makarino, la isla de los Setenta, Potma, Karaganda, Jarkov, Chinchilla... ¿Y tú? —le dije, devolviéndole la pregunta.

—Bueno, pues yo también soy madrileño, así que volví a Madrid, también desde nuestro desembarco en Barcelona. Pero yo he pasado más tiempo en Rusia.

Esta contestación de don Francisco García me sorprendió, así que le pregunté:

—¿Y cómo es eso, si yo fui con los primeros? Yo salí de la estación del Norte aquel 13 de julio del 41.

—Sí, porque yo no fui a Rusia con la División. Yo marché para hacer el curso de instrucción de vuelo, como aspirante a piloto de guerra del ejército republicano —me contestó Francisco García.

—¡Acabáramos! Ya lo entiendo —repuse al comprenderlo ya todo de golpe. Se trataba de uno de aquellos aviadores republicanos a los que Stalin no dejó volver a España y que terminó encarcelando. Ahora ya entendía el porqué me estaba pareciendo demasiado cauteloso.

—Así que yo ya estaba en Rusia en el año 38 —siguió explicando—. Me he chupado dieciséis años de Rusia. Si te cuento el rosario de sitios desde Moscú hasta Odessa, pasando por Borovichi, como tú lo has llamado, Chinchilla, y Krasno Pole. En esos dos sitios debimos de coincidir.

—Pues seguro que sí. A propósito, vosotros sí que os llevasteis un buen chasco —le dije con cierto desenfado.

—¡Ya lo creo! ¡Menuda sorpresa nos tenía guardada la patria del proletariado! —exclamó Francisco, dándome pie a que yo continuara interpretando su suerte.

—Creíais que la Unión Soviética era el paraíso de la igualdad. Recuerdo la sorpresa nuestra cuando os encontramos. La verdad es que ya habíamos oído hablar de vosotros por otros prisioneros, pero no nos lo acabábamos de creer. Unos finlandeses que nos dijeron que habían estado con prisioneros republicanos. Pensamos que no se enteraban de nada, pero insistían en que los españoles que habían conocido estaban ya en Rusia cuando Franco ganó la guerra en el 39.

Y así fue que pasamos una mañana entrañable recordando nuestra liberación. Aquella resurrección a nuestra legítima vida en España y que fue posible gracias a la Cruz Roja; a aquel barco griego, el Semíramis; y a muchas personas anónimas que pelearon durante años para que nuestro secuestro en la Unión Soviética no cayera en el olvido.

Este fue el comienzo de una nueva amistad. Habíamos coincidido hacía ya sesenta años en algún campo de trabajo soviético, pero ni él ni yo nos acordábamos el uno del otro. Tampoco recordamos habernos tratado en esa semana escasa que duró nuestra travesía de liberación hasta España. Pero es comprensible, porque ha pasado mucho tiempo.

Los sábados por la mañana de estos últimos meses hemos ido quedando en La Perla y en la cafetería O Rosal, dependiendo del tiempo que hiciera. Siempre nos ha acompañado su nieto Paco, o bien el artífice de nuestra joven amistad, Fernando.

Tras uno de estos encuentros, al despedirnos, Fernando me preguntó:

—Don José, quisiera preguntarle una cosa: ¿usted no ha tenido sus dudas para mantener esta reunión de cada semana con don Francisco García, siendo él un exiliado republicano y no un voluntario de la División Azul?

—Mira, Fernando, un combatiente que queda cautivo no es un exiliado —fue mi respuesta—. Ellos eran pilotos de guerra rojos. Quedaron cautivos de su amo comunista en Rusia. No tuvieron opción. De haberles cogido el final de nuestra

guerra en España, quizás ni hubieran tratado de huir. ¿Cuál había sido su delito? Haber hecho la guerra no fue nunca un delito. Conozco muchos hombres que no cruzaron los Pirineos y rehicieron su vida en España sin mayores problemas. Y sé bien que hubo de todo, claro está —tras un breve inciso me permití corregir también a mi amigo—: Hasta tú, Fernando, caes en el error de hablar de exiliados españoles. Pero ¿tú crees que los niños de Rusia fueron exiliados? Pues estos aviadores lo mismo. El exilio es una cosa muy dulce al lado del secuestro de todos estos españoles. Estos no pudieron tomar la decisión de exiliarse, los mandaron a Rusia durante nuestra guerra y allí se quedaron secuestrados quince años más.

—Bueno, don José, pero, en definitiva, este señor no es un camarada suyo, no será lo mismo —insistió Fernando.

—Pero es un camarada español de cautiverio. Es otra víctima del comunismo que nosotros aborrecíamos y combatimos. Es otro español que sufrió en su alma las mismas injusticias que se cometían contra los divisionarios. Créeme que en Rusia dejamos a un lado nuestra guerra de España y allí no éramos ya falangistas y comunistas, allí éramos todos españoles prisioneros. Es un hermano mío como lo han sido Ramón Pérez Eizaguirre, Ángel Salamanca, Miguel Ángel Barrero, José Martín Ventaja... y tantos otros.

De esta forma, a través de las tertulias de La Perla, se fue confirmando en mí la decisión de dejar un testimonio del tiempo vivido. Al fin y al cabo, este recuerdo había brotado del interés de aquellos dos jóvenes, antiguos compañeros de pupitre durante el bachillerato, Paco y Fernando. Había, pues, una generación de nietos a los que les interesaba la lucha de los españoles en Rusia.

III

El futuro se llama ayer.

PEDRO SALINAS.

Despertar al lado de Teresa ha sido mi fortuna. Alguien dirá que estoy loco, pero de algún modo siento que me sigo despertando a su lado. Muchas mañanas tomo la almohada grande, esa que compartíamos, y la estrecho entre mis brazos como si fuera Teresa. He llegado a susurrarle palabras bonitas, porque eso es lo que me gustaba hacer cuando me levantaba por las mañanas. Le decía cosas bonitas que me salían de dentro, piropos muy sentidos que parecía que se me habían ido almacenando en el sueño y necesitaba regalárselos de pronto. A veces le preguntaba cosas así:

—¿Te volverías a casar conmigo?

Ella, que no podía contestar porque no tenía este sueño flaco de los soldados y le costaba despertarse, asentía con un beso y yo seguía confesándole mi amor con palabras dulces:

—Yo me quiero casar contigo otra vez. Eres la cosa más bonita del mundo, eres una preciosidad. No sabes cómo te quiero...

Y la llenaba de unos besos de la mañana que ella agradecía. Me levantaba feliz, diciéndole lo contento que estaba con ella. Y era todo verdad, y lo sigue siendo en mi corazón. Algunas de estas cosas se las sigo diciendo, porque siento que ella merece esas palabras y que las puede también escuchar.

En este recuento de vivencias encuentro que las más dulces las he vivido de la mano de Teresa. Ese paseo de su mano por los días ha durado medio siglo. No me puedo quejar. Ha sido ya un regalo desde aquel primer domingo de marzo del 55 en que nos conocimos. Ahora me sigue durando en forma de recuerdos vivos que me llenan de ilusión, de ternura y de nostalgia. ¿Cómo puede ser que mi ilusión se llame ayer? Pues así, mis recuerdos son también mi ilusión, mi orgullo y mi satisfacción. Esos días felices de mi infancia en Rueda, como aquellas tardes con Teresa tomando un café y haciendo nuestros planes, son cosas que nadie me podrá ya quitar.

Recuerdo algunos momentos que no se corresponden con hechos importantes de mi vida, sino que son imágenes de ratos sencillos y deliciosos. Así, por ejemplo, una mañana de mayo, hacia el año 70 o por ahí, en que Teresa y yo fuimos a la consulta de un médico y, a la salida, paseamos por el bulevar de la calle Reina Victoria hasta dar con una terracita y tomamos un refresco. Sentí que seguíamos siendo novios, porque cualquier excusa para tener un recreo de estos me seguía deleitando. Luego volví a mi trabajo en la compañía de seguros, pero complacido por haber tenido esa escapada de enamorado. Después de tantos años seguíamos igual que en la primera primavera de nuestro noviazgo.

Otra suerte de enamorado que seguí practicando siempre fue la de escribirle notas amorosas. Desde las primeras, en una época en que todos los novios se escribían sin descanso, hasta los últimos tiempos en que le dejaba recados o se los mandaba desde lugares excéntricos. Siempre me divirtió esta literatura de los ratos perdidos, o ganados, según se mire.

En los primeros tiempos mis cartas eran más bien formales y se las enviaba con papel, sobre y sellos de la compañía. Eso me servía de entretenimiento y buscaba las mañas para disimular que se trataba de mi novia, así parecía una carta de trabajo. Muchas de ellas las escribía a máquina, en una de aquellas Olivetti que hacían verdadera música con las letras. Hasta había encontrado el truco de tener otro papel medio enganchado y a medio escribir por si alguien se acercaba hasta mi mesa; entonces levantaba el pasador y tecleaba sobre la carta oficial de la empresa. Era cuando, para sacar copias de las cartas, escribíamos con papel de calco y metíamos en el rodillo tres y cuatro papeles a un tiempo. En aquellas cartas el amor era una distracción a la obligación y todo el tiempo de trabajo se pasaba con el pensamiento puesto en la próxima cita.

A aquella época epistolar de novios le sucedió otra nueva etapa, la de las cartas de recién casado que le enviaba desde el trabajo, pero ya con papel y timbre propio. Aprovechaba cuando iba a echar la quiniela para mandarle una cartita con unos versos, unos recuerdos o un proyecto fantástico para nuestro amor.

Luego vino el tiempo en que yo ya estaba jubilado. Disfrutaba escribiéndole cualquier cursilada desde un bar, en una servilleta, en un posavasos, en el envés de una entrada de los toros... Siempre para decirle cosas bonitas, y se las iba dejando dentro del bolso para que Teresa las fuera encontrando por sorpresa.

Cuando murió Teresa empecé a desayunar solo. Después de una vida compartiendo todas las horas y todas las comidas, el despertar se me hace especialmente ingrato. Y las rutinas amorosas del café y las galletas, del pan tostado o el zumo de los domingos, son una añoranza suprema. Hoy siento aún la voz de Teresa, solo que ahora parece que me anima para que me vaya afeitando y vistiendo para salir a la calle.

Así, después de afeitarme, me voy a desayunar al bar del parque. Allí todo está limpio y me resulta grato. Tomo una mesa y disfruto de un café con leche y unos churros. He vencido a la nostalgia por un rato.

Después de haber renegado durante tanto tiempo de la prensa deportiva, ahora resulta que es la única que me interesa. Y, sin llegar a ser un entendido, me leo los resultados de todas las competiciones. Como quien se concentra en los prospectos de los medicamentos o los manuales de instrucciones de los aparatos de electrónica. Leo sin entender por el sencillo placer de leer. Me dejo a un lado las entrevistas que hacen a los jugadores de fútbol, porque no dan mucho de sí y son todas iguales. Pero echo un ojo, sin embargo, a las entrevistas a los montañeros y navegantes; esas sí que me interesan. Considero que esos aventureros son de los míos.

Hay una distracción mágica en eso de repasar los resultados de extrañas competiciones. Me intereso por los marcadores del hockey, del baloncesto o del balonmano. Leo los tiempos de las carreras de motos y los de una carrera ciclista. Todavía no sé qué curioso placer obtengo con ello. También disfruto mirando las fotos de los esforzados deportistas. Y lo que más me gusta es ver el nombre de los caballos de carreras. Ayer leí uno que me gustó: *Blue Heart* (Corazón Azul).

Esto último me recuerda a la distracción que teníamos Teresa y yo cuando íbamos paseando por el puerto de Bueu, en la ría de Pontevedra. Nos fijábamos en los nombres de las barcas de los pescadores. Aún recuerdo nuestros favoritos: *Meu ben*, *Miña dona*, Capitán del cielo. ¡Qué bellas resonancias! Parece que todavía me deslumbran los destellos que brotaban del agua, junto a las barcas.

El café y los churros con la prensa deportiva me sirven para matar una hora larga de la mañana. Ya no madrugo. Antes me tenía que contener para no despertar a Teresa y trataba de quedarme quietecito en la cama. O me iba sigilosamente del cuarto hasta el salón o la cocina intentando que ella no se diera cuenta. Tenía la sensación de que perdía el tiempo en la cama. Me gustaba arreglarme pronto y salir a la calle; aprovechar para entrar en la iglesia a esa hora temprana y rezar unos minutos; comprar el periódico... Estos eran mis bálsamos de la mañana.

Hubo un tiempo anterior, que casi me queda ya lejos desde esta atalaya endeble de los ochenta y nueve años, en que mi madrugar era con destino al trabajo, a mi puesto de inspector de seguros de la compañía La Estrella. Tengo que decir que siempre me gustó el trabajo. Y que lo hubiera aguantado aún más allá de los sesenta y cinco años. Pero me jubilaron y hoy veo que entonces, hace veinticuatro años, era un chaval.

Mientras estaba en activo tan solo contaba las semanas que faltaban hasta las vacaciones de verano a partir de San Isidro. Del resto de las vacaciones ni me preocupaba. Pero para cuando la primavera en Madrid se convertía en un verano en toda regla, empezaba a mirar el calendario, o me lo hacía yo mismo en una cuartilla. Iba escribiendo los días desde la semana siguiente y así se me hacía más inmediato el regalo del veraneo en Galicia.

Los recuerdos más dulces de mi vida son aquellos veraneos de la mano de Teresa. Siempre se me hicieron cortas las semanas que pasábamos en aquel pueblo *mariñeiro* de la ría, Bueu.

Solíamos hospedarnos en una casa en la que la señora Isolina alquilaba habitaciones con baño y daba unas comidas que despertaban el mayor de los cariños hacia su casa. Nuestro veraneo era, como digo, una delicia. Después de desayunar solíamos bajar a la playa si el tiempo lo permitía. Porque hubo años en que fuimos muy playeros y gustábamos de bajar con nuestras dos sillas y una sombrilla. Se establecía en la playa una parroquia habitual en la que se hacían bonitas amistades. De esas amistades de los veranos que permanecen hibernadas, intactas —pero vivas— durante el resto del año.

Sentados en la playa contemplábamos un paisaje que parecía una pintura, una preciosa marina. Desde la ensenada de Bueu contemplábamos las islas de Ons y Onza a la entrada de la ría. Y justo enfrente, como si estuviéramos en un lago, la orilla de Portonovo y Sangenjo, con sus verdes montes recortados en el azul del cielo y un festín de barcos saliendo rumbo al océano. Sentados allí, bajo la sombrilla, con el periódico y los pies hundidos en la arena fresca, sentíamos una paz infinita. Cuando levantaba la vista del periódico, tropezaba otra vez con ese cuadro insolente y preciosista. Era un suspiro de felicidad.

Cada verano íbamos un día a la isla de Ons con un barco que se llamaba *O ánxel da ría*. Una vez allí, caminábamos hasta una playa medio nudista en la que no éramos tan bien recibidos. Pero pienso yo que tanto derecho teníamos nosotros como ellos. El paraje era precioso, porque hasta allí apenas llegaba la mano del hombre. No había comodidades como tampoco había estorbos. En aquella playa de Melide pasábamos un rato a gusto antes de volvernos a la aldea del muelle donde nos servían el pulpo negro de la ría. Nunca he entendido que con placeres tan a mano haya quien solo piense en ir a las Maldivas o a Tanzania. A Teresa y a mí, en todo caso, nos tocó vivir en otro tiempo más modesto, más sencillo y pausado. Ese tiempo de nuestros placeres tranquilos es el que echo de menos. Aunque es una nostalgia que me invita a revivir aquello, a seguir disfrutando de los cafés de la tarde, de la mano afable y hermosa de Teresa, del cigarrillo de después de la siesta mirando al mar... Tengo que revivirlo en la memoria, cerrar los ojos y sentir, por un momento, que eso es mío y que aún lo disfruto. Porque bien sé que nunca volverán aquellos veranos. Acaso no vuelvan los veranos.

Y en esta sal de mi vida de los discretos placeres estaban también las tardes de nuestros paseos por las calles de Madrid hasta que se hacía de noche. A veces recorríamos el paseo del Pintor Rosales hasta llegar a la plaza de España y nos volvíamos a casa. Pero no fueron pocas las veces en que tiré de Teresa para llegar hasta la plaza de Oriente. Incluso hasta las Vistillas, pasado el Viaducto. Llegar hasta allí suponía volver a mi barrio de niño y me dejaba un pellizco del que no me recuperaba tan fácilmente. Siempre me he peleado con los recuerdos cuando me dejaban un poso de melancolía.

Este ejercicio de la memoria que es el de traer al papel los días pasados, me está haciendo bien, siento que es una manera de que queden fotografiados. El dejar constancia de unos días vividos es una forma de combatir el hecho irrefutable de su extinción. Aquellos días son ya polvo del tiempo, pero reconstruido y recordado tienen todavía alguna vigencia. Es mentira que se muera uno del todo, y mentira es que todo se acaba sin que se pueda recrear o repetir. Es cierto que el tiempo que pasó ya solo existe en la memoria, pero esta es capaz de volver a gozar de lo vivido, y aún de lo soñado. ¿O es que los días en que el hidalgo don Quijote cabalgó con su

escudero Sancho Panza no han quedado ya sellados como unos hechos vivísimos y para el disfrute perpetuo? Ahí estuvo el mago de Cervantes que fue capaz de retener el tiempo y dejar esculpidos los semblantes de nuestros héroes.

Escribo todos los días una o dos hojas. Es este el ritmo constante y tranquilo en el que me surgen despacio los recuerdos. Estaban ahí, escondidos en mi cabeza, y van tomando forma poco a poco. Creo que es la única manera de ir destilando un licor puro y humano, que sea luego agradable al corazón y a la cabeza. Y ya dejarán de ser algo íntimo, para que su voz no se extinga «como pájaro herido», para que tengan la publicidad que merecen para esos «terceros de buena fe» que son los lectores.

De aquellos paseos nos quedábamos cansados para hacer una cenita pequeña y apurar un poco el tiempo antes de acostarnos. Otras veces, cuando el calor ya era fuerte, nos acercábamos con el coche hasta el chiringuito de la Quinta del Pardo y disfrutábamos de tomar cualquier cosilla. Y como se nos hacía largo el tiempo antes de ir a la playa, nos consolábamos algunos días yendo a la piscina del puente de los Franceses. Pasábamos unos días bonitos en los que comíamos allí una paella o un pollo asado. Hacíamos también unas amistades muy gratas, que luego no volveríamos a ver hasta el año siguiente. Y también durante el invierno nos acordábamos mucho de ellos. Sin embargo, cuando volvíamos a finales de agosto de la playa, ya no queríamos volver a la piscina. Habíamos conocido lo bueno, aquellas playas de la ensenada de Bueu, y ya nos parecía una pequeña traición el pretender buscar el recreo de la piscina. Así que se puede decir que la piscina para nosotros, como para muchos madrileños, era un aperitivo que nos consolaba hasta que podíamos disfrutar del manjar pleno del mar.

Tanto en Madrid —en la piscina reciente de junio— como en la playa de Galicia, escuchaba la queja de los espíritus melifluos «¡Ay, qué agua más fría! ¡Pero si está helada!», y yo me callaba pensando en qué entendería aquella gente por frío. Me daban ganas de decir: «Señora, que el agua estará casi a veinte grados. ¡Si hubiera estado usted un par de meses en Rusia, ya vería cómo no se quejaba!».

IV

Nos conocimos en una tarde de marzo del 55 en el café Comercial, al que fui pensando que llegaba tarde. Alguien me podría haber dicho en aquel momento aquello que años más tarde le escuché a don Camilo: «Nunca se llega tarde a ningún sitio». Efectivamente, el temor de los jóvenes es el de llegar tarde a las oportunidades que brinda la vida. Pero como seguía diciendo Cela: «Jamás se nace ni se muere cinco minutos antes...». Las cosas llegan cuando tienen que llegar, solo conviene estar dispuesto y solícito, pero sin que la codicia de esas cosas nos raspe el alma. Por eso Teresa llegó cuando tenía que llegar, es decir, cuando Dios lo quiso. Resultó que en aquella tarde de finales de invierno, mi amigo Fernando Urrutia tiró de mí para ir a visitar a un niño, pariente suyo, que estaba ingresado en la clínica de San Rafael. Pero se nos hizo tarde para llegar a la vieja tertulia de la Ballena Alegre en el café Lyon de la calle Alcalá. Pasamos por allí hacia las seis o siete de la tarde, lamentándonos de nuestra suerte. La tertulia de los viejos camaradas de la División Azul se había ya despedido. Para nosotros, la visita al café al que iba José Antonio era casi una obligación más de nuestro ritual, que cumplíamos con extraordinaria satisfacción. Por aquel entonces la mayoría de los tertulianos presumían de haber tomado café con José Antonio. Por aquel entonces...

Como ya se habían marchado los amigos que hacían feliz reunión allí, en el sótano del local, debajo del cuadro de la ballena del artista Hidalgo de Caviedes, que presidía un largo diván corrido por toda la pared de aquellos bajos, decidimos continuar nuestro camino hasta el café Comercial, donde artistas y escritores se daban cita. Por allí paraban algunas plumas de mi máxima admiración como César González-Ruano, Rafael Sánchez Mazas, Rafael García Serrano, Camilo José Cela..., entre otros muchos.

El café Comercial siempre fue un establecimiento muy popular y de la simpatía de todos los públicos. Tenía —y quizás aún conserva después de tantas reformas— la virtud de la comodidad de los viejos cafés; con mullidas butacas y sillones acolchados que nos hacía más apetecible la tarde en su salón que en el de nuestra propia casa. En realidad, en estos viejos cafés no se pagaba por la consumición sino por adquirir el derecho a echar la tarde en ellos.

Luego estaba —entre las otras virtudes— la alegría de mirar a través del amplio salón, tan solo interrumpido por recias y bellas columnas de madera, reparando en el entretenido paisaje de las mesas de mármol, todas habitadas por variados personajes; y el solaz de buscar con los ojos ese horizonte de luz que proviene de los amplios ventanales que, en forma algo curvada, se asoman al hermoso espectáculo de la glorieta de Bilbao.

Allí todo tiene el aire y la gracia de Madrid. No podemos decir que todo sea

rematadamente bello, pero sí que se aprovecha de otro ingrediente que nos hace querer a este lugar: la vitalidad natural, eso que hoy se reivindica como la añorada vida de barrio.

El Comercial, con ser también un café de barrio, tenía el empaque de un lucido casino de una pequeña capital. Con la arquitectura de mármoles granates y techos abovedados de un cine de los de entonces.

Al entrar en aquel café Comercial —en el que también paraban veteranos de la División como Juan Serrano y su «Peña del Silencio»—, estábamos aún molestos por la lluvia de la noche incipiente y la contrariedad de llegar tarde. Pero, de pronto, al fijar nuestra vista en el fondo del salón, nos sorprendió la presencia de tres señoritas, sentadas a ambos lados de una de aquellas mesitas de madera con una solapa de mármol oscuro como tablero, tomando su café con leche. A su lado había una mesa providencialmente vacía. Hacia aquella mesa del diván debajo del espejo nos encaminamos con el pálpito de que algo bueno nos iba a suceder. Estuvimos allí sentados el tiempo justo para poder cruzar algunas miradas con las tres chicas. Yo me concentré en una mujer morena, que me pareció alta a pesar de estar sentada en una de aquellas sillas bajitas, de porte victorioso, con un moño magistral en lo alto de su hermosa cabeza. Los labios, con leve carmín, resaltaban su perfección. Su mirada castaña, que era toda una pintura, reparó en mi mirada de disimulada ilusión. A fin de cuentas, yo ya era un veterano de treinta y cinco años que creía saber cuándo había que mirar para otro lado. Pero le pude dejar dos o tres recados parpadeantes, sutiles declaraciones de deseo que ella supo interpretar. Las mujeres están un paso por delante de los hombres en todos los lenguajes, más aún en el de los ojos. Y cuando se levantaron las muchachitas —todas tan elegantes que Urrutia me dijo que se notaba que iban a misa de Santa Bárbara—, tuvieron que pasar justo delante de nosotros, que todavía estábamos de pie esperando una mesa libre. Fue en aquel instante cuando acerté a decir las palabras más afortunadas de mi vida:

—¿Pero no me digáis que ya os vais, ahora que llegamos nosotros? —Acompañé estas tontas palabras con mi mejor sonrisa y así resultó que caímos en gracia.

No quisieron quedarse ni aceptaron nuestra invitación. Tan solo les dijimos:

—Nosotros venimos todos los domingos a última hora de la tarde, después del Lyon, de la Ballena Alegre.

Ellas se rieron al escuchar aquello porque les sonaba a una bobada o a una procacidad.

Nos despedirnos recordando nuestra intención de volver por allí el próximo domingo.

El domingo siguiente, que era ya el segundo de marzo, Teresa y sus dos primas —que todo quedaba en familia— volvieron al café Comercial. La tarde transcurrida en aquel café fue la del descubrimiento y confirmación de que aquel deseo apuntado el domingo anterior era el anuncio de un amor. Las tres horas que pasamos alrededor del café con leche de las chicas y de nuestro chinchón seco fueron deliciosas. Cualquiera

cosa era motivo simpático de conversación.

—¿Pero vosotros bebéis esto? Os creíamos más selectos —dijo una de las primas.

—Bueno, normalmente tomamos orujo —contestamos con intención de impresionar.

—¿Pero cómo es posible que unos señores tan elegantes...? —insistieron ellas.

—Son cosas malas que aprendimos en la milicia —dijo Fernando.

—¡Ah! ¿Habéis sido alféreces? —preguntaron con inocencia. Y es que las chicas tenían ilusión por que fuéramos universitarios, casi una exigencia para unas muchachas elegantes de Chamberí. El cartel que tenían entonces los universitarios, que pasaban a ser oficiales una vez entraban en filas, era grande.

—No, solamente hemos sido guripas —contestó Fernando.

—¿Qué es eso de guripas? ¿Soldados? —Siguieron indagando ellas, intrigadas.

—Soldados rasos y pelaos —les contestamos.

—Pero de eso hace ya un tiempesito, porque vosotros no sois dos niños. ¿Cuántos años tenéis? —Nos preguntaron sin más rodeos.

—Treinta y cinco. ¿Son muchos, verdad? —Y no se qué cara debí poner al decir esto que se compadecieron un poco de mi preocupación.

—Bueno, no. ¿Pero no seréis casados ni nada de eso?

—¿Y qué quiere decir «ni nada de eso»? ¿Que si no somos separados o viudos? —preguntó Fernando, provocando la risa nerviosa de las muchachas.

—No, somos solteros y no tenemos novia —contesté yo con mucha franqueza.

—Pero habéis tenido tiempo para tener una docena cada uno.

—Pues tampoco, señorita. Porque aquí el navarrico es muy tímido y no da el paso de coger recado de escribir o llamar por teléfono. Así que, como no hace los deberes, ha dejado escapar a algunas chicas que, sin llegar a ser tan guapas como vosotras, eran mujeres perfectas.

—Y tú también eres muy tímido, ¿verdad? —me dijo una de las chicas riéndose.

—Pues no. No soy tímido. —Al decir esto con cierta gravedad, nos quedamos todos callados hasta que se rompió el silencio.

—Oye, quisiera preguntaros una cosa. ¿Qué es eso del Lyon, lo de la Ballena Alegre? —preguntó una de las primas de Teresa, cambiando de tercio.

Y allí vinieron más risas, porque nos confesaron lo intrigadas que se habían quedado con lo de la ballena y que, paseando, subieron desde Cibeles el trocito de la calle Alcalá para asomarse al café Lyon.

—Pues a la señora foca o ballena esa no la hemos visto. ¿Cómo es? —Nos preguntaron, con la inocencia de aquellas muchachas de posguerra.

Urrutia y yo nos regocijábamos al imaginar a las tres damiselas cogidas del brazo asomadas en la puerta del Lyon.

Luego contraatacamos preguntándoles si iban a misa a Santa Bárbara. Y la respuesta fue también motivo de cómplices sonrisas:

—¿No me digáis que vosotros también venís a la misa de doce y ya nos conocéis?

Pero si no os hemos visto.

Contestamos que no íbamos a Santa Bárbara, pero que se notaba que ellas sí iban por allí. Y con esa respuesta se quedaron admiradas de nuestra perspicacia. O eso nos creímos nosotros.

* * *

Así, tonta y alegremente, comenzó una vida nueva. Con la alegría por compartir todo un mundo de ilusiones que uno lleva en la cabeza. Todo empezó a llamarse Teresa. Teresa eran mis domingos, mis ahorros, mis paseos, mis libros, todo lo que hacía o miraba llevaba el pensamiento de Teresa. Fue una sacudida que me centró en el deseo de formar una familia.

Por eso, a los dos domingos de quedar en aquella espontánea pandilla del Comercial, mi intención se convirtió en aviesa. Quería a toda costa desarticular aquella célula e independizarme de ella de la mano de mi pretendida pareja. Aunque también daba por buena la posibilidad de mantener la pandilla de los domingos siempre que yo pudiera ver a Teresa todos los días. Lo primero que hice, a tal fin, fue ponerle bien claras las cosas a mi camarada —casi hermano— Fernando Urrutia. Y como en las ocasiones graves le dije:

—Urrutia, que no haya ninguna duda, Teresa es mía. —Y mirándole a los ojos como solo lo sabe hacer quien quiere adivinar la intención del otro, continué poniéndole los puntos sobre las íes—: A mí me da igual con cuál de las primas te quedas, pero Teresa es mía. Así que no revuelvas que te conozco y te veo venir.

Y es que Fernando era muy revoltoso para estas cosas y además gustaba mucho a las mujeres por guapo y desenfadado. Era el prototipo de hombre que gusta a las mujeres. Un *homme d'esprit*, según dijo una de las primas. Un hombre decidido y apuesto. Alto, de pelo rizado y oscuro, pero con tez muy clara y ojos de color azul con destellos verdosos. Su nariz respingona y su cara alargada le conferían una apariencia sensible y elegante. Nosotros le llamábamos cariñosamente Lobo, aunque sus rasgos tan correctos y moderados lo asemejaban más bien a un lobezno.

—Quédate tranquilo que ya os estoy viendo de novios y a mí me veo yendo solito al cine, a la tertulia del Lyon y a todo. Vamos, que ya te estás olvidando de tus viejos amigos —me reprochó Fernando por mi desconfianza.

Tengo que reconocer que así fue. Desde que conseguí el anhelado sí de Teresa, el sí del que dependían mis ilusiones, ya dejé de alternar con Fernando. Seguimos siendo muy buenos amigos, pero todo mi tiempo libre se lo entregué a Teresa, como ella me regaló el suyo.

Antes aún de poder narrar cómo alcancé mis buenos propósitos con Teresa conviene que repare un momento en describir cómo era yo, José Maseda Castro, en aquel entonces. No creo que nadie me pueda reprochar si digo que era medianamente apuesto, sin llegar a ser un guapo oficial. Tampoco se molestará nadie porque afirme

que no tenía mala percha. No era un hombre alto, pero para la época mi estatura — uno setenta y cuatro— superaba a la de la mayoría. Tuve siempre la espalda y los hombros anchos, los brazos largos, y caminaba recto como una vara. Ya tenía, en aquel tiempo, algunos achaques de los huesos por culpa de los trabajos a los que fui forzado en Rusia, pero todo lo disimulaban mis treinta y cinco años. Mi pelo era negro y rizado, más retraído en la frente de lo que quisiera. Destacaban en mi cara — ahora que tomo la fotografía de nuestra boda para hacer este apunte— unos ojos muy negros y vivarachos y una boca bien perfilada. La nariz era recta y no muy larga, aunque algo ancha. La dentadura estaba medianamente dispuesta, pues tenía algo separadas algunas de las piezas. Mi gesto denotaba una cierta fatiga, y tenía unas arrugas en la frente y a ambos lados de la nariz, sobre la boca, que me daban aspecto de jornalero. Solo el traje con el que me vestía cada día me convertía en un labrador más pudiente y endomingado. Las marcas de la piel no podían disimular los trabajos pasados.

* * *

Para conseguir que saliéramos los dos solos, sin sus primas ni otra protección familiar, tuve que ir a la descubierta y jugármela. Ella vivía con sus padres en la calle Argensola, 22, en una casa señorial y recia. Conseguí averiguar su dirección a través de un camarero del café Comercial. La finca entera había pertenecido en su día a su abuelo y el piso en el que vivían le había correspondido en herencia a su madre, que era la menor de seis hermanos. Las primas vivían, a su vez, en otro piso del mismo edificio. Me pareció, por tanto, que era una familia acomodada y muy allegada. Y hasta el edificio familiar de Argensola, 22 me encaminé aquel lunes.

Me impresionó tanto la finca que me llegué a plantear la aventura en la que me estaba metiendo. ¿Cómo iba a conquistar a una señorita un hombre como yo, áspero de formas, hecho más a la ruda vida de las prisiones rusas que a tratar a muchachitas de la flor y nata madrileña?

La casa era, en verdad, soberbia. Tenía una puerta de unos cuatro metros de altura, muy bellamente labrada en madera. Daba paso a un portal en el que cada columna tenía una figura distinta de cariátides y atlantes. El techo estaba decorado por artonados muy elaborados. Era la casa —o poco le faltaba— un palacete de finales del XIX. ¿Qué pintaba yo allí?, me preguntaba. Pero entonces surgió de mi corazón ese fuego juvenil del hombre que en su vida siempre tomó partido y dio un paso adelante. ¿Cómo me iba a dejar impresionar por los blasones y el oropel? Debía perseverar en aquella ilusión nueva que se llamaba Teresa.

Entré en el portal y un distinguido y grave portero me salió al paso. Le dejé una carta a la atención de la señorita doña Teresa Roncero y le pedí a Dios que le cayera bien en sus preciosas manos. La carta decía lo siguiente:

José Maseda Castro
Carrera de San Francisco, 7
Madrid

En Madrid, a 11 de marzo de 1955

Estimada Teresa:

Recibe mis sinceras disculpas por este atrevimiento de acercarme hasta vuestra casa y dejarte esta carta, pero no podía esperar a Correos. Ya se sabe lo que tarda. Pasado mañana he de salir para Almagro en viaje profesional y no volveré hasta al cabo de unos días. Quisiera antes de salir de Madrid invitarte a dar un paseo mañana por la tarde por el Retiro y tomar algo en una terraza. De otra forma, no sé cuándo voy a poder verte. Si no recibo otro recado, quedaré esperando en la puerta del Comercial a partir de las (tachado cinco) cuatro y media. Le puedes decir a tus primas que ellas quedan invitadas otro día en que salgamos con Fernando.

Con la mayor ilusión de verme complacido con tu compañía, quedo a tus pies.

José Maseda

¿Era esta carta una declaración de amor? Yo creo que sí. No disimulé nada a partir de ese momento. Y durante medio siglo a su lado no he disimulado nunca lo mucho que me gustaba mi mujer. Así que llegó la hora de aquel miércoles de marzo en que tendría mi primera cita a solas con Teresa. Me había escamoteado de mis ocupaciones. Yo quería pasear con ella, así que dos o tres horas de luz me parecían pocas y anticipé la cita a una hora razonable, a las cuatro y media. Me pareció una hora muy redonda y conveniente porque ya ha dado tiempo a descansar después de comer y queda toda una tarde por delante.

Teresa apareció puntual, pero traía de carabina a una de sus primas. Traté de ocultar mi decepción, pero las dos se dieron cuenta, por lo que su prima nos advirtió:

—Yo os acompaño nada más que hasta la Puerta de Alcalá.

Mi ánimo se encendió tanto que no paré de hablar hasta la puerta misma del Retiro. Pasado el tiempo, cuando ya estábamos casados, Teresa y yo gustábamos de recordar aquel lance y ella lo interpretaba así:

—¿Cómo te atreviste a citarme a una hora sin saber si podía o no acudir? ¿No ves que me ponías en un aprieto? ¿Y si no puedo ir, me quedo pensando que te estoy haciendo esperar inútilmente?

Pero lo cierto es que a Teresa le gustó ese descaro mío. Ahí está la prueba, acudió con su prima, que a partir de ese momento ya sabía lo que comenzaba entre nosotros.

En aquella época un hombre de treinta y cinco años que había estado en dos

guerras no tenía a qué esperar. Me encontraba ya bajo sospecha de pertenecer a esa grey de bohemios y libertinos que apuraban hasta más allá de los treinta para casarse. Mi intención desde el segundo domingo que nos vimos en el café Comercial era la de ser el novio formal de Teresa y casarme con ella. Y así ocurrió.

Hoy dicen los jóvenes que es preciso conocerse, convivir y viajar como pareja, antes de dar un paso como el del matrimonio. Necesitan, como digo yo, el billete de ida y vuelta. La seguridad de que pueden volver a ser ellos mismos, a su sagrada libertad e independencia. Ese es uno de los clichés que les venden a la juventud: la libertad, la independencia... Y no es más que un mito, porque en la vida no hay vuelta atrás. Todo avanza y nunca volvemos al mismo sitio. El hombre que quiere probar cómo es eso de la vida en pareja —como se dice ahora— está falsificando el amor y está sometiendo a la otra persona y a él mismo a una prueba indecente. Estoy contigo pero solo un poco, hasta ver si me terminas de gustar. ¡Vaya valentía es esa! Encima que empiezan el amor por el postre, primero se acuestan, se exploran y se divierten y después pretenden llegar a conocerse y respetarse. Creo modestamente que nosotros hacíamos mejor las cosas. Comenzábamos una relación de cafés y paseos, de noviazgo inocente, de mucho hablar y soñar juntos; ellas nos ponían el freno a las manos y nuestros viajes de bodas eran el comienzo de un disfrute sexual que siempre iba a mayores con el tiempo. Entre otras cosas porque ya existía una confianza entre los corazones, un amor, un conocimiento de la persona y un respeto.

Un camarada divisionario, el que fuera el capitán De Andrés, me decía en confianza que el matrimonio nuestro era el que valía porque no concebíamos que se pudiera romper. El matrimonio que había en Europa, con el divorcio, no nos parecía de verdad, porque no tenía compromiso. Con eso de que si me canso lo dejo pues nada se toma en serio. Así veíamos nosotros las cosas.

Nuestro noviazgo comenzó en aquel preciso instante de la tarde en que su prima se despidió de nosotros. Fue atravesar la puerta del parque del Retiro y echar nuestro amor a volar, sin tiempo, sin medida, sin otro compás que el cariño.

Resultó tan sencillo como dos amigos que empiezan a charlar y departir. Caminamos hasta el estanque y fuimos dando cuenta de lo que habían sido nuestras vidas hasta aquel primer domingo de marzo en que nos conocimos.

Como debe suceder en cada enamoramiento, nos fuimos sintiendo encantados el uno por el otro y todo cuanto iba conociendo de ella me gustaba. Recuerdo que cuando llegamos a la baranda del paseo, la que se asoma al agua, me preguntó delicadamente si no había tenido novia.

—José, tú habrás tenido novia, ¿verdad?

—Bueno, novia, lo que se dice novia no he tenido. He tonteado como todos, pero no he tenido mucha suerte con las chicas —pero lo dije con un tono falsete, para que no se lo creyera del todo.

—Ya, pobrecito, tú no has tenido suerte con las chicas. Menudos caras que estáis hechos. Pues sí que tenemos suerte nosotras, que en cuanto os dais la vuelta...

—No, Teresa, yo no te digo que haya sido un santo, pero tampoco un sinvergüenza.

—Pues no sé tú, pero tu amigo Fernando tiene todita la pinta de ser un bala —dijo Teresa, insistiendo en su duda.

—Sí, ya lo sé, pero es un pedazo de pan, ahí donde lo tienes. La vida también es suerte, Teresa, el encontrar a la persona adecuada... y qué sé yo.

Y ahí me fui poniendo serio y ella me correspondió y quiso sincerarse también.

—Yo no sé lo que tenéis los chicos en la cabeza, porque Fernando, mira tú si no podría elegir. Vamos, mis primas están las dos coladitas por él. —Al momento se dio cuenta del discreto desliz en el que había caído y quiso enmendarlo—. ¡Pero tú no le vayas a decir nada! —exclamó.

—Nada, Teresa. Y menos mal, ya pensaba que podría elegirte a ti también ¡Y eso sí que no!

Nos miramos sonriendo ante lo evidente que era que yo estaba loquito por ella y de que lo nuestro iba tomado forma. Una forma que no tiene nombre, de esa indefinición primorosa de los amores tiernos y en ciernes. Ese momento en el que no hay un noviazgo, tan solo un ansia tremenda por averiguar qué tiene la otra persona en la cabeza. Luego Teresa me preguntó cómo era que no me había casado todavía. Mi respuesta tuvo que ser la verdad, la de mi largo cautiverio en Rusia.

—Mira, Teresa, ¿tú te acuerdas de que hace un año volvió un barco de Rusia con los prisioneros españoles que habían estado en la División Azul? —le pregunté, preparando el terreno.

—Sí, sí, claro que me acuerdo, ¿cómo se llamaba? —me preguntó ella.

—Semíramis —le contesté.

—Sí eso, el Semíramis que llegó a Barcelona.

—Eso mismo, a las cinco de la tarde del viernes 2 de abril de 1954. —Y me quedé en ese punto callado, mirándola a los ojos como preguntando si necesitaba que le dijera algo más.

En ese momento ella me cogió la mano comprendiéndolo todo, apenas tuve nada más que decir. No me salían las palabras. Y no era que me sintiera culpable de haber sido prisionero en Rusia, ni que me diera vergüenza. Ni mucho menos, pero sentía que no tenía una vida hecha y una preparación para ofrecerle a una mujer como ella. Me percaté de que nunca, en mis largos años de cautivo, llegué a imaginar que podría estar rozando una gloria parecida a Teresa.

—En ese barco venía yo. —Y me eché a llorar como un niño. Tampoco podía imaginar que fuera a emocionarme de esa manera la primera vez que volviera a andar en amores.

Ella me había tomado la mano, como una amiga que comprendía y no quería saber más. Antes, durante el paseo, había tenido yo también la tentación de coger su mano en algún momento y acariciársela, pero me pudieron más los nervios y el miedo a un rechazo. Por ello me refugié en palabras bonitas y preguntas que buscaban

respuestas favorables a mis esperanzas. Quería saber si nos podíamos ver a la vuelta de mi viaje y ella asentía, dándome así los ánimos con los que un enamorado piensa que todo es posible. Se me hinchaba tanto el pecho de ilusión que me sentía tocado por la gracia que Dios concede a los hombres que conocen la auténtica felicidad. Todo me resultaba plácido y favorable. Cambié entonces el tercio de la conversación sin soltar, eso sí, su preciosa mano ni por un momento, mientras deshacíamos el camino, de vuelta ya hasta la Puerta de Alcalá.

—¿Qué quieres que te traiga de Almagro? —le pregunté con cierta broma.

—No sé, ¿qué tienen en Almagro? —contestó ella con inocencia.

—Pues no tengo ni idea, porque nunca he estado allí.

Así fuimos dando la vuelta hasta su casa mientras se nos iba haciendo de noche. Resultó un paseo largo, porque Teresa no accedió a que tomáramos el tranvía. Me gusta pensar que ella iba muy a gusto a mi lado y que se le iba haciendo corta la tarde en mi compañía. Cuando llegamos a su casa no quisimos prolongar la despedida para que Teresa no tuviera que cruzarse con ningún familiar, evitando tener que dar explicaciones. Pero tuve el gusto de despedirme de ella besándole la mano con parsimonia. De forma que quedaba clara mi intención —y mi provecho—, pero no podía sentirse molesta. Sonrió y me deseó un buen viaje.

—Bueno, Teresa, a ver qué te traigo de Almagro, si unas garrapiñadas o un traje típico de Dulcinea.

El tren de Almagro salía bien temprano y nos llevaba casi todo el día. En el camino mi corazón iba plácidamente traqueteado al compás de las traviesas; se solazaba contemplando los páramos sin tregua, las viñas huérfanas en la llanura, las casas sueltas y los árboles solitarios. Por aquel paisaje austero y duro mi corazón evocaba las palabras dulces de Teresa. No había descanso para la ensoñación amorosa, todo era una presencia constante en el pensamiento. Estaba perdidamente enamorado. Así que, ya en el tren, empecé a escribir unas palabras y cuando me quise dar cuenta ya le había redactado una carta que decidí que le enviaría nada más llegar a Almagro. Todavía la conservo.

En el tren, camino de Almagro, a 12 de marzo de 1955

Querida Cereza:

Hace apenas un rato que hemos salido de Madrid y he sentido el deseo ferviente de escribirte. Según dejábamos atrás Villaverde empezaba a sentirme muy exiliado del paseo de Recoletos, de la calle Argensola, de mi

café Lyon, y de nuestro café Comercial, en fin, del Madrid en el que te he encontrado. Aunque noto que voy contento, porque siento que todo lo que hago tiene un nuevo sentido y un nuevo motivo de ilusión y alegría.

Ayer disfruté mucho de nuestro paseo por el Retiro, se me pasó volando el tiempo de la tarde. Me sentí muy dichoso de poder acompañar a una señorita tan rematadamente guapa.

En estos días de destierro manchego me acordaré mucho de ti. El compañero con el que viajo, Marcos Gervás, ya me está preguntando por lo que estoy escribiendo. ¡Será pesado! Anda que si va a estar así todo el viaje... Pero es un buen compañero, muy buen profesional y con mucha experiencia. Y precisamente suple la que a mí me falta.

Me apresuro también a escribirte para que dé tiempo a que llegue la carta. Tampoco tengo un teléfono en el que te pueda localizar, así que a la vuelta, que será el lunes o el martes, te daré noticias del queso manchego, las garrapiñadas o lo que te haya tocado en suerte. Si por mí fuera, te traería un castillo.

Te mando un beso con todo mi afecto y admiración.

José Maseda

En el beso que le mandaba ya había un poco de descaro por mi parte. Resultaban evidentes mis intenciones con Teresa y entre estas figuraba la de hacer oficial el noviazgo, para que todo el mundo supiera que Teresa era mi novia y que yo era su novio. Esos días en Almagro sirvieron para ir madurando la voluntad de ponerle aún más claras las cosas, y que ella accediera a que saliéramos juntos cogidos del brazo; que le diera un beso de vez en cuando; y que tuviéramos ese compromiso que tienen los novios de dedicarse su tiempo.

En eso consistía el noviazgo de entonces, en salir a tomar cafés y granizados; en dar paseos, muchos paseos; en ir al cine y en hablar mucho de todo lo que nos bullía en la cabeza.

La compañía de seguros para la que había empezado a trabajar necesitaba encontrar un corresponsal o agente que abriera una nueva delegación. Previamente se habían puesto algunos anuncios en la prensa local, y de las respuestas recibidas,

seleccionamos algunas para hacer unas entrevistas. Esos días los consumimos en estas y otras gestiones en las que Marcos Gervás se desenvolvía magníficamente. Con qué diplomacia supo entrar en contacto con abogados, procuradores, gestores administrativos, notarios, corresponsales de banca... Es decir, con todos aquellos que podían favorecer el propósito de que nuestra compañía tuviera una delegación en Almagro. Así que en este terreno profesional iba aprendiendo de todo cuanto veía. A mis treinta y cinco años, habiendo perdido tantos años, tenía urgencia por aprender y por ganarme una posición.

Regresé de Almagro el lunes siguiente. Pero, como habíamos ocupado la mañana en hacer algún trato comercial, no llegamos hasta la noche. El martes por la mañana tuve que ir a trabajar, así que hasta la tarde no podría ir a buscar a Teresa. Sin embargo, esos días de silencio y alejamiento hicieron decaer un poco mi moral. Pensé que acudir sin más a la calle Argensola y presentarme sin avisar podía parecer un comportamiento desesperado. Tampoco sabía el efecto que la carta que le había mandado desde Almagro le podía haber causado. Por eso decidí ordenar un poco mis propósitos y escribir una sencilla nota en la que dijera que ya había vuelto.

Ni que decir tiene que toda la mañana del martes la consumí en estas cavilaciones amorosas. En el corazón del enamorado tan pronto reluce el sol radiante de la esperanza, tan pronto se representa la imagen de la amada correspondiendo a las caricias, como se ciernen las nubes negras que hacen que todo se vuelva sombrío y tibio. En uno de aquellos momentos ilusionados redacté una tarjeta y decidí entregársela al conserje de la compañía para que se la llevara a la calle Argensola, 22. Sin duda era una licencia esta que me tomaba. Y que sirvió para que no decayera el impulso de aquel noviazgo. La nota simplemente decía:

De vuelta a Madrid y sin las manos vacías. A las cinco de la tarde estaré en el Comercial.

Un beso,

José

Nos casamos en el mes de marzo de 1956. Tenía yo treinta y seis años, por lo que ya era un mozo viejo. Había tardado solamente dos años desde la repatriación en ponerme al día con el destino más feliz que podía esperar un hombre: encontrar un buen trabajo y una mujer de la que enamorarse. Solamente después de un año de

noviazgo nos casamos en la iglesia de Santa Bárbara, tal y como había pronosticado Fernando Urrutia.

Teresa y yo no tuvimos hijos. Y no fue porque no lo deseáramos de corazón, pero Dios tiene sus designios y no conviene darle más vueltas. El caso es que así nos quedamos ella y yo siempre de novios. Es lo que parecíamos; estábamos siempre pendientes el uno del otro. El amor no se puede disimular y nosotros hemos vivido enamorados. Hubo quien dijo que el no tener hijos nos hizo las cosas más fáciles. Y puede que fuera cierto, porque Teresa estaba siempre disponible para irnos a dar un paseo; para ir a la Gran Vía a ver una película de nuestro gusto; para bajar a Rosales a tomar una horchata; para irnos hasta las Vistillas para cuando la verbena; o para tomar unos calamares en la glorieta de Bilbao... Al no tener niños, podíamos disponer de nuestro tiempo y andábamos faltos de preocupaciones.

Luego está que nosotros nos cuidamos siempre y nunca nos faltamos al respeto. Me da mucha pena cuando veo a estas parejas de hoy que admiten las discusiones y los insultos como algo normal de la convivencia. En nuestro tiempo esto no era así y la galantería en muchos matrimonios no se perdía.

Aunque es justo reconocer que con Teresa todo cumplido era fácil. Su estampa era tan hermosa, su belleza morena tan natural y generosa, que no resultaba difícil sentirse siempre encantado con su presencia. Pero es que, además, Teresa se desvivía por su marido. Me tenía a capricho. Se adelantaba en todo a lo que yo pudiera necesitar. Justo cuando se me terminaba mi loción del afeitado, ya me había comprado otro frasco de Flóid; me tenía mi café con leche a punto para cuando ya estaba yo vestido y con la corbata puesta; me ponía mi vasito de agua en la mesilla; me compraba el recado de escribir antes de que se me terminara... en fin, iba siempre por delante de mis deseos. Serían miles los ejemplos, tantos como días y noches pasamos juntos. Y creo que yo por mi parte correspondía bien, aunque el tiempo — que es tan reiterativo en sus reproches— me echa en cara la falta de algunas atenciones mayores, algunas palabras más, algunos detalles. ¡Qué se le va a hacer! Me ocurrió así también cuando murió mi madre. Me hubiera gustado haberle dicho tantas cosas que no le dije. Pero sé que Teresa vivió feliz conmigo. Aún en los últimos años seguíamos prodigando gestos de un amor adolescente. Como cuando nos teníamos que separar en la calle por tener que ir ella a un a un sitio y yo a otro. Giraba yo la cabeza antes de volver la esquina y me encontraba que ella hacía lo mismo. Entonces sonreíamos los dos e, incluso, en ocasiones, volvíamos a sorprendernos girando una vez más la cabeza. Esos detalles son pruebas del amor joven y recíproco.

V

Nos vamos a ir los dos a Rueda cuando me halle la muerte. Pues tengo dicho aquí —y también ante notario— que me han de llevar a Rueda para tener un entierro cristiano en el sitio donde están mis padres. Eso está ya dispuesto y no he de darle más vueltas, pero lo de Teresa me tenía preocupado.

Para mí la muerte es un bello camino hacia ese cielo insondable que está más alto aún que los luceros. Y a esta edad, me asomo ya a ese camino con esperanza porque mi tiempo está cumplido. Me gusta preparar todas estas cosas y por eso me dispongo a llevar a cabo un plan con el que Teresa, a lo mejor, no estaría del todo de acuerdo.

Mi esposa se debatía entre dos sentimientos: el primero de ellos era que quería ser enterrada con sus padres, en la Sacramental de San Isidro, junto a la Ermita del Santo; y el segundo era que decía que quería estar siempre a mi lado. Y yo le decía:

—Mira, Teresa, que no se puede tener todo. ¿Qué pinto yo con tu familia?

Entonces ella se ponía farruca, y con razón, y me contestaba:

—Anda, pues ya me dirás qué pinto yo con la tuya en Rueda. Yo entiendo que tú quieras ir a Rueda, que es tu pueblo —y eso lo decía con cierto retintín—, pero yo soy de Madrid.

Y claro, la réplica me la daba servida y le contestaba lo que ella quería oír:

—Oye, Teresa —iba administrando las sílabas como un chulapo—, Te-re-si-ta de mi alma, que yo soy más ma-dri-le-ño que tú, cara bonita. De la plaza de la Paja, como quien dice. Lo que pasa es que me he echao un pueblo de adopción. Vamos, que soy hijo adoptivo y predilecto de Rueda, de'onde el vino.

Después de esta comedia nos reconciliábamos, pero sin haber sacado nada en claro. Ella quería estar enterrada en Madrid con sus padres y yo quería —y quiero— estar en Rueda con los míos.

A mí eso de enterrarme en Madrid no me emocionaba. La verdad es que morir en Madrid es más triste que morir en un pueblo. Aquí nadie se entera y, como decía mi madre, nadie te llora como Dios manda; no hay novenas, ni aniversarios de los que se acuerden. ¡Pero si todavía hay algún despistado que me pregunta cómo está Teresa y va para cuatro años que se murió! En un pueblo es muy distinto. ¿Quién va a visitar a nadie en un cementerio de Madrid? Y sin embargo, en el pueblo, aunque sea por despiste del que va a ver a los suyos, pasa por delante de ti y se acuerda. Mira la lápida y dice: «¡Ah, mira dónde está Maseda, el que estuvo en Rusia, el hermano de Ramón!». Pues digo yo que tiene más gracia.

Lo que me ha ayudado a tomar esta decisión ha sido pensar que ella también quería estar a mi lado. Mientras yo no me muera ella seguirá aquí, en Madrid, con los suyos; y cuando me llegue el día, me voy yo primero a Rueda, y luego me traerán a mi lado a Teresa. Así queda dicho y mis sobrinos se ocuparán de hacerlo, Dios

mediante.

Teresa murió en casa tal y como era su deseo. Estuve con ella hasta el último instante, y hasta hay veces que pienso que ella esperó al momento en que yo estuviera a su lado para dar el último suspiro. Y, si es así que lo pienso, es porque en aquella mañana larga de su agonía tuve que salir de nuestra habitación muchas veces para llamar por teléfono a nuestro médico, ya que no daban con él. Y bien podía haberseme marchado en uno de esos momentos en que tenía que atender al teléfono, o después, cuando estaba recibiendo o despidiendo al doctor. Pero no fue así. Esperé a que nos quedáramos solos, a esa hora, mitad alegre, mitad triste, del mediodía. Esa hora de antes de comer en que ella solía andar alegre por la cocina preparando la comida y yo trasteaba picando alguna cosilla y llevándome a la mesa camilla un aperitivo para saborear con el periódico. A esa última hora de la mañana en que siempre estábamos solos los dos, nos volvimos a mirar, mientras nos sujetábamos nuestras manos unidas y me regaló una sonrisa intentando decir algo, que no acerté a comprender. Y se me fue.

He visto morir a muchos camaradas y para mí que este momento postrero es un alivio. La muerte no es tan terrible, porque es tan humana como el nacimiento. Lo terrible es el silencio. Ese silencio que habita mi casa me ha dolido más que este dulce adiós; que el frío entierro de Madrid y que todos los tragos de la muerte de la persona que ha sido mi vida. Ese silencio del que no me puedo sacudir se me hace muy duro, por eso enciendo la radio nada más despertarme y hasta voy hablando y razonando mis cosas en voz alta, porque así, al menos, escucho mi voz.

El entierro de Teresa fue, como digo, muy frío. Nunca fuimos personas de muchos amigos, ni tuvimos una familia muy larga. Tampoco gasté mis fuerzas en mandar el aviso muy lejos, así que vinieron al tanatorio y al cementerio los que pudieron, que no fueron muchos. Tampoco es algo que haya lamentado, porque es la vida que escogimos. Una vida ordenada, honrada y modesta en nuestra gran capital. Y el precio que se paga por esta vida es que hemos estado bastante solos.

¡Qué diferencia con el pueblo! Recuerdo de niño el entierro de mi abuelo, que fue a finales de agosto del año en que se estrenó la República, el 31. Hasta la casa de mi abuelo se acercó todo Rueda. Llegaron también amigos de Tordesillas, de Valladolid, de Medina del Campo, de Cuéllar, de Medina de Rioseco... Yo oía las exclamaciones de las hermanas de mi abuela:

—Ha venido el comandante de la Guardia Civil desde Arévalo.

Y luego escuchaba otras exclamaciones del mismo tono de admiración:

—Y de Fuensaldaña ha venido don Federico. Desde Mota del Marqués el dueño de la bodega grande...

Fue una auténtica manifestación de duelo. Un velatorio en su propia casa y una misa de cuerpo presente en la iglesia del pueblo, en la que no cabía un alma. Luego lo

llevaron en hombros hasta el cementerio. Ya de noche nos juntamos muchos en casa de los abuelos. Dio mucho tiempo para hablar, para llorar y para compartir. Así que pienso que es mejor morir en el pueblo.

Alguien podría pensar que un viejo soldado no debería recrearse tanto en disponer de todos los detalles de la muerte. Pero es que todo esto tiene su importancia. Los españoles que luchamos en Rusia nunca nos quedamos conformes con haber dejado a muchos de nuestros hermanos sin enterrar. Pero los que se quedaron en el terreno perdido que teníamos que abandonar no tenían otro destino. Otros muchos sí pudieron ser enterrados en tumbas que luego fueron borradas del terreno, que no de los mapas que se levantaron de los lugares exactos de cada sepultura. Esto ha servido para rescatar algunos cuerpos y sepultarlos de nuevo, e incluso para repatriarlos sesenta años después, como hicieron los hermanos Garrido Polonio, de Toledo, que trajeron a su tío, Mariano Polonio, muerto en Chutiny en aquel otoño del 41 en que nos bautizamos todos en la guerra rusa.

Creo recordar que entonces hubo alguien que intentó repatriar el cuerpo de uno de los García Noblejas, pero nuestro general, Muñoz Grandes, se negó en redondo, y así fue que todos nuestros muertos se quedaron en Rusia. Y ya en este nuevo siglo estos muchachos, los hermanos Garrido, que prometieron a su abuela que irían a Rusia a por el cuerpo de su tío, han cumplido su promesa y con él han vuelto otros camaradas. Pienso que él estaría orgulloso de su noble estirpe toledana que tanto bregó hasta conseguir enterrar sus huesos en España. Quien plasmó mejor que nadie el dolor de dejar allí a los nuestros fue Dionisio Ridruejo en aquel poema que dice: «Muertos míos de Rusia, heladas rocas/ que fortifican una tierra ajena/ bajo la vasta luz de la nevada./ Bosques yertos de cruces, nombres míos/ de mi sangre y mi fe crucificados/ para dar fe de vida ante la nada/ y sangre de pasión ante la muerte./ Torres de nuestro honor como raíces,/ aras ocultas, templos extrañados,/ semillas de extremada primavera/ y noches que atestiguan como auroras...».

* * *

Y quiero ser enterrado con mi camisa azul. La misma en la que Teresa bordó en la manga, hace no tantos años, el emblema de la división. Ese emblema nuestro y sencillo que es solamente la bandera de España con la forma de escudo. He dejado una cuenta, que no puedo tocar, dispuesta para esos gastos míos del traslado y del entierro. No tengo más deseos ni últimas voluntades.

De mi pobre herencia dejo un pisito que hoy ya no es tan poca cosa, es —si se quiere— hasta una pequeña fortuna. Hasta sesenta millones de pesetas, lo que hoy son más de trescientos mil euros, han pagado por un piso como este mío, de dos dormitorios, en esta misma casa de la calle Altamirano. Teresa y yo lo compramos con mucho atrevimiento y con mucha ilusión en el 59 y nos costó doscientas cuarenta mil pesetas. De lo que deduzco que los euros vienen a ser como las pesetas de

aquellos años.

Me gustaría morir aquí, en este piso. Resistiendo con mi modesta pensión, aunque solo tenga para tomarme una lata de sardinas y un Nescafé. Que a todo se acostumbra uno y el cuerpo cada vez pide menos. Pero a estas alturas no voy a vender el piso a nadie, ni a regalarlo, menos aún voy a hipotecarlo. Este piso será mi legado a mi hermano Ramón, que Dios quiera que me sobreviva muchos años. Pero me viene a la zaga en eso de la edad y no me suelta. Si yo voy a cumplir ochenta y nueve, resulta que Ramonín se planta ya en los ochenta y cuatro. Quiero que sea suyo o de sus hijos, que bien se merecen este regalo de su tío. Me echo a reír pensando en que a lo mejor ya están echando cuentas de lo que les vaya a tocar. Castilla es muy jodida para las herencias, ya lo cantó Machado en aquel romance: «La codicia de los campos/ ve tras la muerte la herencia;/ no goza de lo que tiene/ por ansia de lo que espera». Pero eso ya no será cosa mía.

VI

El triste encuentro con un viejo soldado de la División Azul me trajo muy señaladas evocaciones. Porque ahora que soy viejo me sucede una cosa curiosa: la mente va borrando los recuerdos inútiles para quedarse con unas pocas cosas más elementales. Del mismo modo yo voy haciendo limpieza de todo aquello que no me hace falta. El mío puede ser un síndrome de Diógenes pero al revés. No quiero acumular residuos que no valen para nada, tan solo los recuerdos importantes y las cuatro cosas que me ayudan a vivir. En esto tengo miedo de irme pareciendo a aquel abuelo que vivía en Tetuán. Sucedió hace unos veinte años, habíamos ido invitados, Teresa y yo, a la primera comunión del hijo de un sobrino mío. Un abuelo de la otra familia se cayó en el salón donde estábamos celebrando el convite y perdió el conocimiento por unos momentos. El hombre recobró pronto el sentido, pero toda la familia se llevó un buen susto y por eso decidieron llevarlo a la casa de socorro. Alguien sugirió que había que ir a su casa a por la tarjeta de la Seguridad Social. Nadie sabía dónde estaba su calle en el barrio de Tetuán, una calle pequeñita que se llamaba Marianela, cerca de Alvarado. Y claro, como uno siempre ha presumido de conocer un poco Madrid, enseguida se acordaron de mí. Es cierto que nunca me asustaron las calles ni el tráfico. Además siempre tuve curiosidad por ese pueblo arrimado a Madrid que es Tetuán de las Victorias. Siempre me gustó acercarme a la Ventilla, a la plaza de la Remonta, a Francos Rodríguez, y reconocer esas calles en las que las casas tienen unas tapias rematadas con una parra que invitan a imaginarse una vida de pueblo en pleno Madrid. Esa modestia de aquellos barrios no me desagrada; al contrario, me resulta entrañable. Así que me fui voluntario a buscar aquella calle por detrás de Bravo Murillo. Me acompañó Teresa y pudimos aparcar sin problema en la misma calle, a pesar de que esta era tan pequeña que no tendría más de cincuenta metros. La casa era una modesta construcción que contaba con una planta baja y otras dos plantas separadas en dos pisos cada una. En el bajo había un taller de forja que me llamó la atención, porque para finales de los noventa ya no quedaban aquellos talleres en Madrid. Subimos Teresa y yo por las humildes escaleras hasta el primer piso y abrimos la puerta. Nada más entrar nos miramos el uno al otro. Todo era antiguo y familiar. Encendí la luz —conservaba todavía los interruptores de rosca redondos clavados en la pared— y descubrimos que todo estaba como hacía cincuenta años, sin ningún tipo de interferencia moderna. Era asombroso y nos produjo una sensación bonita, como si fuera un museo de nuestra infancia. La cocina, un hornillo dentro de un mostrador de azulejo. Hasta los propios vasos, los platos, las fuentes, todo era antiguo. El aseo tenía un suelo de arena para dejar sitio al retrete. No vimos, en toda la casa, ducha o bañera. Las camas, antiguas, como sus colchas y cojines. También los escasos armarios eran viejos. Había un par de arcones antiguos, huchas, como se

llamaban antes. Incluso el cable que llevaba la luz a las viejas lamparillas estaba revestido de un tejido en lugar de plástico. El suelo de toda la casa era de azulejos de cerámica de principios de siglo. Aquel hombre vivía con cuatro cosas que había conservado con todo su amor. Apenas algún objeto moderno, pero todo estaba igual que antes de la guerra.

Después de disfrutar del asombro, encontré en un cajón la documentación y nos fuimos. Recuerdo la conversación con Teresa en esa intimidad que proporciona el coche a las parejas que se sienten libres ya para hablar a gusto.

—¿Pero te has fijado, Pepe, en cómo tenía ese señor la casa? ¡Pero si parece que no ha entrado un alma en cincuenta años! —dijo Teresa.

—Es todo de esa época de cuando éramos niños, de los años veinte y treinta. Parece como si no hubiera querido que entraran las cosas de ahora —le contesté yo.

—¡Pero si es que aunque no quieras entran las cosas! —exclamó Teresa.

—Salvo que no compres nada de nada.

—Pero, mi vida, ese hombre tendrá que hacer la compra —insistió Teresa.

—Y qué sabemos. A lo mejor no compra más que huevos, aceite, sal, leche... Y vive con cuatro cosas. Si ha sido capaz de no cambiar la luz, ni la cocina, ni el suelo, ni el retrete...

—Ese hombre ha vivido con dos duros —señaló ella.

—Pues con dos no, pero con veinte o treinta sí. Que ya es decir, que son menos de mil duros al mes —razoné yo. Aquel hombre hoy sería capaz de vivir dignamente en su casa con menos de doscientos euros al mes.

Luego, cierta insana curiosidad nos llevó a preguntarnos qué ingresos tendría. Y nos figuramos que con una pensioncilla era capaz de ahorrarla casi entera. Y en caso de que cobrara una renta, ese hombre seguramente ya se habría hecho de oro. Era del tipo de personas que pueden hacer ricos a los sobrinos que le hereden; o que dejan enterrada una fortuna en billetes antiguos sin que nadie lo sepa. Porque ese hombre le debía tener menos cariño a los bancos que el que les tengo yo, y no consentiría en pagar comisión alguna.

De vuelta al ambulatorio donde lo llevaron no pude por menos que hablar con su sobrina:

—Me ha sorprendido la casa de tu tío, no ha cambiado nada desde antes de la guerra —le dije, tratando de no ofender.

—Así es, como usted dice. Ha renunciado a cualquier cosa, menudas peleas ha tenido mi madre con él —me contestó amablemente.

—Pero la casa está impecable, es solamente curioso que se mantengan todas las cosas de entonces como cuando yo era un chaval, y eso que a lo mejor soy más mayor que tu tío.

—Pues no lo sé. Lo cierto es que no le falta de nada, pero no consiente que nos metamos en su vida. Tiene mucho carácter. Piense que pasó la guerra en Madrid y luego se marchó a Rusia de donde volvió enfermo —terminó por decirme.

Se me encendió el pecho al saber que allí tenía un camarada y me entraron unas ganas enormes de ir a saludarle. Pero, al momento, esa sensación de alegría se entornó un poco al venírseme a la mente la imagen de su extraña casa. ¿Sería un camarada que había vuelto tocado de Rusia? —No sería el primer caso— ¿o quizás era uno de esos tipos raros que había entre nosotros? Porque hubo también muchos aventureros y bichos extraños que fueron a Rusia. Ya no me pude conformar con dejarle la cartilla de la Seguridad Social y marcharme. Me quedé para saludar al camarada que se llamaba Victoriano de Benito.

—Victoriano, perdona que te tutee, pero yo soy un camarada tuyo de la División Azul que estaba en el convite y no sabía que tú habías estado también en Rusia hasta que me lo ha dicho tu sobrina —le dije.

Le costó reaccionar y lo hizo de forma decepcionante para mi corazón.

—¡Ah, sí! Eso fue hace mucho tiempo. Nos llevaron engañados con que nos iban a dar una paga muy buena y medio nos obligaron —me contestó.

—Pues a mí no me engañó nadie, que ya sabíamos que íbamos a una guerra —repliqué de inmediato.

Y el hombre se quedó callado sin saber qué decirme. No quise violentarle más porque además estaba allí convaleciente de la cura que le habían hecho y me despedí afectuosamente de él.

—Bueno, Victoriano, nos vamos. En la calle Altamirano, 23 tiene usted la casa de este humilde camarada del segundo batallón del regimiento 269. —Y le estreché la mano dejándole allí algo confundido.

Teresa y yo nos dimos la vuelta y caminamos por los siempre largos pasillos del hospital cogidos de la mano y con la pena de haber conocido a un hombre desamparado por su memoria. Y luego, ya en el coche, comentamos el cuadro que habíamos presenciado.

—Teresa, lo que siempre te he dicho, que en la división había de todo. Y a saber cómo era el hombre este y las fatigas que pasó —dije yo.

—Bueno, a lo mejor reniega de la división porque tiene una familia que le ha salido de izquierdas, ya sabes cómo es la sobrina que tiene —me contestó Teresa.

—Eso también puede ser. Hay abuelos a los que les han hecho sentirse culpables de todo lo que vivimos y sentimos en aquella época. Vamos que te van a dejar decir algo... Ni te van a escuchar. Para esta gente joven de hoy éramos todos unos fascistas, como me espetó el vecino de la comunidad. Por menos de nada te llaman fascista y punto.

Nos quisimos quitar la pena de lo que habíamos visto y nos fuimos a tomar una cerveza y un poco de pescadito frito en La Giralda, en la calle Hartzzenbusch. Luego aún apuramos la tarde en una terracita, disfrutando del comienzo de una de esas noches de primavera en las que el cielo no quiere dejar de ser azul hasta las diez de la noche, con un festín de golondrinas coronando las cornisas de los edificios y una alegría en la calle que es solo cosa de Madrid. Teresa y yo nos hicimos el firme

propósito de que no queríamos envejecer como bichos raros, nos mantendríamos al día de las cosas viviendo modesta y dignamente, pero sin darle la espalda a nada.

Por eso, cuando compruebo esta fiebre que tengo por ordenar, hacer limpieza y quedarme solo con las cosas que me sirvan para vivir, me preocupo si pienso que me pueden venir manías de viejo.

VII

... Y así fue como en la plenitud del otoño volvió a creer en la superstición de que la pobreza era una servidumbre del amor.

Cien años de soledad, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ.

Vivir, lo que se dice vivir, con una pensión como la mía es mucho decir. Y no acabo de comprender cómo, cuando Teresa todavía estaba conmigo, nos administrábamos tan bien y hasta teníamos nuestros ahorros. Pero el dinero nunca fue algo que yo dominara o comprendiera del todo. Como cantaba aquel gitano: «Cuentecitas que echamos los probes nunca salen bien». A mí tampoco me salen las cuentas. Llevábamos una vida ordenada, cautelosa, de armoniosa rutina; los buenos hábitos que decían nuestros mayores. No hicimos dispendio y tampoco lo echamos de menos, porque nuestra generación fue educada en la austeridad. Pero sin la ayuda de Teresa el dinero se me escapa sin que pueda saber por dónde tengo que tapar esa vía de agua. Quizás sea una suerte que mis necesidades se vayan consumiendo conmigo mismo. Cada vez como menos y paso más tiempo en la cama sin hacer gasto. Porque en Madrid la vida es muy cara y abrir el ojo cuesta dinero. ¿Cómo es posible que en comprar el pan y tomar un café se me vayan casi tres euros? Quinientas pesetas. Mi pensión no alcanza para que pueda yo comer el plato del día en la taberna de mi calle. Ha llegado un momento en que ni siquiera abro las cartas del banco. ¿O es que me van a traer buenas noticias? Son siempre cargos y recibos que me atizan y por eso decido no abrirlas. Las voy apilando encima de un radiador, boca abajo, y pongo sobre ellas el peso de un libro gordo. Cuando hago limpieza las rompo con gusto y las tiro a la basura. Alguna vez, necesitado de acreditar un pago, o curioso por saber un dato, me he tenido que poner a abrirlas y verlas rápido.

El banco sigue siendo una obligación. Tengo vecinos que son también pensionistas y hacen pacientemente la cola en el banco para poner la libreta al día. Esas colas se parecen a las del confesionario, y una penitencia en suma.

La última vez que fui al banco salió el director a saludarme muy amable. Me pidió que pasara un momento a su despacho para, después de cumplimentarme, sacarme los colores por mis números rojos.

—¿Sabe usted, don José, que tiene un descubierto? —me dijo el diligente director.

—¡No me diga! —le respondí.

—Pues sí, mire usted, un descubierto de cuatrocientos y pico euros.

Entonces saqué del bolsillo de la americana mi cajetilla de tabaco. Ese que solo fumo en ocasiones singularmente placenteras o incómodas. Me encendí un pitillo mientras me indicaba que, sintiéndolo mucho, no se podía fumar, que se lo tenían

prohibido y que, por no tener, no tenían ni ceniceros. Y con el cigarrillo encendido me levanté y me marché sin más. Creo recordar que quiso retenerme diciéndome algo así:

—¡Pero no se vaya, don José!

—La última vez me llamaron a casa a las ocho y media de la mañana —contesté sin apagar el cigarrillo—. ¿Se puede llamar a alguien a su casa a las ocho y media? Hoy no puedo ni consolarme con un pitillo. ¡Ea, que no tengo nada más que hablar! —Y me marché a fumar tranquilo, pero tratando de pensar, y con mucha tristeza, en qué tendría que empeñar o vender para salir del apuro.

Estos lances me recuerdan a otro tiempo en que tenía bríos para poder dar un parón al que viene arrollando. Pero ahora no tengo energía y este minúsculo incidente me deja enervado y sin fuerzas. Vamos, que me llevo todo un berrinche con la tontería esta del banco.

En otra ocasión, fue una directora de la caja de ahorros la que me la jugó. Fue cuando lanzaron al mercado las tarjetas de crédito, hace ya unos cuantos años. En aquel momento me pareció una buena idea el tener una tarjeta para cuando tuviéramos un viajecito o alguna necesidad. Anduve mucho tiempo sin disponer de ella, hasta que con motivo de la boda de mi ahijado, Alfredo, aboné los gastos del hotel y algunos otros con la tarjeta. Tuve con él alguna atención, de la que no di cuenta a Teresa porque sabía que a ella —tan buena administradora— no le parecería bien. Pero en esto yo he sido siempre más desprendido y le pagué a mi ahijado su traje, porque tenía yo capricho de hacer bien las cosas. Las mujeres siempre son recelosas de este tipo de dispendios, como cuando un hombre decide invitar a comer a sus amigos. Tengo comprobado que los únicos excesos que la mujer ve con buenos ojos son aquellos que se cometen con su familia. Es condición muy conservadora y partidista la de las mujeres, muy cautelosa y prudente, también.

Llegó el mes siguiente y con él, inexorable, el cargo de la tarjeta de crédito. No quise mirar la libreta de ahorros, no quise mirar a ese negro toro que son las malas noticias de cada mes, fuera lo que fuera.

Ingresé en el banco todo el dinero que tenía y le di la espalda, como siempre. Pero la mala sombra que tengo con los bancos se me echó encima de forma intempestiva y violenta. La directora de la caja de ahorros tuvo la feliz idea de llamar por teléfono a casa y darle a mi esposa el recado completo de mis números rojos. No pudo esperar a hablar conmigo, se lo dijo directamente a mi mujer. Y para qué queremos más, a la hora de comer a Teresa solo le faltó llorar. Creo que mi deuda con el banco ascendía a unas doscientas cincuenta mil pesetas, unos mil quinientos euros de ahora.

Tuve que darle explicación completa a Teresa de por dónde se nos habían ido los dineros de aquella cuenta y me sentí humillado por el hecho de que la directora, Manuela —que así se llamaba—, hubiera tomado el atajo de en medio para reclamar la deuda. ¿No podía haberme puesto unas letras en una carta, no podía haber esperado a hablar conmigo? No. Tuvo que tomar el teléfono para dejar sembrada en casa la

preocupación. Bien sabía ella cómo son las mujeres de asustadizas y responsables con las cuentas.

Vaya ahora reproducida la carta que le mandé a la señora Manuela y de la que me quedé con copia. Después diré cómo saldé mi deuda.

Madrid, a 15 de febrero de 1990

Estimada señora:

El pasado día 11 de febrero acudí a la oficina que dirige para cancelar mis cuentas ante la sorpresa de ver cuál ha sido el procedimiento utilizado para corregir mi descubierto. Como quiera que Vd. no se encontraba en la oficina, no pude manifestarle mi queja más rotunda por haber elegido el camino de alarmar a mi esposa. Sepa que ha traído a mi casa, con sus palabras, un punto de discordia, incógnitas y preocupaciones del que le hago responsable.

Al sentirme requerido de esta forma y dar a entender lo bien que se había portado la caja con nosotros, queriendo con ello hacerme sentir aún más culpable, solamente me queda decirle lo siguiente:

Usted no sabe nada de mí, apenas me conoce, nunca hemos comido juntos. ¿A qué viene denunciar la intimidad de mis números frente a la persona que más quiero y respeto en el mundo? Mi señora no se merece sus favores.

Sin otro particular,

Fdo. José Maseda Castro

Bien sabe Dios que si el director de la caja hubiera sido un hombre me encararía con él. Lo hubiera cogido de la pechera y le hubiera dado un buen mamporro.

Ahora contaré cómo saldé la deuda. Un lunes por la mañana me levanté casi sin haber dormido, tenía urgencia por darle carpetazo a la incómoda llamada de la señora del banco, la dichosa Manuela. Quise hacer poco ruido, me afeité y me arreglé con cuidado, y me acerqué hasta la cama para darle un beso a Teresa.

—Bonita, me voy. Tengo que hacer unas gestiones, como te dije ayer, así que voy

hasta el pueblo para hablar con mi hermano.

Ella se inquietó e hizo por levantarse de la cama. No la dejé, me senté en el borde para decirle que estuviera tranquila.

—Como te dije ayer en la cena, voy al pueblo y lo soluciono. Si me da tiempo vuelvo esta tarde. Pero yo te llamo a la hora de comer, tú quédate tranquila. Ella me hizo caso, porque era su condición la de confiar siempre en mí.

Cogí el coche para hacer el camino al pueblo de mi madre, Rueda, sin saber muy bien qué es lo que iba a poder resolver. Me sentí aliviado al tomar la carretera de La Coruña, que tantos recuerdos me trae. Ha sido la carretera por la que íbamos de niños hasta el pueblo a pasar algunas fiestas con los abuelos. Y ha sido también la carretera que nos llevaba a Teresa y a mí a nuestro veraneo en la ría de Pontevedra. Me sentí, por tanto, despejado de preocupaciones, conforme se iba ensanchando el horizonte. La subida al puerto del Alto de los Leones me provoca siempre la evocación de la proeza; de adentrarme en la Castilla vieja, parca y pura de los ancestros; de sentirme en el camino que se sumerge en la semilla de España. Mi espíritu se iba encendiendo al dejar Madrid atrás y las preocupaciones tan prietas; esas calles que nos impiden mirar más allá y ver que hay vida. Pensaba que si esa señora de la caja de ahorros hubiera tenido a la vista el mar de pinos de la sierra no habría tenido tanta urgencia en alarmar a mi mujer. Era un suponer. Lo cierto es que el sol nuevo iba encendiendo los perfiles certeros de la montaña, el contraste vivo con un cielo azul, infinito. Es ese cielo castellano del que se puede gozar tantas veces sintiendo que crece el alma. Y al pasar el túnel y alcanzar los campos de Segovia, todos mis pensamientos me llevaban a esas tierras y labores que aprendí con mi abuelo. Todos los caminos me parecían conocidos, como si los hubiera hecho acompañando a las mulas aquellas, después de la siega, sin haber envejecido en la memoria, porque esa tierra y esos caminos son — y para siempre— mi propia sangre y mis propios apellidos.

Absorto en estos pensamientos, disfrutando del volante, llegué a Medina del Campo, atravesé feliz su avenida principal, recordando los sitios donde se encontraban los antiguos comercios, algunos que eran de mucho atractivo para los vecinos de Rueda. Y cuando me quise dar cuenta ya estaba llegando. Como no quería asustar a mi hermano y presentarme así en su casa, un lunes a las nueve de la mañana, me acerqué a un bar. Desde allí lo llamé para sacarlo de la cama:

—Ramón, soy yo, Josito —que así me llamaban de niño—, pero ¿qué haces en la cama todavía?

—¿Y tú qué haces llamando tan temprano? —me contestó sorprendido, aunque por el tono de mi voz él sabía que no tenía nada grave que anunciarle y que estaba de buen humor.

—Oye, Ramón, que no podía dormir y me he cogido el coche y estoy en el bar de Vicentín tomando un café con leche. No te quiero molestar, pero ¿por qué no te vienes hasta aquí?

—No, hombre, no. Ven tú a casa que Julia se alegrará de verte. ¿Pero has venido

solo? —me preguntó muy intrigado.

—Mira, hermano, dile a Julia que voy luego a darle un beso, pero ahora tengo ganas de contarte una cosa, nada importante, y pedirte consejo.

Y Ramón, como hermano fiel, se vino al bar de Vicente con toda urgencia. Cuando llegó nos pegamos un abrazo y nos sentamos a tomar un café con leche en vasito, como es costumbre campechana. Me pedí al tiempo un orujo para terminar de entrar en calor y celebrar que tenía a mi hermano delante.

—¿Pero a estas horas te tomas una copa? —me dijo Ramón con tono de alarma.

—No, es solo para disfrutar de haber venido al pueblo de nuestra madre y de que te veo. Mira lo que te quiero contar, Ramón. Tú sabes que con la boda de mi ahijado me metí en unos gastos...

Y así le conté con pelos y señales la llamada de la directora de la caja de ahorros, el apuro que tenía y la preocupación de Teresa.

Ramón, como buen hermano, siempre al socorro de su sangre me dijo:

—Ahora mismo vamos al banco y te llevas el dinero. O mejor, voy yo al banco y tú me esperas aquí. No tengas cuidado. ¡Ah! Y ya me estás cancelando esa cuenta en la caja y te abres otra donde te dé la gana.

—No, si ya tengo redactada una carta que se va a enterar la Manuela. Me ha dolido mucho, Ramón. Es como si a mi mujer le van apuntando la compra que se lleva fiada en el puesto del mercado y un día me ve pasar el dueño y sale del puesto para decirme que mi mujer le debe una cuenta. ¡Oiga, váyase usted a freír espárragos! Pero mira, hermano —le seguí explicando—, yo tengo otra idea que me va a dejar a mí más tranquilo. De la tierra esa que tenemos con los primos pendiente de hacer escritura, te vendo yo mi quinta parte y asunto terminado.

Mi hermano reconvino un poco y no sin razón. Por un lado, sabía que la tierra valía mucho más, pero, por otro lado, no quería quedarse solo en proindiviso con los primos. Yo le tranquilicé, le dije que yo hacía un documento y que cuando se escriturara la tierra ya se lo explicaría a los primos. Era todo lo que podía hacer, no tenía más tierras ni ninguna otra cosa.

Ramón terminó accediendo, me fui con el dinero y dejé a mi hermano un papel bien redactado por el que le vendía mi quinta parte de la tierra. Tan pronto como resolví el triste negocio me despedí de él y de mi cuñada justificando que estaba deseando llegar a Madrid y tranquilizar a Teresa, como era verdad. Les prometí que volveríamos pronto para pasar dos días, pero sabía que me iba a costar cumplir mi promesa. Me iba del pueblo perdiendo el resto último de mi modesta herencia.

Nada más enfilear las largas rectas de aquella carretera, sentí una punzada en el pecho, una amargura de tener que perder así aquellas fanegas del abuelo donde de niño jugaba a segar los orillos del trigo acompañando a la cuadrilla de jornaleros gallegos. Me hinché a llorar en ese tramo tonto del viaje hasta que paré en Arévalo para comer. Allí me consolé con un plato de cochinito, y a un lado otro plato de ensalada y una frasca de vino. De postre tomé un café solo y un pitillo. Siempre me

ha gustado comer de esta forma: el plato principal acompañado de otro plato de ensalada, sin más anticipos ni distracciones.

Después del estimulante almuerzo ya no quería pensar ni mirar atrás, ya estaba hecho. Trabajo me costaría volver al pueblo por mucho que quisiera ir a ver a Ramón e ir a poner unas flores en la sepultura de mis padres.

Al llegar a Madrid, Teresa quiso que le explicara con pelos y señales todo lo que había hecho. Se lo conté hasta que quedó tranquila sabiendo que al día siguiente cancelarían mi cuenta y mi deuda. Aquella noche nos quedamos dormidos en el sofá, cogidos de la mano, viendo la televisión.

* * *

No dejo de preguntarme cómo es posible que me vea yo en esta situación tan modesta. Tan pobre, por qué no decirlo. Hay una frase de Ortega, que se la he venido escuchando a mi admirado Enrique de Aguinaga y que me ha consolado en mi fracaso: «Naufragar no es ahogarse». Es cierto y yo lo sé bien, no me cabe duda de que estos tropiezos míos con el dinero no son más que un fracaso rotundo, pero a pesar de haberme sentido compungido tantas veces por culpa de los aprietos con los números, no he perdido mi dignidad, ni me he abandonado a un amargo resentimiento. Los demás no tienen la culpa de mis males y procuro ser amable y bueno con todo el mundo. Sucede, tan solo, que el camino que tomé, el de ser un simple empleado, no ha resultado nada rentable. Mis extravíos comenzaron mucho antes, cuando hice la guerra, cuando la acabé y cuando me enganché a la nueva guerra, la que para mí duró trece años. Doy por hecho que muchos de mi edad escurrieron el bulto. Yo hice nuestra guerra cuando podía haber esperado a que me llamaran. Pero me fui voluntario antes de tiempo. Al finalizar la guerra me costó mucho volver a enderezar la vida hacia el estudio de una futura profesión. No me dio tiempo a aprobar el ingreso en la universidad. Cuando se formaron los banderines de enganche para la División Azul, me alisté corriendo, pensando que yo no podía perderme aquello, que tenía que estar con mis viejos camaradas del SEU, que tenía que estar con los mejores, los más valientes. En realidad, éramos una juventud envenenada con la idea de la guerra; que nos sentíamos atraídos por ese *modus vivendi* de la milicia, más aún por la vida en campaña. Y luego vino el cautiverio. Entretanto, hubo otros que se encargaron de andar bien lejos de las líneas de fuego; se libraron de hacer nada más que lo justo, y el 2 de abril del 39, al mismo día siguiente de terminar la Guerra Civil, sin tiempo que perder, pondrían como norte de sus vidas el ganar dinero. Algo que, justo es reconocerlo, era tarea bien difícil en la España de los cuarenta. Legítimo es buscar el provecho y afanarse en él. Nosotros fuimos los que nos dimos un garbeo a través de la senda de los años por las quimeras de la guerra, con aquellos ideales tan sonoros de la patria, el pan y la justicia.

Y vivir muchos años también es muy caro. Porque al igual que se agotan las

fuerzas físicas, así también se consumen los dineros, y hace ya un tiempo que se me acabaron los ahorros. Acaso no pensaba yo llegar a los ochenta y nueve años. Siempre imaginé que dejaría sola a Teresa, nunca que enviudaría yo y tendría que hacer esta última y fatigosa etapa del camino tan solo.

Al cabo de unos días de mi escapada a Rueda mi hermano me llamó para hacerme una de las tuyas.

—Oye, Josito, ¿cuándo venís a Rueda? ¡Ah! Y una cosa, hermano, ¿a que no sabes lo que he hecho con el contrato ese tan bonito que me hiciste de la tierra? Pues lo he roto y tú no tienes copia. —Sentí al otro lado del teléfono una gran risotada. Después Ramón continuó diciéndome—: Josito, para eso están los hermanos, ¿no te parece? Por cierto, que no se me olvide, ya estás mandando a paseo a la directora de la caja de ahorros. ¿Me oyes? —insistió él.

—Gracias, hermano, gracias —me limité a decir sin saber qué contestar.

—Nada, hermano, ahora sí que voy a meterle prisa a los primos para hacer la escritura y tú tienes tu tierra aquí, a tu nombre, como hubiera querido el abuelo.

* * *

La vida, aunque fugaz, es muy larga para vivirla sin dinero. Un solo día sin pan es largo, ¿qué no será una vida? Así, la melancolía en la que un hombre queda sumido cuando no sabe cómo pagar sus pocos gastos, ni cómo remediar una situación que se repite cada fin de mes. Tantas veces me da igual saber en qué día vivo. Qué más me da si parece que los días se afanan en hacer cada vez más difícil y costoso poder salir a flote de las deudas. Ya solo me queda vender mi casa, pero quiero resistir como resistí de joven. Si Teresa y yo fuimos capaces de comprar esta casa de la calle Altamirano, pues eso es lo que dejaré yo a los míos.

Estas fatigas se me hacen eternas, pero es verdad que la vida son cuatro saltos; cuatro o cinco saltos de quince años y la vida se ha escapado. Así, cuando miro hacia el pasado veo claramente que, traspasada la etapa de la infancia —que se le hace larga siempre al niño que quiere ser mayor a todo trance—, mi vida fueron esos cuatro saltos que digo. Mi despertar a la vida adulta fue entre bombas, del frente del Ebro al frente del Vóljov; de la guerra española a la guerra europea. En aquel momento nadie hablaba de la Segunda Guerra Mundial, aunque lo fuese. Y después, un cautiverio al que sobreviví porque la providencia así lo quiso. Entonces hubo rachas en que vivir o morir tanto daba. Este fue mi primer salto, de los dieciocho a los treinta y cuatro años, del 36 al 54. Luego vendría la plenitud, mi repatriación a España, mi matrimonio con Teresa y la conquista de la impensable felicidad de vivir con ella y tener un hogar y un trabajo. Vamos a poner hasta el año 70. Pasada esta etapa, vino la de la madurez de mis cincuenta años hasta mi jubilación en 1985.

Luego, esta vejez insospechada y esta triste condición de viudo y de sobreviviente a tantos amigos y seres queridos.

Es curioso que cuando me jubilé en la compañía de seguros ya me sentía mayor. Quizás porque podía haber muerto hacía muchos años. Quiero traer aquí la carta que escribí entonces a quienes tan bien me habían acogido en el trabajo:

Madrid, a 15 de abril de 1985

Queridos compañeros, camaradas y amigos:

Después de más de treinta años siendo uno más entre vosotros, son tantos los recuerdos y agradecimientos que se hace difícil recogerlos todos en una humilde carta de despedida.

Muchos nombres con sus expresivos rostros se me vienen a la cabeza. Algunos de ellos hace mucho que nos dejaron. ¿Cómo no recordar al ingeniero don Marcos de la Dehesa? Ingeniero le llamábamos todos, por mucho que su tarea fuera administrativa en esta casa; a don Ernesto Jaranderes; a Claudio, el viejo Claudio de nuestro abnacén; a Marisol, la siempre atenta Marisol Jaúdenes, secretaria del presidente; a Marcos Gervás, que tanto me ayudó en mis comienzos; y a tantos otros amigos, como digo, porque lo fueron y mucho. Compañeros y amigos que fuisteis de este humilde inspector al que Dios le regaló un puesto en esta compañía que ha sido mi casa. Creedme ahora, os lo pido, que se me saltan las lágrimas de gratitud cuando recuerdo que aquel hombre de treinta y cuatro años, vuelto de Rusia sin otros rudimentos que los de soldado, albañil, peón caminero y labrador —que todo esto hicimos los prisioneros españoles—, extraviado ya para la vida social de un mundo civilizado, fue acogido con cariño y respeto por todos vosotros y por aquellos que nos faltan.

Cumplo ahora mi edad de jubilación y la empresa queda ya liberada de seguir soportando mis manías. Me marcho con la satisfacción de haber cumplido con mi deber de empleado de nuestra empresa. Porque, aunque empleado, la quise y la quiero como cosa propia. Siempre pensé que la suma

de nuestras voluntades y deberes es lo que hace grande a una empresa. Y nuestra empresa, a su vez, ha contribuido a prestar un servicio a la España de prosperidad y paz que hemos conocido.

Por todo, os mando un abrazo inmenso a todos y cada uno de vosotros y os animo a continuar en la labor de asistencia que debemos a la sociedad, con el espíritu de sacrificio y servicio que nos hace grandes.

José Maseda Castro

Injusto me parece, después de una vida laboral tan apañada y de una longeva existencia, no contar con recursos para comprar unos zapatos o hacer un regalo a mis sobrinos. Este es el único lamento que tengo; lo demás lo doy por cumplido y bien empleado. Hoy me veo obligado a volver a las cautelas de otro tiempo, pero sucede que el joven tiene más fuerza para buscar los recursos y para el viejo todo esfuerzo es ya inútil y humillante. ¿Qué puede hacer un hombre de ochenta y nueve años para arañar doscientos euros más? Y eso que doscientos euros no son treinta y pico mil pesetas. Eso lo sabe el mismo diablo. Porque este cambiazco, este timo nacional tan tremendo, nos ha llevado a todos los viejos a la ruina.

—Mire, don José, que ciento veinte euros no son veinte mil pesetas —me decía precisamente Rafael, el portero.

—¿Y qué van a ser si no? —le respondía yo.

—Pues no. Porque veinte mil pesetas, eran... —y hacía una pausa acompañada de un gesto de obviedad— ¡veinte mil pesetas! Y se hacían cosas con veinte mil pesetas. ¡Ya lo creo! Y han pasado qué... dos, tres años, de esto del euro, y dígame usted qué se hace con ciento veinte euros. Llenar el depósito de gasolina y pagar dos comidas.

Entonces yo me callaba, porque no podía más que darle la razón.

Segunda parte
EL AMANECER DE LA GUERRA

VIII

En el verano del 41 había añoranza de guerra. ¿Cómo puede existir añoranza de guerra? Pues así era. A esa conclusión he llegado después de aquellas largas charlas que he venido manteniendo en estas últimas semanas con el viejo comunista, Francisco García, en La Perla, la terraza amable del paseo del Pintor Rosales. Me razonaba Francisco que los mejores años de su vida fueron los de la Guerra Civil. Y tendríamos que bajar la voz para poder decir esto, pero la vida tiene estas luminosas paradojas. Aquel muchacho de veinte años que empezó en la España republicana su instrucción para llegar a ser piloto de guerra era ahora recordado por él mismo con cariño.

—Mira, Pepe, tú y yo sabernos todo lo que vino después. Nuestro cautiverio en Rusia y todo lo demás, pero tengo que decir que el tiempo de guerra que viví en España fui feliz.

—Esto no lo digas muy alto porque nos matan —le advertí en tono de broma.

—Pues fue el tiempo más feliz que recuerdo. Madrid era un hervidero de vida, igual que Levante. De la locura de aquellas fechas te apunto un detalle de cómo éramos de inconscientes: tuvimos que acudir a presentarnos a la Escuela de Aviación de San Javier dos de los aspirantes a pilotos. El compañero era un muchacho de Madrid muy resuelto, tanto que cuando llegamos y nos presentamos en la puerta del recinto, y con la intención de que no nos hicieran esperar, no se le ocurrió otra cosa mejor que decir: «¡Que salga el oficial de guardia! Di que venimos de Madrid y que aquí está el capitán ayudante de campo del general Miaja. ¡Inmediatamente que forme la guardia!».

—¿Pero no me digas que fue capaz de decir eso? —le pregunté incrédulo a Francisco García.

—Pues así fue. Como te lo cuento. Salió un capitán del cuerpo de guardia y al comprobar que no era más que una broma, le arreó un bofetón sin contemplaciones y se lo llevó arrestado. A los pocos días estaba de vuelta en Madrid contando su hazaña en un café de la Puerta del Sol. Después supe que murió en el frente de Teruel como un bravo soldado de infantería. Así de locos andábamos. Y luego estaba aquel idealismo, aquel fervor en la causa, había hasta una ilusión en que la guerra serviría para acabar con las injusticias sociales...

—Pues mira que yo lo veía igual pero en mi Rueda familiar, con la esperanza de que triunfara el ideal de una España unida y de una revolución social y cristiana —le contesté yo, dándome cuenta de que unos y otros podíamos estar buscando lo mismo.

Estos diálogos de La Perla me han hecho pensar que los jóvenes de entonces mirábamos para otro lado cuando teníamos noticia de alguna barbaridad que cometían los nuestros. No queríamos oír ni ver lo que no nos gustaba por miedo a

perder ese entusiasmo que el guerrero necesita. Solo así se puede entender que en el verano de 1941, apenas dos años después de acabada la guerra, tantos españoles acudiéramos con aquella ilusión y alegría a los banderines de enganche para marchar a Rusia. Pero es que del otro lado, en los ejércitos aliados, también hubo muchos españoles combatiendo. Dos Españas que seguirían haciendo la guerra lejos de la patria.

Tengo un recuerdo preciso del momento en el que conocí la noticia del comienzo de la guerra en Rusia. Fue el mocoso de mi hermano Ramón —que andaría por los dieciséis años— el que subió hasta nuestra casa con la noticia. Entró por la puerta dando grandes voces.

—¡Alemania ha invadido Rusia! Esta noche las tropas de Hitler han cruzado la frontera de Rusia.

Mi padre estaba en aquel momento endomingándose para acudir a la última misa de la mañana. Salió de su cuarto con la corbata sin anudar y cogió a Ramón de los brazos para mirarle a la cara.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Te has vuelto loco? —le preguntó, zarandeándole.

—No padre, me lo ha dicho Fernando Urrutia, el compañero de Josito. Un mecánico del palacio de Santa Cruz se lo ha dicho. Dice que Serrano Súñer se ha reunido en la embajada de Alemania esta mañana y que ya es oficial la noticia.

—¡Pon la radio! ¡Pon la radio! —gritó mi padre.

La radio confirmaba la noticia que nos había traído mi hermano:

A las tres de la mañana —y sin previa declaración de guerra— los ejércitos alemanes han cruzado la frontera soviética en toda su extensión.

No tuve paciencia para quedarme en casa escuchando los reiterados mensajes de la invasión. Me eché a la calle para averiguar más cosas y para palpar el ambiente. Quería saber qué se opinaba de todo aquello.

—Oye, hermano, ¿te ha dicho Fernando adónde iba? —le pregunté a Ramón antes de marcharme.

—Pues dijo que iba a avisar a vuestro amigo Paco Agruña, el joyero. ¡Ah! Y que te dijera que tomaría el aperitivo en Ciriaco.

Y con aquel recado que me dio mi hermano me dispuse a marchar. Me despedí dando unas voces.

—¡Pues para allá me voy, madre! Estaré de vuelta para la comida y a ver si les puedo dar más noticias.

Pero mi madre no se quedó conforme.

—¿Y qué más noticias queremos, hijo? —refunfuñó—. ¡Hay que ver lo poquito que te gusta estar quieto en casa! Deberías venir con nosotros a escuchar misa...

Pero yo tomé mi camino de siempre, el del callejeo alegre hacia cualquier sitio. Me metí por el precioso atajo de la plaza de la Paja —la que está debajo de la iglesia de San Andrés— hasta la esquina del palacio de Anglona con la calle Segovia, para subir luego por la calle del Rollo a la de Sacramento y desembocar ya en Mayor, frente a Ciriaco. Estos recorridos por las calles de siempre eran mi vida, ahora tenían un sentido de riesgo y compromiso, lo presentía. Serían mis primeros pasos hacia la guerra.

Pero no sería hasta el día siguiente, el lunes 23 de junio, cuando comenzaron los rumores de que España mandaría un contingente de voluntarios a Rusia. La prensa de ese día era muy escueta porque solamente se despachaba *La Hoja del Lunes*; los demás diarios respetaron —como lo harían durante muchos años— la sagrada jornada de descanso del domingo. Fue un lunes de espera en el que supimos que se habría de reunir el Consejo de Ministros.

De lo que sucedió en aquella reunión de ministros en El Pardo no trascendió nada más que lo que algún editorial del *Arriba* o el *ABC* daba a entender, y era que el gobierno tenía voluntad de facilitar la formación de una unidad de voluntarios. Medio siglo más tarde, Serrano Súñer desvelaría con todo detalle su discusión con el dos veces laureado general Varela. Y es que por aquel entonces muy pocos supieron el grado de enfrentamiento que se produjo entre Serrano Súñer y los generales ministros de Franco. Mientras que Serrano quería que la unidad española fuera una división de voluntarios, el general Varela —entre otros— sostenían que la división debía ser exclusivamente militar. Finalmente, Franco adoptó la fórmula más práctica e inteligente. La que ya se nombraba entre los ministros como División Azul sería una unidad de voluntarios de la que solamente los mandos tendrían que ser militares con experiencia. Sin embargo, los detalles de aquella discusión, dados a conocer medio siglo después por una de las dos partes, son muy elocuentes. En aquel Consejo de Ministros, Serrano le espetó aquello de: «Mire usted, mi general, no diga usted tonterías». Franco comenzó a sacudirle patadas a su cuñado por debajo de la mesa para que se callara. Pero este insistió y volvió a la carga: «Lo que no puede ser es que esta sea una división del ejército español, porque si tal fuera estábamos en guerra con Rusia. Y para mí, la gran habilidad de esta división —¡Dios nos proteja!— es que vean los alemanes que somos sinceros, y que en alguna medida, en la modesta medida de lo que podemos, entramos en vía de acción. ¡Pero no como nación, sino como unos españoles que tienen el derecho a ser germanófilos y a ser voluntarios!». Aún tuvo tiempo el ministro de Asuntos Exteriores de llamar ignorante e irresponsable a Varela. Y yo creo que pocas veces ha podido haber más tensión en un consejo de ministros. Tan grave debió de ser la trifulca que el propio Generalísimo, al día siguiente, reprendió a su cuñado. Así lo ha contado él mismo: «Mira, Ramón, lo de ayer fue tremendo. Vamos a evitar eso, que aquí no nos vamos a enzarzar... Ahora

comprenderéis que los chicos, valerosísimos, españoles de primera..., pero el ejército es una técnica y una disciplina. De eso sabrá alguno, pero esos no saben mandar. La División Azul ya está bien azul, pero ha de estar dirigida, encuadrada, mandada por gente que sepa lo que es la guerra, ¿no?».

Claro que todo esto no lo supimos en aquel momento, pero doy por buena la versión del entonces ministro de Exteriores, Ramón Serrano Súñer.

En la mañana del martes 24 de junio, festividad de San Juan, me llegó la convocatoria verbal de que el SEU se iba a concentrar a mediodía en Callao. Fernando y Paco Agruña me esperaban en los sombríos y frescos soportales de la plaza Mayor, al resguardo del inclemente sol del mediodía. Desde allí —sin tiempo más que para un saludo— salimos ligeros hacia la Puerta del Sol en la búsqueda de la calle Montera. Tras remontar su pendiente alcanzamos el templete de entrada al metro de la red de San Luis. Aquel era un monumento en sí mismo, todo en granito acanalado. Tenía una bella marquesina modernista de hierro y cristal. En aquel emblemático lugar — que la vorágine de los años setenta se llevó por delante— nos habíamos citado con otros camaradas del SEU. No tengo reparo en decir que no sabía muy bien el motivo de la concentración, pero me turbaba la idea de poder participar en una manifestación ilegal. Y es que aquella bien pudo ser la primera manifestación que se hacía desde el año 36. Pero cuando vimos avanzar por la Gran Vía a un grupo de estudiantes con la camisa azul que portaban una pancarta que decía: «Voluntarios falangistas contra Rusia», comprendimos que se estaba pidiendo a gritos el reclutamiento de una formación de voluntarios. Por aquellas horas ninguno de nosotros conocía qué tipo de unidad y qué nombre adoptaría.

La alegría con la que marchaban los primeros manifestantes nos envalentonó a los demás. Echamos a caminar por la Gran Vía y recuerdo que, como un chispazo, me asaltó este pensamiento: «Caminamos por la avenida de José Antonio que durante la guerra fue la avenida de Rusia para reclamar el derecho a luchar contra Rusia...».

Y ahí se terminaban las coincidencias. El tiempo me ha hecho ver que ninguna de las demás cosas que vivimos en aquel mediodía de San Juan fue fruto de la casualidad. Porque aquel encuentro de falangistas había sido preparado con antelación, aunque luego su marcha triunfal arrastrara a los viandantes y curiosos que simpatizaron con la singular reunión.

Ni siquiera sabíamos que el rumbo de nuestros pasos era la Secretaría General del Movimiento en la calle Alcalá, 44. Pero hasta allí llegó la marcha, y tengo que decir que no había un alma en los cincuenta metros que separan los dos lados de la calle. El edificio lucía el yugo y las flechas de color rojo y de un tamaño tal que ocupaba varios pisos. En el balcón del primer piso destacaba la enjuta figura de Serrano Súñer. Tenía ya todo el pelo cano, que peinaba engominado, y con unas profusas entradas que le daban un aire mucho mayor a los escasos cuarenta años que tenía. Vestía el

uniforme de verano del Movimiento, de color blanco, y llevaba puestas unas gafas de sol. Se dirigió a la multitud pidiendo con las manos algo de silencio dado que carecía de micrófono. Yo no pude oír sus palabras, tan solo los gritos de aprobación de la multitud. Pero su arenga quedó, no obstante, grabada para la historia:

—Camaradas, no es hora de discursos, pero sí de que la Falange dicte en estos momentos su sentencia condenatoria: ¡es culpable! ¡Culpable de nuestra Guerra Civil! ¡Culpable de la muerte de José Antonio, nuestro fundador, y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la agresión del comunismo ruso! El exterminio de Rusia es exigencia de la historia y del porvenir de Europa.

En aquel momento únicamente recibí el caprichoso eco que de aquellas palabras se transmitía de boca en boca:

—Se piden voluntarios para ayudar a Alemania —le oímos comentar a uno.

—Un ejército de voluntarios, eso es lo que se va a formar —dijo otro.

Después de la alocución de Serrano se cantó el Cara al sol y se pidió que nos dispersáramos ordenadamente, lo que hicimos la mayoría salvo un grupo de revoltosos que se dirigió a la embajada del Reino Unido para lanzar unas piedras.

Las palabras de Serrano fueron muy comentadas por nosotros. Paramos luego en el café Suizo, en la placita de Canalejas, frente a la calle Sevilla, para picar algo que nos sirviera de almuerzo y allí discutimos si efectivamente se montarían los banderines de enganche. Fernando y yo manifestamos allí mismo nuestra voluntad de acudir a Rusia.

—Yo tengo a mis cuatro hermanos mayores y a mi padre trabajando en la tienda —se lamentó Paco Agruña—. ¿Cómo les voy a decir que me voy a Rusia?

A nosotros en aquel instante no nos pareció motivo suficiente.

De vuelta a casa seguía pensando en las palabras de Serrano, muy bien conocido por la mayoría de nosotros. Era respetado por haber sido el amigo de juventud y estudios de José Antonio. A pesar de aquella estrecha amistad, no había querido participar de la Falange y fue diputado de la CEDA. José Antonio no lo tuvo en cuenta y le nombró albacea en el testamento que escribió, una vez conoció su condena, en la cárcel de Alicante. Y sabíamos también que Serrano arrastraba el dolor del asesinato de sus dos hermanos José y Fernando en manos de chequistas rojos. El odio al comunismo era en él sincero y justificado, sin dejar por ello de ser el hombre templado y moderado que siempre fue.

Nunca supe cómo fue posible, ni por qué fue tan rápido mi alistamiento. Porque no recuerdo ni un solo momento de duda desde aquella manifestación en la calle Alcalá del día 24 de junio. Supe que quería ir y me alisté antes aún de decir nada en casa. Me fui a hacer cola a la avenida del Generalísimo en el amanecer del viernes 27 de junio en que se abrió el cupo. Como siempre he sido muy madrugador, llegué a tiempo.

Luego, es verdad, me he preguntado muchas veces por qué me alisté con esa decisión y contundencia; cómo es posible que no me llegara a imaginar las penalidades que habría de sufrir y los peligros que habría de correr. Seguramente me planteé que aquello no iba a ser un camino de rosas y que podía morir. Pero como sucede con las cabecitas de los jóvenes... ¡Con qué facilidad apartan los pensamientos cautelosos! ¡Con qué facilidad dejan de escuchar a la razón! Así que me vi a mí mismo hecho todo un héroe y ya solamente quería ir a luchar a Rusia.

IX

Sobraban voluntarios para morir. Esta fue otra paradoja mayúscula, otra de las contradicciones de nuestra generación. Se pedía recomendación para ir al frente a buscar la muerte. Este hecho llamará hoy mucho la atención, pero fue verdaderamente así. Fueron muchos los que se quedaron fuera de filas. Se cerró el cupo porque solamente había sitio para una división de voluntarios, esto es, para dieciocho mil hombres. De ellos una parte, los cuadros, fueron ocupados por militares profesionales, también voluntarios. Y la otra parte restante, la tropa, se cubrió por todos aquellos insensatos que corrimos a los banderines de enganche. Se dice que con los que se quedaron fuera se podían haber hecho otras dos o tres divisiones, es decir, todo un cuerpo de ejército. Y estoy seguro de ello. Por eso mismo se vivió esa tensión y ese miedo a no conseguir formar parte de la División Azul. Fueron muchos los que intentaron falsear su edad o su estado civil, muchos los que buscaron un enchufe, muchos los polizones, tal era el ansia por ir a luchar en Rusia. Porque todos sabíamos que allí se iba a luchar y a morir. También es cierto que existía la creencia de que podíamos llegar tarde porque la Wehrmacht tomaría Moscú en pocas semanas, y no queríamos ir de comparsa.

Tal era la fiebre guerrera de aquellos días del alistamiento y de los días de viaje e instrucción, que no se hablaba de otra cosa que del destino de cada uno. Todos querían estar en unidades de primera línea. Aquellos que habían quedado encuadrados en unidades de transmisiones o de sanitarios se disculpaban diciendo que era lo único que les habían dado. A las pocas semanas todos cambiamos de opinión sobre nuestros destinos, porque el frente ofrecía otra visión de las cosas. Pero, en cualquier caso, nadie regateaba en riesgo. De hecho, cuando ya estábamos en el frente, siempre había voluntarios para enlaces, descubiertas y otras tareas peligrosas. Se puede decir que el espíritu de aquella división era de un ardor y una entrega sin límites que solo se puede entender por ese amor a España tan vivo y generoso.

Me mandaron al cuartel del Infante Don Juan, que aún se encuentra aquí al lado de mi casa, en el paseo Moret. Allí se congregó toda una juventud espléndida, animosa e inconsciente. Baste decir que en la segunda compañía del Grupo Antitanques 250 que allí se formó estaban personajes como Agustín Aznar, Álvaro de la Iglesia, Dionisio Ridruejo, Enrique Sotomayor... Es verdad que aquella élite del SEU cayó en la misma unidad y en aquel cuartel, y los que por allí andábamos llegamos a pensar que aquel iba a ser un batallón literario de poetas soldados. Pronto advertimos que el cuartel del Infante Don Juan no era una representación de España ni de sus

voluntarios, acaso era —eso sí— esa munición de poesía que debe alimentar cualquier revolución. Eran muy necesarios todos aquellos hombres de espíritu entre los que nos sentíamos crecer y madurar.

Luego supe que entre los militares de carrera ocurría un curioso fenómeno. Muchos eran los que se ofrecían para la división, pero el número de suboficiales, oficiales y jefes era muy limitado. Muchos de ellos querían conseguir los ascensos que la contienda podía suponer o quizás un reconocimiento posterior por haber estado en la división; y probablemente muchos soñarían con la concesión de alguna de las condecoraciones que solo se pueden obtener en campaña y por actos de excepcional valor, la Medalla Militar Individual y la Cruz Laureada de San Fernando.

Según escuché después a varios oficiales, de entre ellos al capitán De Andrés, en el seno del ejército se solicitaba una confirmación por escrito de la voluntad de incorporarse a la división. A las primeras de cambio todos decían que sí, pero hacía falta recibir una confirmación inequívoca por correo —más sopesada— de tal decisión. A los casados con hijos se les trataba de descartar, aunque no siempre era posible y hubo muchos que simulaban que eran solteros. Los que finalmente entraron en la división se sentían unos afortunados, ya fueran del primer contingente o de su relevo. Luego Rusia nos rebajaría a todos esa euforia.

Recuerdo las conversaciones que teníamos antes de confirmarse nuestra condición de miembros de la División Española de Voluntarios, que así se llamó oficialmente. Mi amigo Manolo del Barrio me decía nervioso que si le cogían era como si le hubiese tocado la lotería.

—Si me cogen me dan la alegría más grande de mi vida.

Otros iban musitando sus dudas:

—¿Tú crees que nos cogerán?

Y entre esas cavilaciones se iban apurando los días de aquella tensa y feliz espera, sin mayor obligación que soñar.

El alistamiento de mi gran amigo Fernando Urrutia fue, como el de otros muchos, al escape. Una espantada en toda regla del hogar familiar. Por no decir, no dijo ni que estaba haciendo la instrucción.

Recuerdo que, entre risas, escuchábamos —algún tiempo después— su relato de cómo dijo en su casa que se iba a Rusia. Contaba él —y no se cuánto había de verdad en ello— que una semana antes de nuestra marcha, un domingo por la tarde, a la hora del café, soltó en casa, para asombro y desconcierto de su familia, aquello de: «Dentro de unos días me voy a Rusia». Su padre se atusó su gran bigote rubio, uno de aquellos bigotes de rizadas puntas de principios de siglo, y le preguntó:

—¿Y qué se te ha perdido en Rusia, hijo?

—Pues a mí nada. Vamos a hacer la guerra al comunismo. Vamos a devolverle la visita a Stalin.

Y su padre calló mientras su madre lloraba y reconvenía diciendo que eso no podía ser. Pero Fernando se despidió a medias —él nunca se despedía del todo— y ya no volvió por casa. Eso sí, mandó un recado a su madre para decirle que era cosa de un par de meses y que no se preocupara.

Pero para Fernando Urrutia Rusia fueron casi dos años de campaña, y no dos meses, como él había prometido a los suyos. Volvió —eso sí— sin un rasguño y con el mismo ánimo con el que se había marchado. Padeció algo de frío, porque era enjuto como un junco, pero pronto lo pasaron al cuartel general, en Grigorowo, donde supo sacar partido a sus habilidades de su antiguo destino en la Armada, pañolero. Lo que quiere decir jefe o responsable de almacén. Allí se encargó de llevar cuenta del material y disfrutó de su oficio sin llegar a sentir las mordeduras amargas de la guerra. Así resultaba que, de los que íbamos a la guerra, unos la veían desde la barrera, distante varios kilómetros del frente, mientras que otros sentíamos caer los morteros a unos metros y padecíamos un frío infernal en aquellos ratos de guardia que llamábamos los puntos o cuartos de guardia.

Fernando y yo éramos viejos amigos de Madrid. Él vivía en la calle San Agustín, muy cerca de la plaza de las Cortes, así que, sin ser vecinos del todo, estábamos a un paseíto de quince minutos. Los que lleva subir la Carrera de San Jerónimo hasta Sol y bajar desde la plaza Mayor, por los soportales de la calle Toledo, hasta la calle Latoneros, Puerta Cerrada, la Cava Baja y enfilarse desde el mercado de la Cebada mi calle, la Carrera de San Francisco. Ese recorrido nos lo hicimos mil veces, uno al encuentro del otro; o el otro acompañando a uno en nuestras retiradas nocturnas. A aquel trayecto le sacábamos también todas las variantes de nuestra conveniencia de vagantes. ¡Qué deleite aquel de los años mozos de pasear sin reparo, extraviando el rumbo!

Por aquellos años había salido una novela de César González Ruano que se titulaba *La alegría de andar*; en este título me sentía reconocido.

A veces le dábamos dos vueltas a la plaza Mayor por el puro gusto de rondar por allí; o nos subíamos hasta la calle Zaragoza para saludar a nuestro camarada el joyero, Paco Agruña. Le dirigíamos un saludo breve y una consigna, sin mayor distracción, porque aparecía por allí su padre, el gallego don José, y disolvía la reunión con una sola mirada. Pero nos había dado tiempo para citarnos en Lhardy y tomarnos una media. Así llamaban ellos a la combinación de una mitad ginebra con otra mitad de vermú, el acompañamiento original de la casa a la hora del aperitivo. Tanto Fernando como Paco eran muy exquisitos para estas cosas, y aunque a su esnobismo le hubiera gustado por entonces entrar en el comedor de Lhardy, su bolsillo no daba para más que aquella copa.

Y de esos rodeos y vagancias teníamos una interminable carta. Porque ese manojito grande de calles eran todo un abanico de ofrecimientos a la distracción. Había vida amena y agradecida en aquel Madrid de a pie.

El caserón principal de la calle San Agustín en el que vivía Fernando albergaba a

una familia, la suya, que en nada se parecía a la mía, ni a la de la mayoría de los jóvenes. Ellos eran una burguesía descreída y elegante que no parecía sufrir ni padecer. El hermano de Fernando no le iba a la zaga en aquella forma tan desapasionada de vivir.

—Cuéntame cómo es lo de Rusia y si eso me apunto al próximo relevo —le dijo a Fernando como el que va a pedir informe al hermano mayor sobre el hotel de veraneo. Pero así eran estos madrileños que arrastraban un fuerte acento navarro, del valle del Baztán. Navarros finos, algo afrancesados en sus gustos y que resultaban simpáticos y agradables para todo el mundo. Nunca escuché a nadie hablar mal de ellos.

Y fue Fernando el compañero primero de aquella verbena que parecía el cuartel del Infante Don Juan. Las marchas hasta El Pardo parecían toda una guasa, porque, a pesar del calor y de los veinte kilómetros que nos echábamos, eran toda una tarde larga de chistes y ocurrencias sin tregua. Fueron días de ilusión por demostrar al mundo de lo que éramos capaces los españoles; por demostrar a todo aquel que nos conocía que nosotros podíamos ir adonde fuese por defender nuestro ideal; y, por qué no, por demostrarnos a nosotros mismos que éramos capaces para el valor y la entrega, como lo habían sido nuestros jefes, José Antonio, Ramiro Ledesma, Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda..., muertos todos en nuestra contienda.

Hoy se hace difícil entender aquella ilusión, pero fue cierta y absolutamente sincera. En nosotros resonaban los ecos de aquellas voces primeras de amor irrevocable a España y de denuncia de la injusticia social. Ese eco inextinguible en el pecho del joven nos llevaba a cualquier propósito. Vivíamos en la ensoñación de pensar que aquella España soñada se podía construir. Y lo hacíamos sin pensar que pudiera haber otros destinos de servicio a la patria fuera de aquellos de la milicia. Así éramos los jóvenes de aquella época: nos ofrecíamos para aquel servicio de riesgo que era la guerra, sin pensar que habría un mañana en el que habría que servir a España desde la universidad, los hospitales, los talleres, las direcciones provinciales, las empresas... Quizás es que aquello ya no nos parecía servir sino remar cada uno por su cuenta. Y también en eso estábamos equivocados. Hoy ya nadie habla de servir, ni a España ni a nada.

X

Mi despedida fue triste. Del puro dolor de ver marcharse a su hijo al frente, mi madre, no pudo —ni quiso— salir de casa durante días. Mi padre, a su vez, estuvo grave conmigo cuando consiguió tenerme enfrente, ya a solas, sin que mi madre estuviera presente.

—Hijo, ya no es solo que hay que sobrevivir a esa guerra, es que luego te costará mucho hacer una carrera. Nuestra guerra ya te costó el ingreso en la universidad y ahora que lo tienes cerca te vas a complicar la vida. Aún tienes tiempo para decir que no vas.

Mis explicaciones fueron muy parcas.

—Ya se ha alistado todo el SEU de Madrid. Hasta el alcalde de Ceuta, Ochoa; un catedrático de derecho internacional, Castiella; consejeros nacionales como Agustín Aznar, Dionisio Ridruejo, Enrique Sotomayor... —le dije yo a mi padre con intención de justificar mi alistamiento.

—¿Pero no te das cuenta de que esos tienen la vida resuelta, que tienen todos cargos públicos? ¿Qué tendrás tú que ver con ellos?

—Es una oportunidad, padre, para que España haga historia —recuerdo haberle dicho.

—¡Es una oportunidad para perder la vida y una oportunidad para que perdamos a nuestro hijo!

No pudo evitar mi padre el llanto y le abracé con todas mis fuerzas. Pocas veces había visto yo soltar una lágrima a aquel hombretón castellano que estaba hecho a las dificultades.

—¡No llore padre que esto se pasará pronto y cuando nos queramos dar cuenta estaré de nuevo agarrado a los libros y trabajando en la tienda! —Traté de consolarle.

Los días transcurrían llenos de ilusión. Cada mañana nos despertábamos con una noticia nueva sobre la formación de la División Española de Voluntarios. Los amigos nos acercábamos al café Comercial de la glorieta de Bilbao, donde se había formado un buen ambiente de jóvenes voluntarios. Nos sentíamos los españoles más valientes y admirados. Había muchachos que no sabían qué hacer para conseguir entrar en la lista. En Madrid los banderines de enganche estaban desbordados.

Para nuestro ánimo exaltado no existía otro pensamiento que no fuera el de partir con los camaradas hacia Rusia. No hubo en esos días otra ocupación que no tuviera que ver con nuestros preparativos para partir.

No obstante, yo me sentía culpable de la tristeza que había llevado a mi casa. Por eso trataba de parar poco por allí y de eludir las horas de reunión. Anduve —como

muchos camaradas— escondido de los míos; entrando y saliendo de casa para hacer mero acto de presencia; yendo a dejar o coger alguna cosa y dar un beso a mi familia. Teníamos en el cuartel del Infante Don Juan un régimen muy atípico, con amplia dispensa para no pernoctar en él.

Uno de los primeros días de julio comenzamos la instrucción en el patio de armas y de allí nos llevaron a formar a la Ciudad Universitaria, que, por aquel entonces, mantenía la imagen viva de la batalla de Madrid. Con zanjas formadas por las viejas zigzagueantes trincheras y los esqueletos de los edificios en ruinas, restos de lo que un día fueron la Escuela de Agrónomos o la Casa de Velázquez. Desde aquellas explanadas marchamos por la carretera de La Coruña con el ímpetu con el que un joven comienza una excursión al campo. Caminábamos en dirección a la vaguada que forman las lomas del club Puerta de Hierro al toparse con el río Manzanares, para tomar la carretera de El Pardo. Bien pronto los sargentos nos tuvieron que llamar la atención.

—¡Que no vamos de romería, que esto es instrucción, coño! ¡Silencio y vista al frente!

Un sargento canario que se llamaba Gustavo me canturreaba, más que gritarme:

—¡Y van dos, Maseda, y van dos...!

Dos llamadas de atención que se quedaban en nada.

Pero el ánimo de enmienda duraba un cuarto de hora sin que los mandos pudieran hacer nada. La ida y la vuelta hasta el pueblo de El Pardo —que era todavía municipio independiente— no nos pesaba demasiado en nuestras alegres piernas.

Por fin llegó la mañana del domingo 13 de julio de 1941. Era la fecha elegida para emprender la marcha hacia la guerra. Caminamos muy temprano por las calles de la ciudad somnolienta que parecía disfrutar complacida con las horas más frescas de un día de descanso. El tren partiría de la estación del Norte con dirección a Irún. Mi despedida fue triste y medio furtiva. Fui a casa para abrazar a mis padres y hermanos. El abrazo que le di a mi madre fue doloroso porque yo era consciente de que mi marcha significaba una cierta traición a su corazón. Ella pudo comprender mi rabia y mis lágrimas. Así tuve que salir con urgencia hacia el cuartel. Este recuerdo lo tengo bien olvidado y sustituido por aquel otro del reencuentro. Aunque no conviene hacer inventario de amarguras, aquella fecha está grabada en el alma. ¿Cómo olvidar ese día si tuvieron que pasar trece años hasta que pudiera volver a mi Madrid?

Sería la hora de comer cuando las compañías de voluntarios entramos en la estación entonando el Cara al sol. Un mar de brazos extendidos nos saludaban y rugía aquel público que llevaba horas esperando este momento. Allí formamos, en el andén, frente a los vagones que habrían de alejarnos de España, y ante las autoridades que nos revistaron. Escuchamos las palabras de Serrano Súñer que me parecieron muy ajustadas a lo que todos nosotros sentíamos:

—¡Camaradas! ¡Soldados...! En los momentos de vuestra partida venimos a despediros con emocionada alegría y con envidia, porque vais a vengar la muerte de nuestros hermanos; porque vais a defender los destinos de una civilización que no puede morir; porque vais a destruir el sistema infrahumano, bárbaro y criminal del comunismo ruso. Vais a contribuir a la fundación de la unidad de Europa, y también, sangre por sangre, amistad por amistad, a devolver a los grandes países que nos ayudaron en nuestra lucha... —las aclamaciones a Alemania e Italia interrumpieron las palabras de Serrano—. Y fijaos bien que esto quiere decir, además, que vais a combatir junto a las mejores tropas del mundo. Pero estamos seguros de que conquistaréis para España la gloria de igualarlas en espíritu y valor...

Los aplausos fueron tremendos. El tumulto era tal que nos costó embarcar. La máquina tuvo que avanzar con extremo cuidado, pues había gente que se cruzaba o que invadía las vías. Hasta el momento antes de partir sentíamos pisadas de espontáneos que se habían subido al techo de los vagones para presenciar la despedida. Cuando el tren atravesó el puente de los Franceses todavía se escuchaba el rugir de aquella multitud que parecía querer viajar con nosotros. Nos seguíamos peleando por asomar la cabeza a la ventanilla cuando estábamos ya bien lejos de Madrid. Dentro del vagón la juerga era terrible y no acabó hasta que se hizo de noche. El coñac había consumido nuestras fuerzas.

Fernando Urrutia parecía no darle importancia a nada. En aquel tren que se dirigía hacia Irún bebía o se echaba en un rincón a dormir con la misma indolencia. Yo, sin embargo, bebía el coñac sin saborearlo ni disfrutarlo, sencillamente porque corría por los vagones y había que beber. Pero me incomodaba que se me subiera a la cabeza. Tampoco tenía todavía la facilidad para echarme a dormir en cualquier sitio y a cualquier hora. Los gritos y las bromas sin tregua me terminaban cansando. Claro que después de llevar varios días en el tren la tropa se serenó y se fue apaciguando. Hasta entonces, qué disparates no éramos capaces de hacer.

A Fernando solamente le preocupaba poder tener tiempo de saludar a los tíos suyos que vivían en Irún. Qué sorpresa más grande recibimos cuando nos dejaron bajar en Irún y pudimos dar una vuelta. Allí estaba la hermana de su madre que era toda una señora, morena, alta y elegante, una gran dama del norte. Con esa distinción propia de San Sebastián, de un aire parisino que parece que llega tan solo hasta esa cornisa cantábrica. Su marido era un industrial de Irún con la llaneza de un labrador castellano y espléndido como buen vasco. De sus hijas —que eran cuatro— prefiero ni acordarme, porque eran todas guapas, amables y podía uno perder la cabeza. Pero es que luego estaban sus amigas, todas chicas educadas y elegantes de entre diecisiete y dieciocho años.

Dada la hora temprana, de amanecida, nos invitaron a tomar un chocolate caliente que nos sentó muy bien. La tía de Fernando le cogía de la mano y le decía:

—La abuela (creo que decía *amachi*) quería venir, pero no la hemos dejado, se emociona mucho y se acuerda de tu tío Martín.

En esos momentos todos los que estábamos allí guardamos silencio. Suponía yo que el tío Martín era uno más de los caídos en nuestra guerra.

—Dile a la abuela que en dos meses estoy de vuelta y nos tomamos todos el chocolate aquí mismo —la consoló Fernando.

Fue cierto que Fernando volvió a Irún y se tomó el chocolate con su abuela, sus primas y sus tíos. Era un hombre de suerte.

* * *

Cuando recuerdo aquel tren de Irún repleto de alegres voluntarios pienso también en ese bulo tan difundido en todos estos años y que ha consistido en decir que a la División Azul fueron muchos obligados. No conocí, en el tiempo en que estuve en la división, a ningún soldado que hubiera venido obligado. Y hay que decir que los motivos de alistamiento fueron muchos y no todos comprensibles. Allí se mezclaron todas las Españas para formar un universo nómada sujeto a las ordenanzas militares. Solo los que estuvimos allí sabemos del pálpito que latía debajo del uniforme. También acudieron al llamamiento de la División Azul otro tipo de aventureros, buscavidas o desesperados que creían encontrar un destino donde poder comer; o despistados, como en el caso del pastor de Boadilla que venía en el tren con nosotros. Pero no oí hablar de obligados. José Linares, voluntario más tardío para uno de los reemplazos de relevo, contaba que a él le designaron a dedo en su destacamento de regulares en África, pero también decía que podía haberse negado. Que hubo compañeros suyos que se negaron y allí se quedaron, aunque con una mili nada favorable. Pero se quedaron.

No quiero yo rebatir que pudo haber mandos que quisieran alistar con alguna coacción a su tropa y que algunos casos se dieron. Pero de ahí a rechazar el carácter voluntario de la División Azul, son ganas de quitarle la gloria, la admiración y el respeto que nos ganamos en el campo de batalla.

Porque nosotros nos hicimos con el respeto y la admiración de todos los que nos conocieron. En primer lugar, el de los camaradas alemanes, a los que en pocas semanas les desmontamos sus prejuicios de raza. En segundo lugar, el del enemigo, que reconoció siempre haber sufrido grandes pérdidas en comparación con las que nos infligieron, y cuyos prisioneros fueron generalmente muy bien tratados. Y, en tercer lugar, el respeto y el aprecio del pueblo ruso que convivió con nosotros. Ni lo sometimos, ni se le obligó a trabajar, ni consentimos que pasaran hambre. Esta es la verdad y lo demás son zarandajas y ganas de hacer daño.

A pesar de todo, la pretendida espontaneidad de nuestra división ha quedado desmentida por sus propios mentores. Tardé muchos años en conocer los detalles de cómo se urdió aquella propuesta española de participación en la guerra de Rusia. Solo

tuve que leer algunas de las cosas que escribieron Serrano Súñer y Dionisio Ridruejo y que se publicaron a finales de los setenta cuando ya había muerto Franco.

En el otoño de 1978 me regalaron un librito que se titulaba Los cuadernos de Rusia, de Dionisio Ridruejo. Al comienzo de la segunda página —es decir, nada más pegarle el primer bocado al libro, casi sin tiempo para reaccionar—, leí lo siguiente: «La víspera de la declaración de guerra de Alemania a Rusia, nos reunimos a comer en el Ritz Ramón Serrano Súñer, Manuel Mora Figueroa —¿acaso otra persona más?— y yo. Serrano expresó del modo más concreto su decisión de formar un cuerpo expedicionario de voluntarios para pelear contra Rusia en el mismo momento en que la guerra —que él estimaba próxima en el plazo de pocas semanas— estallase».

Lo que significa que todo estaba ya en la cabeza de Serrano, quien por su condición de ministro de Exteriores no podía ser más explícito con respecto a la fecha del comienzo de la guerra contra Rusia. ¿Y quién sería el cuarto comensal del que Ridruejo solo apunta su presencia? ¿Por qué no nos dice quién era? Esa intriga que quedó prendida en mí como uno de esos alfileres que, con una banderita, señalan un punto en el mapa, como un hito en la memoria, me hacía siempre recordar que toda nuestra espontánea reacción —la de los voluntarios— estaba ya prevista en los laboratorios del palacio de Santa Cruz y del Pardo.

* * *

Aquel tren dejó atrás el último barrio de Irún y se dispuso a cruzar el río Bidasoa. Contemplé por un momento la isla de los Faisanes, que es un islote formado por tierras de aluvión y que comparten amistosamente Francia y España. En medio del puente los guripas comenzaron a echar las monedas de calderilla al río. Quien más y quien menos debió de sentir que algo le mordía en las entretelas de su corazón; dejábamos atrás España, quién sabía si no era para siempre.

Hendaya se nos apareció con el ambiente castrense alemán con el que conviviríamos hasta que iniciamos nuestra marcha al frente. Se puede decir que estuvimos bajo la tutela de los alemanes desde que entramos en Francia hasta el momento en que terminó nuestra instrucción e iniciamos desde Polonia nuestro camino hacia la guerra. Nunca estuvimos cómodos con aquellos severos tutores que, sin embargo, no tenían potestad para corregirnos. Siempre los españoles estuvimos sujetos a nuestras ordenanzas.

Nuestro estreno francés en la Wehrmacht no pudo ser más humillante. En Hendaya nos bajaron del tren para llevarnos a un desolado pabellón en el que nos obligaron —sin atisbo de delicadeza o discreción— a que nos desnudásemos. Nuestros cuerpos y nuestras ropas fueron desinfectados por una temporada.

El resto de nuestro viaje hasta el campo de instrucción en Baviera, Grafenwóhr, y nuestra estancia allí no me dejaron un especial recuerdo. Tan solo la satisfacción por vestir el uniforme alemán y la urgencia que teníamos todos por llegar a Rusia.

Pero cuando en Grafenwóhr nos entregaron el equipo, vivimos una de las jornadas más divertidas de toda la guerra. Algunos de nosotros, viejos guerreros íberos, habíamos sido en nuestra guerra el equivalente a esos *mujaidines* que llevan por todo equipo un Kalashnikov. Habíamos hecho la guerra en alpargatas, con una manta al hombro, una navaja y un fusil. No obstante, los alemanes nos dieron un uniforme que —justo es decirlo— superaba en prestancia a cualquier otro. Y eclipsaba a aquel disfraz nuestro de soldado con el que salimos de España. Ya que a ninguno de nosotros nos había gustado aquel remedo de uniforme que era toda una sinfonía de colores: el caqui de los pantalones abombados y el color marrón de la chaqueta, el azul mahón de nuestra camisa falangista y el rojo de la boina de requeté. Los camaradas del SEU llamábamos «el tomate» a aquella boina y nos la dejábamos olvidada adrede en cuanto se prestaba la ocasión. Por eso, la nueva uniformidad del verde grisáceo de la Wehrmacht nos satisfizo a todos.

Hicimos, eso sí, lo que hemos hecho siempre los soldados españoles, que es eso que se puede llamar personalizar el uniforme. Cualquiera que contemple las viejas fotografías comprobará que no hay dos soldados españoles que fueran vestidos de forma idéntica. El que no le ponía un escudo del SEU en el bolsillo izquierdo de la guerrera, le colocaba un emblema de la Legión en el lado derecho; si uno llevaba siempre pasador, el otro se ponía todas sus medallas... Y así también hacían los oficiales y jefes.

Comenzó ese día del estreno de nuestro uniforme alemán la singular versión española. De la guerrera Feldbluse que cada uno ornamentaba, como hemos descrito, a su manera, sacábamos por fuera, para que asomara de forma ostensible y descarada, los cuellos de la camisa azul. No lo hacíamos así todos, con lo que el aspecto que dábamos era de una deplorable falta de uniformidad y consonancia. Ni siquiera hubo acuerdo en el uso de aquel cinturón que llevaba la inscripción de *Gott mit uns* (Dios con nosotros), pues unos lo llevábamos encima de la guerrera y otros no lo llevaban. En fin, un cuadro.

El equipo que nos entregaron a cada uno de nosotros era una colección de prendas, cepillos, estuches, cremas, correajes, útiles para la comida... que nos causó asombro. Algunos, sin embargo, se sintieron hartos desde el principio y se fueron deshaciendo de lo que menos les convenía. Se comieron el primer día las conservas que llamamos «raciones de hierro» y que eran unas latas que debíamos reservar para consumir en condiciones extremas de falta de avituallamiento. Las mascarillas de gas también fueron sacrificadas pronto.

La ropa interior que nos dieron estaba diseñada para soldados de más de uno ochenta y noventa kilos de peso. Las chanzas y risas que provocaron aquellos disfraces hicieron de aquella jornada una gloriosa fiesta de carnaval.

Por lo demás, Grafenwóhr fue solamente un campo donde tratamos de templar nuestra impaciencia por llegar a la auténtica guerra.

Nuestro general, Muñoz Grandes, comprendía la situación. Asumió que aquella

unidad de voluntarios no iba a poder ser una división motorizada y que aquellos miles de estudiantes habían de curtirse en el manejo de las caballerías. La nuestra era lo que se llamaba una división hipomóvil, y nos fueron entregados hasta cinco mil caballos. Por todo ello decidió que era mejor echarse a andar por las carreteras y caminos de Polonia en dirección a Rusia. No le convenía a nuestro espíritu, noble y guerrero, un parón tan largo.

El 31 de julio, en una mañana gris de fina lluvia, formamos en una gran explanada, sobre la hierba mojada, y después de desfilar, juramos fidelidad al Führer en la lucha contra el comunismo. Fue la respuesta que le dimos al general Muñoz Grandes cuando preguntó:

—¿Juráis por Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al comandante supremo del ejército alemán, Adolf Hitler, en la lucha contra el comunismo y combatir como valientes soldados, dispuestos en cualquier momento a sacrificar vuestras vidas en cumplimiento de este juramento?

Los que habíamos ido allí para hacernos soldados del ejército alemán juramos luchar hasta morir si fuera preciso y gritamos creando un eco resuelto e inmenso:

—¡Sí, juramos!

—¡Voluntarios españoles! ¡Soldados de honor de mi patria...! Ante las banderas gloriosas de Alemania y de España habéis jurado morir antes que permitir que el bárbaro bolchevismo continúe su obra de odio y destrucción que ha ensangrentado ya nuestra patria y que hoy trata criminalmente de imponerse en toda Europa. Frente a este sistema brutal y materialista que el heroico poderío del ejército alemán está destruyendo en la mayor batalla conocida hasta ahora, vosotros, voluntarios españoles, os habéis alzado gallardamente... Lo único que deseáis es destruir a este monstruo, este azote de la humanidad, en su propia guarida. Allí, en las estepas siberianas, junto a las alemanas, algunas modestas tumbas españolas salpicadas de sangre joven proclamarán al mundo entero la hermandad de nuestros pueblos... Decid al Führer que estamos dispuestos y a sus órdenes. Decidle que hemos prestado el juramento y que mi gente cumple lo que jura.

Hoy pueden sonar aquellas palabras demasiado grandilocuentes, pero entonces las sentíamos verdaderas y además servían al empeño de nuestra división, para que no amainara el espíritu de lucha y sacrificio.

Volvimos a subir a los trenes de la guerra, esta vez ya con largos vagones cargados de munición, piezas de artillería ligera y aquellos miles de caballos desnutridos y rebeldes que nos entregaron. Para que alguien se haga una idea de lo que costaba movilizar aquella división baste decir que hicieron falta más de cien trenes que se fueron cargando a lo largo de una semana. Al cabo de un mes en Alemania, salíamos por fin hacia nuestra manumisión guerrera. Queríamos hacer la guerra para Alemania, pero a nuestra forma. Este era el sentimiento de la mayoría de nosotros, que no extrañamos a los instructores alemanes.

XI

... los niños hechos hombres en un estirón de pólvora.

LUIS SANTA MARINA.

En las largas jornadas de marcha hasta el frente hice amistad con un muchacho de Arganzuela, Miguel Ángel Barrero. Era un hombre de mi edad, algo grueso, muy fuerte y moreno. Se anunciaba en su frente una prematura calvicie. El conjunto de sus rasgos era muy afortunado, de una geometría que recordaba a un busto clásico. Lo que más destacaba en él era su abrumadora simpatía y su sonrisa, de la que asomaban unos dientes muy blancos y muy bien formados. Juntos hicimos buena parte de aquella titánica marcha. Fueron treinta días de sufrimiento resignado, una marcha a pie de ochocientos kilómetros, desde la población polaca de Suwalki hasta las cercanías de Vitebsk, ya en Rusia. Teníamos que soportar el peso de la impedimenta y un esfuerzo constante. Marchábamos desde el amanecer, haciendo un breve descanso a cada hora, y así podíamos aguantar doce horas seguidas de camino, complicado por los frecuentes embotellamientos, las contraórdenes, los problemas con las caballerías y los atascos en el fango. Pero hubo buenos momentos, como aquellos en que, bajo la lluvia, debajo de nuestro impermeable, con la cara bañada en sudor y agua, alguien arrancaba del fondo de su ser una voz que llamaba a los demás: Yo tenía un camarada... y todos nos poníamos a cantar con fuerza. Había otros cantos que se iban componiendo entre los guripas más ingeniosos: «Si nos hacemos los suecos tomaremos todo Marruecos. Aunque es mucha su arrogancia, tomaremos toda Francia...». Algo teníamos que inventar para poder soportar treinta días de marcha, que se dice pronto. Las acampadas ofrecían ocasión para cierto disfrute, como aquellos ratos alrededor de la lumbre, por la noche. Entonces siempre brillaban los espíritus animosos que alrededor de cada hoguera eran capaces de hipnotizar a los demás con el relato de una película, una novela o el recitado de versos de nuestro teatro de Calderón o Lope. Y resultaba asombroso cómo los que más se deleitaban con esos pasatiempos culturales eran los chicos más humildes. Como el gitano Gamero, el pastor de Boadilla del Monte, Braulio, y otros nobles espíritus que no desperdiciaban ni una chispa de aquellas clases. En ese clima brillaron los camaradas más cultos del SEU y aquellos camisas viejas que podían referir envidiables anécdotas de los años clandestinos. Y recuerdo muy especialmente a Vicente Gaceo del Pino, al que todos le preguntaban para que contara anécdotas vividas al lado de José Antonio. Era muy querido y admirado, porque decían que había sido uno de los amigos preferidos de José Antonio. Luego, para rematar la noche, hasta aparecía una guitarra y se cantaba algún fandango.

Fueron noches de auténtica hermandad bajo las estrellas. Sentíamos que

estábamos cumpliendo con nuestro ideal de vida, que aquel era nuestro sitio, «al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas».

En una noche que se iba haciendo alrededor de una hoguera, acampados en el calvero de un frondoso pinar, recibimos el testimonio de aquella voluntad que teníamos muchos. Fueron las palabras de Enrique Sotomayor, uno de los hombres más queridos y llorados de la división:

—Camaradas, así, sin falsas retóricas que a nadie agradan, muchos de los que aquí estamos hemos de morir en el frente. Si nuestro sacrificio es estéril y después de esto tenemos que ver una España débil o rota, bienvenido sea el tránsito que nos libra de asistir a ese trance vergonzoso; y si, por el contrario, nuestro esfuerzo da su fruto, ¡bendita rail veces esa muerte que hará posible que impere sobre nuestra patria la alegría roja y negra de la revolución triunfante!

Estas palabras fueron premonitorias de nuestra suerte toda y de la suya. Enrique Sotomayor moriría en Possad pocas semanas después de haber pronunciado este pequeño discurso, cuando fue a recoger el cuerpo mortalmente herido de Enrique Ruiz-Vernacci.

Luego tomó la palabra un soldado enjuto con hechuras tan secas y juveniles como las de un torero y un aire de perenne melancolía. Alguien dijo que se trataba de Dionisio Ridruejo. Vestido de triste guripa nunca le habría reconocido. Su voz, en consonancia con su forma de ser sobria y rotunda, sorprendía por su fuerza y severidad:

—Hemos venido, no hemos sido enviados. Conviene tener presente que no somos la esperanza de nadie, sino nuestra propia esperanza. Nosotros somos los que hemos venido y los que hubieran deseado venir. Si Dios nos da la hora propicia, ellos y nosotros seremos una sola cosa.

Esto se lo escuché a aquel valiente y singular heterodoxo que fue Dionisio Ridruejo.

En uno de esos correos trabé buena conversación con Miguel Ángel Barrero, y esta se mantendría durante muchas jornadas, ya en el frente. Nuestros diálogos eran de una franqueza absoluta, como si fuéramos hermanos o amigos entrañables de la infancia para los que no había secretos. De todo hablamos en unos diálogos que dimos en llamar «tertulias alrededor de la patata», porque comenzaron muchas de ellas mientras asábamos patatas en la candela. Y así charlamos de todo: de la familia, del futuro que podríamos tener en Madrid si volvíamos vivos, de la guerra vivida y de la guerra por vivir; de los toros...

En cierta ocasión, ya de noche y una vez que habíamos conseguido montar la tienda de campaña, nos metimos en ella totalmente rendidos. No había dejado de llover en toda la jornada y a esas primeras horas de la noche arreciaba la lluvia todavía más. Un camarada de Barcelona, al que llamábamos el Místico por sus largos silencios, y que se apellidaba Soldevilla, nos había confesado sus preocupaciones. Era un joven de nuestra edad, pero su cara tenía unos rasgos muy marcados, la nariz

era muy grande y el mentón muy pronunciado para sus pocos años. Parecía un viejo de veinte años.

—Escucha, Maseda, yo no sé cómo reaccionarán esos muchachos amigos vuestros del SEU de Madrid, que están casi todos en antitanques, pero esos han pegado menos tiros aún que yo —nos dijo Soldevilla a Miguel Ángel y a mí.

Por entonces parecía que los que habíamos hecho la guerra lo llevábamos escrito en la cara y así se podía diferenciar los dos tipos de soldados de la división: los que habíamos hecho la guerra y los que no la habían hecho. Yo le traté de quitar preocupación al Místico Soldevilla como si hubiera combatido mucho, como si fuera el hermano mayor de aquel estudiante catalán.

—Tú no te preocupes, tú debes estar siempre cerca de los veteranos. El sargento ya sabe que no vienes del tercio. En las guardias ya te irás haciendo a disparar a lo que se mueva —le dije, intentando tranquilizarlo.

—Pues mira que si me matan sin haber disparado, como le ha pasado a ese pobre muchacho que pisó ayer una mina... —me contestó.

El cansancio era grande pero no podíamos dormir, así que seguimos dentro de la tienda charlando —con mucha verdad— de nuestras preocupaciones. Quiso meter baza Miguel Ángel:

—Eso es una tontuna. Más miedo le tengo yo a palmar por un tiro perdido en el viaje de vuelta. No sabemos cuántos volveremos vivos a España ni lo que nos espera ahí, en el frente. Pero yo prefiero no pensarlo, vamos a luchar contra el comunismo y a darle duro al Bigotes.

El catalán, como hombre más pausado y sentencioso le replicó templadamente:

—Sí, Miguel, todo eso es verdad. Y todos venimos con la misma fe. Pero yo no he disparado nunca a nadie; ni he dormido en las trincheras; ni he visto cómo caen al lado los obuses matando a los camaradas. No sé si voy a reaccionar bien y a tiempo.

Sin muchas más palabras nos quedamos, por fin, dormidos tratando de reparar así el desgaste de una jornada de aquellas de cuarenta kilómetros de marcha. Apenas volví a charlar con Soldevilla. Pero este diálogo lo tendría ya olvidado si no fuera porque tres años después, supe por Miguel Ángel cuál había sido el destino de nuestro amigo.

La larga marcha tuvo el efecto de endurecernos extraordinariamente. Nos acostumbramos paulatinamente a las rutinas de la intemperie. Algunas veces habitamos en casas a las que nosotros mismos nos invitamos; otras veces ocupamos edificios vacíos, y en general, tuvimos que aprender a montar las tiendas de campaña. El frío empezó a hacerse respetar durante el mes de septiembre, era solamente un anuncio de lo que habría de venir. Antes de que el calendario hubiera dicho que se había acabado el verano amanecieron los campos con una fina escarcha.

Cada madrugada, en horas que solo se exigen a la milicia, como a las cuatro y

cinco de la mañana, se producía el toque de diana. La larga caravana que era cada uno de los tres regimientos tardaba mucho tiempo en formarse, y más aún en comenzar su marcha. En ocasiones se nos permitía un día de descanso y aprovechábamos para visitar el pueblo o la ciudad que quedara a mano. Así ocurrió en Grodno, donde también alcanzamos a ver los restos de la batalla con sus casas en ruinas, improvisados cementerios de soldados alemanes y muchos vehículos y tanques deshechos y carbonizados. Ese paisaje de la desolación nos acompañaría por el resto de nuestros días de guerra.

Los españoles seguimos haciéndonos notar a pesar de que el mando alemán había dado concisas órdenes de que no debíamos confraternizar con la población civil, que estaba prohibido el canje de víveres por tabaco y deshacerse de parte del equipo. Nos reiteraron las instrucciones de que debíamos respetar la uniformidad. Pero en ninguna de estas cosas estuvimos nunca dispuestos a obedecer. El soldado español no se siente superior a ningún eslavo o judío. Tratamos con corrección a aquellas atemorizadas gentes que veíamos. Lejos de imponer requisas de gallinas, huevos, leche, mantequilla, patatas y demás, preferíamos dejar algo de nuestra impedimenta y que nos pesaba lo indecible. A fin de cuentas, teníamos que aligerar los treinta kilos de peso de nuestros macutos. Yo también fui de los que, en discreta venganza a las largas y extenuantes caminatas, tiraba por el camino alguno de aquellos refinados enseres de los que nos habían provisto. ¿Para que quería tanto estuchito y cepillo? ¿Cómo iba a transportar las latas aquellas durante tantas semanas que teníamos por delante? Hacia la cuneta del camino iba lanzando objetos con mucha rabia. Las raciones de hierro las fuimos cambiando por comida fresca o nos las ventilamos por la noche, estando de guardia.

En Borisowo, ya en Rusia, vimos pasar a un grupo de judíos arrastrando un carro de losas de pizarra como si fueran bestias. Detrás de ellos caminaban dos soldados alemanes. Aquella escena era más terrible que lo que habíamos visto en otras ciudades: los guetos o confinamientos de judíos. Miguel Ángel me miró sin decirme nada, todos comprendimos que la dureza con la que se trataba a este pueblo era excesiva y cruel.

En el camino nos adelantaban turismos de todas las marcas y modelos, que se habían militarizado pintándolos de verde. Nuestro coronel viajaba en un Studebaker, mientras que a Dionisio Ridruejo y a Agustín Aznar les veía pasar en un Citroën. Eran coches que se habían intervenido en Francia. A aquellos pasajeros, como a los guripas que podían ir sentados en un carro de caballos, no les dedicábamos miradas muy gratas. Cosa distinta sucedía con nuestro general, que por sorpresa nos superaba desde su coche o desde un sidecar y nos repartía unos bocadillos.

Las fronteras de Polonia, Lituania y Rusia no separaban estilos de vida muy distintos. Los pueblos y aldeas que atravesamos eran pobres, enteramente pobres. Las casas de madera con sus pozos de pértiga, apenas un establo y un huerto de miniatura. El carácter del hombre que ha crecido en estas húmedas tierras es, de natural,

desabrido y parco. Pero a medida que adquiría confianza con nosotros —después del desconcierto inicial— se tornaba ya afable.

Hacia el final de nuestra marcha se corrió un rumor por «radio macuto» de que no acudiríamos a Moscú. Cerca de Orscha, antes de llegar al Dniéper y a la ciudad de Smolensko, nos desviamos hacia el norte, a Vitebsk. Desde allí tomaríamos los trenes que nos habrían de llevar a Novgorod.

XII

Novgorod, que quiere decir ciudad nueva, es, curiosamente, la ciudad más antigua de Rusia. Surgió como un hallazgo de los vikingos que descendieron el río Vóljov desde el golfo de Finlandia hacia el lago Ilmen. Los que no son rusos han escrito el nombre del río de todas las maneras imaginables: Wólchov, Wólchow, Vólchov, Wóljov... pero los rusos lo pronuncian como Vóljov y lo escriben en cirílico de la siguiente forma: Boiryob.

Allí, donde empieza el inmenso lago, se construyó la ciudad. Su kremlin o fortaleza es una robusta muralla de ladrillo rojo, rematada en cada esquina con sobrias torres que parecen las de un castillo con tejado a cuatro aguas. Dentro de la fortaleza, pero asomándose a esta, se encuentra la ciudad antigua: la catedral de Santa Sofía con sus doradas cúpulas y el viejo campanario del que se desprendieron en la guerra las majestuosas campanas, que fueron rodando hasta la orilla del río.

El río Vóljov es la razón de ser de Novgorod. A los españoles el Vóljov nos parecía un señor río, con tramos en los que la distancia entre orillas es superior a los doscientos metros. A pesar de ello, es un río modesto para los rusos.

Allí, en Novgorod, se sentía plenamente aquella música de fondo que no nos habría de abandonar, un fuego artillero potente, que bramaba casi sin descanso. La ciudad era una ruina de la que solamente se salvaban las murallas y algunas casas pequeñas donde la vida había resurgido. Mi compañía fue destinada a un punto del frente que nos costó trabajo encontrar. En nuestra primera jornada caminamos paralelos a la vía del tren hasta Podbereje, y desde allí nos dirigimos hasta la orillas del río, hacia Bystriza. Ya era casi de noche cuando efectuamos el relevo de las posiciones avanzadas. Los sorprendidos alemanes se levantaban, recogían sus cosas de los refugios y se marchaban asombrados de ver españoles de uniforme verde. Realmente aquello fue un relevo a tuestas, no sabíamos dónde estábamos. Tan solo el teniente y el sargento parecían entender dónde estaban los pozos de tirador, los puestos de escucha y centinela. Se llevaron a aquellos a los que les tocaba hacer el primer turno y los demás nos fuimos metiendo en una hedionda covacha excavada en el barro, en medio de una trinchera.

Ese sería nuestro hogar de primera línea y al que tuvimos que acostumbrarnos. El frío de aquellos días de octubre ya era muy considerable. Veníamos observando heladas desde hacía muchas jornadas, hasta que el 12 de octubre, día del Pilar, nevó. La nieve de aquellos días fue motivo de sorpresa y admiración. Un voluntario canario, el cabo Santana, me preguntó:

—Pero ¿esto es nieve, nieve?

—¿Y qué va a ser si no? Una nieve tímida todavía —le contesté yo.

El cabo Santana se quedó admirado, pero, no del todo conforme con mi respuesta,

buscaba a otro castellano a quien consultar sobre aquella naturaleza. A partir de entonces la nieve no nos abandonaría.

Nuestro teniente, el jovencísimo Bejarano, quiso, en aquella nuestra primera noche, estar presente cada vez que se hacía un relevo de la guardia y se incorporaban nuevos guripas para cumplir cada punto o cuarto de guardia. Necesitaba conocer dónde y cómo cumpliríamos con nuestra primera misión en aquel codiciado frente. Su sentido de la responsabilidad le hacía merecedor de nuestro respeto, a pesar de su aspecto de niño grande con una cara imberbe de buena persona y de sus pocos años, veintitrés quizás. El teniente Bejarano tenía la nariz prominente y algo chata; a los lados, unos mofletes simpáticos y el pelo lacio que quería cubrirle la frente.

Alguno de los soldados, que no tenía experiencia en las cosas de la milicia, intentaba hasta granjearse su amistad. No tardaría en darse cuenta de que nuestros oficiales han mamado la enseñanza centenaria de nuestro ejército: la de mantener las distancias con el subordinado. Aquello que unas viejas ordenanzas definían como «circunspección afable con el inferior». Se trata, en definitiva, de que no haya tal grado de confianza entre el mando y su inferior que se termine limando el engranaje de la obediencia. Las órdenes tienen que cumplirse sin que quepa el comentario, la reflexión o el argumento. Todo esto lo sabía bien y nos lo haría saber nuestro sargento Darío. Mandaba más que un comandante y nos traía a todos por la calle de la amargura.

XIII

El miedo hace volar los puentes. Eso pensé cuando, asomados al río, divisamos un voluptuoso puente de hierro que había sido derribado. Entonces me pregunté quién lo habría destruido, si los alemanes asegurando sus posiciones del lado nuestro del río o los rusos en su retroceso hacia el este. Los puentes son útiles para los dos bandos y son también temibles para los dos bandos. Hay un momento en el que un ejército decide hacer volar el puente que deja atrás o que no se atreve a cruzar y teme un contraataque. Esto lo comprendí en la soledad de aquellas primeras miradas hacia la otra orilla del río, es decir, hacia las líneas enemigas, un 10 de octubre de 1941. En esos días en que fuimos los españoles ocupando nuestras posiciones.

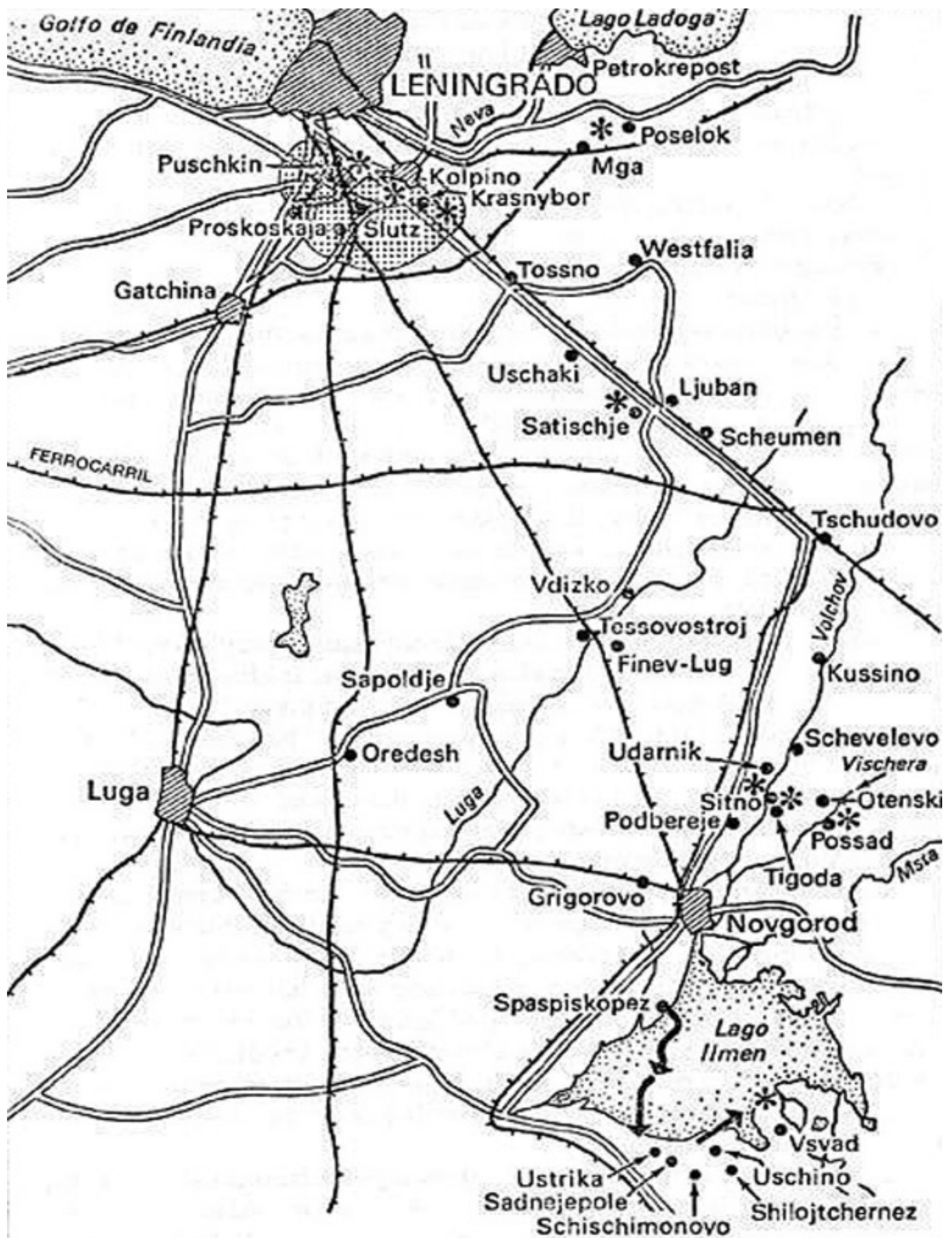
Nos desplegamos en un lugar llamado Bystriza en el que apenas había unas pocas casas de madera, esas que allí llaman isbas. El lugar se encuentra asomado al río desde un pequeño altozano. La bajada hasta el Vóljov es suave, pero en esos doscientos metros que nos separan de la orilla el terreno está descubierto a los ojos del enemigo. Con el tiempo, supe que estábamos en las tierras que habían sido propiedad de la familia del famoso compositor Rachmaninov y donde nació. Pero aquel paisaje de nieve reciente, en medio de la tormenta de los morteros, no nos sugería nada más que guerra. Para el intérprete ruso de nuestro batallón Rachmaninov era un símbolo de una Rusia blanca que sucumbió o se exilió a partir de 1917.

El paisaje de la otra orilla era igualmente hermoso. Se diría que ambas orillas eran simétricas, unas largas pendientes mansamente tendidas, sin brusquedades ni graves accidentes del terreno; sin arboledas que pudieran considerarse bosques aislados. En los dos lados del río el paisaje estaba despejado, aunque con pequeñas franjas de abedules, pinos y robles. En el borde sobresalían tan solo ramas de juncos secos por la helada y otros arbustos que quedaban hibernados a la espera de la primavera rusa. Era un plácido panorama de la orilla hermana. Contemplada la orilla de enfrente se comprendían las hechuras y el aspecto que ofrecía la nuestra. Una orilla era el espejo de la otra, eran gemelas.



Enfrente de nuestra posición estaba Smeisko, y en esa loma era donde suponíamos al enemigo. Smeisko llegaría a ser un nombre importante para nosotros cuando fuimos a la conquista de la otra orilla. Hacia aquel punto concentrábamos nuestras miradas.

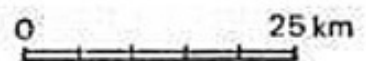
Al entrar en nuestro destino teníamos conciencia puntual de lo que significaba. Sabíamos que había llegado el momento para el que nos habíamos alistado en la División Azul tres meses antes. El oscuro agujero de aquella trinchera podía desanimar a cualquiera, pero la responsabilidad era muy grande. Quizás a esas alturas muchos podíamos añorar más de la cuenta nuestras calles de España, pero había un sentido del compromiso de ser soldados españoles en Rusia. Aún teníamos aquella fe

y aquella admiración por el ejército alemán que nos hacía pronosticar una victoria. El agujero, no obstante, nos dejó pensando únicamente en las nuevas obligaciones y tareas; en cómo efectuar el relevo en el puesto de centinela, moviéndonos con cautela; en la observación del frente y en descansar en cada rato que nos fuera posible.



Mapa de situación de Leningrado y Novgorod

-  Zona de concentración
-  Acciones principales



Se puede decir que un hombre asomado a la muerte, en el borde mismo del territorio de los suyos, siente que es un trozo de una frontera a defender. Que ese patrimonio conquistado no se perderá por el lado que él defiende. Y entonces, en esas primeras horas de conocimiento del territorio, las pupilas se ensanchan, el oído se afina y el cerebro fotografía y aprende de memoria cada árbol, cada ribazo entre cultivos, cada altozano y cada vaguada que se anuncia en el horizonte. Advierte las edificaciones o lo que pudieran serlo, los puntos desde los que se dispara, el ruido del río y su tamaño, cada cosa que se dibuja enfrente de sus ojos queda retenida en la cabeza.

Aquella primera noche en el frente, víspera de la Virgen del Pilar, no se me olvidará nunca. Suplí mi nerviosismo y desconocimiento del frente ruso con aquel sentido vivo de la atención. Al ser relevado, di cumplida cuenta de todo lo que había visto, parecía que me había comido con los ojos aquella ribera del Vóljov.

En las horas del día nos dedicábamos a los ingratos trabajos de mejorar las defensas y parapetos, revestir las chabolas y mejorar los pozos de tirador. También hacíamos patrulla en los caminos y bosques que bordeaban el río. Allí nos topamos con el barro del que los vehículos solo se podían defender sembrando los caminos de troncos, hasta construir largos trechos de rollizos. Un martirio para los pasajeros de los carros y vehículos que, por lo menos, podían avanzar. Deseábamos que la nieve y el hielo nos apartaran de ese desgraciado barro del que no nos podíamos librar ni en nuestros refugios. Pero incluso en esas condiciones surgían momentos de camaradería que aún hoy llevo grabados en la memoria.

Recuerdo una vez —refugiados en nuestra chabola próxima al río, sintiendo cómo vibraba la tierra por los constantes bombazos— que le dio a Miguel Ángel por hablar de toros.

—Tú sabes, Jose —me llamaba así, sin acento, como hacen los madrileños—, que anduve yo un tiempo de novillero.

—¿Pero qué me dices, Miguelín? ¿Tú torero? —le contesté, casi echándome a reír, al tiempo que otro compañero se arrimaba excitado por la novedad.

—Pues sí, andábamos de chavales como locos porque alguien nos llevara a la plaza de Tetuán o a la plaza nueva, y resulta que un día paró en la Puerta de Toledo un muchacho un poco mayor que nosotros con los trastos de torero. ¡Para qué queríamos más! No nos separamos de él hasta que nos explicó que esperaba a un amigo y que iban a entrenar en el reservado de la Casa de Campo. Nosotros no teníamos ni idea de lo que nos estaba contando, ni habíamos tocado nunca una muleta o un capote de verdad. Y como vio que éramos tres muchachitos respetuosos, nos dijo que le podíamos acompañar. Nos hicimos asiduos acompañantes de aquellos aprendices de torero hasta que Germán, un amigo del barrio, compró en el Rastro una muleta vieja que más bien parecía un cacho de trapo. Con la ayuda de nuestros ídolos, se le dio forma a la muleta, y ya empezamos a entrenar con ellos y a tomar sus lecciones. Andando el tiempo, les acompañamos a sus capeas, y nos fuimos

enrolando en ese mundo tan hermoso de los toros.

El otro guripa y yo escuchábamos embelesados el relato, pero no pudimos evitar interrumpirle.

—Bueno, ¿pero llegaste a torear o no? —le preguntamos.

—¡Pues claro que he toreado! ¿No os he dicho que he sido novillero? —Reconvino él, un tanto molesto.

—Vamos, que has matado alguna becerria ¿no? —le dije yo para picarle un poco más.

—¿Becerras dice este? ¡Vamos ya! Becerras y novillos de casi cuatro años de mucho porte.

—¿Pero con picadores y todo? —le inquirimos.

—Solo he toreado con picadores dos veces. Pero luego, como vino la guerra, ya se me acabó el invento. Y claro, quién es el guapo que en abril del 39 dice en su casa que quiere ser torero. Se acabó la guerra y se acabaron los sueños de ser figura del toreo. La verdad, me puse a trabajar de aprendiz de panadero en una tahona de la calle Segovia abajo, cerca de Virgen del Puerto y me matriculé para terminar el bachiller; en eso estaba cuando se montó este jaleo.

—Oye, Miguelín, ¿y cómo te llamaban? —Le seguimos preguntando.

—Pues parece que lo has adivinado, Miguelín, Miguelín del Puente. Por aquello del puente de Segovia. Si yo os contara lo que me pasó en Tarancón en la última novillada...

Y en ese momento entró el sargento Darío y nos dijo que teníamos que entrar en nuestro turno de centinela y dar el relevo. Nos levantamos lamentando que se hubiera hecho tan corto el relato de Miguel y nos armamos de toda la indumentaria para echar una hora en el frío de la vigilancia. Nos pusimos los sobrecapotes y apuramos un trago de coñac y el cigarrillo. Luego ya no podríamos fumar para que no se viera luz alguna desde la otra línea.

Otras veces, nuestras tertulias en el refugio giraban en torno a nuestras esperanzas de un futuro en Madrid. Pero eran meras fantasías que comenzaban siempre con la cautela: «Si salgo vivo de esta». Entonces Miguel se veía a sí mismo casado con Mari Carmen, su novia de siempre, y con una familia. Decía que ya no podía esperar a estudiar una carrera y que su ilusión era tener una panadería.

—Yo no quiero ser solamente panadero, yo quiero ser comerciante, tener una tienda y una panadería, pero ser una persona estudiada, no quedarme en mozo de tahona. Ahí los gallegos sí que lo han hecho bien, que casi todos los negocios buenos del pan son de gallegos. Llegaron a Madrid como segadores, y al acabar la cosecha se quedaban y buscaban un trabajo. Mi jefe, don Arturo, es de La Estrada, en la provincia de Pontevedra, y se porta muy bien conmigo. Me dice que el negocio solo tiene un secreto: trabajar todos los días desde la misma hora, sin hacer excepción de romerías ni verbenas, y el ahorro. Que si hago lo mismo podré poner mi propio negocio y con su ayuda, si hace falta.

—Miguel —le interrumpí—, me da envidia que tú tengas claras las cosas, sabes por dónde tirar. Yo estoy a vueltas con si puedo empezar la carrera de Derecho.

—Ya, pero todo esto que hablarnos son tonterías, Jose. Porque quién me iba a decir a mí hace seis meses que iba a estar metido en una trinchera nada menos que en Rusia. ¿Quién sabe qué será de nosotros?

—¿Y dices que ese señor gallego, tu jefe, te ayudaría a montar tu negocio? —le pregunté.

—¿Pues sabes cuándo me lo dijo? El día que fui a despedirme de él. Me dio un abrazo que casi me descoyunta y me comentó: «Sabes, Migueliño, que no estoy de acuerdo con que marches para la guerra. Que no es nuestra guerra ya». Y mientras me decía eso se le saltaban las lágrimas. Y, Jose, eso de ver a ese pedazo de hombre, que es como un padre, llevarse las manazas que tiene para quitarse las lágrimas y mancharse la cara de harina. Fue un poema, me entraron ganas de llorar a mí también.

—Estos gallegos son muy sentimentales —le dije.

—Sí, sí, lo que tú quieras, pero es que yo creo que a mí se me saltaron también las lágrimas cuando le oí: «Rapaz, haz por volver que yo te echaré una mano para que tengas tu panadería». Y me echó de la tienda tapándose la cara con el antebrazo para limpiársela.

Esta era la vida en España que dejaba atrás Miguel Ángel Barrero.

Y como no podía ser de otra manera, había veces en que hablábamos de la guerra que nos quedaba por vivir. Ya nos íbamos dando cuenta de que aquello no era cuestión de un día. No queríamos hacer previsiones de nada. Hundidos en nuestro pozo de tirador; en nuestro puesto de escucha; entre los bultos, la paja y el humo en un búnker, no podíamos pensar más que en poder dormir, sacudirnos los piojos, llenar la barriga y entrar en calor. Ya no había ideas completas de una guerra europea, ni siquiera éramos capaces de imaginarnos qué podía estar haciendo la siguiente división de la Wehrmacht, la 126. Como mucho discutíamos sobre si el regimiento Vierna o el Pimentel iban a ayudarnos con alguna compañía; si el batallón de reserva, al que llamábamos la Tía Bernarda, estaría pronto a nuestro lado. Porque nos sentíamos poca cosa en la inmensidad de los campos nevados y los cerrados bosques.

¡Y no íbamos a ser poca cosa si los ejércitos alemanes en el frente oriental sumaban tres millones de hombres! Tres grupos de ejércitos: el del norte, volcado en el ataque a Leningrado; el del centro, atacando Moscú; y el del sur, que se dirigiría hacia el Cáucaso y que sucumbiría en Stalingrado, la capital del Volga.

Nuestro Grupo Norte del Ejército estaba dirigido por el capitán general Georg von Küchler y estaba compuesto por tres ejércitos: el XVIII (al que pasaríamos a pertenecer al año siguiente, dirigido por el capitán general Georg Lindemann), el XVI y el XI comandado por el mariscal de campo Erich von Manstein. A este último

ejército —compuesto, a su vez, por cuatro cuerpos de ejército— pertenecía la División Azul, que se sumaba a otras tres divisiones para formar el LIV cuerpo de ejército del general Erik Hansen.

Curioso de estas cosas, tomé nota de un esquema que existía en Grigorowo, en nuestro cuartel general:

GRUPO NORTE DEL EJÉRCITO (CAPITÁN GENERAL GEORG VON KÜCHLER)			
I	I	I	I
XVIII ejército	XVI ejército	XI ejército	LIV cuerpo del XI ejército
Cap. Gral. Georg Lindemann	Cap. Gral. Ernst Busch	Mariscal de Campo Erich von Manstein	General Eric Hansen
Doce divisiones de infantería en tres cuerpos de ejército	Catorce divisiones de infantería y una división de paracaidistas en dos cuerpos de ejército	Nueve divisiones de infantería, dos divisiones de montaña, una división SS, una división Panzer (blindados) en tres cuerpos de ejército	170 división de infantería, división SS de la Polizei, quinta división de montaña, 250 división (División Azul)

Era este un ejercicio de humildad: pensar que uno no era más que un insignificante soldado, perteneciente a una sección, dentro de la 5.^a compañía, del II batallón, del regimiento 269, de la 250 división de infantería, del LIV cuerpo de ejército, del XI ejército del Grupo Norte del Ejército, de los ejércitos que combatían en Rusia. La División Azul no era más que una dentro del conjunto de cuarenta divisiones que operaban en el norte de Rusia; una dentro de las ciento cincuenta que luchaban contra la Unión Soviética y dentro de su territorio. Yo no era más que un soldado entre tres millones de soldados, y sin embargo, era una pieza más del engranaje de aquella gigantesca maquinaria de guerra que había de cumplir con su deber.

Recuerdo aún cuando me dijo el bueno de Miguel Ángel:

—Y yo que pensaba que íbamos a llegar tarde a Moscú, cuando los alemanes ya hubiesen capturado al Bigotes.

—Pues yo también pensaba que si se alargaba la instrucción no pegaríamos ni un tiro. Y hasta me daba miedo volver a Madrid y ser la guasa de todos los amigos. Ya me los figuraba diciéndome: «¿Qué tal la toma de Moscú, habrá sido tan dura como el paseo de los italianos por Santander?».

—La verdad es que ahora no me importaría que se rieran todo lo que les diese la gana. Lo importante era la intención ¿no te parece? —me preguntó Miguel Ángel.

—Pues mira, el paseo militar se ha convertido en este frío cabrón que puede llegar a matar más que los morteros, las Maxim y la Parrala juntos. —Me estaba refiriendo a la famosa ametralladora rusa y a la aviación enemiga a la que llamábamos la Parrala, porque a alguien se le ocurrió que hacía ronda por las carreteras como si fuera una fulana. En realidad La Parrala era una famosísima canción española que cantábamos por entonces y que hablaba de una mujer fatal, artista de flamenco y que traía a los hombres por la calle de la amargura: «Unos decían que sí, otros decían que no,/ y pa dar más que decir la Parrala así cantó:/ Que sí, que sí, que sí, que sí,/ que a la Parrala le gusta el vino./ Que no, que no, que no,/ ni el aguardiente ni el marrasquino...».

La Parrala rusa, la aviación, era pérfida en sus ataques, un avión lanzaba un pequeño paracaídas del que colgaba una bengala encendida, de forma que iba iluminando —durante su parsimonioso descenso— un buen trecho de la carretera que otros aviones batían.

Desde aquella primera posición nuestra nos peleábamos por ser los elegidos para hacer una visita a Podbereje. Hacia esa vida civil que parecía no estar salpicada por la guerra. Las aldeas con sus casas llenas de una vida de mujeres rodeadas de niños y con la única protección de los abuelos. Los hombres hacía tiempo que se habían marchado al frente. Los demás habían decidido permanecer allí, como si se hicieran esta incesante pregunta: ¿Y adónde íbamos a ir?

Podrían haberse marchado buscando el amparo de una zona más segura en la retaguardia, más hacia el este. Pero serían unos desterrados deambulando sin casa, extraños en busca de refugio. Al menos allí, en sus aldeas, conservaban cuanto tenían y se sentían respetados por nosotros. Recibían nuestra propia comida y asumían que su destino era el mismo que el de la guerra.

No había pasado una semana todavía desde nuestra llegada al frente, cuando supimos que el teniente Aragón había avanzado cruzando el río Vóljov y había librado alguna escaramuza en territorio enemigo. Parece ser que hubo bajas causadas por el fuego recibido de una batería alemana. Fue, sin duda, un mal comienzo.

Al día siguiente de esta primera incursión, otros oficiales de nuestro batallón dirigieron un asalto a la otra orilla con el firme propósito de hacer una cabeza de puente. Nosotros habíamos oído que el teniente Aragón había hecho bastantes prisioneros rusos; que su misión había consistido en eso que la jerga guerrera llama

«hacerse con lenguas», es decir, con las confesiones de soldados enemigos que pudieran informar sobre sus posiciones.

Estos oficiales nuestros fueron el alférez Escobedo y el teniente Galiana. Al primero tuve ocasión de conocerle, pues disfrutó de una cierta gloria y obtuvo la Medalla Militar Individual y la Cruz de Hierro. Sin embargo, mucho tiempo después me enteré de que había muerto nada más volver a España como consecuencia de las heridas de la guerra. Era un jienense apuesto y decidido. De ojos tan azules que parecía un actor de cine extranjero. Pertenecía a una raza de andaluces íberos como nuestro comandante Román. Sufridos guerreros con el gesto duro cincelado por el sacrificio.

El día 20 de octubre de 1941 concentraron a nuestro batallón en Udarnik para cruzar el río y afianzar aquella incipiente cabeza de puente que habían logrado Escobedo y Galiana. Se nos dijo que nuestra misión era tomar Smeisko y hacer contacto con las tropas de la 126 división de la Wehrmacht en Schevelevo, a unos cuatro kilómetros al norte. Esta era la ocasión para la que nos habíamos alistado en la División Azul. Aquella operación iba a ser nuestro bautismo en la guerra de Rusia.

Como no éramos los primeros en atravesar el río sentimos algún alivio al pensar que algunos de los nuestros ya habían abierto el terreno de nuestro desembarco. Cuando cruzamos, los morterazos caían en el agua a poca distancia. Afortunadamente, no sacudían con el mismo estruendo que los que caían en tierra firme, y, aunque bramara el agua, no temí que nos pudiésemos quedar en el río. Pero aquellos botes neumáticos no eran capaces de transportar con cierto ritmo a los hombres del batallón. El atasco no se despejó hasta que a las tres de la tarde una compañía alemana de pontoneros terminó de instalar una pasarela muy provisional y que sirvió para que el batallón culminara su asalto a la otra orilla. Las cajas de munición y las piezas antitanque tuvieron que trasladarse en otras barcas que no eran más que improvisadas gabarras de maderos o pontones flotantes.

Antes de que alcanzáramos la orilla rusa pudimos ver cómo saltaban a tierra los primeros soldados de nuestro batallón y cómo subían por un pequeño talud nevado hasta asomarse a una prolongada cuesta y echar a correr buscando un parapeto.

La música de fondo no era más fuerte que la de los morterazos y chasquidos de armas automáticas que solíamos sentir en nuestra propia orilla. Advertimos que su posición era más retrasada, por lo que tendríamos algo de tiempo para situarnos.

Aquella iba a ser nuestra verdadera primera acción de guerra. Ya no era una inocente práctica de tiro, ahora tendríamos que ejercitar el instinto del guerrero al asalto dispuesto a usar su fusil, las bombas de mano y aun la bayoneta.

Sabíamos que nos esperaba una subida moderada de unos doscientos metros hasta la carretera, y que se destacaba del otro lado una loma desde la que nos podían castigar.

Nuestra compañía avanzaba con cierto retraso frente a las demás. Por eso nuestras primeras horas fueron seguras, pese a la lluvia de fuego de mortero que en cualquier

momento nos podía alcanzar. La loma de Smeisko fue tomada por una acción envolvente de otra compañía. Gracias a ello nuestra primera noche en la cabeza de puente fue breve y tranquila, refugiados más de cincuenta hombres en una pequeña isba en la que dormimos dos o tres horas. Al día siguiente nos sorprendimos atacando Russa. Mientras me duró el frío en el cuerpo no acertaba a pensar en nada más que entrar en calor. Yo creo que el frío encoge la mente y la encarrila hacia uno o dos pensamientos solamente. No me cabía nada más en la cabeza que entrar en calor y luchar. El primer kilómetro de nuestro avance ya estaba asegurado. Caminamos transportando cajas de munición que bien pronto decidimos arrastrar sobre la nieve. Estábamos a finales de octubre y, sin embargo, la nieve cubría todo el campo abierto, clareando solamente en la hierba que cobijaba los árboles. La primera ventisca terminaría por tapizar de blanco también esas singulares sombras.

Sin previo aviso, el teniente nos mandó echarnos al suelo y así comenzamos a disparar. Ni siquiera sabía hacia dónde tenía que apuntar hasta que una ametralladora rusa que estaba —como casi siempre— en el borde mismo del bosque empezó a escupir con su lengua de fuego en un tableteo constante. Aquel era nuestro objetivo. Nos abrimos por los dos lados, el sargento Darío avanzó zigzagueando, tirándose al suelo a cada trecho. Detrás le seguía Miguel Ángel, que parecía saber con exactitud lo que tenía que hacer. Yo me quedé disparando hacia otros rusos que estaban apostados en la misma línea del nido de ametralladora. Hasta que el teniente nos empujó en un sentido en el que ya solo cabía tirar de las bombas de mano. Estábamos a muy poca distancia de la trinchera enemiga. Miraba alrededor y todos lanzaban sus bombas. Hice yo lo mismo tomando aquel mango largo de madera que permitía lanzar el regalo bien lejos. Al sentir aquellas explosiones en cadena, el teniente dio la orden de avanzar los treinta metros que nos quedaban hasta la defensa rusa. Cayó a mi lado, empujado por una explosión, uno de los nuestros. El desconcierto inicial era grande en esta hora de la verdad en la que todo lo que acontece es nuevo y aparece ante los ojos como un baile extraño de figuras que no parecen reales. Todo eran explosiones y gritos de rabia.

—¡Vamos, duro con ellos! ¡Arriba España! —gritó el teniente Bejarano.

En dos brincos ya estábamos asaltando a la bayoneta aquella posición enemiga que pronto sería tomada. Me pareció que apenas nos hacían frente, miré para atrás y el paisaje de cuerpos destrozados por las bombas me dejó confundido. Comenzaban las carreras de patrullas persiguiendo a los rusos. Germán Izuzqueta discutía con un ruso que hacía ademán de rendirse. De un empujón lo tumbó en el suelo y le obligó a que se quedara con las manos en la cabeza.

—Maseda, llévale este ruski al sargento Darío. Por allí andará, donde ves a aquellos prisioneros —me gritó Germán.

Y yo mansamente obedecí la orden. Me llevé a aquel pobre diablo hasta un punto donde tenían a un grupo de prisioneros rusos. Pero allí no estaba el sargento Darío. Al preguntar por él me contestaron:

—El sargento ha muerto. Vamos a vigilar a los prisioneros que nos vayan trayendo hasta que nos digan adónde los llevamos.

Me quedé mirando a aquel grupo de hombres asustados. Me sorprendió la mirada de un soldado asiático, el primero de los muchos que veríamos a partir de entonces. Otro prisionero empezó a balbucear implorando: *Spanski jarasho!*, (en ruso, españoles buenos). Otros se empeñaban en decir que no eran comunistas. O en palabras alemanas hacían indicación de que no les matásemos: *Nain kaput!* Aquellos pobres rusos ya se habían salvado. El fragor del combate había terminado por ahora. Sin saberlo, estábamos conquistando un territorio nuevo, la carretera del otro lado del río que comunicaba Schevelevo con Smeisko, Russa y Sitno, en dirección sur, hacia Novgorod.

En las siguientes horas, nuestra compañía consiguió hacerse fuerte en la aldea de Russa, la siguiente población en la línea del río hacia Novgorod. Otros de los nuestros tuvieron que lanzar bombas de mano al interior de la iglesia, pues allí resistían los últimos rusos.

Aquella segunda noche en la cabeza de puente comimos coles crudas y patatas que algunos compañeros desenterraron allí mismo. También tomamos algo de pan requisado a los prisioneros.

En nuestro tercer día de combate, el 22 de octubre, avanzamos sobre Sitno. Se trataba de una aldea situada más en la orilla del río. Fue un ataque laborioso, que nos llevó todo el día. La nieve y las salpicaduras de un bosque de abedules y robles hacían complicado el avance. Para ese día ya habíamos aprendido la mecánica terrible del combate: fuego, carreras, bombas de mano y bayoneta.

En aquella mañana, el teniente Galiana encontraría la gloria y la muerte. Él mandaba a aquel grupo de valientes que era la sección de asalto de nuestro regimiento. Pidió permiso a nuestro comandante para asaltar un nido de ametralladora que estaba en la linde del bosque. Consiguió hacer callar a aquel fuego que tanto daño estaba produciendo, pero sucumbió él también. Logró la Cruz Laureada de San Fernando y se convirtió en el primer laureado de nuestra división.

A pesar de la tenaz defensa de los rusos que se encontraban en Sitno, tras tres horas de lucha, tomamos el pueblo haciéndonos con más de doscientos prisioneros. Aquel día todo me pareció sencillo, aunque habíamos asaltado una trinchera enemiga. Bien es cierto que diezmada por nuestra preparación artillera. Y este asalto es siempre el más difícil, pues hay un momento en el que ineludiblemente la vida está totalmente expuesta, al borde mismo de la muerte, porque siempre tienen ventaja los fusiles y ametralladoras de los que se encuentran protegidos en la trinchera.

El enemigo no se habría de conformar, y al día siguiente, el 23 de octubre, a las cinco de la mañana, atacó Sitno desde Tigoda con fuerzas imponentes. Antes aún comenzó la artillería rusa a hostigar duramente con la intención de que tres batallones pasaran luego por encima de nosotros. La noche era propicia para su cometido y estuvieron a punto de lograrlo cuando cercaron el puesto de mando del comandante

Román y a una de nuestras compañías. Los rusos se habían hecho un pasillo en la noche por la misma margen del río, pero no se imaginaban qué clase de enemigo tenían enfrente: Miguel Román Garrido, jienense de Jamilena, de cuarenta y dos años y varias guerras a sus espaldas. Esta era su tercera campaña después de la guerra de África y la guerra española. Tenía la frente despejada, con muy amplias entradas, los ojos oscuros de mirada algo triste, la cara curtida de un hombre de campo, enjuto y duro. Dos amplias arrugas marcaban su cara, a los dos lados de una boca grande, bien formada, con los dos dientes principales algo separados y con la nariz algo achatada por algún golpe, como los boxeadores. No era alto, no sobresalía su aspecto en nada; su físico bien podía caber debajo de la sotana de un sacerdote o de la toga de un magistrado, del traje inglés hecho a medida de un rentista o del mandil de un tabernero. Era, en suma, un hombre corriente. Pero no se sabe qué destellos del alma brotaban de su mirada y de sus gestos que su presencia era siempre agradecida. Voy camino de los noventa años de vida, he visto más cosas de las que hubiera querido y he conocido a muchas personas. Creo que ninguna tenía la fuerza y el empaque guerrero de aquel auténtico jefe.

Los jefes de aquellos tres batallones del Ejército Rojo que se lanzaron confiados en superar al sufrido Batallón Román en pocas horas se preguntaban quién era el que mandaba a los españoles. Los testimonios de aquellos que le habían visto luchar lanzando bombas de mano y disparando con un subfusil MP40 se multiplicaban. ¿Cómo fue posible que el comandante Román superara aquel cerco de fuerzas mucho mayores? Pues solo Dios y él lo sabrían explicar. Con un instinto de animal de la guerra rompió sus filas para devolver la maniobra envolvente, como un gato que se diera la vuelta fieramente, inasible y veloz como un rayo. Pero es que los hombres de su batallón reaccionamos, contagiados por nuestro jefe, con el mismo arrojo y destreza. Cuando pretendieron buscar la salida replegándose hacia las casas que habían hecho suyas, se encontraron con aquella jauría de españoles disparando sus armas automáticas y clavando sus armas blancas. Doscientos cincuenta cadáveres rusos quedaron tendidos sobre el barro. Otros doscientos cincuenta fueron hechos prisioneros. En total, en aquella jornada del día 23 de octubre, el enemigo sufrió más de ochocientas bajas.

Terminado aquel combate de Sitno, nuestra compañía empezó a clarear. Nuestras pérdidas eran considerables, pero tuvimos, por primera vez, la oportunidad de descansar y retomar fuerzas durante unos tres días. Después llegó otro fuerte ataque ruso sobre Sitno. Rechazamos, al menos, tres intentos serios de asalto que los teníamos previstos por la mecánica del cañoneo ruso que anticipaba los ataques y porque no paraban de dejarse caer los desertores rusos que cruzaban las líneas. Algunos de ellos terminaban explicando al intérprete ruso del puesto de mando del comandante Román, y con todo detalle, cuál era la disposición de sus fuerzas. Allí permanecimos unos días más en los que el único peligro fueron las emboscadas que sufrían las patrullas.

Por la conquista y defensa de Sitno recibiría inmediatamente el comandante Román la Medalla Militar Individual. El día 29, el general Muñoz Grandes escribió la siguiente resolución: «Por las repetidas y constantes pruebas que el comandante Román da de heroísmo y pericia militar, le concedo por su ejemplar conducta, en nombre del Caudillo, la Medalla Militar Individual».

Mientras, se preparaban los grandes combates sobre nuestras posiciones más avanzadas y expuestas de la cabeza de puente, en ese largo dedo que formaba la carretera que unía Schevelevo con Otenski, Possad y Posselok.

A mediados de noviembre, la defensa de Possad era ya desesperada. No se podía evacuar a los muchos heridos que llenaban las pocas isbas que aún permanecían en pie.

Y fue allí, en Possad, donde, al ver luchar a un bravo compañero, fui haciéndome con recuerdos precisos de los pasos del guerrero en el que me había convertido. Aquel compañero en el que me fijé habría de convivir conmigo en los próximos años. Se trataba del admirable Venancio, un callado muchacho que venía también de Madrid y cuyos padres eran del Bierzo. Tenía los ojos azules, tan propios de aquellos mozos celtas, y la piel curtida en una vida hecha a los trabajos duros. Su aspecto era singular, porque, a pesar de su juventud, ya tenía unas largas entradas en su pelo que le hacían algo mayor. Poseía una nariz aguileña y la barba, medio rubia, muy cerrada. Era muy callado y meticulouso. Se pasaba las horas poniendo orden en su macuto y en sus cosas. Llevaba el arma reluciente, siempre en estado de revista; en estos detalles parecía un perfecto soldado alemán. Su comportamiento causaba sorpresa y desconfianza por partes iguales a todos aquellos que no le habían visto en acción. Podía resultar un poco huraño o maniático en las jornadas interminables de refugio y trinchera, pero los que habíamos luchado con Venancio lo teníamos como a un padre.

—Pues yo en Madrid tuve mis problemas en el barrio —me dijo justificándose.

—¿Y cómo es eso, Venancio, si a ti te aprecia todo el mundo? —le pregunté.

—Pues porque al terminar nuestra guerra ya sabes cómo andaba desafortunado el personal.

—¿Te refieres a las peleas? —Le seguí preguntando.

—¿Pues a qué me voy a referir si no? Muchos hombres le habían perdido el miedo a todo y por menos de nada se liaban a puñetazos.

—No me digas que tú no te has metido con nadie. ¿Siempre han sido los demás los pendencieros?

—Yo no he buscado nunca pelea. ¿Y sabes por qué? —contestó Venancio todo serio. Me quedé pensando en los motivos que tendría aquel arquetipo de soldado para rehuir de las riñas. Y él mismo respondió a su pregunta después de un inquietante silencio—: Porque me tengo miedo, Maseda. A mí se me hincha la vena del cuello y...

No tuvo que decir más. Yo le había visto luchar en Possad aquellos días. El sargento Filiberto iba por ahí diciendo de él:

—Venancio lucha mejor que el legionario más experto. Es asombroso.

El sargento Filiberto sabía bien de lo que hablaba porque provenía del tercio. Los que teníamos la suerte de tener a Venancio cerca nos sentíamos amparados por su fuerza y su iniciativa. Hasta que no teníamos encima una nueva oleada de rusos él no se exaltaba, ni se movía. Parecía que estaba deseoso de que llegara la lucha cuerpo a cuerpo. Pero no era esto. Sabíamos que nuestra obligación era esperar para hacer fuego hasta el momento en que los tuviéramos encima, bien cerca, a veinte metros. Los rusos cubrían los espacios y se reponían con inexplicable empuje. Los que lograban llegar vivos a nuestra línea recibían una lucha que no esperaban. Los maestros que tuvimos nos enseñaron a ser fieros sin miramientos. Solamente el soldado que ha aprendido a luchar salvajemente tiene el ánimo dispuesto para vencer. Solo así se comprende cómo luchamos los hombres del Batallón Román, aquel temible segundo batallón del regimiento dos-seis-nueve. Algunos se recreaban en sus triunfos haciéndose con las fotos y la documentación de los rusos.

—¿Y tú para qué quieres llevarte la foto de ese tártaro? —le pregunté a uno de los nuestros. Antes le había visto ensartar la bayoneta sobre un ruso como el campesino que hunde una horquilla para recoger la hierba seca. Con la misma desenvoltura.

—Pues de recuerdo —dijo el guripa sin inmutarse mientras me enseñaba su colección. Tenía en la mano la foto de soldados asiáticos y de marineros rusos. La Unión Soviética se estaba defendiendo con toda la inmensa reserva humana de la que disponía.

Venancio dominaba las distancias como en un arte marcial. Aplicaba siempre el castigo que más daño hacía. Y se defendía con todo: con los codos y las rodillas, con la culata del fusil, con la bayoneta... Su fuerza era desmedida, como su rabia, que no tenía proporción.

Había otro soldado que también había sido legionario. Este resultó herido en aquellos días. Cuando lo evacuábamos me gritó todo serio:

—¡Si coges al ruski que me ha herido le cortas las orejas y me las traes, que me las voy a comer fritas!

Estas ocurrencias solo eran posibles en medio de la borrachera de sangre de aquella lucha.

Hacia el 15 de noviembre se hizo necesario establecer las posiciones intermedias llamadas A y B entre Possad y Otenski. Los ataques de patrullas rusas a nuestros enlaces eran constantes. Aquel solitario camino era muy largo. En Otenski había un viejo monasterio que la guerra se encargó de borrar del mapa. Allí sufrimos una desgracia de la que no me he podido nunca liberar. Quién pudiera desechar algunos de estos recuerdos... Pero si los descarto estaría contando otra guerra distinta a la que viví.

Hubo un soldado de los nuestros que intentó cruzar el frente y del que nunca

después quise saber su nombre. En una noche clara de noviembre, yo estaba haciendo mi guardia de centinela, en tensa espera, cuando ocurrió un suceso breve y sencillo, pero para el que nadie está preparado. Hacíamos corro un sargento del que no recuerdo el nombre, el teniente Bejarano y yo. Yo tenía calada la bayoneta porque pensaba que los rusos eran capaces de aprovechar incluso una noche con luna llena para llegar por sorpresa hasta las posiciones avanzadas. Teníamos a algún guripa de escucha, más adelantado todavía. De pronto, desde un saliente del bosque se iluminó el fuego de una ametralladora. Los rusos estaban a trescientos metros. Fue entonces cuando comprobamos que una figura blanca, con el chaquetón de camuflaje, se alejaba en dirección al bosque. Fui yo el que avisé al sargento preguntando qué hacía aquel loco.

—¿Pero adónde va aquel chalado?

—¿Qué dices, Maseda? —me preguntaron al unísono el teniente y el sargento.

—Allí están cruzando en dirección al bosque —contesté, quitándome el guante de la mano derecha para señalar con el dedo índice y llevarlo después al gatillo.

En aquel instante, el teniente Bejarano miró para ambos lados de nuestra posición para comprobar si algún otro soldado se movía y preguntó exaltado:

—¿Pero qué hace ese? ¿De dónde ha salido?

—¡Mi teniente, está pasándose al enemigo! —gritó el sargento.

—¡Maseda, apunte! ¡Apunte! —me ordenó el teniente, sujetándome muy levemente en el hombro, como para que mantuviera el equilibrio o tuviera conciencia de que él me respaldaba.

Y con la viva reacción del nervio que está dispuesto en el frente, en menos de dos segundos tuve tiempo para apoyar el codo en la nieve helada que asomaba a la empalizada y enfilar con el fusil hacia aquel hombre. Le faltaba un trecho de más de cien metros hasta el bosque cuando se oyó una ráfaga de disparos de un naranjero ruso. Provenía de la línea enemiga. De inmediato la figura se levantó todo lo que pudo alzando los brazos y lanzando su arma a la nieve. En ese momento en que ostensiblemente se rendía, mientras mantenía los brazos levantados en forma de aspa, sentí la voz enérgica y contundente del teniente Bejarano:

—¡Dispare, Maseda, dispare!

Sonó mi disparo fulminante y no tuve necesidad de repetir el tiro. Aquel soldado cayó en la nieve, hundiéndose su cuerpo hasta desaparecer de la vista. Nos quedamos los tres mirándonos:

—¡Bien hecho, Maseda, bien hecho! —Trató de tranquilizarme el teniente—. ¡Quédese comprobando que no se mueve! Y usted, sargento, venga conmigo ahora mismo, voy a hablar con los muchachos y decirles lo que ha pasado. Espero que a nadie más se le ocurra hacer la misma tontería. Disponga de un cambio de turno.

Entonces el sargento corrió hacia el búnker a sacar relevos para los puestos de escucha; quería saber quién había sido el traidor. A los pocos minutos volvieron los compañeros que terminaban su guardia con la cabeza agachada, casi hundida dentro

de su chaquetón blanco; todos habían visto lo que había ocurrido. Según iban entrando en el refugio el sargento gritaba:

—¡Sabía que era el Maño, lo sabía! ¡Ese era un rojo emboscado, que te lo digo yo! —Cuando se hubo tranquilizado un tanto, pudo razonar su sospecha—: No tenía yo ninguna fe en esa historia suya de Gandesa... ¡Resulta que todos han estado en el Ebro! Bueno, si es que a lo mejor el Maño estuvo en la batalla del Ebro... ¡pero con los rojos! Que sepáis que le hemos ahorrado al chaval el que se lo comieran los rusos. ¿O es que alguien se va a creer que les reciben con los brazos abiertos y les mandan a un hotel de Moscú? ¡Pero si es la perdición!

Todo el mundo se hacía cargo del error tan grave que suponía prestar los ateridos oídos y la nublada vista a la megafonía y a las octavillas de propaganda rusa. El remedio de los males no pasaba por rendirse.

Desde aquella noche, cada vez que algún impertinente quiso sacarme el tema de aquel desertor que cayó en la nieve, yo le paraba en seco:

—Ni sé quién es ni le pongo cara al gachó ese.

Pese a todo, demasiadas veces el semblante de aquel hombre al que llamaban el Maño se me viene a la memoria: charlando con algún compañero en una cantina de Grafenwóhr o haciendo cola para subir al tren en una de tantas estaciones. Y no pudiendo evitar el recuerdo de su persona, traté de no enterarme de su verdadero nombre.

Aunque siento pena por aquel suceso, nunca he llegado a culparme ni tampoco a sentir remordimientos amargos. Todo sucedió en un minuto, fue una orden ejecutada mecánicamente, con esa sencillez con la que se rompen las cosas. Tampoco el teniente Bejarano pensó que no estuviera cumpliendo con su deber ni que esa no fuese la primera ley de la guerra: evitar a toda costa la deserción, y especialmente hacia las filas del enemigo. Tengo otros lamentos de los que iré dando cuenta, pero este no es el más amargo, aunque mucho me hubiera gustado no tener que hacer aquel certero disparo. De haberme encontrado solo, sin la presencia de aquellos mandos, quizás hubiese tardado demasiado en disparar.

* * *

Hubo otras deserciones que fueron, en comparación, dulces. Como aquella que sucedió en Riga, antes de volver al frente un puñado de hombres de nuestro batallón que estaban agotando su convalecencia en el hospital de esa ciudad. Esperaban a que se arreglara su transporte para volver a nuestro sector de Novgorod y presumir del trato recibido de las enfermeras españolas y de las conquistas cosechadas entre las muchachas letonas.

Teníamos un compañero al que llamábamos el Gorrión, uno de esos motes que son maldades de los suboficiales y que encierran en sí mismas finas intuiciones. Por alguna razón se le llamó así a aquel muchacho inquieto, de rebelde pelo de cepillo y

nariz larga en su delgada cara. Y él no pudo más que cumplir con su destino de gorrión, y voló. Fue una deserción misteriosa que nos dio mucho que hablar e imaginar. Sencillamente no volvió del hospital y su rastro se perdió entre los recuerdos del que le vio de la mano de una chica, del que creyó verle en una cantina con unos soldados alemanes, del que dijo haberle oído que quería volver a España... Nunca más se supo de él, ni creo que su familia volviera a tener noticias suyas. La deserción tiene un precio muy caro.

Yo puedo comprender ese momento preciso en el que se conjugan los temores, todas las angustias, el miedo casi físico... y se abre en la mente una luz misteriosa que invita a la fuga. Yo he podido comprender y perdonar, cómo no, al Maño y al Gorrión. Y les comprendo porque yo también tuve mis dudas; yo también sufrí entre el hielo del río Vóljov y sus riberas de barro y nieve, sintiendo que podía volver sin piernas a España o que mi cuerpo podía acabar perdido como un animal muerto en el desierto blanco, rapiñado por los rusos. Yo no quería ser un desaparecido en Rusia para mi santa madre. En alguna ocasión, esa idea fugaz, ese pensamiento peligroso en su mera presencia, que es la ocurrencia de no volver de Riga, de simular haber recibido un disparo, de rendirse..., ese pensamiento breve, aunque fuera prontamente rechazado, lo tuvimos muchos. Por eso puedo comprender al desertor, al débil.

A pesar de todo, nunca he podido ponerme en la piel de los emboscados, de aquellos rojos camuflados de azules que disimularon durante meses para intentar convertirse en soldados de Stalin. ¿Cómo se puede aparentar durante tantos meses? ¿Cómo se hace esa representación que significa alistarse en la división, hacer vida y causa de cuartel en España, compartir ese viaje en tren tan lleno de espontánea alegría, convivir un mes de instrucción en Alemania, marchar a pie durante novecientos kilómetros hasta el frente, hacer batalla, luchar como un hombre, esperando y calibrando la ocasión de cruzar al despiste, para luego tener que convencer al enemigo de que se es un comunista convencido? Y a todos los locos que hicieron ese papel, como a la rata aquella que habríamos de sufrir y que se llamó César Astor, les correspondió la misma suerte que a los que caímos prisioneros: doce o trece años de campos de concentración. Stalin nunca les aceptó. Rusia nunca quiso creer a aquellos comunistas tan contaminados que venían de la División Azul.

Yo creo que hay maneras más sencillas de vivir y de morir. Y esto me recuerda mucho a aquellos que para no hacer el servicio militar fingían durante semanas ciertas dolencias e iban arrastrándose como inútiles por el cuartel, rebajados de guardias, sin poder vestir siquiera el uniforme. A esa tropa siempre se la mira mal, porque es mejor hacer la guerra, vestir el uniforme, que siempre dignifica, y luego que sea lo que Dios quiera.

A algunos de aquellos desertores que pudieron volver a España se les terminó perdonando, porque Rusia ya les había dado su merecido. Y eso que se habían pasado al enemigo para darles una información que nos costaría vidas y habían traicionado a sus hermanos y a su patria. Pero ya claudicados en Rusia, ya convencidos de lo que

era el comunismo, abjuraron muchos para poder volver a ver la tierra donde nacieron. Nunca he sabido si el Maño fue uno de aquellos débiles que se creyeron la propaganda soviética o si sería alguno de aquellos emboscados.

* * *

Hacia el día 27 de noviembre tuve noticia exacta de que los rusos habían hecho prisioneros a cinco españoles que volvían de transportar vituallas a Possad, en aquel largo camino que partía en la orilla del río en Schevelevo y se adentraba hasta Otensky y Possad.

Este suceso me impresionó porque me parecía aquel destino —el de prisionero de las tropas soviéticas— el peor de todos los posibles.

De los españoles que allí fueron hechos prisioneros tuve luego mucho trato con Eusebio Calavia. Él fue quien nos contó, aunque mucho tiempo después, cómo lo habían capturado.

Otro prisionero que había pertenecido al batallón 250 de reserva, al que llamábamos Tía Bernarda, y que conocía bien aquellas posiciones, le preguntó:

—Eusebio, ¿es cierto que os apresaron cuando llevabais una radio para el comandante Rebull?

—Pues la verdad es que no —contestó lacónicamente Eusebio—. Llevábamos golosinas para los guripas de Rebull. Allí andaban los de transmisiones sin ningún problema. Os voy a decir lo que nos pasó.

Y así fue como nos relató su triste captura, que nos dejó cavilando sobre los penosos trances de la guerra de Rusia.

—Teníamos que llevar unas raciones de suministro a Otensky y seguir después a Possad. Conmigo venían Antonio Pérez, Antonio Peláez, Ricardo Presmanes y Agapito Morales. Llevábamos un trineo con toda la impedimenta. El trayecto fue muy duro porque el caballo estaba quejoso y nos costaba mucho hacer que avanzara. Así que conseguimos cambiarlo en Otensky. Llegamos a Possad y entregamos los víveres al comandante García Rebull. Allí nos acogieron amistosamente y cenamos en grata compañía disfrutando de un rato de calma en aquella posición que era ya una olla de fuego, pero que a los pocos días se convertiría en un infierno. ¡Qué pocos de nuestros amigos de aquella noche habrán sobrevivido! A las pocas horas recogimos nuestras cosas para volver a Schevelevo. Hasta Otensky todo fue bien, pero quedaba el largo trecho en el que se habían construido los blocaos intermedios. No habíamos avanzado mucho todavía cuando estalló una mina que no nos hizo daño. Después de aquel susto, con mucha cautela, distanciados unos de otros, seguimos hacia delante. El cabo Agapito Morales insistía en que había que continuar. Nuestras protestas de que debíamos esperar a una patrulla que nos protegiera no fueron consideradas, así que seguimos. Y nada más comenzar a caminar sentimos las ráfagas de las armas automáticas. Recuerdo que me eché al suelo y cuando me quise dar cuenta tenía

enfrente de mí a un tío agazapado en la nieve, confundido en ella con su capuchón blanco, que me estaba apuntando con su naranjero. Eché a correr al otro lado de la carretera con el pensamiento de que se me acababa la vida y se levantaron nuevos cuerpos, como si fueran fantasmas. En cuestión de unos pocos segundos nos hicieron prisioneros. Oía los gritos de dolor del cabo Agapito Morales, que había recibido un disparo en el vientre, pero nada podíamos hacer. Los rusos nos pusieron a caminar con empujones, con mucha prisa, sin pararse siquiera a registrar nuestro trineo. Detrás de nosotros sentimos cómo arrastraban a Morales. Nos hicieron luego detenernos, se cruzaron algunas palabras y un ruso le pegó dos disparos en la cabeza a nuestro cabo. Así comenzó nuestro cautiverio, presenciando el asesinato de Agapito Morales, que en paz descanse.

Este fue el relato de Calavia, que sirvió para que algunos de los hombres que habíamos recorrido aquel peligroso corredor de Schevelevo-Otenski-Possad nos enteráramos, aunque varios años más tarde, de lo que les había sucedido a nuestros camaradas desaparecidos a finales de noviembre del 41.

* * *

Pocos días después, el día 1 de diciembre, tuvimos la sorpresa de la visita del general Moscardó al frente. No se conformó el famoso héroe del alcázar de Toledo con visitar el cuartel general en Grigorowo, ni con adelantarse hasta Novgorod o a alguna de las posiciones de nuestra orilla del Vóljov. Quiso cruzar el río hasta la peligrosa cabeza de puente en los días terribles de diciembre, en las vísperas del combate final de aquella posición. Se acercó hasta el puesto de mando que el jefe de nuestro regimiento, el coronel Esparza, tenía en Schevelevo y que era, a su vez, punto de enlace con la división alemana 126. Yo no tuve la suerte de estrechar su mano, pero muchos soldados me contaron que allí compartieron con él unos emotivos momentos. El sargento Luis Nieto fue muy efusivamente felicitado por el general Moscardó. Alguien que había estado en el cuartel general de Grigorowo me comentó el conmovedor abrazo de los dos generales, Muñoz Grandes y Moscardó. Los que hemos sufrido guerra y cautiverio sabemos de la importancia de los gestos, y por eso le presté tanta atención a aquella visita a nuestra solitaria cabeza de puente. Se trataba de una lengua de terreno que no supondría a la postre un cambio de signo en la batalla del norte. Pero para nosotros aquella posición era el combate de España en Rusia.

Sin embargo, aquella ofensiva, coordinada con la de los alemanes y que pretendía terminar de envolver a la ciudad de Leningrado, se tambaleaba. El día 4 de diciembre se armó un nuevo ataque ruso sobre Possad. A su vez, Otenski llegó a estar cercado y el comandante Román tuvo que luchar con bombas de mano y con su propia pistola. Nuestros hombres causaron más de cien muertos. A pesar de nuestra fanática y feroz defensa, los ataques rusos se sucedieron con imponente sacrificio de vidas. La

magnitud de aquellas oleadas continuas de atacantes quedaba bien representada en las montoneras de cadáveres de soldados rusos que se llegaron a formar a cuarenta metros de nuestras trincheras, hasta convertirse en un obstáculo propio para ellos, pues tenían que superar aquella barrera de muerte. Todo aquel sacrificio en vidas era la consecuencia de aquellas palabras de Stalin pronunciadas muy al comienzo de la guerra: «Si desean una guerra de exterminio tendrán una».

En aquel Ejército Rojo de la primera línea vimos morir a mujeres rusas y a marineros reconvertidos en infantes, a oficiales condenados a los batallones de castigo y a chicos que más bien parecían niños todavía. Nueve millones de soldados soviéticos perecieron en la guerra. Si a ello añadimos el número de bajas por heridas de guerra o enfermedad, el número de desaparecidos y el de los prisioneros, concluiríamos que varios ejércitos rojos en pleno sucumbieron y fueron íntegramente reemplazados.

XIV

Sucedió en aquellos días de fuego de Possad, hacia el 5 de diciembre, en una noche extremadamente fría, sobre los treinta y cinco grados bajo cero. Los rusos comenzaron un hostigamiento artillero que nos hizo refugiarnos en cada agujero que teníamos preparado. Y como señal anunciadora de la ola de hombres que se nos echaría encima empezamos a sentir el fuego de mortero. A los pocos minutos comenzaron a silbar, en tenebrosa cadencia, los temidos «organillos de Stalin», también llamados *katiushas*, que eran aquellos camiones que montaban en su caja unas rampas lanzacohetes. Justo después ya se oyeron desde el bosque los gritos de: «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!» con los que los rusos se cargaban de valor en el asalto. Para entonces los tenientes nos estaban sujetando en nuestros puestos para que no disparásemos todavía.

—¡Que nadie dispare hasta que no los tengamos bien cerca! ¡Esperad la señal!

En aquel momento unos soldados se apiñaron al lado de las ametralladoras, acercando cajas de munición, teniéndolas abiertas y colocando las cintas para que los servidores las pudieran manipular sin fallo alguno. El soldado que se disponía a hacer fuego con la ametralladora solamente esperaba la orden del silbato del oficial, agarrando con las dos manos el arma. Los demás comprobábamos que la bayoneta estuviese bien calada y ensamblada en el fusil y nos aprestábamos a apuntar. Nuestras esperanzas estaban puestas en lo que nuestras ametralladoras alemanas pudieran hacer con sus mil doscientos disparos por minuto. Pero todo iba a depender del número de hombres que integraran la avalancha y de que un pepinazo no nos arruinara los puestos de ametralladora. En esos momentos definitivos de la guerra en que sabemos que la muerte ha de hacer estragos en nuestras filas; en esos momentos en que sabemos que vamos a ver morir a nuestros hermanos, y posiblemente sucumbamos nosotros mismos, es cuando el ardor de nuestra causa se elevaba por encima del que pudiera tener nuestro enemigo. Nosotros habíamos sufrido mucho hasta llegar a Rusia y nos amparaba la convicción legionaria, tan extendida en nuestras filas, de que morir no es el peor de los destinos, sino el más cierto; que la muerte no es tan terrible, pues llega en un momento; y que morir con honor en el campo de batalla es un glorioso final. Esto, unido a una fe grande en el encuentro con Dios, hizo de nosotros unos soldados alegres, temerarios y feroces. Llegó la ocasión de un asalto en el que miles de hombres se lanzaron sobre nuestras líneas. Y aquella oleada del Ejército Rojo se nos echó encima en cuestión de segundos. En el momento preciso en el que los tuvimos cerca y el blanco era seguro oímos los gritos del teniente Bejarano:

—¡Fuego, fuego! ¡A por ellos! ¡Arriba España!

El teniente estaba allí, de pie, con medio cuerpo encima de la trinchera,

desafiando al fuego enemigo, enarbolando una pistola y sin dejar de gritar.

La tierra tembló, pero ya ni siquiera oíamos los bombazos, ya no molestaban porque no oíamos nada. Saltó la nieve dejando en su seno enormes boquetes de barro. En uno de estos agujeros desaparecieron de nuestra vista unos compañeros que no estaban a más de quince metros. Solo pude ver sus cuerpos esparcidos.

El fuego de nuestras ametralladoras segó una primera línea de la que quedaron en pie unas pocas figuras que se presentaban corriendo hacia nosotros. A esos hombres les seguíamos disparando e iban cayendo, pero ya muy cerca de nosotros. Y casi inmediatamente, sin poder reponernos de la impresión, otra avalancha de hombres se lanzó de nuevo a la carrera con sus gritos guerreros: «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!». Y que fueron contestados inmediatamente por los nuestros de: «¡Arriba España!». Otra vez las ametralladoras vomitaron todo su fuego diezmado esa línea enemiga, pero, sin darnos cuenta, algunos estaban tan cerca que tuvimos que lanzar nuestras bombas de mano. Y en ese gesto mismo de lanzar una, vi cómo caía un camarada y hermano del bachillerato, Agustín Cabezas.

No me dio tiempo a más, la siguiente imagen que se me viene a la memoria es la de saltar de la trinchera hacia fuera, clavando mi bayoneta en el cuello de un ruso. Inmediatamente después recuerdo a otro soldado enemigo que se echó encima de Germán Izuzquieta; le clavé mi fusil por el costado y se lo volví a clavar ya en la espalda con toda la fuerza de mis furiosos brazos. No había distancias para apuntar y disparar, era ya la lucha cuerpo a cuerpo desconocida y temida, pero sencilla. Me sorprendió comprobar que me costó retirar la bayoneta del cuerpo de aquel soldado y tuve que ayudarme pisándole el cuerpo.

La siguiente acción que soy capaz de recordar es la de verme empujado por el sargento Varela hacia una isba en llamas. Le oí gritar: «¡Dispara con esto!», mientras me entregaba uno de los dos naranjeros que sujetaba con sus manos. Se los había arrebatado a los rusos. Corrimos hacia un extremo de nuestra posición en la que había un grupo de enemigos. Les disparamos, acabando con tres de ellos. Otros dos quedaron tendidos levantando las manos hacia nosotros. Esta es la primera cara de aquella jornada de batalla que recuerdo, la de un muchacho muy joven implorando, suplicando por su vida. Varela le pegó un tiro, o fui yo. O fuimos los dos a un tiempo. Le disparamos en la cabeza.

Esta es la frase que más me ha costado escribir. Podía mencionar que en aquel minuto —de los diez o doce transcurridos, quién sabe el tiempo que había pasado— la embriaguez de sangre era completa. Pero no hace falta que lo diga. Así era el combate. La garganta estaba seca de ansia y excitación. Gritábamos conjurando al miedo, dándonos la última razón para matar y para morir. Hubo un primer momento en el que sentí que se me subía y se me agolpaba toda la sangre en la cabeza. Pero después de haber usado la bayoneta, la cabeza se despejó buscando otro enemigo al que cazar. Así de sencillo es matar.

Oí ya solamente voces en español; nos fuimos agrupando hacia los restos de una

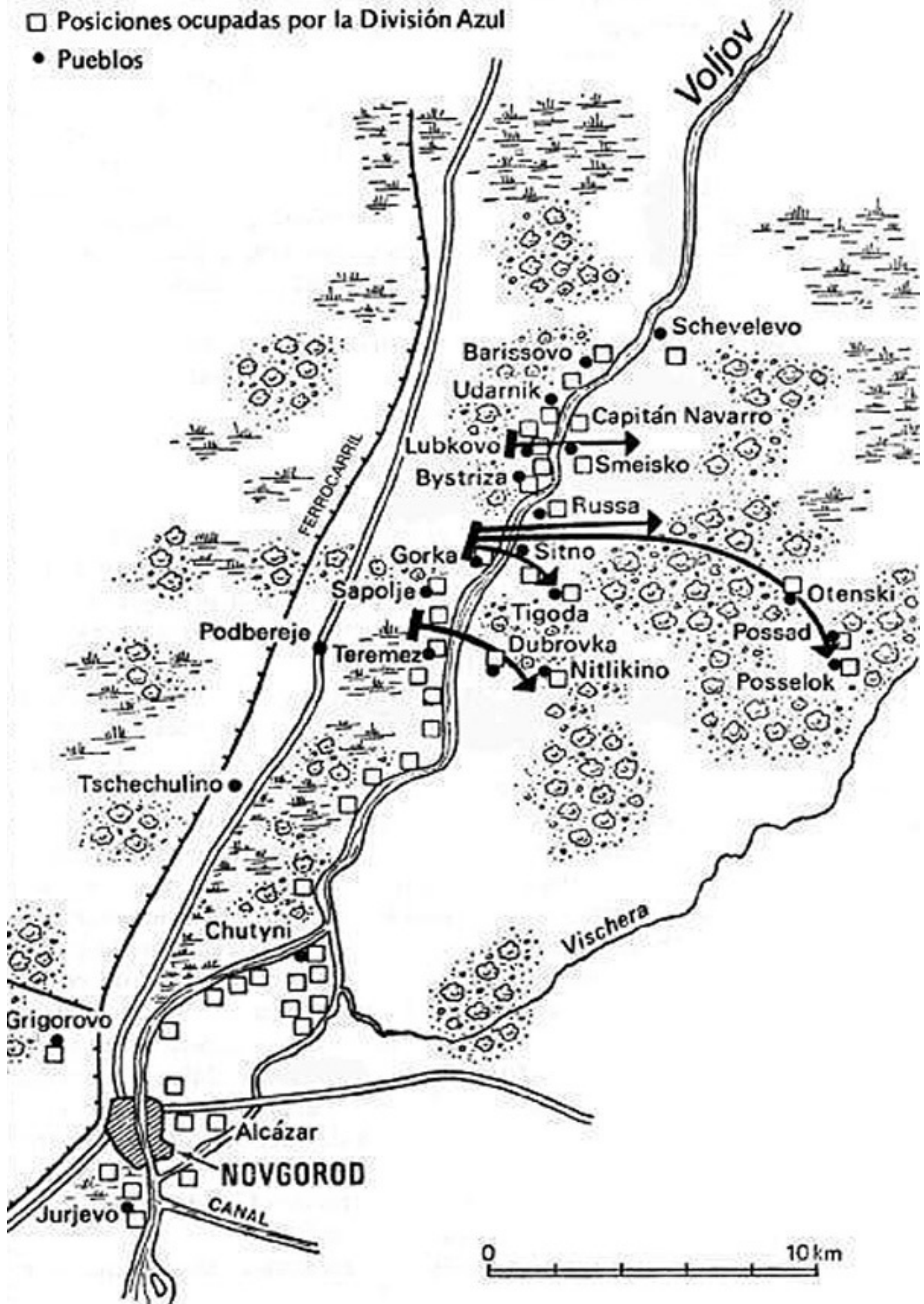
casa de madera de la que, como era habitual, solo permanecía en pie la estructura de ladrillos de la chimenea. Allí se encontraba el capitán dando instrucciones. Me pregunté qué había pasado, y fui encontrando respuestas: al parecer habíamos repelido el ataque. Ahora teníamos que retirar a nuestros heridos ayudando a los sanitarios. Después nos tocaría ocuparnos de nuestros camaradas muertos. Se hizo de día por completo y por primera vez noté que hacía frío. Era aquel frío aún soportable de los veinte grados bajo cero.

El combate se fue extinguendo. Lo percibimos porque ya solo se escuchaba algún disparo suelto. Hacia el bosque se extendía un campo de nieve embarrada sembrada de cuerpos. Algunos gritaban, otros agitaban los brazos o trataban de moverse, pero la mayoría estaban muertos, congelados, manteniendo el último gesto de su vida, cristalizados en posturas inverosímiles. Algunos españoles siguieron gritando y se afanaron en hacer acopio de armas rusas, manoplas, ropa de abrigo y las botas de fieltro, las apreciadas *balenki*.

Frente del río Voljov, norte de Novgorod

□ Posiciones ocupadas por la División Azul

● Pueblos



Caído dentro de un pozo de tirador había un ruso levantando los brazos en un claro gesto de rendición. Varela, del que no me separé, le disparó sin pensarlo. El teniente Bejarano vio la escena y empezó a gritar:

—¡Varela, coño, a esos ya se les hace prisioneros y que nos ayuden a evacuar heridos y fortificar!

—¡A la orden, mi teniente! ¿Qué hacemos con nuestros camaradas? —contestó el sargento Varela como si nada hubiera pasado.

El teniente, que sabía que se estaba refiriendo a los camaradas muertos, contestó que ellos podían esperar, que ahora teníamos urgencia en evacuar heridos y esperar la orden de hacernos fuertes o retirarnos.

Este es el primer combate cuerpo a cuerpo del que recuerdo con precisión su secuencia y aún las caras de los hombres que maté. Tengo que decir que después de haber combatido así me sentí que era ya, y plenamente, un soldado. A partir de entonces, creí que yo no era otra cosa, y posiblemente no sería otra cosa más auténtica que un soldado. También llegué a pensar que no era menos soldado que el mejor soldado del mundo. Antes de aquellos días todavía no me había sentido enteramente un guerrero, porque la distancia aleja el peligro, el miedo y la certeza de la muerte inmediata. Pero en el combate definitivo, en el que ya no sirven los fusiles ni las granadas, es cuando se aprende en breves minutos a luchar de verdad.

Comprendí en aquel instante que las sensaciones animales de esa lucha hacen olvidar todo lo demás. De su excitación no se libra nadie y desde entonces las rutinas de la muerte forman ya parte de los rudimentos de un soldado. Es decir, de lo que sabe hacer un soldado sin preguntar: disparar el fusil, comprobar que se tiene preparada la bayoneta, lanzar con precisión las bombas de mano y defenderse o atacar con todo lo que se tenga.

Cuando el combate cesó y el cuerpo se encontraba todavía tenso de miedo y rabia, temiblemente despierto, y después de recoger las cosas más necesarias, ayudamos a retirar a los soldados heridos hasta algún refugio o hasta una de las pocas isbas que se mantenían en pie.

A mí me tocó arrastrar a un muchacho al que no conocía y que llevaba mucha muerte en su maltrecho cuerpo. Improvisé un trineo y le fui deslizándolo con cuidado, pero con toda la urgencia de su agonía. Sus quejidos me estaban doliendo, por lo que paré un instante y busqué la cantimplora; no la encontré. En el pecho llevaba una pequeña petaca con vodka, la saqué y le fui administrando aquel calmante. Él me agarraba del brazo porque tenía miedo de que le pudiera abandonar.

—¡Ánimo, camarada, no te preocupes, que estoy contigo, no me voy a separar de ti! —Le consolé.

En aquel momento yo hubiera querido que se bebiera todo el vodka de la petaca, pero él no tenía fuerzas para ello. En aquella pausa murió, mirándome a los ojos y agarrado a mi brazo.

Continuamos evacuando heridos hasta las improvisadas casas de socorro. Permanecer allí era más duro que la tensa espera en el frío y que cualquier dolor y cualquier miedo del combate. Para soportar las escenas de los camaradas heridos, sus gritos de dolor, sus cuerpos destrozados, no hay remedio posible. Hay imágenes terribles que otros se han atrevido a describir, pero yo siempre he procurado que no me volvieran a la memoria. A veces es un pensamiento traidor el que me devuelve la imagen de un búnker en el que los heridos yacen sobre la paja y Venancio le va dando de beber de una botella de vodka a un muchacho al que le han volado las dos manos. Los gritos de dolor son muy duros y no podemos hacer más que esperar su evacuación hacia algún hospital de campaña detrás de aquella línea del frente. ¡Si fuera posible salir de Possad y llegar a Schevelevo!

Aquellas imágenes de nuestros hermanos heridos arruinan todo ideal de lucha porque el sufrimiento es infinito.

Muchos de nosotros buscábamos en esta guerra los méritos que no obtuvimos en nuestra guerra de España. Unos por ser demasiado jóvenes para participar en ella, otros porque anduvieron escondidos en la zona roja o encuadrados en el bando contrario y otros —como era mi caso— porque sentíamos que no habíamos tenido tiempo de destacar en aquella época. La mayoría de los voluntarios españoles no habíamos apenas combatido, no sabíamos matar. Pero a matar se aprende bien pronto y el instinto de lucha se afina de forma espontánea. Sin embargo, ¿quién puede con la pregunta de si merece la pena tanto dolor?

Permanecemos en nuestras posiciones tratando de reponer fuerzas. Hubo un par de días en que pudimos dormir y comimos de cualquier forma, muy salvajemente diría alguien, como se pudo, diría algún otro; engullimos la carne de alguno de nuestros caballos muertos. Hasta el día 7 de diciembre aún podíamos salir y seguir con la cosecha de prendas rusas. Pero ese día sufrimos hasta treinta ataques de la aviación rusa. Las posiciones parecían ya insostenibles.

Así llegó el día en el que tuvimos que comenzar la retirada de Possad. El regreso por la batida carretera que llevaba hasta Otenski y Schevelevo fue atropellado y caótico. Aquello no fue más que el anticipo de nuestra evacuación definitiva hacia el otro lado del río.

Nunca supe cómo fue posible esa retirada sin que una avalancha rusa nos aplastara a todos. Los testimonios de lo que ocurrió son muy contradictorios, pero hace poco tiempo he conocido uno que puede ayudar a saber cómo fue posible que muchos de nosotros escapáramos.

Desde Possad se habían emitido mensajes por radio sin cifrar que confirmaban que había llegado un batallón. Aquello, unido a otras maniobras de simulación, hizo pensar a los rusos que se reforzaba nuestra posición. No intuyeron nuestro abandono y eso fue lo que permitió que llegáramos a Schevelevo y nos dispusiéramos para

cruzar el río.

El día 9 de diciembre nuestro batallón cruzó el río Vóljov para perder aquella cabeza de puente conquistada y sostenida a sangre y fuego durante cincuenta días. Un cierto sentimiento de derrota y confusión nos abrumaba hasta que Germán Izuzquieta, haciendo alarde de su condición de estudiante de Filosofía y Letras, recordó el pensamiento de Sancho Panza mientras abandonaba la ínsula Barataria:

—«Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano».

Y pensamos los demás que era bien cierto que nada teníamos. Volvíamos con las manos vacías, pero no íbamos a ceder ni un palmo de terreno en nuestra orilla del Vóljov.

XV

No fue hasta entonces cuando me pregunté por las razones que me habían llevado a Rusia. Fue un despertar retrasado en la decepción del ideal. Durante las primeras semanas en el frente, y mientras duró la dura apuesta que fue establecer al otro lado del Vóljov aquella cabeza de puente, solo aprendimos a sufrir. Y a aquel sufrimiento no le pusimos nombre. Tan solo queríamos sacudirnos el frío, quitarnos los piojos, esquivar los bombazos. En definitiva, sobrevivir. Enterrados en esa lucha de trincheras no nos planteábamos si nuestra causa era justa. Bastante teníamos con intentar salir vivos de aquel infierno del frío sin nombre ni medida. El pozo sin fondo del dolor no admitía protestas. Bien pronto repetíamos que aquello no era cuestión de un día como habíamos canturreado: «Rusia es cuestión de un día/ para nuestra infantería,/ pero acabaremos antes/ gracias a los antitanques...». Y nos hicimos al padecimiento extremo sin querer pensar apenas en un antes y un después, fantaseando solamente con un porvenir de héroes y señoritos. «Cuando vuelva del frente me hago señorito», decíamos. Porque cualquier otra vida que no fuera la del sufrimiento del frente nos parecía una vida de señoritos. La sola idea de pensar que se podía vestir ropa limpia y comer caliente la considerábamos una vida de lujo. Hasta nos rechinaba el pensamiento de dormir en una cama con sábanas recién planchadas como aquel soldado del que hablaba Rafael García Serrano que volviendo del frente de Somosierra a Pamplona no pudo dormir en la cama de una fonda de Burgos y se echó en el suelo con su manta. Su cuerpo ya no podía conciliar el sueño envuelto en la molicie de una cama.

Así de curtidos andábamos de piel, y la cabeza, a decir verdad, tampoco andaba fina para desentrañar las razones de nuestra existencia guerrera. No podíamos dudar de lo que estábamos haciendo en Rusia. Nos daba miedo pensar en el atrevimiento tan temerario que fue alistarse para algo tan desconocido. Aún hacíamos bromas sobre las prisas que habíamos tenido por alcanzar el frente cuando nos parecía que llegaríamos tarde a la toma de Moscú; que a los españoles no nos daría tiempo de clavar nuestra espada en el lomo del comunismo porque estaría ya vencido por la inefable Wehrmacht. Habíamos tenido prisa para morir y ya lo sabíamos. No nos imaginábamos que la guerra iba a conllevar tanto sufrimiento.

La primera sorpresa la tuvimos al encontrarnos una Rusia distinta a la que habíamos supuesto y con un enemigo también diferente. Habíamos imaginado al monstruo soviético representado por los crueles comisarios políticos que dirigieron al ejército republicano en nuestra guerra. Creíamos que nos enfrentaríamos con un enemigo al que teníamos puesto la cara de Stalin, la Pasionaria, Enrique Lister y de los responsables de las checas de Bellas Artes, Fomento, Porlier; de las matanzas de Aravaca, Torrejón, Paracuellos; del exterminio de siete mil religiosos... De alguna

manera, mientras marchábamos a Rusia creíamos que nos íbamos a encontrar de cara con los enemigos de nuestra cruzada. Lo nuestro podía tener todo el aire y todo el sentido de una venganza; sin embargo, aquella guerra era otra cosa que nada tenía que ver con la de España.

En Rusia nos encontramos a un pueblo pacífico y que se mostraba contento de poder tratar con nosotros. El enemigo lo teníamos enfrente, escondido en la nieve, tras el fuego de su temible artillería, pero no le podíamos poner la cara terrible de Stalin y Beria. De hecho, los prisioneros que íbamos cobrando lo primero que hacían era decirnos que no eran comunistas, que los españoles éramos buenos: *Spanski jarasó*, y se llevaban las manos a la boca pidiendo comida.

Muchos rusos se dejaban cautivar tan pronto como veían que la situación estaba medianamente perdida o que no tenían a un oficial detrás dispuesto a dispararles. Clavaban en la nieve su naranjero, boca abajo, y alzaban los brazos. Ya en la retaguardia se convertían en asistentes muy cumplidores, hasta el punto de que fueron ellos los que ayudaron con verdadera generosidad a trasladar heridos y a evitar que se hundiera alguna de nuestras balsas en el Vóljov.

Fui poniendo en claro todas estas ideas de forma muy costosa y lenta. Fue una revelación que no se compagina del todo con la doctrina oficial, con las arengas y discursos que habíamos escuchado antes de marchar.

Para cuando la División Azul volvió a España todo fue un silencio apenas roto por las noticias heroicas de los camaradas que supieron morir en Krasny Bor, de los desaparecidos y mutilados, de los prisioneros... Supe después que la derrota de Alemania hizo que ya no se hablara apenas de nuestra gloriosa división. ¿Para qué habíamos ido a sufrir y a morir a Rusia? Esta pregunta era muy dolorosa, pero se fue abriendo camino lentamente en la cabeza de muchos veteranos en los años siguientes.

Estas pueden ser algunas de las razones por las que no quise hacerme habitual de la hermandad de veteranos. No quería hacer de toda mi vida un recuerdo constante de aquella guerra. Nunca me he arrepentido de alistarme, ni siquiera me arrepiento de haber tenido que matar a otros jóvenes que eran tan buenos hijos de sus padres como yo. Estaba allí para vencer o morir.

Ha sido ahora, en estos años últimos de persecución formal a nuestro sentir, de permanente adoctrinamiento en el tópico republicano, de exaltación de la República que no fue, que no llegó a ser, de negación del terror rojo en España, de insidiosa condena al bando nacional y ensalzamiento oficial del bando comunista, cuando he querido reafirmarme en mis viejos ideales.

* * *

Los grandes combates parecieron, durante unos días, quedar atrás. Estábamos establecidos en Udarnik y allí tuvimos dos semanas de tranquilidad en las que pudimos reponernos y hasta retomar el correo. Pude así complimentar a mi familia y

a mi madrina de guerra. Se trataba de una chica de extraordinaria educación que vivía en Madrid, en la calle Almirante, 14. Muchas veces he pensado en la tremenda coincidencia de que la mujer de mi vida, Teresa, viviera tan solo a tres manzanas — unos cuatrocientos metros— de aquella muchacha con la que soñaba en mis días de guerra. Se llamaba Ascensión y nunca más volví a saber de ella. Hasta que, pasados muchos años, un familiar suyo, buscó mi nombre en la guía de teléfonos y dio conmigo. Es la ventaja de ser el único abonado de la telefónica de Madrid con estos apellidos, Maseda Castro. Mi madrina de guerra, mi novia epistolar, había fallecido. Entre sus cosas, habían aparecido un par de cartas mías enviadas precisamente en aquel invierno del 41 al 42. En ellas se refleja bien mi sentir de entonces:

En campaña, a 12 de diciembre de 1941

Queridísima Ascen:

He estado unos días sin escribirte porque me ha sido completamente imposible. Se puede decir que hemos estado de viaje. Como es natural no puedo precisar detalles. Pero, en fin, aquí estoy dispuesto a reanudar nuestra correspondencia.

Bueno, eso de dispuesto... No sabes lo negro que me he puesto al llegar y no encontrar carta tuya. Estoy tan desesperado que para ver qué pasa he pedido un permiso para España a cambio de estarme luego unos cuantos meses más aquí. ¿Qué te parece? Si me lo dan, no dejaré de ir a verte (Artículo 4.º del reglamento de las relaciones entre madrinas y ahijados) y charlaremos de muchas cosas.

Por aquí todo lo mismo, una vida de milicia plena con mucho movimiento. Mañana, creo, celebraremos el santo del teniente que nos manda; los cinco meses de la salida de España y el cumpleaños de mi mejor camarada, Miguel Ángel, de quien ya te he hablado en las otras cartas. Veintitrés añazos. Ya va teniendo edad de casarse. ¿Eú que crees? Yo creo que sí, pero ¿quién se casa en estas circunstancias? Si supiere que va a escapar bien de la guerra, dice él que se casaría por poderse. Prefiere seguir soñando con ganar una esposa en vez de hacer algo que pueda servir

para que haya una viuda joven más. Y en fin, para qué vamos a hablar de esto.

Bueno, niña, por hoy, con el cansancio de una fila de días sin dormir, ya está bien, pues estoy que me caigo de sueño. Recibe lo que tú quieras de tu ahijado.

Afectuosamente,

José Maseda

Por exigencias de la censura en la correspondencia no se podía hablar de ninguna operación, ni de ningún lugar concreto. El viaje al que me refería era la cabeza de puente en la que pasamos cincuenta días. El tono era desenfadado, casi de un cierto descaro. Hay que tener en cuenta que no conocíamos a aquellas madrinas de guerra, solamente sabíamos que eran señoritas que nos ofrecían su amistad por correspondencia y, por supuesto, lo que nos quisieran contar.

Yo mantenía una cierta reserva y esperanza de llegar a conocer a una madrina a la vuelta. La segunda carta que he recuperado la escribí tan solo unos días después, al haber recibido una carta suya del mes de noviembre.

En campaña, a 20 de diciembre de 1941

Mi queridísima amiga:

Al fin he recibido la tercera carta tuya que ya creía que no llegaría nunca. Por cierto, que no comprendo cómo andan los correos, pues la carta que escribiste el 24 de octubre, según la fecha de la misma, resulta que no salió de Madrid hasta el día 5 de noviembre, y claro está, con las operaciones de censura y los miles de kilómetros, me ha llegado hoy.

Me parece muy divertido que te hayas acostumbrado a mis cartas. Yo, por desgracia, no he podido acostumbrarme a las tuyas, pues cada dos meses recibo una, y aunque soy buen fisionomista, casi de carta en carta no me acuerdo de tu cara, quiero decir de tu letra.

Como me pides que te cuente mis proyectos, allá voy. Por lo pronto,

ahora he pedido un permiso. Todavía no se han concedido permisos para volver a España. En cuanto lo tenga, no dejaré de ponerme la levita y el sombrero de copa y te haré una visita tal y como corresponde.

De otros proyectos, ¿qué quieres que te diga? Verdaderamente es un poco aventurado hacer proyectos cuando se tiene colgada encima la espada de Damocles. Todavía no he pensado nada, pues depende de varios factores. Entre otros, que no sé con qué cantidad de metálico contaré, pues cuando cumpla los veintitrés me tienen que entregar unas pequeñas herencias, y sobre la base ya veremos lo que hacemos. Quisiera poder estudiar, a pesar de que voy muy retrasado. Pero lo que sí puedo asegurarte es que tengo el proyecto (como salga de esta) de no meterme más en camitas de once varas. Porque, con unas cosas y otras, llevo cinco años de retraso. Los años que van desde que empezó nuestra guerra.

De lo del alcohol (mis mayores respetos) no sé qué decirte, no es que me guste de tal manera que no pueda vivir sin él. Ahora que, en ciertas ocasiones, es imprescindible para la vida de campaña. Si no te voy a poner un ejemplo: ¿tú crees que hubiéramos podido aguantar los combates últimos, con veinte y treinta grados bajo cero, sin alcohol? No, hubiera sido imposible. Sé que me dices esto por una de las cartas que te he escrito y que, por el estilo tan cariñoso y socarrón, destilaba coñac. ¿No es así? Cienes que comprender que hay días especiales. Ahora bien, si tú me lo pides estoy dispuesto a no beberme nada más que un par de copitas diarias. ¿Conforme?

Bueno, hijita, voy a dejarte porque entro de guardia y tengo que dedicarme a todas estas cosas. Mañana volveré a escribirte. Manda recuerdos a tu hermana y tú recibe lo que quieras de tu ahijado.

José Maseda

Ni que decir tiene que las cartas que aquella adorable madrina de guerra me envió

se perdieron en Rusia, con todas mis otras cosas, cuando me hicieron prisionero. Ha sido su sobrino quien, al traerme las cartas, me vino a recordar aquellos humores de las trincheras. Me sorprendió el tono envalentonado y de cierta superioridad con el que escribía. La vida hasta aquel momento me había sonreído. La fortuna de sobrevivir a tantas bombas y asaltos me había envanecido. Porque, es cierto, existe una cierta soberbia del soldado que sobrevive. Más aún si es vencedor. Nosotros hasta entonces todavía nos considerábamos soldados del ejército que iba ganando la guerra. En eso que le decía a Ascen de una futura herencia, que me estaba esperando a que cumpliera los veintitrés años, todavía me estoy preguntando a qué herencia me refería. Era, pues, otra bravuconada mía.

Y en esos días de cierto descanso posteriores a nuestra retirada de la cabeza de puente hasta nos hicimos ilusiones de tener las fiestas de Nochebuena y Navidad tranquilas. Pero los rusos tenían especial interés en castigarnos en nuestras fechas más señaladas; tenían otra idea de cómo habríamos de pasar la Nochebuena. En la tarde del día 24 de diciembre, en esas horas en las que todos nuestros pensamientos se dirigían hacia nuestras familias en España, los rusos bombardearon con fuerza. Se trataba de una preparación artillera a deshora, pues los rusos siempre la iniciaban de madrugada y como anticipo de sus ataques. Por esto supimos que nos estaban felicitando las fiestas. Su bombardeo comenzó a primera hora de la tarde y sirvió para que sus hombres lograran cruzar el río precisamente por nuestro sector, a la altura de Gorki, enfrente de nuestra perdida aldea de Sitno.

En Udarnik, no obstante, esa noche pudimos cenar magníficamente, gracias al aguinaldo del Führer, que consistía en pavo, pan, mantequilla y mermelada de frambuesa. Esta última venía en latas de diez kilos cada una.

Pero al día siguiente, en la madrugada del día 25 al 26, hacia las dos de la mañana comenzó un ataque por oleadas de soldados rusos que cruzaban el río helado en nuestra dirección, hacia Udarnik. Teníamos allí dos modestas piezas de antitanque de 37 mm que comenzaron a disparar granadas rompedoras apuntando a cero y que nos sirvieron para que los rusos se vieran obligados a rodear el poblado.

Pero al poco tiempo se hicieron con Udarnik, a excepción de dos o tres posiciones y del puesto de mando del comandante Román. Al amanecer, el propio Román se puso al frente nuestro para pasar al contraataque combatiendo casa por casa. Volvía a emerger la figura de aquel gigante, Miguel Román Garrido, como en los días de Sitno. Su empuje era tal que contagiaba a todos los soldados sin que quedara uno solo que albergara un sentimiento de duda o de tibieza. Si veíamos a nuestro comandante luchar como un soldado más, sentíamos que la idea de morir era cosa que no podía enervar nuestros ánimos. Su ejemplo nos fanatizaba.

Estábamos soportando un durísimo ataque sobre Udarnik. Pero los hombres del segundo batallón no estábamos solos, combatían también con nosotros mis viejos amigos del cuartel del Infante Don Juan, una compañía de antitanques que ya había luchado a nuestro lado en Possad. De esta unidad eran Dionisio Ridruejo y Agustín Aznar. Y de entre los caídos, Ruiz Vernacci y Sotomayor.

Dos compañeros de esta unidad, el soldado Juan Chicharro y el sargento Blanco, acudieron en auxilio de un soldado que pedía ayuda. Estos valientes se arrastraron en la nieve hasta llegar a su lado observando que tenía las piernas segadas por una ráfaga de ametralladora. Con una manta que encontraron lograron arrastrar a aquel joven hasta el botiquín, donde murió. Era el querido amigo y ayudante de José Antonio, Vicente Gaceo del Pino. Poco después, aquel mismo soldado, Juan Chicharro, se encontró a su hermano Antonio, de dieciséis años, muerto y rodeado de otros tres soldados rusos que también estaban muertos. El muchacho estaba congelado y le habían despojado de la cartera y las fotos de su familia.

* * *

Aquellas horas fueron quizás las más decisivas de nuestra actuación en el Vóljov. En vísperas del Año Nuevo conseguimos frenar la terrible ofensiva soviética al tiempo que comenzamos a estrangular sus vías de escape. Los rusos nos estaban devolviendo nuestro asalto a su orilla y la operación de la cabeza de puente.

Allí tendría mi amigo Alberto Díaz Gálvez una actuación destacada. Era un muchacho risueño, de pelo oscuro, bien parecido, con la mirada aguda e inteligente. No sé por qué cauces de la imaginación su semblante se me asemejaba al de un halcón. Estaba destinado al puesto de mando del comandante Román para cumplir con las tareas de enlace. Tres meses más tarde, a los pocos días de que me hicieran prisionero, Alberto sufrió un disparo que le atravesó la cabeza. La bala le entró por el pómulos izquierdo y salió por el occipital. Si embargo, el milagro fue que tan solo perdió oído y la visión de un ojo. Muchos años más tarde me dijo a propósito de aquel prodigio:

—Se ve que hay balas que no están hechas para matar. —Y me contó también su actuación en Udarnik—: El comandante Román me dio la orden de que acudiese a la posición del teniente San Juan con un mensaje dramático: «Situación desesperada. Más de un centenar de muertos y heridos. Enemigo dueño del pueblo. Nos hacemos fuertes en la ermita. No podremos resistir otro ataque. Fuerzas disponibles no llegan a treinta hombres sin munición. Comandante Román».

Nuestro comandante, no obstante, no se quedó quieto esperando refuerzos. Tomó, una vez más, la iniciativa y fuimos neutralizando las isbas desde las que se hacía fuego. La técnica que habíamos desarrollado era ya la de los más expertos asaltantes:

primero avanzamos en zigzag abriéndonos hacia el objetivo y haciendo fuego con los subfusiles. A treinta metros del objetivo nos tirábamos unos al suelo mientras otros proseguían el avance. Lanzábamos nosotros las bombas de mano y ellos se tiraban ya a diez metros del objetivo. El efecto de las bombas nos concedía, al menos, cuatro o cinco segundos para levantarnos, correr quince o veinte metros y volver a pegarnos otro planchazo. Para entonces, si los rusos no habían podido con nosotros estaban perdidos. Tenernos a esa distancia suponía que lanzaríamos bombas por cada hueco de la casa.

Cuando emprendimos estos frenéticos contraataques, no seríamos más de una docena de fieles del comandante Román.

Serían otras fuerzas de nuestro regimiento, compañías del primer y tercer batallón, las que lograron entrar en Udarnik. Entre ellas, la compañía del capitán Vallespín y la sección de asalto de Pettenghi. Terminaron por despejar el terreno y se dirigieron hacia la conocida Posición Intermedia para encontrarse que todos los españoles estaban muertos.

No sé quién sería el que tuvo la idea de crear entre Lobkovo y Udarnik aquel emplazamiento que se llamó la Posición Intermedia. La orden sí parece ser que la dio el jefe de nuestro regimiento, el coronel Esparza. Alguien intuyó que en un ataque frontal contra nuestro sector quedaba muy descubierto un terreno al que se accedía por unas barrancas. Nuestra defensa de Udarnik provocó que el enemigo escogiera precisamente ese camino, que era defendido por el alférez Rubio Moscoso con veinte hombres. Fue esa misma noche del día 26 al 27 de diciembre, fecha que ha quedado grabada en nuestra memoria por lo que supuso para toda la división. Como es bien sabido, el alférez Rubio Moscoso había telefoneado al cuartel general, y al tiempo que expresaba su desesperada situación, recibió instrucciones del general Muñoz Grandes, que le dio la orden de mantenerse clavado a la posición. Resistió él y resistieron sus veinte hombres sin ceder un palmo de terreno y no entregaron la posición sin entregar antes su vida. Cuando llegaron las fuerzas del capitán Vallespín y del comandante García Rebull la posición estaba rodeada por unos doscientos cadáveres de soldados rusos. Los defensores españoles yacían sin vida, esparcidos, terriblemente mutilados; algunos de aquellos cuerpos habían sido clavados con picos.

La noticia de lo que habían hecho los rusos con los hombres de la Posición Intermedia corrió de boca en boca por nuestras filas. Nos enfureció de tal manera que ese día los rusos sufrieron más de un millar de bajas. La rabia de los españoles se vengó de los cuerpos profanados de nuestros hermanos y por ello no se hizo ni un solo prisionero ruso. El balance de la jornada para los soviéticos fue de setecientos muertos y trescientos heridos.

El sacrificio de aquellos soldados fue reconocido inmediatamente por nuestro general en estas palabras:

Soldados:

Los combates iniciados el 24 por el enemigo en el Vóljov, cuyo paso trató de forzar, han culminado ayer 27 con su esfuerzo máximo (del enemigo), pretendiendo con fuerzas enormemente superiores a las nuestras romper nuestras líneas. La sencilla heroicidad de nuestros soldados y la habilidad y resolución de todos los mandos sin excepción han permitido infligirle una tremenda derrota de la que muy legítimamente podéis estar orgullosos. Yo estoy plenamente satisfecho de vosotros y al participároslo quiero ofrendar máximo tributo de gratitud a aquellos valientes de la Posición Intermedia, que, rindiendo culto al honor militar, cumplieron la orden recibida: «No es posible retroceder, tenéis que estar ahí como clavados», y, efectivamente, cuando nuestras tropas, en brioso contraataque, recuperaron la posición tan valientemente defendida por unos héroes, todos estaban allí muertos, ni uno solo retrocedió, y para rubricar tan gloriosa hazaña, la barbarie rusa, el poco tiempo que dominó la posición, lo empleó en clavar con picos nuestros cadáveres en el suelo. La orden había sido totalmente cumplida: allí estaban los nuestros clavados.

Por una vez la bestialidad roja ha servido para sublimar la gesta de nuestros soldados. ¡Qué orgullo ser español!

A los dos días fuimos relevados por fuerzas alemanas de la 126 división, las mismas que se habían tomado con tanta cautela el rescate de Udarnik. Para cuando llegaron ya no nos hacían falta. Nuestro batallón recibió el premio del traslado a Tschechulino y volvimos a tener unos días de descanso. Antes aún, en aquel día de resaca de después de la batalla, tuvimos tiempo de hacernos con mucho material que le capturamos al enemigo. Recuerdo haberme puesto unas manoplas tomadas a un ruso muerto, así como un gorro de piel con orejeras. Un sentimiento de gratitud hacia aquellos soldados muertos me invadió al disfrutar de aquella amable protección. Esos gorros eran muy codiciados y los adaptábamos colocándoles el yugo y las flechas en lugar de la estrella roja. A algunos oficiales y, desde luego a los alemanes, no les gustaba nada que nos disfrazáramos de esa manera. Pero a nosotros nos daba igual; los rusos se defendían también con sus botas de fieltro, *balenki*; con sus pantalones acolchados, *sharovari*; con sus gorros con orejeras, *shapka ushanka*, y sus guerreras

de piel de borrego. ¡Qué nos importaba lo que pudieran pensar! De cómo protegerse del frío solo podíamos aprender de los rusos. El frío de aquel invierno era indescriptible. Se nos helaba la mirada y se nos helaban las lágrimas. ¿Qué más da decir que fueran veinte, veinticinco o treinta bajo cero? Era frío de verdad el que amenazaba con que perdiéramos los pies o las manos. Hubo soldados que sin ningún recato se hicieron hasta con los abrigos de piel de los rusos. Todo estaba permitido en aquella lucha contra el general Invierno.

Unos cuarenta años después cayó en mis manos uno de los libros de Fernando Vadillo que publicaba la fotografía de una gráfica elaborada en el cuartel general de Grigorowo y en el que aparecían las temperaturas máximas y mínimas habidas en cada uno de los días del mes de enero de 1942. El resumen de aquella gráfica es sobrecogedor: ni una sola vez en todo el mes el mercurio se acercó a los cero grados del termómetro, siempre se mantuvo por debajo; hubo dieciséis días en que la máxima temperatura fue inferior a los veinte grados bajo cero, siendo la mínima siempre diez o quince grados inferiores. Día 2 de enero se alcanzó la temperatura de ¡los cincuenta y dos grados bajo cero!

Cuando leí aquello, yo ya sabía algo del frío. Se puede decir que había hecho la carrera, y el doctorado, después de mi largo cautiverio en Rusia, pero aun así me impresionó. Había aprendido de los rusos a saber cuándo hacía frío de verdad, y es que ellos hacían la sencilla prueba de escupir. Si la saliva se congelaba antes de caer al suelo, quería decir que la temperatura era de verdadero vértigo, de más de cuarenta grados bajo cero. Ni siquiera a los prisioneros se nos hacía trabajar con esa temperatura.

XVI

A la vista está que el Batallón Román tuvo muy pocos días tranquilos, pero tuvimos unos cuantos en Tschechulino. En esos días en que se nos daba una cierta libertad, llegamos a confraternizar con los campesinos rusos, propiciamos algún baile y hasta había quien tenía toda la intención de buscarse una novia. No podría ser de otra manera. Tratábamos de pasar un rato en ese exilio feliz de las casas que habitaban las muchachas rusas. Pensábamos que podríamos incluso encontrar nuestro amor en una de aquellas visitas. En aparentar las dotes de un donjuán los españoles éramos incansables. Y hasta yo mismo quedé deslumbrado cuando vi clavados en mí los ojos verdes y profundos de una belleza serena, de una chiquilla rusa.

Además de a Miguel Ángel Barrero, tenía también por amigo próximo y confidente a Germán Izuzquieta. Él era de esa suerte de compañeros que, pese a compartir la misma edad, parecen haber nacido mayores y experimentados en todo. Tenía el pelo lacio de color castaño, su flequillo se desbordaba de la sien y caía sobre ella. Las pecas de su fina cara le concedían un aire travieso, y eso es lo que era, el hijo de un factor de estación que hacía muchos años que le había perdido el miedo y el respeto a todo. Había vivido en cada uno de los muchos destinos de su padre, sin oportunidad para hilvanar unos estudios y sin llegar a sentirse de ningún sitio. Había estado en Sonseca, Venta de Baños, Rábade, Ponferrada... y en otra media docena de destinos. Decía que Madrid era el único sitio donde nadie le había hecho sentir que era forastero.

Germán y yo nos habíamos adentrado en una aldea al escuchar un jolgorio que provenía de una isba. Sabíamos que teníamos que volver a nuestra posición antes de que se hiciera de noche. Llegamos allí ofreciendo nuestro tabaco y nos tomaron de las mangas de la chaqueta para obligarnos a entrar. Cuál no sería nuestra sorpresa al darnos cuenta de que aquel festín era, en realidad, el convite de los dolidos por haber perdido al abuelo. Lo acababan de enterrar y su costumbre era beber y bailar sin medida. En medio de aquel barullo, una cabeza rubia destacaba por la elegancia de sus movimientos. Sus ojos se quedaron clavados en los míos sin saber yo cómo reaccionar.

Debió de ser mi falta inicial de respuesta la que hizo que ella se girara hacia los suyos dándome la espalda. Yo, para entonces, ya no podía hacer otra cosa más que mirarla una y otra vez. Como si se diera cuenta, la muchacha se llevó las blancas manos a la nuca para recogerse mejor su cabello, que no era de un rubio tan subido, sino de un trigueño oscuro. Tenía una figura preciosa, muy bien contorneada, y lo sabía. Con ese gesto aparentemente inocente de llevarse las manos a la cabeza no hacía otra cosa más que descubrir ante mis ojos el atractivo de su talle. Para cuando volvió otra vez su mirada hacia mí, quedé yo del todo hechizado de la luz verde oliva

de sus ojos que le daban un aire que me pareció algo salvaje, de tigresa. Dulce si se quiere, pero tigresa al fin y al cabo.

Fue el ansia de cariño, mayor aún que la lujuria contenida, la que me llevó tierno hasta aquella muchacha que se llamaba Dasha, diminutivo de Daria o Dariya.

—*Kak zevya zovut?* ¿Cómo te llamas? —le pregunté, señalando hacia ella con el dedo índice. Antes de que contestara, le dije yo mi nombre—: Yo me llamo José.

—*Menya zovut Dariya, Dasha.* Me llamo Dariya, Dasha —me contestó, riendo.

—A mí me gusta Dasha. Es muy bonito —le dije con entusiasmo, cogiendo una banqueta para sentarme a su lado. Parecía que la familia consentía y se felicitaba de mi acercamiento hacia ella, porque no dejaban de traernos galletas y vodka. El ambiente estaba cargado de humo y el solo olor a alcohol casi emborrachaba.

—José... *Ty zhenat?* ¿Estás casado? —Quiso saber, señalándome al dedo anular.

—No, no, soltero.

—¿Tienes novia? —me preguntó sin que yo pudiera entender.

Busqué a Germán, que tenía puesta su atención en otra rusa adorable.

—¡Camarada! ¿Qué dice aquí esta señorita? Me traduzca, por favor —le dije eufórico a mi compañero de armas.

El descarado de Izuzquieta tomó a Dasha gentilmente por el brazo pidiéndole que repitiera. Ella se sofocaba y reía, se llevaba nuevamente las manos a su denso pelo que era bellissimo.

Él me dijo que *lyubimaya* quería decir novia. Y yo ya prescindí del traductor y le dije más encendido:

—*Net liumimaya.* —Trastoqué la palabra que iba derivando de mal en peor en la lengua rusa. Y continué, señalándola a ella—: ¿Tú *liumimayo?*

Riéndose escandalosamente, eufórica por los efectos del vodka y el ambiente festivo me corrigió:

—*Lyubimi, net.* Novio, no.

—Tú *krasivaya*, muy guapa.

Ahí se acabó mi ruso y empezaron a hablar mis manos y mis sonrisas para acabar abrazados en un rincón oscuro de la isba, derrotados por el alcohol. Al cabo de un rato, Izuzquieta me sacudió para decirme que teníamos que volver a nuestro pueblo antes de que se hiciera más tarde. Y así, casi sin despedirme con unos besos de mi Dasha adormecida, me compuse y salí triunfante hacia nuestra obligación.

Por el camino fui contándole a Izuzquieta mi proeza, feliz, casi enamorado. Recuerdo con placer aquel camino entre pinos en plena noche, con los efectos últimos de la borrachera, anhelando llegar para saborear un cigarrillo con los camaradas de la sección y poder relatar lo que nos había pasado.

—Yo he pinchado en hueso, pero lo hemos pasado bien, ¿verdad? —me dijo Germán con descaro—. Mi rusa no merecía la pena, estaba demasiado a la defensiva.

—Pues yo creo que me he enamorado. Dasha me parece un cielo —repliqué.

—La verdad es que la tuya era preciosa, pero no te fíes de estas rusas que se van

con cualquiera.

Aquel comentario me ofendió, porque se me había subido a la cabeza la borrachera de aquella moza. No me la podía quitar de la cabeza, me sentía encantado por su belleza. Y había también adquirido cierta fiebre de conquista.

Estos momentos de retirada que me resultan dulces aún ahora, en su evocación, eran el deleite de una brasa que tan bien me calentaba, el epílogo de mi borrachera comentando los detalles de aquel lance amoroso. Pero se tornaron en un disgusto tan pronto como llegamos a nuestro refugio. Quise contarle a Miguel Ángel Barrero mi triunfo, pero ni tuve apenas tiempo. Apareció el sargento Varela y se nos acabó de quitar la borrachera y cualquier atisbo de euforia. Según pasó por mi lado, me sacudió un guantazo en la cara mientras me gritaba:

—¡Así que los señoritos estaban de permiso y yo sin enterarme!

Ya de mañana, el sargento nos puso a cavar para que se nos quitara la alegría que nos pudiera quedar en el cuerpo. Nosotros, como niños que sabíamos que habíamos hecho algo mal, nos quedamos satisfechos con el castigo que nos permitía purgar nuestra culpa. Pero el agotamiento y la resaca me llevaban al mareo. Tenía que sentarme un minuto y beber un largo trago de agua.

En aquella mañana comencé a cavilar sobre la predisposición del pueblo ruso para la borrachera. Era algo que me daría mucho que pensar mientras estuve en Rusia. Todavía hoy, después de haber pasado trece años allí, me sorprende la vehemencia con la que los rusos se entregan a la fiesta y a la borrachera. Hay algo en su comportamiento que responde a una concepción fatalista de la vida que se pretende mitigar con la música, el baile y la bebida. Beben y se divierten como si la existencia se fuera a terminar mañana. Y en cierto modo así podía parecer en el frente. Todo estaba tan a merced del fuego y de la furia de la guerra, que cualquier ocasión era buena para apurar los goces de la vida. Todo estaría bien si no fuera por el precio que se ha de pagar por los excesos. Después de las borracheras vienen días enteros en que los hombres yacen como sacos de patatas, arrumbados en el último sitio donde perdieron el equilibrio. Al final del letargo, comienzan otros segundos días de resaca en que el humor es triste, melancólico y pesimista. Las borracheras rusas duran, así, tres días. No es hasta el cuarto día cuando el ruso levanta el ánimo, y para entonces quizás surge otro entierro, un casamiento o una reunión familiar y el rito del vodka se repite con su ciclo de hundimientos humanos.

* * *

Aquellos días los pasamos haciendo patrullas por culpa de la alarma que se suscitó por un ataque partisano en la retaguardia. A dos guripas que iban en una motocicleta les remataron tras haberles causado un accidente. La técnica no podía ser más cruel: los partisanos habían colocado un cable tendido entre los árboles, a la altura del cuello del motorista, cruzando la carretera.

De esta trampa ya nos había hablado en su día, cuando marchábamos al frente, Federico Fenoy, el motorista de enlace del comandante Román. Lo que le hacía avanzar siempre despacio y con muchas cautelas. Él, sin embargo, encontró la muerte a primeros de diciembre, en los combates de Otensky, por la ráfaga de una ametralladora.

Las patrullas por aquellos caminos eran un suplicio. La nieve podía obligarnos a hundir las piernas hasta los muslos en un esfuerzo demoledor. Pero más penosa aún era la sensación de que desde cualquier lugar, detrás de unos árboles podría comenzar a ladrar un naranjero disparando unas ráfagas cortas y mortales. Todos preferíamos morir con un enemigo que viniera de frente, con tiempo para rezar a nuestra Virgen. Pero esto de las patrullas por el bosque era desesperante y amargo. Se sentía uno sumido en un pozo hondo del que no saldría nunca. Incapaz de poder recordar y reconocer un terreno siempre igual. Muchas veces, a lo largo de mis años, he evocado esa angustia. Cuando alguien ponderaba la belleza de un paisaje boscoso, me salía de dentro un suspiro y decía para mí: donde estén mis páramos castellanos, mi campo de Rueda, los suaves altozanos, las mansas vaguadas, el horizonte limpio hacia Dios...

Pronto vino otra oportunidad de ver a Dasha. Teníamos unas horas por delante y nos acercamos a la aldea. Desde lejos podía ver a una mujer asomada al brocal de un pozo, tirando de una cuerda con una criatura de dos o tres años pegada a su falda. Cuando pudo sacar el balde, más lleno de hielo que de agua, me di cuenta de que era Dasha y no quise pensar qué hacía aquel niño allí. Según me acerqué gritando su nombre, comprobé en su mirada un pequeño gesto de turbación seguido de una silenciosa confesión. El niño era suyo y no me lo podía ocultar. Aunque yo era joven y con poco recorrido en estas cosas de la vida, reaccioné como un hombre maduro pasándole la mano sobre su cabello rubio y preguntándole cómo se llamaba.

—Pietya —dijo la madre.

Entonces indiqué con los dedos si tenía tres años y me confirmaron que esa era la edad del niño.

Me despedí cariñosamente de ellos diciendo que tenía que volver a Tschechulino, lo que no era verdad. No sabía disimular mi confusión y bien que lo sentí, porque Dasha se dio cuenta y se quedó un poco triste.

Sentí ternura y amor por la madre y el niño. Mi débil voluntad de amante se desvaneció de pronto. Aquella ya era una familia a la que —y seguramente por algún motivo relacionado con la guerra— le faltaba el padre. ¿Qué iba yo a enredar allí? La sensualidad natural de Dasha, que despertara en mí aquel deseo tan grande, ya no tenía efecto. Recuerdo haber comentado esto con Germán Izuzquieta.

—No sé qué me pasa chico, pero Dasha ya no me atrae. Desde que vi al pequeñín se me ha encogido el ánimo.

—¡Pues bien fácil te deshinchas! ¡Pero si hasta decías que te habías enamorado de

ella! Vaya amor que se esfuma porque tiene un Ivancito —repuso mi camarada con guasa.

—Un Pietya, se llama Pietya, de Pedro —le dije para pedirle un poquito de seriedad en la conversación.

—Perdone usted, caballero. Ya supongo que viene de Pedro el Grande, emperador de todas las Rusias —insistió él en su burla.

—¡El niño viene de donde viene! ¡Será hijo de un ruso de esos que hemos matado! —le respondí contrariado.

—¡Pues sí que te pones sentimental! Son cosas de la guerra, Maseda, son cosas de la guerra. —Se quedó pensativo y callado por un momento para continuar diciéndome en un tono completamente distinto—: Si la verdad es que te comprendo y todo. —Me pasó la mano por el hombro en un gesto cordial—. Las mujeres gustan, y gustan mucho, pero si detrás te encuentras con un drama, pues vamos, que no, que no... Si te paras a pensar, no te lías con una rusa viuda. Si tienes razón.

—El caso es que no quiero conocer la historia —bonita o triste— que hay detrás. Me acuerdo ahora de las chicas de Madrid que no tienen esta papeleta.

Y al tiempo que decía esto me daba cuenta de que no era del todo cierto, que muchas chicas españolas vivían su particular drama con sus novios o maridos en el frente. Y que en nuestra guerra reciente tuvimos miles y miles de casos dramáticos, al menos uno por familia. Estaba yo en estos pensamientos cuando me encontré de vuelta ya en nuestra chabola. Allí estaba el bueno de Miguel Ángel aplicado a su fusil, limpiándolo como si fuera su hijo.

—A ver si cuidas tú también el tuyo, porque nos va a hacer falta —me dijo, advirtiéndome en tono serio.

—¿Es que se sabe algo, va a haber música? —le pregunté intrigado.

—Se dice que los rusos se están colando por Teremez. Así que tú prepárate para entrar de guardia.

* * *

En la mañana de resaca en que el sargento nos había impuesto el castigo a Izuzquieta y a mí por nuestra escapada recibimos la noticia de que se formaba una compañía de esquiadores para atender a una misión de auxilio en el lago Ilmen. Este era el sector meridional del despliegue de nuestra división. Yo no había tenido la oportunidad de contemplar aquel inmenso mar de hielo que arrancaba desde la posición que se conocía con el nombre de las Pilastras, porque era lo único que quedaba de un inmenso puente de piedra que había sido volado. Muy cerca se encontraba el monasterio de Yuriebo, del que sabíamos que destacaban sus dorados bulbos, tan refulgentes al sol como las cúpulas de la iglesia de Santa Sofía de Novgorod.

Un enlace que venía del cuartel general de Grigorowo nos comentó todos los detalles que él sabía: alrededor de medio millar de hombres de la 290 división

alemana habían sido atacados por el 71 batallón de esquiadores siberianos en la aldea de Vsvad, al sur del lago Ilmen. Los soldados alemanes resistían al ataque ruso, pero reclamaron el auxilio de los españoles. Se decidió con urgencia enviar un refuerzo; la compañía de esquiadores españoles que mandaba el capitán Ordás era la encargada de acudir en su ayuda, y para ello debía cruzar el lago helado. La compañía estaba formada por doscientos seis soldados provistos de sesenta trineos en los que transportaban nueve fusiles ametralladores, municiones y víveres para tres días. Setenta campesinos rusos acompañaron a los españoles, pues no querían perder en la pretendida requisita sus trineos y caballos.

Aquella travesía había sido decidida por el general Muñoz Grandes, que envió a su ayudante, el capitán de corbeta Mora Figueroa, para que se despidiera de la compañía.

—Vais a liberar a un batallón de camaradas alemanes. Cruzaréis el lago. La marcha será corta pero dura. Si alguno de vosotros está enfermo que lo diga ahora.

Nadie se movió de su sitio. La marcha comenzó el 10 de enero desde la costa norte del lago Ilmen. Las dificultades de la operación eran mayúsculas: ocho o diez horas de marcha prevista para cubrir una distancia de treinta kilómetros con unas temperaturas de treinta grados bajo cero. Las rachas del heridor viento sobre la superficie del lago multiplicaban el frío que azotaba a los soldados españoles hasta acercarse a los cincuenta y dos grados bajo cero, la misma temperatura mínima que había sido registrada en aquel frente de Novgorod en la noche del día 2 de enero.

Luego supimos que la cabeza que habría de conducir aquella caravana de héroes era el capitán Ordás, al que llamaban el Prusiano por su supuesto porte militar. En realidad, tenía más bien aspecto de marqués con cierto aire de galán moderno, a lo Clark Gable, con un bigote fino y una sonrisa elegante y espontánea. Gustaba de llevar el pelo engominado y tenía un pronto de hombre ágil y decidido. Suya era la obligación de aquella quimera.

Al poco de comenzar, aquellos espectros envueltos en mantas se preguntaron si aquella superficie era en verdad la superficie helada del lago. Porque lo que iban pisando era una trampa constante, de agrietadas formas, rugosos trazos y relieves imposibles. Todos esperaban que aquel firme diera alguna tregua; sin embargo, el lago, lejos de ofrecer alivio alguno, presentó una primera barrera de hielo que hubo que remontar con enormes esfuerzos. Antes aún se comprobó que el generador se había estropeado. Tuvo el capitán que tomar la primera decisión difícil de todo un rosario de enojosas disyuntivas que se le iría presentando a cada paso. Varios hombres con principio de congelación hubieron de darse la vuelta, acompañados por el sargento encargado de la radio. El aparato podía todavía recibir mensajes pero no enviarlos.

Ante la segunda gran barrera de hielo el capitán Ordás optó por desviar el rumbo de la expedición en dirección a la orilla occidental. Se pensó que en una distancia razonable aquel muro se remansaría, pero en Rusia la naturaleza no ofrece ningún

desenlace razonable, las proporciones son inhumanas. El capitán tuvo que volver a sacrificar trineos y algunos pertrechos; no quedó otra solución que morder aquel muro de hielo de frente. Para entonces ya habían pasado varias horas en las que la suerte de los españoles parecía la de estar entregándose a un precipicio mortal. Los casos de congelación se multiplicaron entre los dolientes hombres. A pesar de todo, en medio ya de aquella soledad ya no había vuelta atrás. La única salvación era seguir luchando contra el dolor y el hielo. Se encontraban ya en la mitad del lago cuando otra barrera surgió ante unos ojos que apenas podían ver, son los pies y los compañeros que van un paso delante los que guían a la compañía. Nadie sabía lo que estaba pasando, las lágrimas se congelaban en cuanto la mirada permanecía fija, hasta que los párpados rompían la fina película de hielo. Unos pocos animales tuvieron que ser abandonados.

Hacia las nueve y media de la noche la radio recibió el siguiente mensaje:

10 de enero, 21.30 horas. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: «La guarnición de Vsvad se sostiene valientemente... Es absolutamente necesario socorrerlos. El honor de España y el espíritu de la fraternidad de nuestro pueblo lo exigen».

En las cabezas de los españoles que oyeron tal mensaje se formó la idea de que aquella operación era un gesto grandioso y mortal, incapaz probablemente de servir de fuerza de choque contra los rusos, pero capaz de convencer al ejército alemán de que los españoles lucharían hasta la muerte con ellos.

General Muñoz Grandes a capitán Ordás: «Con el sargento va el generador. Sé que sufrís mucho. No importa. España entera sabe de vuestra hazaña. Alemania os admira. Sois el orgullo de nuestra raza. Tengo fe en vosotros porque tengo fe en España. Confiad en Dios y atacad como españoles».

Hasta seis barreras de hielo fueron superadas por los españoles. Semejante esfuerzo requirió de veintidós horas de marcha hasta que alcanzaron la otra orilla. Así se informó desde el primer refugio de la aldea de Ustrika, a unos quince kilómetros al oeste de Vsvad, punto en el que se abrazaron a los soldados alemanes que les dieron cobijo.

11 de enero, 10.10 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «Después de atravesar seis grandes barreras de hielo, grietas con agua a la cintura, hemos llegado a Ustrika. A causa del frío, radio y brújulas averiados. Tenemos ciento dos congelados, de ellos dieciocho gravísimos. En las simas

del lago hemos perdido varios trineos. Espíritu elevadísimo».

A los veinte minutos se registró la contestación que hacía el general Muñoz Grandes:

11 de enero, 10.30 horas. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: «Sé de vuestro esfuerzo durante la penosísima marcha que habéis realizado. Si la suerte no os acompañó al logro total de vuestro propósito, no fue vuestra culpa. La guarnición de Vsvad resiste aún. Debéis socorrerla cueste lo que cueste. Aunque queden todos los nuestros sobre el hielo, no importa; con los que te queden, con muy pocos, tú solo si es preciso, seguid adelante, hasta morir; todo por el heroísmo de los de Vsvad. ¡O se les salva o hay que morir con ellos! En nombre de la patria, gracias. No perdáis el ánimo. Confío en vosotros».

El capitán Ordás se ocupó en un primer momento de disponer la evacuación de esa centena larga de hombres con congelaciones. Poco más supimos entonces, tan solo que los nuestros continuaban luchando en la otra orilla del Ilmen. El tiempo se encargaría de que se conocieran aquellos mensajes de radio que se fueron cruzando los mandos españoles.

XVII

Volvíamos a la faena guerrera. En aquellos cuartos de guardia fui asumiendo que regresábamos a la lucha. Entre los claros que ofrecían las nubes me gustaba observar las estrellas e ir haciendo un mapa mental de las constelaciones que todavía no conocía. Esa cita de cada noche con las estrellas era un momento de diálogo íntimo en el que solo la angustia del frío era capaz de impedir el disfrute de unos ratos de fantástica soledad.

Las campanas que Miguel Ángel había oído a través de «radio macuto» eran ciertas. El día 13 de enero se produjo un ataque ruso muy potente al norte de la división, sobre las divisiones de infantería alemanas 126 y 215. Atendiendo a la demanda de ayuda acudiría nuestro batallón. Por ello fuimos primeramente trasladados a Podbereje. Al día siguiente, el 14 de enero, marchamos sobre la nieve durante los cinco kilómetros que separan Podbereje de Teremez, ya próximo al río.

Sería de madrugada cuando quedamos emplazados en un claro del bosque, casi una explanada, a tan solo doscientos metros del enemigo. En este combate de Teremez participamos todos, el batallón al completo. Un par de compañías quedamos en vanguardia dispuestos a todo. Otras dos compañías permanecieron cubriéndonos en el bosque.

Los combates de esos dos días fueron tan terribles como los de la cabeza de puente. Tal fue la fiereza de la lucha que en esas horas sufrimos ciento cincuenta bajas. Allí perdimos al sargento legionario Filiberto Sánchez Escribano, que era muy querido por todos, y al que se dio por muerto. Tiempo después habría yo de encontrarlo resucitado como prisionero.

En vista de la situación nos tuvieron que trasladar de nuevo a Podbereje. Todavía no éramos conscientes de que estábamos luchando en los primeros compases de una batalla de varios meses, la famosa operación que se conoció como la Bolsa del Vóljov, en la que quedarían atrapados más de cien mil soldados soviéticos.

En Podbereje pasamos unas semanas sin sobresaltos hasta que nos empezaron a mover de nuevo.

El día 11 nos volvieron a embarcar en las cajas heladas de los camiones para llevarnos a Ossija, donde supimos que íbamos destinados a pelear en el seno de una división alemana.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, salió nuestro batallón en una durísima marcha, siguiendo las huellas que abrían cinco hombres con raquetas. El espesor de la nieve obligaba a esta precaución. Marchamos al oeste de la carretera, alejándonos de nuestro terreno conocido, el que iba de la carretera hasta el río. Esto sirvió para que el sentencioso Venancio, en uno de sus pocos arranques hiciera un símil taurino: «Parece que nos llevan a los medios».

Efectivamente, parecía que aquella marcha iba en contra de nuestra querencia. La caminata se hacía interminable y volvíamos a apretar los dientes como en los días de las inacabables marchas a través de Polonia. Se ha dicho que aquella jornada caminando sobre la nieve fue de dieciocho horas y que fue interrumpida cuatro veces por los obligados combates con patrullas rusas. Yo puedo decir que sentía el fuego, pero que hasta nosotros no llegó aquella lucha, porque éramos la cola de aquel elefante de setecientos hombres.

Pero es cierto que, cuando a medianoche alcanzamos la aldea de Mal Samoschje (Pequeño Samoschje), los alemanes sitiados nos recibieron con grandes muestras de alegría. Nos dieron abrazos sinceros y nos ofrecieron su coñac.

Alguien podría pensar que tuvimos tiempo en aquel momento para reponer fuerzas. Pues la verdad es que, por increíble que resulte, inmediatamente después de contactar con los alemanes partimos de vuelta hacia Bol Samoschje (Gran Samoschje). Era una retirada encabezada por los alemanes, más descansados, y en la que evacuamos a sus heridos. No llegamos a Bol Samoschje hasta las tres de la tarde.

La extenuación tiene como remedio el descanso inmediato. Nos dejaron una tarde y una noche para reponer fuerzas. Pero el día 14, ante los continuos ataques rusos, los españoles tuvimos que combatir, brazo con brazo con los alemanes, en Bol Samoschje.

Aquellos esfuerzos fueron entonces reconocidos ampliamente. El general Muñoz Grandes nos comunicó que habíamos alcanzado —de forma colectiva, como batallón— la segunda distinción más alta del ejército español, la Medalla Militar. El general se dirigió a nuestro comandante Román con el siguiente radiograma:

Por las constantes pruebas que venís dando de disciplina y valor, combatiendo sin cesar durante cuatro meses en muy adversas condiciones, hechos todos meritorios que han culminado en la formidable prueba de auténtica camaradería de armas con que acudisteis a liberar la guarnición de Mal Samoschje, concedo en nombre del Caudillo la Medalla Militar Colectiva a este bravo batallón. La patria os lo agradece y yo os abrazo. 15 de febrero de 1942.

Y no se quedaron ahí los reconocimientos, el general Paul Laux, al mando de la división alemana que había sido nuestra vecina en la línea y en la que nos habíamos integrado durante aquellos combates de la Bolsa del Vóljov, le dirigió a nuestro general las siguientes palabras:

Mi muy respetado general:

El 10 del actual tuvo Vd. la atención de ceder un batallón de su división. Resulta para mí una necesidad

ineludible expresarle mi especial agradecimiento por este apoyo tan pleno. El Batallón Román ha liberado la guarnición sitiada en Mal Samoschje después de una marcha y combates que han durado treinta y seis horas y, a pesar de interponerse obstáculos naturales del terreno casi invencibles, a causa del enorme espesor de la nieve, han logrado evacuar a los heridos de la citada localidad. Por si todo lo expuesto no fuera ya suficiente, quedó el batallón en condiciones de ser empleado acto seguido —a pesar de los esfuerzos realizados anteriormente— para atender a la defensa de Mal Samoschje, rechazando totalmente al enemigo que atacó muy fuertemente.

Todas estas misiones fueron resueltas por medio de una intervención sin reparar en sacrificios y con la tradicional bravura española.

Espero que el batallón se encuentre a su satisfacción, encuadrado en mi división y que esta lucha en común fortalezca la camaradería y la amistad ya existente entre ambas divisiones.

Con todo mi agradecimiento y con mis mejores votos por su bienestar personal y el de toda la división, queda de Vd. muy respetuosamente.

General Paul Laux de la 126 división 18 de febrero de
1942

* * *

Terminados aquellos envites de salvajes esfuerzos, recibimos la codiciada información sobre la suerte de los supervivientes de la compañía del capitán Ordás en su odisea del lago Ilmen. Las últimas noticias que teníamos de ellos eran las que nos había dado a mediados de enero aquel asistente del cuartel general de Grigorowo.

Esta vez conocimos el desenlace por boca del teniente médico Ramos, que tuvo a bien contarnos lo que fue de nuestros camaradas del Ilmen.

El día 14 de enero los españoles de Ordás volvieron a comunicar con el cuartel general:

14 de enero, 10.00 horas. Capitán Ordás a jefe Estado Mayor:

«Empujamos para liberar Vsvad».

14 de enero, 13.00 horas. Capitán Ordás a jefe de Estado Mayor: «Guarnición de Shishimorovo atacada por esquiadores rusos que se han retirado después de pequeño combate. Prisioneros cogidos dicen que en el sector se encuentran tres mil esquiadores siberianos».

El día 16 de enero, la compañía se concentró en Ushino para atacar las aldeas que separan de Vsvad junto a soldados alemanes y letones. Se trataba de una pequeña vanguardia encabezada por treinta y seis españoles mandados por el teniente Otero de Arce. Del resultado de esa acometida se dio cuenta al día siguiente:

17 de enero, 22.00 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «A las 8.00 horas empezamos avance, apoyados por cuarenta letones, ocupado Maloye Utchno y Bolshoye Utchno. Al ocupar Shilej se rompe resistencia enemiga entrando en vanguardia en dicho pueblo. Reacciona el enemigo contraatacando con dos batallones con piezas antitanques y seis carros semipesados que envolvieron rápidamente nuestra vanguardia. Otros carros se dirigen contra el resto de la compañía fijándola en Bolshoye. De los treinta y seis españoles que formaban la vanguardia, mueren catorce; el resto logra abrirse paso y llega a nosotros. Nos hacemos fuertes en Bolshoye Utchno, donde resistimos a pesar del fuerte ataque enemigo. A las 21.00 horas recibo orden de establecer avanzada en Maloye Utchno, adonde parten veinte españoles y catorce alemanes que envío de la sección que recibo de refuerzo. Además de las bajas citadas hemos tenido dos muertos y trece heridos».

El resumen de lo que sucedió en las siguientes treinta y seis horas aparece en este parte:

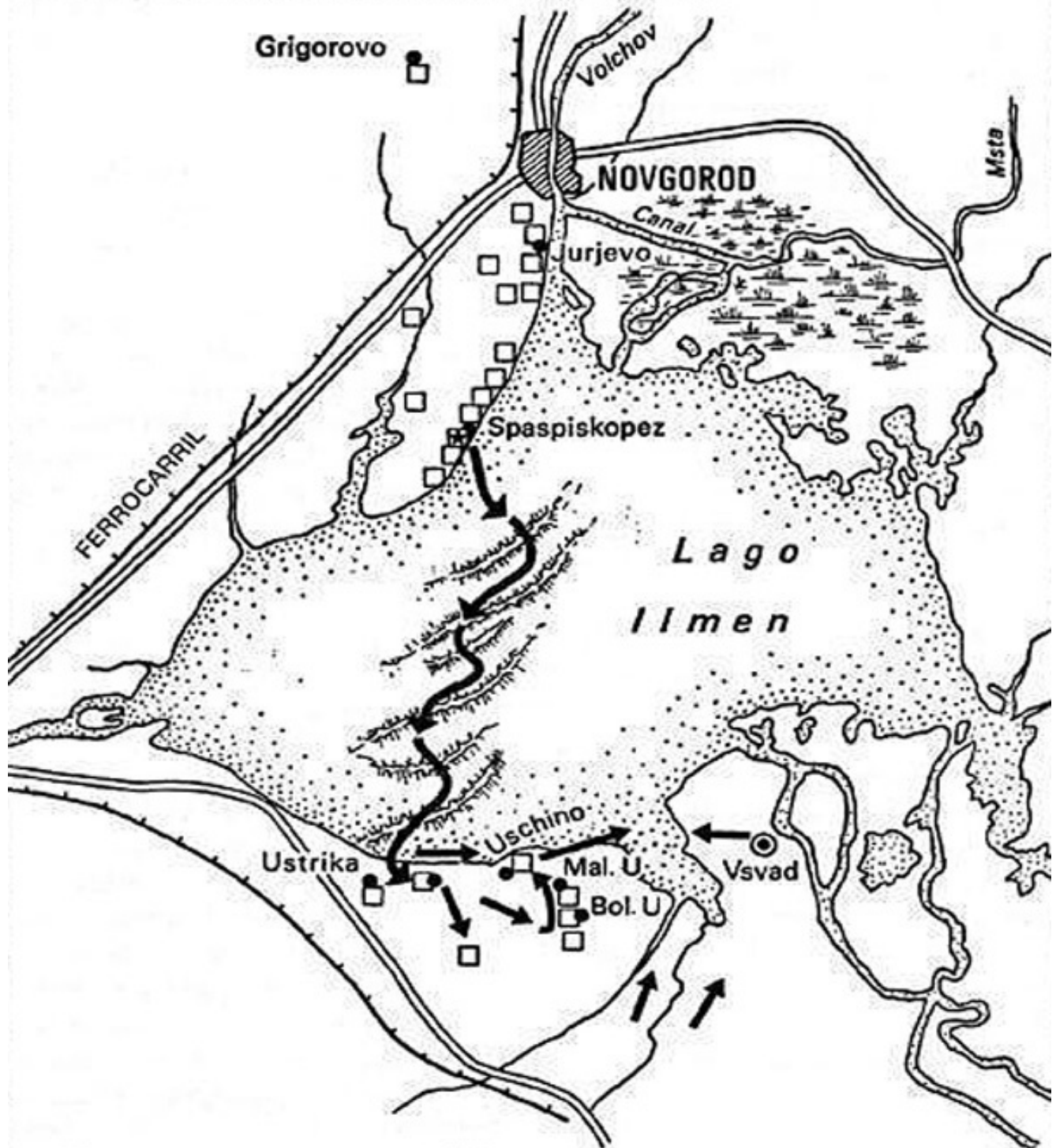
19 de enero, 13.30 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «A las 7.00 horas hoy, enemigo entró en grandes masas en Maloye Utchno, asaltando la guarnición compuesta de veintitrés españoles y diecinueve alemanes. Ataque que fue apoyado por seis tanques. Desplegó resto compañía recogió cinco heridos españoles y dos alemanes. La enorme superioridad enemiga y apoyo de tanques nos impiden reconquistar posición. La guarnición no ha capitulado; ha muerto con las armas en la mano. Vemos gran concentración enemiga en Maloye Utchno. Esperamos ataque. Sabemos morir como españoles. Arriba España».

19 de enero, 23.00 horas. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: «Habláis como solo los héroes lo harían. Este es el único medio de construir

un imperio. Valor. Vuestra conducta es el orgullo de esta brava división. A pesar de todo, venceréis. Hay un Dios y Él os concederá la victoria, porque sois los más valientes hijos de España. Un abrazo que no será el último, lo aseguro».

En esa noche que se podía figurar la última, cuando aquellos pocos españoles que luchaban con otros puñados de alemanes y letones esperaban una muerte gloriosa, inexplicablemente, los rusos se retiraron. Quizás pensaron que el número de oponentes era mucho mayor al que realmente era.

Travesía del lago Ilmen, sur de Novgorod



- Posiciones ocupadas por la División Azul
- Pueblos
- ⊙ Objetivo
- ▨ Punto de partida de la Compañía de Esquiadores
- ~~~~~ Barreras de hielo
- ➔ Itinerario seguido por la Compañía de Esquiadores

20 de enero, 14.30 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «En la noche de ayer hemos sido bombardeados tres veces por aviación rusa. Al anochecer, grandes masas enemigas se dirigieron contra nuestra posición y, para facilitar la defensa, varios voluntarios han salido a quemar carros. El ataque ya en marcha de los rusos no llegó a efectuarse y se retiraron. Dios existe».

20 de enero, 16.00 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «El jefe de la 81 división nos felicita y concede condecoraciones».

El 21 de enero por la mañana, aquel héroe discreto que se llamaba José Otero de Arce, un gallego de Chantada que había nacido en Buenos Aires, salió con un puñado de hombres para intentar culminar la gesta de enlazar con los alemanes de Vsvad. El teniente alcanzó de madrugada su objetivo.

21 de enero, 9.45 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes «En la madrugada de hoy la guarnición alemana de Vsvad soldados españoles se abrazaron a siete kilómetros al este de Ushino. Vuestras órdenes han sido cumplidas por entero».

21 de enero, 10.45 horas. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: «Orgulloso de vosotros con mucha alegría os abrazo».

21 de enero, 11.00 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «Regresó nuestra fuerza, la mayoría están congelados».

21 de enero, 11.40 horas. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: «Manda por correo relación nominal de los que salisteis, bajas habidas y los que quedan, y por radio relación numérica».

21 de enero, a las 16.00 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «Salimos en total doscientos seis hombres y quedamos treinta y cuatro».

Pero la lucha aún se prolongó durante algunos días.

24 de enero, 22.00 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes: «A las 7.00 horas hoy iniciamos ataque. La compañía en vanguardia sigue a los tanques alemanes y penetra en Maloye Utchno y Bolshoye Utchno después de vencer fuerte resistencia. Nuestras bajas son: un oficial, un sargento y siete soldados. A pesar de quedar tan solo doce hombres útiles para el combate, la confianza en nosotros de los que nos rodean es siempre la misma...».

25 de enero, 01.40 horas. General Muñoz Grandes a capitán Ordás: «Dime cuántos soldados quedan».

25 de enero, 18.45 horas. Capitán Ordás a general Muñoz Grandes:
«Quedamos doce combatientes...».

De aquella compañía española solamente doce hombres permanecían activos, los demás o habían muerto, sufrían terribles congelaciones o estaban heridos por el enemigo. Por esta actuación agónica y fiera, tan en el extremo de lo humano, la compañía de esquiadores recibiría la Medalla Militar Colectiva y su jefe, el capitán Ordás, la Individual. La gesta de los españoles en el lago Ilmen pasó a formar parte de esos episodios que iluminan la historia del sufrimiento del hombre en la guerra.

* * *

Por mi parte, y sin poderlo imaginar, se me agotaban los días de mi condición de soldado español entre los suyos. Pero aún tuve tiempo de participar en otras misiones desesperadas. Y tiempo también para el acomodo en nuestras viejas trincheras.

Entre Krutrik y el río Vóljov hay unos cinco kilómetros. Un camino que lleva directo al río en una zona entre Bystriza y Gorka era el sector en el que los hombres de mi compañía nos habíamos bautizado como soldados en el frente ruso en el mes de octubre.

El sitio nos era familiar y pasamos allí unas semanas de relativa tranquilidad. Eran tan solo el preludio de mi último servicio de armas. Entre los días terribles de los combates pasados y los días de lucha por venir, parecía haber tiempo para todo. Hasta para disfrutar de las cartas, la lectura o el flamenco.

XVIII

El gitano Camero cantaba por unos palos insólitos y bellísimos. Los demás le preguntábamos qué cantes eran aquellos y él era incapaz de contestarnos. Había un oficial gaditano que les ponía nombre, y aun genealogía, a aquellas misteriosas estrofas. Sabía si se trataba de una debla o de un martinete, de la soleá de Enrique el Mellizo o la soleá de Pinini de Utrera.

El gitano lo que sabía era cantar y lo hacía la mar de bien. Le pedíamos que cantara, pero solamente accedía cuando se ponía bien a gusto de vodka o coñac. Padecía ese retraimiento, casi de un temor reverencial, que era la misma humildad de carácter y conformismo que mostraban otros soldados pobres de origen. Tenía el pelo muy negro y ensortijado, con una frente amplia y redonda; entre las pobladas cejas y los pómulos abultados sobresalían unos ojos negros, vivísimos en su callada figura. Su gesto parecía indicar aquello de: «Silencio, aquí es la vista lo que trabaja». Destacaban también en su cara unos labios gruesos y una dentadura sana, de hombre joven y vital. Yo recuerdo haberle preguntado:

—Pero, Camero, ¿a ti qué se te ha perdido en Rusia? ¿Por qué has venido?

—Para lo que tenía que hacer en mi casa... —me respondió él, encogiéndose de hombros.

—Vamos, que le has cogido el gusto a la guerra. ¿Hiciste la guerra en España? —Seguí yo indagando.

—¿Pero qué guerra íbamos a hacer los gitanos? —Fue la única respuesta que obtuvimos.

—Pues anda, la misma que esta, la guerra contra el comunismo —le dijo Miguel Ángel, perdiendo la paciencia ante las hechuras del castizo.

Al final desistimos de seguir preguntándole. Sus razones tendría y no se puede decir que no estuviera contento en nuestra compañía.

Una noche montamos un festolín en una isba, allí en Krutrik, pues teníamos la fortuna de contar con una guitarra y un buen intérprete. Camero se animó a cantar por bulerías. Tenía tal compás que iba metiendo las letras que quería, inventándose las. Improvisaba las letras y hasta colaba algunas palabras en ruso. Otras eran sencillas evocaciones andaluzas a las que se les cambiaba el nombre: «Yo te quisiera a ti hablar,/ yo te quisiera a ti hablar,/ pero tú estás como el Kremlin,/ de murallitas rodeá».

Al día siguiente, llegó a oídos de un oficial gaditano la noticia de que había habido juerga flamenca y este se puso nostálgico. Me enganchó a mí, que andaba por aquellos días de enlace, y me dio un mandado un poco particular:

—Anda, tráeme a Camero, que quiero saber por qué le canta a todo el mundo menos a mí.

Y allá me fui a nuestro refugio a buscar al pobre Camero que no había dormido, pero a quien tampoco parecía importarle. Tenía la indolencia de su raza, estaba hecho a las privaciones, no era de los que protestaba. Lo único que le importaba era que no le hiciera andar solo por esos caminos entre los pinos.

—¡Como que te voy a dejar a ti solo...! —le dije yo para indicarle que no me fiaba de él.

—¿No será para nada malo que me llama el teniente? —me preguntó Gamero para que le tranquilizara.

—¡No, hombre, no! Es que se quedó con las ganas de oírte cantar. Vamos, que te va a hacer su ayudante —le dije yo en broma.

El teniente lo recibió con parsimonia andaluza.

—Pasa, hijo —se dirigió así a aquel gitano que tendría cuando menos su misma edad, unos veinticinco años—. Que para un aficionado que hay al cante gitano y no me avisas...

Camero se quedó allí muy firme, con la gorra en la mano, hasta que se le ocurrió decir:

—No sabía uno si estaba bien eso de la fiestecilla, ¿me comprende?

El teniente, en vez de contestar, mandó que se dispusieran en la mesa unas latas de sardinas y el mejor coñac francés que tuvieran guardado. Allí se presentó algún otro oficial. Se podía decir que lo tenía todo preparado hasta tal punto que después del almuerzo apareció un guripa con una guitarra y tuvimos un rato largo de cante grande: soleá, siguirillas, martinets... y todos los palos que fue sugiriendo el oficial. Se nos hizo de noche en aquel jaleo, que por las hechuras del teniente se parecía más a una liturgia. ¡Con qué devoción asentía en cada estrofa! El guripa Camero se fue entonando con la bebida y su voz ronca, cálida, tenía un eco muy flamenco y puro.

Para cuando se hizo un receso y quisimos estirar un poco las piernas, salimos fuera y nos encendimos un pitillo. Allí, al aire libre, se descolgó Gamero por un cante inusitado y feliz. Nos dejó a todos boquiabiertos y emocionados. Lanzó un chorro de voz que remontaba la arboleda y hasta digo yo que lo oyeron los rusos. Era el pregón de las uvas que años más tarde supe que cantaba Manolo Caracol y que decía así: «Vuelve la cara, repara y mira, niña,/ que vale mi carga más que su viña.../ Uvitas negras de Los Palacios,/ comen las niñas dulce y despacio.../ La Virgen de la Esperanza ha regaíto mi viña,/ Esperancilla, sal a la puerta, sal y cómprame vino, que es muy bueno, del uvero...».

El teniente se apoyó en la entrada del búnker y se hizo el silencio. Con aquello ya lo había escuchado todo. Después de servirnos café, me despidieron a mí solo para que me volviera a mi puesto. A Camero lo convirtió en su ayudante.

—Maseda, dile al sargento que Camero se queda conmigo, que no es cosa de que vayamos perdiendo talentos. Cada uno tiene que estar en su sitio.

Tuve que esperar a que se formara una patrulla para que me acompañara. Por el camino de vuelta, me iban resonando los ecos de aquellas tonadas añejas que cantaba

Gamero y que me llevaban en vilo hasta España.

XIX

Escribí en el forro de mi capote, que tantas veces me servía de manta:

*Hay razón para la sonrisa.
Detrás del hedor, la amenaza,
el insulto, el robo, la riña,
el arresto, la soledad impuesta,
el destierro.
Detrás y después estás tú,
un hombre que se sabe mejor,
un hogar y un futuro,
una esperanza siempre.*

Éramos muchos los poetas aficionados de aquella división y yo era uno más entre ellos. La poesía venía a ser un auxilio para la melancolía y un arma para enardecer los espíritus. Muchos llevábamos un diario, y en él escribíamos, un poco a escondidas, a refugio de la curiosidad de los demás guripas.

Con torpe y arbitrario verso recordaba qué me esperaba en Madrid: me esperaban mis padres y mis hermanos, me esperaban los abuelos en Rueda y mis primos, me esperaban también los amigos de la Carrera de San Francisco y los camaradas del instituto. Todo eso me tenía que animar a sobrellevar las penurias propias de la soldadesca. El hedor al que me refería era la mugre y el olor espantoso de cada búnker o chabola donde nos refugiábamos, que no eran más que agujeros excavados en el suelo, forrados de rollizos y que servían de protección para un bombardeo así como de vivienda en primera línea del frente. El problema era que aquellas construcciones carecían de buena evacuación de aire y humo, por lo que teníamos que elegir entre morirnos de frío o asfixiarnos. Así que nos moríamos un poco de las dos cosas, mitad de frío y mitad de humo. Las casas que podíamos utilizar más en la retaguardia eran los hogares de madera de los campesinos, las llamadas isbas. Tenían estas una chimenea de mampostería que, con frecuencia, después de un incendio era lo único que quedaba en pie. Las isbas eran un lujo que se compartía con sus dueños. Pero ante los ataques enemigos, o por descuido, prendían como la misma yesca. Rusia no nos ofrecía más que incomodidades y sufrimientos.

En este improvisado inventario de fatigas vuelve sobre mí el dolor del frío. De los rusos aprendimos a vestirnos para combatir el frío. Incluso he llegado a pensar que conservo mis pies por haberme hecho con las botas de fieltro *balenki* de los «ivanos». Las que más me duraron fueron unas botas muy grandes, de unos tres números por encima a mi pie: el hueco justo para que se creara una cámara de aire que rellenaba

con algo de paja o trozos de papel de periódico. La larga manta palentina que llevábamos de España la conservé siempre. Muchos terminaron por cambiarla o venderla por no querer llevarla consigo. Yo me la enrollaba como hacíamos en nuestra guerra, y además de calor por el pecho y la espalda, me sentía protegido. Pero su verdadera protección venía de que, una vez desplegada, su generoso tamaño permitía cubrir todo el cuerpo y que quedara holgada. En algunas guardias los españoles nos echábamos las mantas a la cabeza y nos envolvíamos con ellas como si fuéramos viejas. Aquella guerra era para vivirla y sufrirla. ¿Quién puede hablar de aquello sin haberlo vivido?

* * *

Y ante las fatigas no siempre reaccionábamos bien. En las largas jornadas sin combate eran frecuentes los roces. La lucha nos hermanaba, pero la espera se hacía insufrible y la convivencia muy difícil. Siempre pendía sobre nosotros la amenaza de un pepinazo, de ser castigados a un puesto más de guardia en el frío, o de ser obligados a levantar el campamento y salir arreando para otro lugar aún más inhóspito e ingrato para volver a empezar a cavar en un hielo imposible, donde rebotaban hasta los picos.

Para una guerra así nunca se está preparado y pronto se desfundaron nuestras vocaciones militares. Solo queríamos que aquello no durara mucho y que nos tocara un destino mejor. Habíamos venido pensando en dar el último empujón a la bestia herida, nunca pensamos en tener que resistir a su feroz ofensiva. Éramos unos espíritus de conquista, ataque y asalto, nunca de pacientes y sufridos defensores de una tierra cruel y que no era la nuestra. La realidad rusa superó todas nuestras capacidades, aunque por algún insondable resquicio del espíritu español emergía un valor y un atrevimiento insospechados.

El frío y la falta de espacio nos obligaban a dormir todos pegados, y dormir era lo único que deseábamos. Los puntos de guardia de una hora, ya fuera de vigilancia o de escucha, las patrullas, las órdenes urgentes, las voces de alarma... cualquier cosa interrumpía esa horita de sueño ganada a la batalla. Una hora de sueño que no se volvería a tener hasta al cabo de diez, quince, veinte o treinta horas. Quién sabía cuándo.

El cansancio nunca fue razón ni justificación en el frente. El espíritu legionario impregnaba aquella causa hasta tal extremo que se recordaba frecuentemente ese punto del credo legionario: no se puede decir que se está cansado. Sonaría tan mal como me suena hoy escuchar de los jóvenes eso de «no me apetece». En el fondo de nuestra alma latía aquella sentencia: «La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio». Y para eso mismo estábamos voluntarios en Rusia.

Pero el cansancio y la falta de sueño tienen, lógicamente, un límite. Tengo viva la

imagen de un compañero echado en el suelo, aprovechando un descanso en una de las marchas, utilizando como almohada para su cabeza una piedra con hechura de adoquín grande. ¿Cómo es posible dormirse sobre una manta echada encima de toscas piedras y con tal apoyo para la cabeza?

Por aquel entonces llegó hasta nuestras posiciones un muchacho granadino, de Albuñol, que se llamaba Miguel Fernández, y que, a pesar de tener más o menos mi edad, era ya todo un sargento de artillería. Era más bien alto y muy delgado. Lucía en la Feldbluse un pasador con al menos cinco cintas. Lo que quería decir que tenía cinco condecoraciones o medallas. Tenía la cara alargada y el pelo de pequeños rizos indómitos. A una larga nariz le seguía un bigotillo siempre incipiente porque era algo imberbe. En sus ojos grises brillaba un aire sagaz e inquieto. Su gesto era siempre risueño y agradable, tenía un carácter tan fácil y desenfadado que me hacía sentirme culpable de mis cuitas. Se acababa de incorporar a la 13a compañía de cañones de acompañamiento de 75 mm, que daba precisamente apoyo a nuestro batallón. Así que nosotros, los infantes, confraternizábamos bien con los artilleros que nos abrían el camino y nos protegían del enemigo. De ellos era la misión de mantener a los rusos a raya.

El sargento Miguel Fernández se quedó a cenar en nuestro refugio y se presentó de forma estrepitosa; le acompañaba un antiguo maestro de escuela de Tarazona que ya conocíamos. Este maño estaba algo chalado y al acercarse empezó a disparar por encima de mi cabeza y de la de Izuzquieta. Era una gracia suya, de las que tenía todo un surtido. Según llegó quiso calmar mi enojo:

—Tranquilo, Maseda, que no son bombas.

Yo me quedé callado, porque para una payasada así no caben muchas respuestas.

—Mira, aquí te presento al sargento Fernández —siguió diciendo con su mejor sonrisa—, con el que estuve en Somosierra en nuestra guerra. —Luego, en un aparte, y aprovechando que no estaba el sargento, me ponderó su actuación en estos singulares términos—: Maseda, artilleros como el sargento Fernández son unos tíos cojonudísimos. Si no fuera por estos que conocen bien su oficio, ya no estaríamos aquí para contarlos. ¿Tú sabes lo que hay que estudiar para calcular el ángulo de tiro, la velocidad, el peso? —me preguntó—. ¡Qué sé yo los estudios que tienen para disparar sin ver nada!

Lo cierto es que en aquella primera noche de nuestro encuentro Miguel Fernández se quedó consternado por las condiciones de nuestra chabola.

—Nosotros hemos heredado de los alemanes unos búnkeres que si entra uno con los ojos cerrados se piensa que está en una casa. Vamos que por tener tienen hasta luz eléctrica —dijo el sargento Fernández.

—¡Eso tendría yo que verlo! —contestó Venancio con un gesto de incredulidad y hasta de enfado hacia las expresiones del andaluz y su singular escolta.

—Pues el que quiera está invitado a cenar mañana mismo. No es por nada, pero este refugio os lo llevan por delante con un mortero de nada —contestó el artillero con esta grave advertencia, pronunciada con la velocidad de centella con la que hablaba el granadino.

Quedamos entonces en devolverles la amigable visita tan pronto como pudiéramos. No queríamos perder la ocasión de ver cómo eran esos búnkeres alemanes de los que hablaban.

No habían transcurrido tres o cuatro días cuando decidimos acudir Germán Izuzquieta, Venancio y yo. El búnker estaba anunciado con un cartel que decía «Villa Patro», nombre que supimos que le pusieron en honor a la mujer del teniente artillero al mando de aquella batería y que se llamaba Patrocinio.

Nada más llegar dimos una voz para que salieran nuestros amigos. Solamente había asomado por la puerta el sargento Fernández cuando el loco de Izuzquieta lanzó una bomba de mano al extremo opuesto del búnker y a unos cinco metros de distancia. El sargento nos gritó con rabia:

—¿Pero os habéis vuelto locos? —Y según se acercaba a grandes pasos hasta nosotros exclamó ya más templado—: ¡Que está el teniente aquí!

—Bueno, esto era para el maestro, el de Tarazona, que se presentó disparando el otro día —le dije yo, justificando a Izuzquieta.

—Será mejor que entréis y no digáis nada que el horno no está para bollos —dijo Miguel. Para esos momentos ya me estaba arrepintiéndome de aquella visita de cortesía a nuestros amigos los artilleros. Entramos por unas escaleras que bajaban en zigzag y saludamos a los presentes; no habíamos tenido tiempo para sentarnos cuando Miguel nos informó—: Ha habido un accidente precisamente a cuenta de las bromas del maestro.

—¿Qué ha pasado? —preguntamos nosotros intrigados.

—Pues ayer estábamos aquí discutiendo de no sé qué tonterías y no se le ocurrió otra cosa al maestro que disparar con la pistola al techo. —Nos señaló el lugar del impacto—. Fue nada más terminar de hablar, como si concluyera con un «he dicho». Va y dispara y el rebote de la bala se le viene al ojo de refilón y le sale por la sien. ¡Vaya forma absurda de perder un ojo! Y podía haber matado a un compañero.

Nos quedamos callados de puro asombro de las consecuencias de aquellas bromas hasta que Venancio, con un cierto deje heredado del Bierzo, sentenció:

—¡Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca!

—Pero si es que tenía que suceder —continuó diciendo el sargento Fernández—. Yo le recuerdo echando un par de balas a la candela cuando hacíamos corro en el frente de Somosierra. Y lo hacía para quitarse a los que le estorbaban. Vaya cabeza incendiaria que tiene este hombre... Pero en fin, vamos a cenar que vosotros no tenéis culpa de nada.

La cena se fue haciendo grata a medida que íbamos trasegando el vodka con el que acompañábamos las raciones. Llegados a un punto, nuestro amigo sargento nos

preguntó:

—Bueno ¿y qué os parece el chabolín este? No es por nada, pero ya he hecho uno igual para el capitán Barbudo. Si queréis haceros uno, yo os puedo ayudar.

La feliz idea hizo que nos miráramos unos a otros.

—Será cosa de hablar con el teniente Bejarano a ver qué le parece —dije yo, advirtiendo que tendríamos que pedir permiso.

—¿Y qué va a decir el teniente? —preguntó Miguel Fernández—. Bueno, vosotros disponéis, pero si os decidís a encargarme el chabolo, yo solamente os voy a pedir un favor.

—¿Y qué favor es ese, mi sargento? —le preguntó Venancio, que era el más suspicaz y desconfiado de nosotros tres.

—Pues ya os lo diré... —dudó por un momento— bueno, ya os lo digo. Si os lo hago, le tenéis que poner el nombre que yo quiera.

Y sin preguntarle nada más dejamos quedar en ese punto la propuesta.

A partir de entonces bajó el sargento Fernández cada tarde para supervisar las obras que él había proyectado. Teníamos que cavar hasta una profundidad de tres metros, dejando excavado el hueco amplio de lo que sería el búnker. A continuación, había que colocar troncos de treinta y cinco centímetros en el suelo y las paredes; luego todas se forrarían, a su vez, de tablones de madera. El techo se cubriría con tres filas cruzadas de troncos con cámaras huecas entre ellas para evitar los daños de algún proyectil. Este sistema en sí mismo era bastante seguro. El acceso se hacía pequeño y había que descender por una escalera en zigzag para evitar que una granada o proyectil se deslizara escaleras abajo y se metiera directamente en el búnker. Ya en el interior se construían unos camastros de madera que a veces contaban con colchones que habían sido requisados de las isbas abandonadas. El búnker enlazaba directamente con una trinchera que llevaba a los puestos de centinela.

La obra se hizo rápidamente y quedó al gusto de todos. El teniente Bejarano quiso inaugurarla una tarde en que vino nuestro maestro de obras, el sargento Fernández.

—Usted querrá que le pongamos el nombre de su pueblo, Villa Albuñol —le dije yo durante el pequeño convite.

—Pues estaría bonito, la verdad. Ni se me había ocurrido. Pero no. Yo quiero que le pongáis «Villa Maestro de Tarazona» —dijo el sargento Fernández.

Y a todos nos pareció bien esa forma tan sencilla de acordarnos del loco que nos había presentado a nuestro amigo Miguel Fernández. De esta forma pagábamos la deuda que habíamos contraído con él.

Al día siguiente nuestro búnker ya contaba con su letrero con letras mayúsculas: «VILLA MAESTRO DE TARAZONA». Y el homenaje hubiese quedado impecablemente rematado si no fuera porque, para hacer justicia, Izuzquieta, debajo del letrero, no tardó en escribir en letras minúsculas, «que perdió un ojo al disparar sin honra».

* * *

De Miguel Fernández nunca pude olvidarme por muchas razones. La primera es que fue él quien me preguntó, antes aún que mi conciencia, si me arrepentía de haberme alistado a la División Azul.

—¿Pero, Maseda, tú te arrepientes de haber venido? —Quiso saber.

—No, mi sargento, no... Pero yo no sabía que iba a ser esto.

—¿Y qué iba a ser si no? Pues una guerra, y en Rusia.

Así dejábamos apartada la cuestión, mientras yo me quedaba contemplando a aquel joven sargento.

¿Arrepentirme yo? ¡Cuántas veces me han preguntado si me había arrepentido de alistarme en la División Azul! O incluso si había tardado mucho en arrepentirme. Y tengo que decir que nunca me he arrepentido de haberme alistado. La pregunta me molesta porque significa que quien me la hace supone que aquello fue un error. Cada día estoy más orgulloso de aquella decisión que tomé en uno de los últimos días de junio del 41. En muchos momentos difíciles de mi vida un pensamiento ha venido a auxiliarme y a darme fuerza, y este era el de decirme a mí mismo: «¡Soy de la División!». Una exaltación muy parecida a aquella otra que haríamos tantas veces los que fuimos prisioneros en Rusia: «¡Soy un voluntario español de la División Azul!».

Es cierto que nos podíamos haber arrepentido antes de llegar a Venta de Baños. Y, desde luego, cuando nos detuvimos en Hendaya ya estábamos un poco hartos de traqueteo. ¡Pues no nos quedaba nada! Aún tendríamos que atravesar Francia, Alemania, Polonia, Lituania y parte de Rusia. Razones siempre podía haber para lamentar nuestra suerte. Hubo muchos momentos en que uno sentía que la melancolía se le echaba encima. Por eso en el ejército se intenta no dejar al soldado mucho tiempo para la reflexión. En los momentos más ingratos siempre aparecía alguien que nos hacía pensar en lo privilegiados que éramos o que sacaba una botella, una baraja o se ponía a cantar. Y así volaban nuestras penas.

En cuanto al hambre, algo curioso sucedió. Y es que el frío nos ayudó a que se mantuvieran en buen estado las provisiones de comida, ya que estaba toda congelada. Tuvimos que lamentar el habernos comido, de camino al frente, las latas de carne que los alemanes nos habían dado en Grafenwóhr con la orden de no consumirlas sin permiso. No sé qué extraño síndrome de abastecimiento experimenta el soldado, que todo lo quiere y todo lo consume, siendo incapaz de guardar nada. En las largas jornadas de marcha nos fuimos comiendo las «raciones de hierro», que realmente estaban sabrosas. Luego, como digo, lo lamentaríamos cuando en la cabeza de puente del Vóljov los suministros se hacían imposibles. En Possad, a falta de suficientes víveres, sobrevivimos comiendo la carne de los caballos muertos. Estas eran nuestras

preocupaciones, no pensábamos más allá de la próxima noche.

—¿Y usted, si está tan conforme con este panorama, cómo es que no vino antes? —le pregunté un día al sargento Miguel Fernández.

Al escuchar esto se rio abiertamente y me explicó:

—Es que yo salí en julio también para Hendaya. En el recuento que se hizo allí se dijo que sobrábamos muchos, así que me mandaron de vuelta para Getafe, que es donde estaba. —Así me aclaró que él siempre quiso estar en Rusia y continuó—: Ahora que han pedido suboficiales de artillería me he venido corriendo.

—¿Y qué le parece a usted este tiempcito de febrero? —le pregunté.

—Pues me han dicho que esto, comparado con el frío del pasado mes de enero, es algo así como el relente de Madrid.

Con este buen humor siempre afrontaba aquel nuevo amigo cualquier dificultad.

Estos recuerdos nunca revelados, como negativos oscuros del corazón, me han acompañado siempre. Aunque durante tantos años no haya querido hablar de la guerra, lo cierto es que la guerra no me ha dejado en paz.

A Miguel Fernández me lo encontré hace unos años en la calle del Norte de Madrid cuando me acerqué a Doménech para comprar unos carretes de fotografía para llevarme a Galicia. Habían pasado más de cuarenta años, y los dos nos reconocimos. No es que no hubiéramos cambiado. A decir verdad, somos otros, y muy distintos. Pero, por algún motivo, los hechos, los nombres y las caras de los años de guerra se quedaron grabados en la memoria del alma. Nos fundimos en un abrazo enorme tan pronto como comprobamos que éramos los viejos camaradas que nos habíamos imaginado. Al instante de deshacer nuestro abrazo le dije:

—¿Sabes por qué me he acordado siempre de ti? —Miguel Fernández se me quedó mirando con sus alegres ojos sin decirme nada—. Pues porque tú fuiste la última persona con la que tuve una conversación antes de que me hicieran prisionero.

Tercera parte
MEDIODÍA EN LA PENUMBRA

XX

El hombre es feliz porque sabe olvidar.

Relatos de Kolimáv, VARLAM SHÁLAMOV.

Y sucedió lo inevitable, lo que tenía que ocurrir. Tanto acercarnos al río en misiones de escucha o para medir la capa de hielo; tanto adentrarnos en el bosque de patrulla; tanto tentar a la suerte, asomados a ese abismo insolente que es el frente, que en un atardecer del mes de marzo nos topamos con una patrulla rusa. Éramos cuatro los que marchábamos casi en fila india, reconociendo un sendero de nieve al que acechaban los árboles haciéndolo cada vez más angosto. Tengo que decir que esas situaciones en el bosque siempre me habían producido angustia. El bosque, que es lo más parecido a irse hundiendo en un pozo, me causaba un enorme desasosiego. Maldigo esos bosques por los que no entra la luz, en un paisaje siempre igual de árboles que se solapan y forman tupidos laberintos que son una pesadilla. Por eso digo también que ocurrió lo que tenía que ocurrir. En esos bosques que los rusos conocen mejor que nosotros, su oído les llevó a detectar nuestra posición. Luego se abrieron como si fueran extendiendo una red en la que habríamos de caer.

En el momento que avistamos a los rusos, Venancio y yo nos tiramos al suelo y comenzamos a disparar. Pero ya era del todo inútil, porque sentimos que nos llovían los disparos por todos lados y los gritos de nuestros enemigos sonaban también a nuestras espaldas. Antes de que pudiéramos reaccionar los tuvimos encima. Fuimos inmediatamente desarmados y, a empujones, nos obligaron a avanzar.

Habíamos sido hecho prisioneros y desde aquel preciso instante nuestra vida sería ya la de extranjeros cautivos de la Unión Soviética. Sentía que me arrastraban al fondo de una cueva, pero yo no podía imaginar que esa cueva fuera tan larga como doce profundos años.

En aquellos primeros momentos, el ardor de la lucha aún nos provocaba algún pensamiento de intentar escapar. Pero no encontraríamos la ocasión. Nos llevaron por aquellos caminos que parecían no acabar nunca. Pensamos en lo peor, en que nos pegarían un tiro en la nuca mientras caminábamos delante de nuestros verdugos.

Al cabo de un buen rato nos hicieron cruzar un río helado, en un punto muy alejado ya de nuestra posición. No se trataba todavía del Vóljov, que terminaríamos atravesando más arriba de Schevelevo.

Recuerdo el nombre de los otros dos compañeros, Madrigal y Mesonero. Pero sus caminos en Rusia a partir de nuestro apresamiento se me pierden en la memoria. Caminábamos los cuatro con el alma derrotada y el gesto cansado. Venancio, sin embargo, se mostraba inquieto y giraba alguna vez la cabeza a los lados. Eso le valió que nuestros captores le dieran más de un culatazo con el naranjero. Pero yo conocía

bien a Venancio y sabía que el pensamiento de intentar escapar mantenía vivo su nervio. Los rusos debían de adivinar también sus intenciones, por eso nos dieron la orden de parar y le sacaron de nuestra fila. A punta de bayoneta le dijeron que caminara hacia el pie de unos árboles. No dudé de que lo iban a fusilar cuando lo dejaron allí plantado en siniestra espera. Sonaron dos disparos, pero Venancio se giró hacia el sol dado que le había disparado. Temí que ese gesto fuera interpretado como un desafío; no obstante, mientras todos —hasta los propios soldados rusos— permanecíamos quietos sin mover un dedo, Venancio comenzó a caminar hacia nosotros. Se llevó las manos a la cabeza en señal de que se consideraba prisionero y de que no iba a intentar dejar de serlo. Volvimos a oír las palabras odiosas que nos perseguirían durante todo el cautiverio:

—*Davai! Davai!* ¡Adelante! ¡Adelante!

Ese fue el aviso de la suerte que corríamos si nos atrevíamos a salir del estrecho sendero de nuestro destino de prisioneros. Venancio también lo entendió sin remedio.

Espoleados por la punta de las bayonetas fuimos avanzando durante varios kilómetros hasta un refugio soviético. Después nos empujaron, uno detrás de otro, para que entráramos allí. En aquel búnker se encontraban varios oficiales ante los que fuimos registrados, desposeídos de nuestras pertenencias e interrogados. Allí perdí para siempre la fotografía de mis padres y la medalla del Sagrado Corazón. Luego me pusieron una hoja de papel para que escribiera mi nombre. El frío y, por qué no decirlo, el miedo, me impedían apenas sostener el lápiz ante las risas de un comisario político ruso. Pero yo no veía ni escuchaba nada. Se me pasó fugazmente la idea de trastocar mis apellidos y poner allí José Castro Maseda. No sería el primero que tuviera entonces la tentación de ponerse otro nombre. Finalmente pude escribir mi nombre completo: José Maseda Castro. Cuando me preguntaron por mi lugar de origen contesté inmediatamente que yo era de Valladolid. Nunca he sabido la razón por la que no dije la verdad, la sencilla verdad de que yo soy madrileño. Creo que en aquel momento sentí la llamada de la sangre de la tierra de los míos. O quizás no quería que pudieran pensar que yo era uno de aquellos que habían pertenecido a la quinta columna de Madrid. Después me interrogaron sobre mi alistamiento, a lo que les confirmé que, efectivamente, yo era un voluntario. Y por último, me pidieron los datos de mi unidad y que identificara en el plano donde se encontraban las baterías. No hacía falta entender el ruso porque sus gestos y las palabras alemanas que utilizaban eran bien elocuentes: *Kanone?*

Todos los prisioneros españoles éramos conscientes de la trascendencia que tenía revelar esa información. Por mi parte, para no irritar a aquellos oficiales de los que dependía mi vida, quise decir que mi unidad era móvil y no contaba con artillería. Aunque lo único que pude indicar con gestos es que nos movíamos continuamente. ¿Cómo les iba yo a señalar la posición de «Villa Patro» del sargento Fernández, la de

sus piezas algo más retrasadas o la del capitán Barbudo?

Creo que entendieron aquello de que yo iba de un lado para otro, y quizás por eso me libré de los bofetones que se llevaron Venancio y Madrigal cuando les tocó su turno.

Aquellos oficiales no se sorprendieron de nuestras formas, porque por allí habían pasado ya unos cuantos españoles. Prácticamente todos aquellos que habían hecho prisioneros desde el mes de octubre del año anterior habían estado en aquella covacha.

Mayor curiosidad despertamos en el nuevo refugio al que nos llevaron después. Allí se nos ofreció algo de comida y té caliente, chai. Fuimos objeto de constantes burlas por parte de los soldados rusos. Ellos me arrebataron el reloj que hasta entonces no me habían encontrado por habérmelo puesto en la muñeca derecha. Así fue cómo perdí mi moderno reloj de pulsera. La fascinación que sentían los rusos por esos relojes se comprende porque su precio alcanzaba el sueldo de varios meses de un trabajador.

Para cuando se hizo de noche los cuatro prisioneros españoles nos quedamos allí sentados con la espalda apoyada en la pared. No conseguimos dormir, pues cada vez que entraba alguien nos pegaba un puntapié para recordarnos que habíamos sido capturados y que nos hallábamos en su territorio. En esa larga noche traté de rezar y de pedir a Dios que me diera fuerzas para soportar el sufrimiento del cautiverio. Recé también por mis padres y hermanos.

Se me vino a la cabeza el recuerdo de la última vez que había cenado en libertad, la noche anterior en nuestro refugio. Habíamos vuelto a coincidir con el entusiasta sargento granadino, Miguel Fernández, que nos había contado con tremendo desenfado sus esforzados pasos durante la guerra española. Aquella animada cena con su agradable sobremesa de coñac sería la última vez que había hecho una vida normal, de soldado español entre españoles. A pesar de no haber apenas convivido con el artillero Fernández, su cara y su ímpetu se me quedaron grabados como si fueran los de la última persona de la España libre con la que había hablado. Su recuerdo me acompañaría siempre.

En un momento de aquel duermevela fuimos zarandeados para que subiéramos a un camión. Aquellas cajas de los camiones rusos eran terroríficas neveras a las que tendríamos que acostumbrarnos. Cuando descendimos era ya de día. Pudimos intuir a lo lejos el terreno de nuestros hermanos españoles. Sentíamos el fuego que mantenía viva su lucha y hacia ellos lanzamos unas miradas de esperanza. A partir de entonces quisimos soñar con un avance del grupo de ejércitos alemanes que pudiera liberarnos.

Otra vez fuimos conducidos como cabestros hasta la puerta de otro de aquellos búnkeres excavados en la tierra. Nos fueron llamando uno a uno para entrar. Para nuestra sorpresa nos recibió un oficial del ejército soviético que hablaba perfecto

español. Se trataba del capitán Velasco, que llegaría a ser un viejo conocido de todos los que fuimos prisioneros en Rusia. Él sería, en honor a la verdad, el único agente soviético de origen español que se comportó antes como español que como comunista.

—Buenos días, siéntate, Maseda —me indicó con mucha tranquilidad.

—Buenos días, ¿es usted español? —le pregunté con sorpresa.

Hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza. Guardó silencio por un momento y luego dijo:

—¿De dónde eres muchacho?

—De Rueda, provincia de Valladolid —no me quedaba más remedio que seguir con la treta.

—¿Y qué se te perdía a ti en Rusia? —siguió preguntándome sin extrañarse.

En ese momento me quedé callado, me pareció inútil decirle a un comunista español, militar del Ejército Rojo de la Unión Soviética, que habíamos venido a luchar contra el comunismo.

—¿Eres falangista? —me preguntó, mirándome a la cara pero apartando la mano del papel.

—Sí, señor, desde antes de nuestra guerra.

—Entendido —me respondió, pero sin tomar nota alguna.

Advertí en ese gesto de no marcar en el papel mi condición de falangista que quería tratar a todos los españoles como prisioneros de guerra, sin estigmatizar tan pronto a los que no le diéramos motivos para ello.

—¿Me puedes localizar en el mapa las baterías de vuestra división?

Al ver que me encogía de hombros, siguió rellenando un formulario de preguntas.

—¿Cuál era tu unidad?

—Pertenezco al II batallón del regimiento 269 de infantería. Hemos estado de un lado para otro sin parar. No sé nada —le contesté.

—¿Así que del Batallón Román?

—Así es —le contesté.

—¿No quieres indicar dónde están vuestras baterías? —Me volvió a mirar para comprobar que no contestaba nada y prosiguió—: Bien, bien, igualito que los demás. Ya os iréis desinflando. ¡Que venga el siguiente! —Y con ese gesto de contrariedad se despidió de mí.

Nuestro siguiente destino sería el primer *lager* o campo de concentración de los muchos que habríamos de recorrer en nuestro largo secuestro. Este campo se encontraba en Valdai, no muy lejos de nuestra querida Novgorod. Comenzarían allí los ritos de iniciación en nuestra vida de prisioneros.

Nada más llegar, se nos obligó a desnudarnos para que nos rasuraran todo el vello jóvenes rusas que mostraban indiferencia por nuestro pudor. Después de un baño

recuperamos nuestras ropas desinfectadas. Los primeros días los pasamos en un pabellón de cuarentena, alejados de los demás prisioneros. Pero pronto nos pasaron a otro barracón y nos asignaron para dormir unas míseras tablas, sin un colchón siquiera. Allí nos mezclamos con los demás cautivos. Nos sorprendió que no hubiera españoles; alguien nos dijo que se los habían llevado recientemente al campo de Oranki. Casi todos los prisioneros eran estonios y alemanes, que nos recibieron con muestras de alegría y compañerismo que agradecemos mucho. Al ver que nos mostrábamos encantados de saludar a nuestros camaradas de armas, los oficiales rusos se indignaron bastante. Pero como nos hubo de suceder tantas veces, los rusos quedaban desconcertados ante nuestras reacciones y, en contra de lo que pudiera esperarse, terminaban por no hacer nada.

Eso es lo que ocurriría pocos días más tarde, cuando se produjo un incidente en el que los españoles actuamos con la insolencia propia de nuestra sangre. Y por lo que supimos luego, los españoles que habían estado en Valdai antes que nosotros habían hecho lo mismo. Y es que, a pesar de estar a finales de marzo, sufrimos unos días de fuerte temporal de nieve y frío. En nuestro nuevo barracón no había forma de protegerse contra aquel frío por culpa de que la pobre estufa se había quedado sin combustible. Venancio se levantó de nuestra litera y, con la misma tranquilidad con la que solía actuar, comenzó a partir algunas de las tablas que nos servían de cama con enérgicas patadas. Después las llevó hasta la estufa y se sentó a su lado. ¡Había que ver las caras de los alemanes! Más que sorpresa, sus miradas reflejaban consternación y miedo. Un prisionero alemán, que había sido captado por los propagandistas soviéticos —para la causa que llamaban antifascista— hacía las veces de brigadier o capataz, se levantó y le advirtió en alemán muy severamente a Venancio. Yo me temí lo peor al ver que nuestro toro celta se llevaba una mano para frotarse la cabeza. Porque ya sabíamos que cuando el bravo de Venancio se llevaba la mano a la sien, en ademán de rascarse, se le estaba subiendo la sangre caliente a la cabeza. Pareció Venancio contar hasta tres o hasta cuatro, no mucho más. Se levantó y le gritó a la cara al desertor alemán con todas sus fuerzas:

—¡A mí aquí no me da órdenes un alemán traidor!

Y algo debió entender de nuestro español el alemán porque se marchó silencioso a la cama.

Al toque de diana, ya consumida buena parte de nuestras camas, nuestros compañeros querían saber qué íbamos a decir, cuando vimos marchar hacia la puerta al jefecillo alemán. El guardián ruso que escuchó la novedad cerró de nuevo el barracón para volver con otros guardianes y con un oficial de la MVD, que era la policía de prisiones que se ocupaba de la seguridad en los campos. Este se dirigió hacia nosotros y trató de interrogarnos. Ni una palabra salió de nuestra boca. Para desconcierto de todos nosotros nada hicieron. Nos quedamos con nuestras camas mutiladas, pero no volvió a faltar combustible para aquellas noches de espantoso frío. Los rusos nos anunciaban un gesto de su carácter y de su sencilla tendencia a no

hacer, a no reaccionar.

Después del internamiento en el campo de Valdai habíamos comprendido que toda la vida carcelaria en la Unión Soviética respondía a unos esquemas muy bien elaborados. Se trataba de toda una ciencia carcelaria que llevaba muchos años de rodaje, más años aún que los del propio comunismo.

Aunque apenas nos hicieron trabajar en aquel campo, conocimos que la medida de nuestro rendimiento era la pretendida y conocida «norma». Esto es, el objetivo de trabajo que nos ponían para una jornada. Así, esta norma podía ser: tantos kilos de carbón, diez metros cúbicos de madera, etc.

La comida sería la indispensable para mantenernos con vida. Asimismo supimos que los rusos trataban de no prolongar la permanencia de los prisioneros en un campo. Los traslados eran constantes, evitándose así que el prisionero creara demasiados vínculos, que se familiarizara con el entorno y fuera descendiendo su producción. También se disminuía el riesgo de fuga. Todo estaba ya ensayado.

De Valdai salimos en un transporte inesperado que nos llevó durante doce largos y penosos días en dirección sureste. Apenas éramos capaces de intuir la dirección y la distancia. Cuando nos desembarcaron nos habíamos convertido en unas piltrafas humanas. Venancio había dejado de ser aquel hombretón fuerte para parecer un junco. Y yo debía de andar por los cincuenta kilos. Supimos que estábamos cerca de la ciudad de Gorki, en la región del alto Volga, y que nuestro destino era el campo conocido como Oranki-74.

Tardamos dos horas en recorrer a pie la distancia que había entre la estación y la puerta del campo. Nos sorprendió que buena parte del lugar estuviese ocupado por un monasterio con sus viejas cúpulas de bulbo sobresaliendo en aquel extraño conjunto. Cuando después de una larga espera nos hicieron pasar, procedieron con nosotros según su rutina: rasurado de nuestra pelambreira, baño y desinfección de la ropa. Hubo veces en que en toda nuestra estancia en un campo de concentración solo nos bañamos en aquel día de la llegada. Era el momento de descubrir nuestros famélicos cuerpos frente a personas extrañas y viejos camaradas de armas. La visión que ofrecían los cuerpos desnudos era patética. Al mirar a los compañeros en tan triste condición nos veíamos a nosotros mismos.

En Oranki conocimos de cerca el padecimiento de los italianos cautivos. Comenzaban a llegar cientos de prisioneros en unas condiciones muy lastimosas. Eran los restos de las divisiones alpinas aniquiladas en el frente ruso. No nos podíamos imaginar que, cuando dejáramos los españoles aquel campo, en el año 43, cerca de setecientos italianos del millar de prisioneros de esa nacionalidad reclusos en Oranki, morirían víctimas del tifus y de un sufrimiento extremo.

Aún recuerdo el barracón número siete, que estaba destinado a almacenar a los muertos. Mientras duraba el invierno aquel depósito era conocido por los italianos

como *dei morti*, porque guardaba congelados a los que iban muriendo hasta que se les daba sepultura en una fosa común que se iba excavando —cada vez más grande— en el bosque de abedules que rodeaba a aquel siniestro monasterio llamado Oranki. En el tiempo que allí estuvimos solo vimos morir a uno de los nuestros, a José Montaña, que era el único español que había en el campo y que se encontraba interno en la enfermería cuando nosotros llegamos. Por él supimos que un grupo de unos treinta españoles había pasado por el *lager*. A José Montaña le habían tenido que dejar solo porque, al estar enfermo, las autoridades le obligaron a quedarse.

Con los italianos nos comunicábamos bien. Tanto es así que si nos hablaban despacio lo entendíamos todo. Y llegamos a ser capaces de comprender los libros de propaganda comunista que —impresos en italiano en la propia Rusia— circulaban por el campo. Los italianos demostraban sentir simpatía hacia nosotros, y nosotros les correspondíamos. Además del idioma nos unía la misma devoción cristiana que se podía invocar gracias a la presencia de algunos capellanes. Porque también estaban prisioneros en Oranki sus capellanes y hasta sus médicos, que no habían consentido en abandonar a los heridos. Allí conocí los casos del *pater* don Elenio Franzoni y del doctor Reginato. Ambos dieron un apoyo incondicional a los soldados prisioneros a los que no habían abandonado a pesar de que podían haberlo hecho.

Don Elenio era un hombre de aspecto elegante y cordial. Sus gestos eran siempre amables, aunque no le faltaban gestos de energía —y aun de genio— cuando la situación lo exigía. Era un prisionero más, pero asumía su cautiverio como una circunstancia de su labor de pastor. Era ahora un pastor de hombres cautivos. De él se decía que el día que fue hecho prisionero en el Don, estaba celebrando misa cuando un capitán entró gritando:

—¡Tiene usted también que marcharse, don Elenio, que vienen los rusos!

A lo que el capellán respondió con toda tranquilidad:

—Me marcho solamente si podemos llevarnos a los heridos.

Lo dijo sabiendo que era materialmente imposible hacer dicha evacuación. Prefirió quedarse con sus muchachos como él los llamaba, *i miei ragazzi*, que eran los heridos y aquellos más débiles a los que acompañaría en los campos de prisioneros. Monseñor Elenio Franzoni murió en Bolonia en 2007 a la edad de noventa y cuatro años.

El doctor Reginato me atendió en Oranki con esa compasión propia de los antiguos médicos. Aquellos cuya vocación se había hecho grande a través del ejercicio en condiciones tan difíciles como la guerra. Médicos a los que nunca oímos una palabra de queja por tener que levantarse de la cama, en mitad de la noche, para tener que atender a un paciente. Así era el doctor Reginato, que me hablaba con admiración de los médicos de pueblo que habían sido sus maestros. Me llegó a contar en cierta ocasión que, cuando marchó a Rusia, su padre le había recomendado: «Preocúpate solamente de la salud de tus soldados, de la tuya se ocupará el Señor».

Así eran algunos de aquellos prisioneros italianos. En Rusia se quedaron para

siempre cien mil soldados de Italia.

Los rusos tenían planes de destinar el campo de Oranki a un centro de reclusión de oficiales de distintas nacionalidades. Querían separar a la tropa de sus jefes y poder manipular con mayor libertad y con su diestro uso de la propaganda de los comités antifascistas. Los comunistas sabían que el ejemplo de los oficiales rectos y fieles a su causa se contagiaba a los soldados. Y a su vez, la presencia de los soldados hacía más responsables a los superiores.

Hasta Oranki irían a parar algunos de nuestros oficiales: Palacios, Molero, Rosaleny, Altura y Castillo, que estaban prisioneros en Suzdal. Quizás por este motivo nos movilizaron para emprender otro largo viaje en uno de aquellos trenes-cárcel, que llamaban *stolypin*, cuyos vagones contenían las celdas para el transporte de los presos. Y fue milagroso para nosotros poder abandonar aquel campo en un tiempo en el que estaban llegando, en otros trenes, los prisioneros italianos que traían con ellos el tifus.

Nuestro siguiente destino habría de ser Makarino-158, en Cherepoviets, región de Vologda, en el norte. A la misma altura que Leningrado, pero a unos quinientos kilómetros hacia el este, a orillas del mar de Rybinsk. El transporte en el tren-cárcel duró más de dos semanas en unas condiciones tan inhumanas que comprendimos, una vez más, lo difícil que resultaría nuestra vida de prisioneros.

En el tiempo que duró el viaje apenas sí pudimos beber agua y comer algún arenque o algún cazo de sopa de verduras. Viajábamos hacinados como si fuéramos ganado. Al desembarcar nos llevaron andando durante media hora hasta la puerta del *lager*. Nuestra curiosidad era grande porque intuíamos que comenzaba nuestra vida de prisioneros en una población industrial, de extracción de madera. Nos tocó esperar de pie, en lastimoso e inútil tormento, a que se ventilaran los trámites burocráticos en la caseta del cuerpo de guardia. Al frente del mismo estaban los oficiales de la MVD, con su uniforme verde con galones y ribetes azules en el cuello y en la visera del gorro.

Nuestras piernas habían perdido el tono muscular y cualquier atisbo de fuerza por haber permanecido durante tantos días sin hacer movimiento alguno en aquel vagón-cárcel. Finalmente nos hicieron entrar para ser registrados. Después de proceder, como de costumbre, con los trámites de lavarnos y desinfectar nuestra ropa, nos llevaron a un barracón de cuarentena. Por lo que supimos en aquel momento, en el campo se encontraban cautivos más de mil hombres. De ellos, setecientos eran alemanes, unos trescientos eran finlandeses, y para nuestra alegría, había una treintena de españoles.

Ese inicial grupo de españoles llegaría a alcanzar el número de doscientos a finales del invierno de 1943. Porque hasta allí fueron llegando los prisioneros de la batalla de Krasny Bor y de los combates en el río Ishora y en el lago Ladoga.

En Makarino, trabajando en las obras de construcción del puerto fluvial de Cherepoviets, fuimos explotados sin contemplación. Padecíamos un trabajo físico extremo, peleando contra el hielo, en jornadas interminables y sin la recompensa de alimento sólido. Solamente algo de pan y una sopa —*caputsa*— sin grasa ni rastro de pescado alguno. Allí cayeron muchos españoles: Barranco, Barrera, Barreto, Bernal, Caballero, Carlés, Clos, Doménech, Duro, Elizárraga, Fernández, Fúster, Gascón, Gómez, Gutiérrez (Cayo y Manuel), Hernández (Ramiro y José), Iniesta, Lavín, López, Marchena, Moreno, Montejo, Muñoz, Oliver, Osuna, Padilla, Pascual, Ramírez, Rojo, Sánchez, Santafé, Santiago, Sastre, Torres. Me aprendí sus nombres. En una noche de zozobra fui ordenando en mi mente todos los nombres de aquellos que iban muriendo. Cada noche comenzaría a pedir por ellos al terminar de rezar un avemaría. «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». Al mencionar esa hora final, como quien recita la lista de los alumnos de clase, enumeraba yo los apellidos de los camaradas muertos en el cautiverio. Después la cabeza se me llenaba de caras de otros compañeros a los que había visto morir.

En el campo de Makarino volví a caer enfermo, pero esta vez no contábamos con la suerte de tener a un doctor Reginato entre nosotros. Muchos de los prisioneros, no obstante, buscaban inútilmente la gracia del médico, imploraban la baja médica y hasta llegaban al extremo de lesionarse, de provocarse terribles irritaciones en los ojos, heridas o mutilaciones. Incluso el peligro del castigo por la simulación o la lesión propia parecía mejor que el tormento de cumplir con la norma o exponerse al frío sin piedad.

Yo ya había visto, en los días del frente, cómo se sucedían estos atentados contra la propia naturaleza. Como el caso del camarada Patricio, en Possad, del que tengo para mí que se dejó morir de frío. O aquel otro del que tuve noticia, otro muchacho al que ni los esfuerzos del capitán Milans fueron suficientes para evitar su ejecución:

—Di, chaval, que no te has pegado un tiro, que se te ha escapado. Ha sido un accidente. ¿O no es verdad?

—No, mi capitán. He sido yo mismo, me he disparado...

Decir que, en algunas situaciones, no nos importaba morir es no decir mucho. Porque las palabras no son capaces de llevarnos hasta el sentimiento del hombre que solo anhela dejar de sufrir. Para eso se pedía la baja médica, para ser conducidos a la enfermería y —con algo de suerte— ser hospitalizados por unos días o unas semanas. Después de todo, no estaba al alcance de todo hombre el provocarse una lesión. Mi

enfermedad era auténtica, pues yo, al menos, me sentía incapaz de herirme, y menos de suicidarme. Y aunque la peligrosa idea del suicidio pudo asomarse alguna vez a mi mente, logré apartarla y conformarme con la pequeña ilusión más próxima: las patatas que pensábamos hervir esa noche en el barracón, el periódico que un amigo me pensaba traducir o la *majorka* que fumaría con los camaradas. Esas cosas tan simples fueron luces que me alumbraron el camino a seguir adelante sin perder del todo la cabeza.

Uno de los nuestros estaba asomado a un dique y no sabría decir yo de qué forma miraba pasar los témpanos de hielo, solamente mencionaré que Venancio creyó adivinar su pensamiento, se acercó a él y le animó:

—Camarada, no hay que pensar demasiado. Solo mirar hacia lo que tenemos que hacer en esta hora hasta que se haga más tarde. Dios proveerá.

El joven compañero trató de desmentir aquella sospecha.

—¿Y en qué crees, Venancio, que estoy pensando? ¿Crees que me atrevería a tirarme al río para morir congelado?

—Yo no sé nada. Solo te digo que no conviene pensar demasiado —contestó Venancio, agarrándole del brazo para llevárselo hasta el corro que formábamos alrededor del fuego. Tratábamos de templar y nuestros guantes las herramientas de crudo metal.

Tuve la suerte de poder ser ingresado en la enfermería de Makarino víctima de una neumonía ganada a pulso entre los témpanos de hielo del río Mztá. Allí pasé unas semanas en las que no solamente recuperé la salud, sino que me sentí una persona. Dormía por primera vez en una cama después de muchos meses sin conocer un colchón o unas sábanas. El té —chai— que nos daban llevaba algo de azúcar y la sopa de verduras que llamábamos balanda era algo más nutritiva. Algunas veces hasta recibíamos algún pescado en salazón o un arenque. Los terrones de azúcar eran celebrados con el nombre festivo de karamel, pues eran codiciados por la energía que regalaban y la distracción que ofrecían a los sentidos. Una noche hasta me dieron un *borsch* bastante decente, que era una sopa de remolacha con carne.

En aquel internamiento nos trataba una enfermera que dimos en llamar la Misterios, porque era de un hermetismo y una cautela desmedidos. Si algún prisionero le preguntaba cuándo vendría el doctor, ella cerraba un poco los ojos como queriendo decir que no sabía nada. Y podía darse el caso de que el doctor se encontrara en ese preciso momento al otro lado de la puerta.

Ella y la mayoría de los sanitarios que conocimos eran seres castrados de afectos, sin capacidad para sentir compasión, sin oído para el sufrimiento del prójimo. En aquellos primeros años los prisioneros no suponíamos más que una carga. El tiempo fue atemperando los odios para los perros fascistas, que era por lo que nos tenían y así nos llamaban: *sabaka fashiskaya*. La enfermería de Makarino sirvió de sanatorio

para aquellos que solo necesitábamos reposo y una cama caliente. La muerte de algunos camaradas en la enfermería me dolió más que la de los otros caídos en el campo de batalla.

Un muchacho muy joven, natural de Elizondo, que no tendría más de veinte años, pasó una noche de tremenda agonía sin que nadie le dispensara remedio alguno. Arrimamos nuestras camas a la suya para poder sujetarle las manos. En sus delirios llamaba a su *aita* y le decía que no se preocupara por la descarga, que ya la había hecho él. Esa era su obsesión, decirle a su padre que ya había descargado el camión de carbón. Se marchaba con la conciencia tranquila de haber cumplido como buen hijo. Cuando amaneció, me desperté sintiendo que su mano estaba ya rígida y fría, agarrada todavía a la mía. Le cerramos los ojos a aquel bendito navarro y le tapamos la cara con la sábana. Después aparecieron muy decididos unos camilleros. Por nuestros comentarios de protesta y lamentos habían sabido que aquel enfermo había muerto y venían para llevárselo. Ni se dignó en aparecer un médico o una enfermera.

Cuando el doctor ruso me dio el alta temía mucho volver al trabajo conocido. Pero la primavera nos dispensó un cierto alivio. La primavera en Rusia se manifiesta de forma abrupta, un buen día comienza el deshielo y el agua empieza a llenarlo todo, produciendo terribles inundaciones. Este fenómeno se conoce en Rusia como la *raputitsa* y muchos españoles ya lo habían sufrido en las trincheras, donde era especialmente penoso soportar aquel lodo que inundaba las casamatas, los refugios y las chabolas de los soldados. Aquello lo enfangaba todo con la sola excepción de las isbas, construidas con un par de escalones que aislaban la casa a medio metro del suelo, lo suficiente para que aquellas edificaciones de madera no se vieran inundadas cada año. Para los prisioneros, la *raputitsa* era el anuncio de un tiempo más bonancible, de fríos más llevaderos y días muy largos en los que podríamos hacernos con hierbas y algunos frutos que sirvieran de alimento. Durante esos breves días se nos dio un *kant* —que viene a significar un descanso, algo así como estar rebajado de servicio—, y nos limitamos a hacer algunas tareas de limpieza en el campo.

A las pocas semanas fuimos conducidos a la isla de los Setenta. Aunque la llamábamos así, en realidad tenía el nombre de Tolbos. Hasta allí, después de navegar por el río durante media jornada, fuimos trasladados setenta españoles y veinte fineses. Nos esperaba un destino implacable, el de desbrozar y talar el bosque, transportar los troncos durante largos recorridos a pie, apilarlos y embarcarlos en las gabarras que recorrían el río. Y este trabajo se hacía sin la recompensa de la necesaria comida. En la isla de los Setenta pasamos tanta hambre que llegamos a comer cualquier tallo de árbol o incluso la propia hierba, y desde luego cualquier animal que pudiéramos atrapar. Una mañana presencié como Ángel Salamanca y Ángel Moreno se ventilaron entre los dos una culebra cruda. Tan solo habían tenido la delicadeza de desollarla y apartar la cabeza. Otros prisioneros llegaron a enfermar intoxicados por la ingesta de alguna hierba venenosa.

De entre los españoles más carismáticos estaba este Ángel Salamanca, un hombre

de buena planta, delgado y con un gesto siempre inteligente y atento, el ceño permanentemente fruncido, la frente despejada y los ojos pequeños e inquietos. Años más tarde, su paisano, el famoso ciclista Bahamontes, me lo recordaría por su parecido físico.

De Salamanca se decía que se había quedado solo en el trincherón de su posición en Krasny Bor y que siguió luchando cuando ya era todo inútil. El capitán Palacios, al comprobar el arrojó con el que había combatido, con absoluto desprecio de su propia vida, le gritó: «¡Salamanca! ¡Desde este momento eres Medalla Militar!».

A pesar de que este héroe toledano, de Escalonilla, ganó entonces la Medalla Militar Individual, no se le reconoció hasta 1969, ¡y no le fue impuesta hasta 1998!

Esta es la ingratitud con la que la patria pagó a algunos de nuestros héroes: veintiséis años para conceder la segunda máxima condecoración; otros treinta años para imponérsela. No es de extrañar que cuando finalmente le impusieron la medalla, Ángel Salamanca, contando ya casi ochenta años, se mantuviera lacónico cuando el general le preguntó si le había parecido bien la ceremonia. Parece ser que contestó algo así:

—Sí, mi general, solamente que para la imposición de una Medalla Militar Individual rinde honores un batallón y no una compañía.

Hasta el final se le regateó el merecido reconocimiento.

* * *

«El hombre es feliz porque sabe olvidar», escribía, entre otras muchas sentencias el antiguo prisionero Varlam Shalámov en sus Relatos de Kolimáv. Eso me lleva a pensar que es Dios el que introduce en el alma de los hombres esa inmensa capacidad para el perdón. De otra forma, todos los prisioneros de aquella isla de Tolbos nos hubiéramos vuelto locos. Yo mismo he olvidado muchas cosas y solo este capricho de poner sobre el papel los avatares de aquella ilusión con la que nos alistamos a la División Azul me ha llevado a relatar también la historia del cautiverio. Al evocar aquel horrible verano de 1943, advierto que en ese mismo verano miles de camaradas seguían defendiendo las posiciones del XVIII ejército alemán en los arrabales de Leningrado. A los españoles también nos hacían responsables del cerco de la ciudad de Pedro el Grande. El trato que veníamos recibiendo los prisioneros era muy duro. Aunque creía haber olvidado, lo cierto es que escribir es un ejercicio poderoso para la memoria. Hay muchas cosas que no había vuelto a recordar y que, sin embargo, no estaban del todo relegadas. Por eso Shalámov habla de saber olvidar. No olvidamos porque sí, sino porque Dios nos ha enseñado a perdonar. Para el prisionero olvidar es perdonar. ¿Y cómo si no podríamos haber vivido? No se puede vivir odiando. Por mi parte, pienso que fue el pensamiento de Jesucristo, la invocación constante a Nuestro Señor, la que me llevó a vivir sin odio. Nunca he odiado a nuestros carceleros rusos aunque fueron injustos y duros en extremo para con los prisioneros de guerra que

éramos los españoles.

En la isla de los Setenta iba yo a sufrir un castigo despiadado, pero, como digo, no guardo odio ni rencor. Una mañana, de camino a la orilla del río, transportábamos a hombros entre cuatro prisioneros un tronco poderoso. Queríamos ser capaces de alcanzar la orilla y sacábamos aún las fuerzas que no teníamos. Pero, por un motivo que no acierto a comprender, ya fuera por haber tropezado con una piedra o por una torcedura de tobillo, uno de los prisioneros se desequilibró. Yo llevaba el peso en mi hombro izquierdo y tenía a un guardián con un perro a mi derecha. Al advertir el guardián que yo me detenía, obligando también a parar a los otros compañeros —y que apoyábamos la cabecera del tronco en el suelo—, me sacudió un culatazo en la cara con tal fuerza que sentí que me partía el pómulo. No tuve fuerzas para revolverme ni reaccionar. Permanecí tendido en el suelo ante la impaciencia del vigilante que quiso que me levantara y no se le ocurrió otra cosa más efectiva que echarme el perro encima.

Al ser atacado por el animal, Venancio acudió en mi auxilio, y con él otros dos prisioneros más. El guardián se encontraba solo porque iba de camino al río, ni siquiera nos estaba escoltando. El perro estaba totalmente suelto, nada le sujetaba a su dueño, y tan arrebatado de furia, que su boca no soltaba el mordisco bueno y porfiaba girándose violentamente hacia los lados destrozándome el hombro. Venancio pensó que el perro buscaría mi cuello y me mataría. Se envolvió su brazo izquierdo con el chaquetón y, protegido de esa forma, se lo ofreció al animal. Nadie sabe de dónde sacó Venancio una estaca algo gruesa, del tamaño del mango de un hacha, ni siquiera él lo pudo explicar. Parece ser que echó mano a lo primero que vio en el suelo. Resultó ser tan bueno el palo como Venancio. Al grito de «¡Fuera!» se atrajo para sí al perro. El reclamo de ofrecer su brazo envuelto sirvió para que el animal me soltara y se fuera hacia él. Justo antes de que el perro mordiera el brazo de Venancio recibió la terrible descarga de la estaca en el centro del cráneo. El can cayó al suelo sin más que un breve quejido. Empezó a sangrar cuando ya estaba muerto. Mi compañero soltó el palo y lo dejó a sus pies; en aquel instante miró al centinela. Los ojos del ruso comprendieron que bien podía disparar a Venancio, pero otro español, de la misma raza y genio, acabaría con él.

—*Davai! Davai!* ¡Adelante! —Fue lo único que acertó a decir, encañonándonos con su arma. Y continuamos hasta el río sin mirar hacia atrás. La siguiente cuadrilla de prisioneros fue obligada a detenerse para que echaran el perro muerto a la espesura del bosque, lejos del camino.

En cuanto a mí, llevaba varias dentelladas en el hombro, pero no me dolían. Eran cuchilladas que, así, en caliente, no sentía. Sin embargo, tenía la cara partida y ya en el río fui atendido por otros prisioneros. Me lavaron la cara y me obligaron a remojar la herida en aquella agua fría. No teníamos el remedio que tantas veces nos había ayudado en ocasiones parecidas: el hielo o la nieve. A pesar de las heridas, mi alma estaba henchida de orgullo. Sin palabras nos felicitamos los españoles que fuimos

testigos del comportamiento de Venancio. Por la noche él mismo se justificó:

—Si he estado dispuesto a morir en las trincheras enemigas cómo no voy a estar dispuesto a morir aquí. Muy bien nos tendría que haber disparado a todos el *ruski* cabrón para que no nos diera tiempo a cepillárnoslo.

—Si el perro te llega a enganchar el cuello te mata —sentenció Victoriano. Y todos asentían, conformes.

Otro prisionero dio la imagen de lo que los españoles éramos capaces de hacer:

—¡El mordisco que le iba a dar a ese iba a ser pequeño! ¡Vamos, que me lo comía!

Así se aplicaban los guardianes con nosotros. Eran más perros que los propios perros. Tardé en olvidar aquello lo mismo que tardé en curarme de mis heridas. Es cierto que aquel incidente fue muchas veces recordado por los prisioneros españoles como ejemplo de nuestra raza y de nuestro orgullo, pero mi cabeza trataba de no volver a pasar la película de aquello. Y, ya en España, nunca conté esta historia a nadie más que a Teresa un día en que una de sus caricias reparó en el hueso roto de mi cara.

* * *

Shalámov sabía de lo que hablaba, porque, de la inmensa Siberia, él fue condenado a la región más áspera y difícil, la de Kolimáv. Se trataba de uno de los millones de ciudadanos soviéticos condenado por el famoso artículo 58 del Código Penal de la Unión Soviética, sobre conductas antirrevolucionarias. Aquel artículo contenía un catálogo de comportamientos tan vago como extenso. Cualquier conducta podía ser considerada antirrevolucionaria y, por lo tanto, ser sancionada con penas superiores a los diez años de trabajos forzados en cualquier *lager* del inmenso Gulag.

Algunos de los nuestros llegarían a aquellas regiones extremas de Yakutia y Kolimáv y convivirían con muchos de aquellos presos políticos que eran tratados como presos comunes. Todos ellos estaban condenados por el artículo 58.

Victoriano Rodríguez fue otro de nuestros héroes. Al referirme a ellos con la admiración que se merecen, también digo que algo les había dado el Señor: una fortaleza del cuerpo y un carácter entusiasta y animoso. Fortaleza física, que es algo así como estar dotado de una maquinaria dura, de engranajes que se resienten menos ante la fatiga, el dolor, el hambre o el frío. Que en esos cuatro males se hundían nuestros seres.

Esa resistencia no le fue dada a todos; yo no la tuve en comparación con Salamanca, Eizaguirre o Victoriano. Y en cuanto a esa disposición del ánimo, el cuerpo también influía en que el alma resistiera para no llegar siquiera a pensar en los meses o años de aislamiento que nos esperaban.

Victoriano fue quizás —de entre todos nosotros— el más fuerte, y le acompañaba además un espíritu parecido al de Venancio, el de los que se atreven con las más extravagantes hazañas por no tener miedo a nada.

Así, un buen día, Victoriano se tiró al río y consiguió cruzarlo. Pese a todo, su huida solo duró dos días. Pero al fin, cuando fue capturado, se le llevó a Makarino y recibió la reprimenda del jefe del *lager*, el capitán Timoshenko. Y aquí está el mérito de Victoriano, a pesar de haberse ganado la reclusión en una celda de castigo durante ocho días, sin abrigo ni apenas alimento, su sacrificio resultó muy útil a los demás. El capitán Timoshenko se presentó en la isla y puso fin a las jornadas interminables de trabajo; a la norma desmedida de los diez metros cúbicos de madera por prisionero y a aquella falta perruna de alimentos.

Aquella y otras gestas del espíritu noble de Victoriano Rodríguez le valieron la concesión de la Medalla Militar Individual, una vez que pudimos volver a España. Su firmeza salvó algunas vidas que se encontraban ya en el trance de la extenuación o la enfermedad crónica. En la isla de los Setenta vimos morir a camaradas como Antoñito Ruiz y Francisco Hernández, entre otros. Solamente nos quedó el consuelo de poder darles nosotros mismos sepultura. Hasta avanzado el otoño ruso, a finales de septiembre, no volvimos a Makarino. El reencuentro con los españoles fue especialmente emotivo. Allí estaban Gil Alpañés, Emilio Méndez, Cantarino... Nos dieron noticias de todo lo ocurrido. Nuestros oficiales habían sido apartados del grupo de españoles y se creía que habían sido enviados a Suzdal.

Transcurrido el verano del 43 se había formado ya el espíritu del corpus español de prisioneros. Y se mantuvo gracias al ejemplo y la tenacidad de los valientes Eizaguirre, Altura, Salamanca, Victoriano, Ventaja..., que nos hicieron sentir que la cárcel no era un estado, ni una condición, ni un destino. Que como mucho era un trance para nosotros que seguíamos siendo soldados españoles.

Con el tiempo he asumido que la cárcel es un mal sueño del que no acaba uno nunca de despertar. Y esa pesadilla se prolonga más allá del propio cautiverio. Durante muchos años, después de volver de Rusia, soñaba que estaba marchando, de noche, sobre la nieve, camino de una mina. Aquella que estaba cerca del campo de trabajo de Borovichi. Me veía después encerrado en la gruta, con las piernas hundidas en el agua, empujando una vagoneta de carbón. Y en el propio sueño me preguntaba: «¿Será posible que siga yo en Rusia cautivo? ¿Pero no fue verdad que nos liberaron en aquel barco griego?». Y entre el sudor de la angustia y el palpito acelerado del pecho, en el estremecimiento vivo del sufrimiento, me inquiría con mayor insistencia: «¡Pero si sé hasta el nombre del barco, el Semíramis! ¡Si hasta subió a bordo en Estambul una delegación española! ¡Si estaba mi hermano Ramón esperándome en Barcelona!...». Entonces, la razón sonámbula me contestaba: «Eso, Pepe, fue un sueño. Un bonito sueño. La realidad es que estás aquí en Shitny Láger, la Mina, y

tienes que cumplir la norma, una tonelada de roca al día. Es el precio de la comida y la majorka». Y quedaba ya convencido, en el penoso sueño, de que nunca podría salir de ese pozo profundo del presidio soviético.

Al despertarme al lado de Teresa, sentía que se me despejaba el nudo de la garganta, consciente ya de que la realidad había sido el barco de la resurrección a nuestra otra vida, el Semíramis. Me levantaba en busca de mi café y el cigarrillo, deleitándome en mi condición de hombre libre y felizmente unido a Teresa.

Por eso pienso que la cárcel rusa tenía los efectos de una enfermedad crónica, incurable, que no se extingue con el alta del hospital. La liberación fue una resurrección, un renacimiento en la condición de español en España. Pero la cárcel como pesadilla ha seguido limando dolorosamente las entretelas del alma.

Hubo veces en que mi madre, tras mi regreso, se preocupaba y me preguntaba al verme tan callado al terminar de comer:

—¿Estás bien, Pepe? ¿Qué te pasa, te preocupa algo? No te tienes que preocupar de nada hijo.

Yo le contestaba con toda mi humana verdad.

—No se preocupe, madre, que soy feliz con verla a usted bien y sentirla cerca. Pero a veces la cabeza... Trato de que se me quede en blanco, para no recordar mucho.

Y así se quedaba medio tranquila con esa verdad a medias. No es que intentara dejar la mente en blanco, es que me abstraía tratando de abandonar los recuerdos. No le dije a mi madre que me defendía del asalto de muchas imágenes, de muchas caras y nombres de los camaradas que se quedaron en Rusia. ¿Cómo sería aquello que no he podido repasarlo hasta ahora, con ochenta y nueve años y con mucha angustia? Han pasado más de cincuenta años y me siguen doliendo las caras de Agapito Morales, de Antonio Fabra —que tantas veces escapó, pero nunca del todo—, del teniente Molero, del muchacho de Elizondo... de tantos españoles que soñaron con volver a abrazar a los suyos y a los que Rusia les robó su vida.

XXI

Aquellos cigarrillos son todavía un recuerdo feliz. Me lo recordó la portada de un libro que lleva por nombre Batallón Román, donde aparece nuestro bravo comandante Román, encendiendo, con pulso seguro, un pitillo. El enjuto soldado viste su guerrera de la Wehrmacht con sus galones de oficial y la Cruz de Hierro en el pecho. En el brazo doblado se aprecia el emblema divisionario que era la bandera de España con forma de escudo. Lleva puesta la gorra de plato que destaca sobre un fondo negro. Sus ojos aparecen entornados mirando hacia el encendedor que acaba de cumplir su cometido. Una nubecilla de humo comienza a ascender difuminando su rostro. Es el retrato de un guerrero. Una fotografía inmejorable para la portada del libro que es la historia gráfica de nuestro batallón.

Muchos recuerdos se me vienen a la memoria al contemplar esta imagen. Mi primera evocación es la de pensar que ningún tabaco sabe igual a otro. Ni siquiera la fábrica que hace siempre los mismos cigarrillos puede evitar que le sepan distintos al fumador según el momento y el lugar. Ningún tabaco me ha vuelto a saber igual que aquel que nos daban los alemanes y que nos acompañaba en tantos ratos de tensa espera. Los pitillos alemanes que nos daban eran livianos, casi yesca, pero envolvían las tertulias de las chabolas en las que parecíamos estar dentro de una botella llena de humo, aliviándonos apenas con el aire helado de fuera. En aquel ambiente la charla se hacía grata.

Alguien ha dicho que la guerra es una larga espera, un mundo de preparativos hasta que pase algo. Y cuando eso que tiene que pasar, pasa, cuando se dirime ese dilema de matar o ser matado, cuando llega el combate, este es casi un alivio. El tiempo de la guerra se estira y se encoge sin medida. Los largos días en un vagón o una chabola solo se consuelan con la charla, el despioje y el tabaco. La guerra es todo lo que pasa entre unos cuantos cigarrillos. En realidad, no se puede contar la verdadera historia de la guerra, su intrahistoria, sin hablar del tabaco.

Y ningún tabaco me ha vuelto a saber igual que aquel sucedáneo, majorka, que pude fumar en los *lager* del archipiélago de cárceles rusas. Un cigarrillo allí era un placer sublime.

No quisiera hacer yo —menos aún en estos tiempos que corren— un elogio del tabaco. Pero lo cierto es que al soldado y al preso le sirve de alivio, distracción y relaxo. Y eso lo sabían bien aquellos buenos capellanes que iban repartiendo cigarrillos o picadura entre la soldadesca. Solo así se ganaban la confianza de los mozos y podían abrir su corazón a la palabra de Dios.

A pesar de ello, yo nunca he llegado a ser un fumador consumado. He tenido cierta afición, pero no he alcanzado el oficio. Empecé bien joven, sin haber cumplido los doce años, con aquellos amigos míos con los que corría jugando al fútbol en la

plaza de los Carros. El cigarrillo vino a ser el sustituto del balón en los días en que este nos faltaba. Por aquellas esquinas que bajan hasta la plaza del Alamillo o por el desmonte de las Vistillas nos perdíamos para encender un pitillo y compartirlo.

Pero un comienzo precoz no sirvió para que me aficionara del todo al tabaco. El miedo al pescozón que me daría mi padre me invitaba a hacer trampas y a fingir que me tragaba el humo. Hasta que la vida de soldado novicio me invitó a retomar ese rito marcial de liar el cigarrillo, encenderlo con algún estilo y aprender a fumarlo con personalidad. Entonces todavía se decían cosas como: «Es muy elegante fumando»; «da gusto ver cómo enciende el cigarrillo, qué clase tiene». Y es que había verdaderos profesionales que no tenían nada que envidiar a las estrellas del cine.

Tanto en España como en Rusia fui otro soldado fumador más. Pero mis cigarrillos eran siempre un hábito de camaradería; solo así se entiende que a la vuelta de Rusia me licenciara también de la costumbre de llevar siempre encima el tabaco. Disfrutaba verdaderamente de aquellos cigarrillos que Héctor, el voluntario argentino, definía como los sagrados: «El de luego de comer, el de luego de cenar, el de luego de...». Mucho nos reímos a cuento de la definición de Héctor, aquel muchacho que se vino de Buenos Aires para buscar la muerte en Bol Samoschje. Yo estaba en ese gusto del camarada argentino por disfrutar del cigarrillo que acompañaba a un trago de vodka o de coñac. Y como en la milicia hay también mucho de dejarse llevar, si uno fumaba los demás también lo hacían.

He seguido fumando desde entonces, nunca lo he dejado del todo, pero he sido un mal fumador. Inconstante por un solo motivo, y es que no me sabían todos los cigarrillos. En casa, con Teresa, gustaba de encender uno por la noche, en la terraza. Pero muchas veces lo apagaba nada más encenderlo. Me metía dentro refunfuñando y le decía a Teresa:

—Nada, que no me sabe el cigarrillo.

—Mejor así —me contestaba Teresa, sonriendo.

—¿No ves que yo no puedo enviciarme? —le preguntaba, justificándome—. ¿Y sabes por qué no me puedo enviciar? Pues porque hay muchos cigarrillos que no me saben. ¡A mí... con lo que llevo fumado en campaña!

Así que he sido un fumador de puro capricho, de tres o cuatro cigarros al día. A veces incluso menos. Y hasta he sido la envidia de muchos fumadores empedernidos que me decían:

—Si yo pudiera hacer como tú. Qué envidia, muchacho.

De los cigarrillos del cautiverio solo puedo hablar bien. Algunos fueron sedantes maravillosos; su humo mismo era tan ameno como el de aquellos de las películas de cine de Marlene Dietrich, me llenaba la pantalla de la celda de sugerencias. En ese humo imaginaba formas concretas a las ya representadas por mis bocanadas. Aprendí a hacer fantásticas nubes y círculos. Todo ello sin desperdiciar mucho pitillo, sacándole su jugo. Puede parecer mentira, pero fumar en esas circunstancias es la mar de distraído. Lo malo es que llegaba a convertirse en una obsesión eso de conseguir

fumar. El tabaco y el papel —un papel de cualquier cosa, ya no digo el preciado papel de periódico— adquirirían precios fabulosos. Los no fumadores pudieron hacer buenos negocios a cuenta del tabaco que vendían y no fumaban. Y los fumadores más consumados eran capaces de fumar la peladura de las patatas o cualquier hierba seca. De papel podía servir un pliego o un trozo de cartón seco, todo valía con tal de fumar. Además de ser aquel tabaco un consuelo y una forma de soñar, era objeto del regalo más sincero y apreciado. No existía un arma mejor para disipar desconfianzas de otros presos, ni señal de respeto más reconocida entre cautivos de distintas nacionalidades. También era eficaz tributo para los guardianes, y la recompensa esperada y apetecida por todos en el *lager*.

Ya en mis años de feliz e involuntario retiro, veraneando en la ría de Pontevedra, coincidí varios años con un matrimonio alemán que tenía la misma edad que Teresa y yo. Yo suponía que él había sido soldado en la guerra y él sabía que yo había sido también soldado de la Wehrmacht, pero nunca hablamos de aquella experiencia. Me resultó muy afinada la descripción que hizo del español fumador en los bares: «El español es un ser al que no le gustan los ceniceros». En aquel momento no encontré respuesta. Hoy le hubiera dicho que habíamos ensayado mucho en el pitillo como para desprendernos de ese remate en la suerte de fumar que es el desplante con el que el español tira el cigarrillo al suelo y lo pisa. ¡Vaya que si lo pisa! Con indiferencia y mirando hacia ninguna parte. Por lo menos tenemos el detalle de apagarlo.

XXII

Un transporte es siempre un viaje penoso hacia lo desconocido. Cuando en 1944 dejamos Makarino, ninguno de nosotros podía saber adónde nos llevaban. Ya dentro del tren, una leve orientación nos servía para intuir la dirección, y luego —si había suerte— nos valíamos de los comentarios que se les pudieran escapar a los vigilantes. Nuestra primera preocupación a bordo del tren-cárcel era averiguar nuestro destino. El corazón nos quería llevar siempre hacia el sur y hacia el oeste. Es decir, hacia un clima más templado y hacia nuestra perdida Europa. Los viajes hacia el este podían significar llegar hasta Siberia y la inmensa Rusia asiática. Inmediatamente después, la siguiente pregunta que nos asaltaba era: ¿Habrán españoles allá donde nos llevan? ¿Nos van a reagrupar? Esta cuestión se solía resolver nada más entrar en el nuevo campo, porque era lo primero que preguntábamos.

Después de varios días, con apenas unas paradas para limpiar los vagones, el viaje concluyó en Potma, a unos quinientos kilómetros al oeste de Moscú. Descendimos del tren e iniciamos una penosa marcha sobre la nieve, en formación de cinco en fondo. Llevábamos días sin estirar las piernas y sin más comida que algún arenque y algo de pan húmedo. Llegamos a la puerta del campo y debimos esperar como siempre a que se arreglaran los papeles con el puesto de guardia. Nada más traspasarla se repitió el procedimiento habitual: nos llevaron a cortarnos el pelo, nos rasuraron el vello de todo el cuerpo y nos permitieron una ducha. Al primer prisionero que nos cruzamos le preguntamos:

—¿Hay aquí españoles?

En ruso nos contestó que sí, que había muchos *ispanski*. De modo que nos alegramos mucho al pensar en el reencuentro con nuestros camaradas. Pero no pensábamos encontrarnos con algunos viejos amigos de la división. Nunca pensé que podría volver a ver en Rusia a alguno de mis camaradas de la compañía. En realidad, fuimos pocos los prisioneros de la División Azul, porque luchamos hasta la muerte. Al margen de unos cuantos desertores, los prisioneros éramos aquellos a los que nos habían cazado por sorpresa o por habernos quedado sin munición.

Menos aún hubiera querido que hicieran prisionero a algún amigo y, sin embargo, el mejor y primer compañero de los tiempos de la división, el que hice en los días de Grafenwóhr y de nuestras largas e ilusionadas marchas hacia el frente, Miguel Ángel Barrero, estaba allí, en Potma-5. Cuando pudimos coincidir con los españoles, nos abrazamos a los conocidos. Estaba saludando a un viejo amigo del cautiverio cuando me gritaron desde mi espalda:

—¡Maseda! ¡Maseda Castro!

Y me giré para responder que era yo mismo. Allí estaba mi antiguo camarada. Me fundí con él en un abrazo grande y emocionado. Durante unos momentos no fuimos

capaces de hablar. Lloramos como dos niños hasta que cogí aire suficiente para preguntarle:

—Miguel Ángel, ¿tú también has caído? ¡Cuánto lo siento!

Pero su espíritu era el de los valientes.

—¡Hemos caído y nos vamos a levantar! Ya verás como tú y yo volveremos juntos a España.

Los dos ignorábamos que todavía tendrían que pasar nueve largos años hasta que nos repatriaran. Aquel encuentro fue dichoso y triste por partes iguales. Porque era bien triste encontrar al viejo amigo con veinte kilos menos que cuando nos conocimos y las huellas del sufrimiento surcando su rostro.

—A ti te hicieron prisionero en marzo del 42, ¿verdad? —me preguntó Miguel Ángel.

—Sí, en marzo de 1942, entre Gorka y Bystriza, a orillas de nuestro Vóljov. ¿Y tú, cuánto llevas prisionero?

—Pues a mí me cogieron en Krasny Bor. En febrero hará un año. Yo ya estaba en un batallón de regreso. Estábamos en «Villarrelevo» —como le llamábamos— cuando se montó el follón del ataque sobre Krasny Bor. Así que nos mandaron de vuelta para el fregado. Y sabes lo más triste, Pepe, que yo creo que a mí me han dado por muerto. Si tú vieras el fuego que caía sobre nosotros... ¿Quién se va a imaginar que sobrevivimos a aquello? Así que me habrán echado ya muchas misas en Madrid —respondió Miguel Ángel, dejándome pensativo.

Una vez más tuve que escuchar lo que había sido la batalla de Krasny Bor, en los arrabales de Leningrado, cerca de Kolpino. En la mañana del 10 de febrero de 1943 murieron allí más de mil doscientos soldados españoles. Otros trescientos cayeron prisioneros. Ochocientas bocas de fuego de la potente artillería soviética ocasionaron la mitad de nuestros muertos. El bombardeo de varias horas machacó la primera línea española. Aun así, la División Azul defendió su posición de forma que el ejército enemigo no pudo romper el frente por aquel lugar.

Por mi parte, yo tenía la esperanza de que los míos no me hubieran dado por muerto. Quería suponer que en su día recibirían la noticia de que mi patrulla había sido hecha prisionera.

A partir de entonces, Miguel Ángel se convirtió en un apoyo y compañía importante. Tenía ese carácter de los hombres audaces, los que toman decisiones sin pensárselo mucho. Y hacía pequeños los problemas, porque había nacido con ese don de la alegría. Para él siempre había horizonte despejado por delante. Nunca dejó que el cielo gris de Rusia le embargara el alma. Brillaba dentro de su pecho un sol constante y limpio que era capaz de contagiar a los demás.

Después de un rato en silencio nos dio por recordar una noche de las de nuestra larga marcha a través de Polonia. Evocamos aquella conversación que mantuvimos con Soldevilla, aquel muchacho timorato y bueno que nos descubrió su corazón y su miedo a no dar la talla en combate. Ninguno de los dos habíamos olvidado a aquel

compañero, solamente que yo no supe cuál había sido su suerte en la guerra y Miguel Ángel sí lo recordaba.

—¿Te acuerdas, Maseda, de lo que hablamos una noche en la tienda de campaña con aquel chico catalán? —me preguntó Miguel Ángel.

—Sí, sí, lo recuerdo, pero ¿cómo se llamaba? —Quise saber yo.

—Se llamaba... —dudó él por un instante—, el Místico, le llamábamos el Místico, aunque creo que se apellidaba Soldevilla.

—Sí, es cierto, era Soldevilla.

—Sí, Soldevilla. ¿Verdad que aquel chaval sabía que iba a morir? A mí, aquella conversación que tuvimos en la tienda de campaña se me hizo muy larga porque me daba la sensación de que nos estaba anunciando que sabía que iba a morir.

—Tienes razón, Miguel Ángel, Soldevilla nos decía que no sabía si iba a poder defenderse.

—Pues tú te acordarás de que se lo llevaron a la plana mayor del coronel Esparza. Lo que ocurrió después es que en la Bolsa del Vóljov, como nuestro batallón estaba tan diezmado, lo rellenaron de hombres como pudieron. Volvió Soldevilla para venir con nosotros a la primera línea. En la primavera del 42, el primer día que debía entrar en combate, se lo llevó un mortero. Fíjate lo que son las cosas —concluyó Miguel Ángel.

Y es que era verdad que había chicos que llevaban, en sus infelices rostros, el gesto propicio para morir. La muerte tenía prisa en cazar a los más débiles.

Luego nos fuimos poniendo al día de la suerte que fue corriendo nuestra compañía. Recordamos al sargento Darío, muerto en la cabeza de puente; a Izuzquieta, al gitano Camero, al sargento Varela, al teniente Bejarano... Pero lo que más me impresionó fue lo que nos contó sobre el final de las operaciones de la Bolsa del Vóljov. Miguel Ángel había visto muchas cosas porque había permanecido en las filas de la división desde nuestro alistamiento en julio del 41 hasta la famosa jornada del 10 de febrero del 43, cuando fue hecho prisionero en Krasny Bor. La experiencia más llamativa de sus muchos meses de guerra se produjo también en la primavera del 42 y nos la contó en una de aquellas primeras noches en que estábamos reunidos en el barracón. Era habitual que alguien oficiara de lo que llamábamos novelista, y que nos contara una película, una obra de teatro, una novela o una historia personal. Y si esto le llevaba varios días, si el relato nos lo servía por entregas, tanto mejor. En este cometido Miguel Ángel era un fenómeno porque solía tomarnos bastante el pelo, dejándonos siempre con la miel en los labios. Cortaba las historias cuando se cansaba y nos decía que mañana continuaría el relato. Los demás protestábamos como si fuéramos niños. Pero lo que contó aquella noche no era ninguna invención. No se trataba tampoco de una obra literaria, ni de una historia que hubiera escuchado de otros. Nos describió algo que él mismo había presenciado y que a los españoles allí cautivos nos dejó —como digo— muy impresionados.

—No hay palabras para describir lo que vimos en aquel bosque. En la primavera

del 42 luchamos en alguna de las operaciones de la Bolsa del Vóljov. Los rusos, comandados por el famoso general Vlasov, se habían infiltrado entre nuestras líneas. Nos habían devuelto la cabeza de puente en el lado nuestro del río. Miles de rusos habían penetrado hasta nuestra retaguardia. Los esfuerzos conjuntos de los españoles y de los alemanes consiguieron estrechar la salida de aquella penetración, en lo que se llamó, el «cuello de botella». Con el paso de las semanas varios cuerpos de ejército soviéticos habían quedado encerrados en la bolsa. Como sabéis algunos de vosotros que caísteis prisioneros en aquella operación —nos señaló al sargento Filiberto y a mí.

—En la inmensa espesura de bosque empantanado de Bol Samoschje se fueron quedando sin salida aquellos hombres —continuó—. Pasaban las semanas y las unidades rusas iban siendo aisladas y copadas. Carecían de suministros y de forma de conseguir alimentos. Alguien dijo que los rusos serían capaces de comerse a las ratas y a todo lo que se moviera. Y a nadie le llamó la atención, porque nosotros en Possad habíamos comido la carne de nuestros caballos congelados.

En ese momento hizo un inciso, dirigiéndose a la mayoría de los que compartían aquel espacio de camastros.

—A los que os cogieron en Krasny Bor habláis de aquello como si no hubiera habido otra batalla, ni otro sufrimiento mayor que el vuestro. Pero yo, y perdonad que os lo recuerde, que también caí, como la mayoría de todos nosotros, el 10 de febrero del 43 y que soporté con vosotros aquellas andanadas lanzadas por mil bocas de fuego, os puedo decir que los combates de Possad, Udarnik, Teremez, el lago Ilmen, y este que os cuento de la Bolsa del Vóljov, tuvieron mucha importancia. Si lo habíamos pasado mal en el invierno, aún no sabíamos lo que iba a ser pelear en aquellas ciénagas y fangales. Las semanas de combates en abril y mayo fueron horribles. Pero cuando llegó el mes de junio, aquel bosque infernal de fango y de mosquitos nos entregó una visión horrorosa, como jamás habíamos visto, y ni siquiera imaginado. Una mañana alcanzamos los restos de un asentamiento de una compañía rusa. Era un campamento improvisado entre los árboles, unas sencillas chozas. En el centro de aquel escondite quedaban las brasas de un fuego todavía calientes. A pocos metros unas cajas de munición intactas. Germán Izuzquieta andaba levantando con la bayoneta los restos del campamento ruso cuando, detrás de unos juncos de río, apareció un muestrario de los horrores de la guerra: allí estaban, ante nuestra vista, los cadáveres mutilados de los soldados rusos que servían de alimento a sus propios compañeros. El despiece de sus cuerpos era la obra de un matarife. Los tajos sobre los cuerpos muertos eran limpios. Los pechos habían sido cortados como si fueran reses, las piernas desgajadas como las piezas de unos muñecos, las cabezas vaciadas de sus sesos. ¡Qué hambre no pasarían aquellos hombres que tuvieron que servirse de sus amigos y camaradas! Eso había que verlo para sentir el espanto. ¿Y qué decir del puchero? ¡Pero si es que había un puchero al fuego reciente! Y os podéis imaginar lo que había en la perola.

Los demás nos quedamos en silencio sin saber que decir, incrédulos y, al mismo tiempo, admirados del tremendo relato.

—De todo aquel espanto se sacaron fotografías y espero que hayan llegado a España —prosiguió Miguel Ángel—. Para que todo el mundo sepa la verdad de la guerra. Y os digo una cosa, esto no es la primera vez que lo cuento y he escuchado los comentarios incrédulos sobre estos casos auténticos de antropofagia. Hasta ha habido algún imbécil que me ha dicho que no era posible que se dieran casos de canibalismo entre los rusos.

En ese momento, el alférez Navarro, que solía permanecer ajeno a nuestras conversaciones saltó de improvisto:

—Barrero, yo no digo que no haya habido casos... Lo que digo es que lo que estás contando te puede acarrear malas consecuencias. La propaganda fascista ha abusado de esas historias de los rusos comiéndose a los rusos.

—¡Vaya! —respondió con voz enérgica Miguel Ángel—. ¡Así que el alférez se molesta! ¿Y quién se ha creído que es usted para decirme a mí lo que tengo que hacer; lo que puedo y lo que no puedo contar? ¿Se cree que a mí me importa lo que le pueda molestar a los rusos? ¿Le digo yo lo que tiene que hablar con los rusos?

El alférez Navarro no podía responder porque era el único oficial que había aceptado colaborar en todo con nuestros captores, no obstante quiso decir algo más:

—Yo solo digo que no te conviene contar esas historias.

—¡Yo sé bien quién es usted Navarro! Pero no le voy a entrar al trapo...

En ese momento intervine yo para poner un punto de razón y de concordia.

—¿Y qué más nos da? ¿Alguien va a negar el hambre que pasaron los ciento treinta mil prisioneros de la Bolsa del Vóljov?

—¡Pero aquel puchero infernal lo tuvimos delante de nuestros ojos, y nada más! —sentenció Miguel Ángel, poniendo punto y final a su relato.

Aprovechó Victoriano Rodríguez para exclamar:

—¡Pero si todos hemos visto cómo remataban a los heridos! ¿Cómo no creer lo que dice Barrero?

El veterano legionario Filiberto Sánchez Escribano aún apostilló:

—¿Alguien ha visto a un soldado ruso jugarse la vida por recuperar el cuerpo malherido de un compañero? ¡Como para respetar a los muertos!

Con esa reflexión final de Filiberto nos quedamos callados.

* * *

En el campo de Potma-5 no solo encontré a Miguel Ángel, sino también a otros viejos amigos de los tiempos que pasamos en las orillas del Vóljov. Fue para mí una alegría inmensa volver a coincidir con Mariano de la Torre, con Vicente Calvo y con el sargento Filiberto Sánchez Escribano. Al sargento Filiberto lo habíamos dado por muerto en Teremez, donde lo perdimos en los combates del día 15 de enero de 1942.

Al igual que Miguel Ángel, Filiberto asumía que su familia no contaba ya con él. Ellos habían sido dados por muertos y sus familias habrían celebrado funerales y novenas por sus almas.

Para los que creíamos que en España tenían noticia de que estábamos prisioneros nuestra angustia era otra, aunque también grande, porque pensábamos que un cautiverio largo haría que nuestras familias fueran perdiendo las esperanzas de volver a vernos.

Allí, en Potma, fuimos conscientes de que la guerra se perdía. Bien que se encargaron las camarillas de prisioneros soviéticos en hacérselo saber. Los propios prisioneros alemanes nos lo advertían; era solo cuestión de tiempo.

La vida en los barracones era un alivio. Pero las exigencias de las largas jornadas de trabajo nos impedían hacer más vida de barracón, que, al fin y a la postre, era nuestro único hogar.

Los barracones eran sencillas construcciones rectangulares de madera, de una sola planta y tejado a dos aguas, un poco aupadas del suelo, para evitar los daños que suele provocar cada deshielo. Contaban con dos cuerpos o alas, a menudo simétricas. En el centro tenían la puerta de acceso al exterior con un pequeño vestíbulo o doble puerta. También en el centro, en la separación de las dos alas, era común que hubiera unos largos lavabos para el aseo matutino. Cada pabellón constaba solamente de tres elementos: literas de dos alturas unidas de dos en dos, unas mesas en el pasillo y una estufa. El número de camastros era muy variable y dependía del tamaño del barracón y de las necesidades. Podían acomodarse hasta ciento cincuenta personas en uno, pero lo habitual era que rondara la centena.

Las literas no podían ser más humildes, apenas cuatro tablas. La madera reseca por el calor de la estufa y de la humanidad, llegaba a desprender un olor salado que yo ya reconocía como el de mi propia casa. Es curioso que hasta se le llegara a coger cariño a aquellos pabellones que acogían nuestro sueño y nuestras confidencias, nuestras ilusiones y fatigas, nuestra orfandad de no saber nada de nuestros hermanos, padres, novias...

La jornada comenzaba con el particular toque de diana a las seis de la mañana. Después del aseo y desayuno se formaba para marchar hacia el trabajo. Con frecuencia los trabajos a los que veníamos forzados había que acometerlos en el exterior del campo, bien fuera en la construcción de obras públicas, en la tala de árboles, en las minas o canteras... así que cada mañana debíamos caminar —a veces durante más de una hora— hasta el lugar de trabajo. La jornada se prolongaba durante diez horas hasta las seis de la tarde. En todo ese tiempo tan solo podíamos hacer dos breves descansos para comer algo. Antes de regresar al campo volvíamos a formar para que se efectuara el recuento de los prisioneros. La sempiterna columna que constituíamos era aquella de cinco hombres en fondo, cinco filas paralelas, que

había de marchar de vuelta hasta el campo.

La ansiada cena no llegaba antes de nuevos registros y recuentos que se producían en el campo. Hacia las siete y media hacíamos cola en el pabellón refectorio, que no tenía sillas ni bancos donde sentarse, para que nos llenaran una marmita o escudilla de la sopa infame de ortigas y para que nos dieran un trozo de pan negro, con frecuencia húmedo de moho, rancio y malo.

Pero no acababan ahí nuestras obligaciones. Era frecuente que nos pusieran a hacer tareas tales como retirar nieve de los accesos, limpiar letrinas, transportar leña... Hacia las diez y media de la noche se apagaban las luces. Siempre que la enfermedad o la fatiga no lo impidieran, hasta teníamos necesidad de hablar.

Algunos días pudimos tener cierto relajamiento y conversar, jugar a las cartas o dormir un poco. Las cartas las habían fabricado unos compañeros con unos papeles que fueron encolando y puestos a secar. Después pintaron en ellas los dibujos de los naipes españoles y aquella baraja era otra evocación más de nuestra patria. Sin embargo, yo nunca tuve afición a las cartas. «Juegos de manos, juegos de villanos», que nos decían los curas en el colegio. Aunque no me molestaba que los demás jugaran, lo que me sucedía era que me faltaba esa capacidad de abstracción que debe tener un hombre para disfrutar con las cartas. Verdaderamente hace falta —o eso me parecía a mí— olvidarse de todo lo demás y concentrarse solamente en unas cartas que pasan y que a mí me parecían todas iguales.

Julián —al que llamábamos el Segoviano— era capaz de retener todas las jugadas y todas las cartas que se habían echado sobre el improvisado tapete. Y eso que entre una y otra mano sacaba cualquier tema de conversación.

—Para esto de las cartas no sirve todo el mundo —advertía, levantando la vista para recorrer con ella a los presentes. Aquel escrutinio me intimidaba por el azul insolente de sus ojos, del mismo color del cielo.

Julián me recordaba a un pájaro, porque su pelo rubio se encrespaba sin remedio, como un cepillo, y tenía la nariz aguileña, la piel de toda la cara era rojiza y un poco descascarillada y algo picada; la boca era muy pequeña, aunque sus dientes muy blancos y bien formados. Yo lo consideraba como miembro de ese grupo de españoles que no parecían españoles. Eran unos ocho o diez prisioneros, todos ellos rubios y con ojos azules, que si se juntaban conformaban una partida de perfectos extranjeros. Empecé a referirme a ellos como «los noruegos».

—Yo, en la otra vida, era camarero y veía jugar a un señorito que desplumaba a toda la parroquia del café —dijo Julián.

—Como que deberían estar prohibidos —aproveché para decir yo desde mi litera, simulando estar molesto por la afición a las cartas.

—Y como que en algunos cafés no dejaban jugar más que en alguna mesa y muy reservadamente. El juego trae a una casa muchos disgustos —reconoció él, y siguió teorizando sobre las cartas—: Yo conocí a un señorito que había nacido con una baraja en la mano y podía hacer con ella lo que le diera la gana. Por derecho, casi

siempre, y del revés, es decir, haciendo trampas, si le hacía falta. Que casi nunca le hacen falta las trampas a un jugador profesional. Y mira que se empeñaban los aficionados en desafiarle. Era ya un abuso el dinero que se llevaba cada semana. Tuvo que irse a otro café porque la gente dejaba de tratarle, y no es que le importara mucho, pero con qué se iba a ganar mejor la vida que con los naipes. Ya le decían: váyase una semanita a jugar a Madrid y luego el resto del mes se lo gasta aquí con nosotros. Y eso hizo, se fue a Madrid, pero no volvió.

—¿Para qué iba a volver con el dinero que hay en Madrid? ¡Vaya comparación con Segovia! —sentenció Venancio, que escuchaba desde el fondo del barracón.

—No fue eso. No volvió porque a las primeras de cambio lo pasearon. No es que se metiera en políticas, que el hombre no hablaba mucho. Es que a alguno, que seguramente le debía dinero, le pareció buena idea denunciarle para que lo apiolaran. Mira tú qué forma de saldar una deuda. —Al comentario de Julián no le dimos importancia porque allí lo único que se jugaban eran unos calcetines o un pan.

Lo curioso de Julián el Segoviano es que ni se llamaba en verdad Julián, ni era segoviano. Lo de Julián le venía por haber servido de encargado en un local de Segovia que se llamaba Casa Julián. Él se llamó algún día Manuel o Manolo, hasta que entró a trabajar en aquel mesón de su nuevo bautismo. Y con Julián se quedó. Tampoco era segoviano, sino palentino, pero con eso de que venía de Segovia se le encasquetó el mote. Aunque sí era verdaderamente un ser noble y sacrificado.

* * *

Todos sabemos donde estábamos el 8 de mayo de 1945. El día de la victoria de la Gran Guerra Patria, como se conoce en Rusia. El día de la capitulación de Alemania frente a las potencias aliadas. Entonces yo estaba ya en otro campo de concentración, concretamente en Borowoski. Ese día en que recibimos la noticia quisimos creer que el final de la guerra nos traería una amnistía; que nos devolverían a casa. Eso era de lo que hablaban todos los prisioneros. Y esa creencia se mantuvo durante mucho tiempo entre nosotros. Al principio justificábamos la demora en movilizarnos para nuestra repatriación en que la burocracia soviética se retrasa increíblemente en los largos procedimientos administrativos. Podíamos imaginar que una reclasificación y agrupación de prisioneros podía llevar meses. Hasta podíamos entender que nos retuvieran un año entero, año y medio a lo sumo. Nadie quería pensar que la paz nos traería de la mano una condena de trabajos para la reconstrucción de la Unión Soviética de nueve años más.

Yo formalicé en aquella época una instancia en la que solicitaba al gobierno de la Unión Soviética mi repatriación. Conseguí que me tradujeran al ruso dicho escrito y puedo recordar muy exactamente lo que decía:

AL MINISTERIO DE ASUNTOS INTERNOS DE LA UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS

JOSÉ MASEDA CASTRO, prisionero español de la División Española de Voluntarios (División Azul-Galubaia Divisia), a través del presente escrito viene a formular la siguiente PETICIÓN conforme a las alegaciones que se exponen:

1. Que fui hecho prisionero en marzo de 1942 en el frente de Novgorod, Uprablenia de Novgorod, siendo soldado perteneciente a la 250 división de infantería del ejército alemán, compuesta íntegramente por soldados y mandos españoles.
2. Que no soy responsable de crímenes o actos reprobables contra la población civil rusa, antes al contrario —como los demás españoles— he ayudado en la medida de mis posibilidades al subsistir de aquellos ciudadanos que han requerido de nuestra ayuda en la forma de ropa o alimentos.
3. Tampoco he sometido a trato denigrante o a castigos a prisionero soviético alguno.
4. Que llevo veintisiete meses cautivo en la Unión Soviética. En todo este tiempo he sido obligado a trabajos forzados —como todos mis compañeros— y a un estricto régimen disciplinario.
5. Que no se me ha permitido recibir o enviar correspondencia a mi familia, por lo que desconoce esta el estado en el que me encuentro y yo desconozco cómo se encuentran mis padres y hermanos.

Por todo ello,

RUEGO al ministro de Asuntos Internos de la Unión Soviética que en consideración con todos estos hechos acuerde la pronta repatriación mía y de los demás compatriotas a España.

Es justicia que se pide en Borowoski, a 4 de junio de 1945.

Después de muchos meses recibí comunicación formal en la que se decía: «Petición desestimada». Así se ventilaba una petición tan justa como humana. Nunca más volví a utilizar un conducto oficial para tramitar una solicitud. Entendí entonces que nuestra causa no hallaría solución dentro de los mecanismos de la legalidad soviética. Quise protestar al recibir la contestación ante el oficial de la MVD que se encontraba en el cuerpo de guardia. Con grave afectación me contestó aquello que veníamos escuchando constantemente:

—Bastante tenéis con que el gobierno os proporcione la ropa que vestís y comida diaria.

Es decir, que todavía teníamos que estar agradecidos. Hacia 1946 volvimos a Potma, pero esta vez nos llevaron al *lager* conocido como Potma-58. No era uno de los peores campos que hubimos de conocer. Era relativamente pequeño, con capacidad para mil quinientos prisioneros, entre los que había cautivos de todas las nacionalidades. Allí pudimos tratar bastante a algunos prisioneros rumanos que con extraña facilidad se hacían a nuestra habla. Ellos también sufrían la propaganda comunista, que se colaba entre sus filas con un cebo muy eficaz. Rumanía era un país que había caído dentro del telón de acero de los gobiernos dependientes de Moscú. A estos prisioneros se les invitaba a hacer méritos y a dejar pruebas de su antifascismo con la promesa del regreso a su patria. De hecho, muchos volvieron relativamente pronto, quizás por la circunstancia de que su suerte preocupaba menos a las autoridades porque sabían que en Rumanía seguirían controlados, como todos los demás ciudadanos rumanos. Su vida estaría dirigida por el Partido Comunista desde Bucarest, una delegación del comunismo soviético.

Entre los españoles que nos encontramos en Potma estaba Eusebio Calavia. De él habíamos oído hablar mucho porque había sido hecho prisionero en noviembre del 41 en la cabeza de puente. En aquel estrecho corredor que unía Schevelevo con Otenski y Possad. Eusebio era un hombre delgado con un pelo muy poblado, muy negro, y una cara delgada, algo tristonca, que siempre me recordó a los enjutos semblantes de aquellos dos Sénecas que fueron Dionisio Ridruejo y Manolete. Tenía ese aire melancólico y grave de hombre mayor en un cuerpo joven.

—Maseda, a ti te hicieron prisionero en el Vóljov, ¿verdad? —me preguntó un día Eusebio, que sabía que éramos pocos los prisioneros de aquel frente, pues la mayoría, como hemos dicho, habían caído en los fatídicos combates del 10 de febrero de 1943 en Krasny Bor, en el cerco de Leningrado.

—Pues sí. Allí caí entre Gorka y Bystriza. ¿Recuerdas aquella posición? —le pregunté.

—Bueno, muy poco, yo no estuve ni dos meses en el frente. Me cogieron en noviembre en la cabeza de puente.

Entonces nos contó lo que ya he referido con todo detalle al narrar las operaciones nuestras en la cabeza de puente en aquellas fechas de noviembre del 42.

Después de escuchar el estremecedor relato de Eusebio Calavia, que no tuvo ni un acento de retórica y que era la cruda secuencia fotográfica de una emboscada, nos quedamos todos callados recordando cada uno la manera en que fuimos hechos prisioneros.

A las pocas semanas de aquel encuentro con el grupo de Calavia, un camarada de Alicante, Antonio Fabra, logró escapar. No era la primera vez que lo intentaba.

Fue un día claro del breve verano ruso, en una de esas jornadas en las que el ánimo de todos parece expandirse de optimismo. La vida al aire libre se descubre posible y sin ningún tipo de cautela o protección; el sol regala destellos de luz y de esperanza, irradia un calor benefactor sobre la piel; el mundo parece invitado a concederse un relajo. El verano no es más que una sorpresa de luz que se vive con la alegría de una fiesta.

Antonio Fabra, Antoñito, era un hombre moreno y enjuto de puro nervio, con una mirada alucinada que podía infundir algún miedo. Su única maldad estaba reservada para los centinelas rusos, que se habían empeñado en mantenernos cautivos.

Aquella tarde, el capitán Oroquieta se vino hacia nosotros con un gesto de contrariedad que podía resultar cómico en su cara de niño grande. Su cuerpo era de pequeña estatura y regordete. Tan solo el pelo blanco, abrumadoramente canoso para su edad —menos de treinta años por entonces— y sus gafas circulares maltrechas, lo convertían en alguien aparente.

—¡Antoñito Fabra se ha largado! —Nos susurró con rabia—. Formemos para volver al campo, ¡todo el mundo quieto, nadie sabe nada! ¿Entendido?

Sin apenas poder contestar todos asumimos con pesar y asombro aquella orden.

En el momento de los hechos, Fabra se encontraba con el capitán Oroquieta, quien, a pesar de haber sido testigo de los pasos dados por aquel, no pudo siquiera intentar retenerle sin despertar la atención de nuestros guardianes.

Al terminar la jornada de trabajo, antes de dirigimos al campo, se realizó un recuento. Fue en aquel instante cuando sentimos los gritos de los guardianes y comprobamos atónitos cómo se iniciaban las carreras y las llamadas de alarma. Uno de los centinelas se subió a un camión, que echó a correr perdiendo la carga por el camino. No importaba perder los troncos con tal de alcanzar el cuerpo de guardia y poner en marcha el dispositivo de búsqueda del prisionero huido.

Nos hicieron avanzar hacia el campo sin que pudieran evitar que fuéramos testigos de una situación grave. Pronto se formaron unas partidas de guardianes con sus perros, a la caza del prisionero huido. Antes de marchar pasaron a los perros policía por el barracón de los españoles y les hicieron oler su cama y sus prendas. Si allí obtuvieron algún rastro es algo que no supimos. Pero tuvimos la impresión de que Fabra había cambiado su colchoneta con la de otro prisionero. En cierto modo daba igual, porque todos olíamos a prisionero. Las prisas para organizar la partida de rastreadores en busca de Fabra nos tuvieron en vilo. Nosotros seguimos formados dentro del campo, mientras se organizaban las camionetas y las partidas de soldados asignados a la búsqueda.

Cavilaba yo que si nuestro amigo logró escabullirse a media tarde, contaba con alguna ventaja, de hasta tres horas quizás. Había sabido elegir la época del año, sin la nieve del invierno que dificulta cualquier marcha y atrapa las huellas del que camina sobre ella, sin el barro de la primavera que sucede a la *raputitsa* o deshielo. El verano era la época en la que se podía avanzar sin freno y sin dejar pistas en el suelo.

En los días siguientes no hablábamos de otra cosa que no fuera la singular fuga de Antonio Fabra. La falta de noticias nos invitaba a lanzar todo tipo de especulaciones. Para unos, Fabra era capaz de escapar, para otros, al contrario, lo más probable era que estuvieran a punto de traerlo de vuelta; había quien se lo imaginaba dentro de unos meses cruzando la frontera; y había aquel otro que le hacía escondido en la aldea más próxima... Mientras tanto, el humor de nuestros vigilantes empeoró sensiblemente. Dejamos de salir a por madera, asignándonos trabajos de mantenimiento del campo. Tenían a sus hombres ocupados en la tarea de la búsqueda. Una tarde, al cabo de dos o tres días de la fuga, se presentó un prisionero polaco ante el grupo en el que estábamos los españoles y se dirigió en francés al teniente Rosaleny:

—Teniente Rosaleny, quisiera decirle que otro prisionero polaco, de quien no puedo dar mayor referencia, ha oído decir a los vigilantes que ya han dejado de buscar porque pasaría a ocuparse otra policía.

—Le agradezco mucho lo que me dice —contestó cortésmente nuestro oficial—. Le ruego que nos mantenga informados de lo que se sepa de este loco.

—A los polacos no nos parece un loco sino un valiente, mi teniente —contestó aquel prisionero del que Rosaleny no se acababa de fiar—. Yo le digo que los rusos están pesimistas, no creen que puedan encontrar al *ispanski* de la Galubaya Divisia. Esa es nuestra impresión. En fin, que Dios ayude a su soldado —terminó por decir el polaco.

—Muchas gracias y ya seguiremos hablando.

La noticia, en un principio, fue recogida con cautela y prevención. Pero una vez que fue del conocimiento de todos los prisioneros españoles, esta esperanza en la libertad de Antoñito nos subió el ánimo y aquella noche la celebramos con canciones que fueron rápidamente reprimidas. A pesar de todo, nadie podía impedir que en nuestro barracón reinara la felicidad de pensar que Antonio Fabra había logrado escapar.

Una cosa teníamos todos los prisioneros como cierta, la falta de noticias de nuestro compañero equivalía a que, de momento, no lo habían encontrado. Existe una vieja ley carcelaria, nunca escrita, según la cual en una situación de fuga se hará saber a los demás reos que el fugado ha sido capturado y convenientemente castigado. Pero en Rusia esa ley requiere que ese «hacer saber» consista en traer al reo en presencia de los demás, ya sea vivo o muerto. Los comunistas habían abusado tanto de la falsa propaganda, de los bulos y las mentiras, que los prisioneros ya no les creíamos una palabra. ¡Pero si nos llegaron a decir que Franco había sido derrocado y que se estaba organizando un gobierno dirigido por la Pasionaria! Nadie creería la noticia o el rumor de que el prisionero español había sido encontrado en tal o cual lugar. Como ya habíamos visto en otras ocasiones, el fugado era devuelto al campo para cumplir su castigo en la celda de aislamiento, o bien su cuerpo era expuesto entre las vallas de alambradas, en la zona rastrillas, a la vista de todos los demás prisioneros y a merced

de las aves carroñeras. Era una sentencia pública muy disuasoria: comprobar cómo podía acabar uno siendo regalo putrefacto de los buitres, en disputa por el hígado y los riñones.

Así que mientras pasaban los días sin noticias del alicantino, todos fuimos tomando como una victoria su escapada. Es verdad que la vida en el campo se nos complicó bastante. Ya no se nos permitió relajo alguno en nuestros trabajos de tala y transporte de madera porque volveríamos a salir a por madera, pues esa era la función de Potma-58.

Hasta que una mañana, entre las filas españolas que formábamos para salir a trabajar, se corrió la voz de que habían cogido a Fabra. Uno de los brigadieres había hecho circular la noticia:

—Ya sabéis lo que le pasa al que intenta fugarse. Es inútil.

Aquella información era cierta, aunque no pudimos ver a Antonio Fabra hasta que cumplió los diez días de aislamiento en una celda o box de castigo. Pasado ese tiempo nos lo trajeron al barracón.

Antonio venía pálido y muy delgado; me recordó a un pajarillo enfermo al que se saca de la jaula. Pero, para nuestra sorpresa, tenía ganas de hablar y de contarnos su aventura. No se sentía derrotado. Más bien al contrario; parecía que en los días del calabozo había tenido tiempo para ordenar su relato y aderezarlo incluso con algún puñadito de fantasía. Nos lo fue contando en sabrosas entregas cada noche con el estilo del mejor de nuestros novelistas.

—El día que me escapé había visto que la cuadrilla y el vigilante quedaban por encima del camión de la madera y me fui cruzando hacia el costado que daba a la pendiente. En la cabina no había nadie que pudiera observarme. En cuanto perdí de vista al grupo, oculto ya en la profundidad del bosque, comencé a correr, sin mirar jamás hacia atrás. Consumí las tres últimas horas de luz del día en correr en la misma dirección, hacia poniente. Mis condiciones siempre han sido buenas para la carrera y, además, el corazón me hacía acometer cada nuevo esfuerzo con alegría. Fui esquivando los caminos y orientándome por la caída del sol de julio. Tuve que cruzar algún río a nado, sin que me preocupara el reto. Solo me inquietaban dos cosas: aumentar la distancia con los perseguidores y cómo afrontar el contacto con cualquier labrador. No podía disimular que era un prisionero extranjero, la vestimenta y el habla me delataban.

Los que escuchábamos su relato no salíamos de nuestro asombro por su desparpajo y le fuimos interrumpiendo.

—Pero Antonio, ¿tú esto ya lo tenías preparado? ¿Cómo se te ocurrió? —le preguntó alguien.

—Pues se me ocurrió el primer día que salimos al bosque a por madera. Me pareció un buen sitio para salir pitando, pero déjame que os siga contando: al caer la noche me atreví a tomar ya algún camino y, aunque ya no corría, avanzaba rápido. Me asusté al pasar al lado de un carro parado en el borde de una pista, del otro lado;

recogiendo la hierba segada en el prado había un *mujik*, pero estaba algo lejos para sentirme.

»Al final del camino pude ver unas luces que supuse serían las de una aldea. Para entonces calculé que llevaría unos veinticinco kilómetros recorridos. Aunque al ser difícil mantener la línea recta, quizás estaba tan solo a veinte kilómetros del *lager*. También calculé que, de no haber sido advertida mi ausencia hasta la hora de la formación y vuelta al campo, y teniendo en cuenta el tiempo que perderían en organizar la partida, podía llevar tres horas y media de ventaja. Me acerqué peligrosamente a la aldea, pasando muy cerca de las casas. Sentía hablar en los cobertizos y a través de las ventanas. Era una noche benigna de julio, los paisanos se sentían felices de disfrutar de ese puñado de noches de verano que son una tregua a la obligada clausura del resto del año. Hasta podían sentarse a la puerta de las isbas y charlar largamente.

»Nadie me vio y pasé de largo. Me topé con una construcción en la que no había luces, parecía ser el pajar o la casa de aperos de aquel *koljos*. No dudé en meterme dentro. Olía a hierba fresca, y me acordé en aquel momento del viejo que estaba segando en el prado. Quizás llevase la hierba a otro pajar, o quizás estaba de camino hacia este. Sin importarme mucho, decidí registrar aquel recinto en busca de algo que me fuera útil. Había unas jaulas con conejos, pero eso sería lo último de lo que me ocuparía antes de salir de allí. Junto a las guadañas, las horquillas de madera y los azadones, descubrí una camisa blanca que estaba esperando a su dueño. Alguien se había cambiado allí. Sin pensarlo dos veces me quité los pantalones y les di la vuelta para conseguir ocultar el número de prisionero. Después me quité la camisa y me puse aquella camisa nueva. La siguiente preocupación fue hacerme con algo que cortara, pero no encontré ningún cuchillo. Pensé que, al menos, podría llevarme una guadaña que me sirviera también para aparentar ser un labrador más. Dejé apoyada la guadaña y la camisa vieja en la puerta y me ocupé de los conejos. Sin poder elegir, cogí al primero que me pareció y para que no me molestara por el camino, sujetándole de las piernas traseras, le sacudí en la cabeza contra la pared. El conejo ya estaba muerto y lo metí dentro de la camisa. Con la guadaña en el hombro y la presa dentro del hatillo eché a andar con renovado entusiasmo. Solo entonces sentí las piernas cansadas, pero debía continuar. En la cabeza se me fue abriendo una nueva preocupación: ¿sabría hacer un cuchillo de la guadaña?

»Caminaba con paso cansado, sin hambre que me torturara, pero con mucha sed. Pensé que la única salida era asaltar una casa. El horizonte de libertad se iba estrechando con esa nueva necesidad y pronto empezaría a exponerme sin ningún cuidado. Pero en aquel instante sucedió algo inesperado: a lo lejos oí el ruido de un tren. Presté mucha atención para saber por dónde discurría y advertí que el zumbido del tren, lejos de amainarse en la distancia, se templaba hasta retumbar como si se estuviera parando. Lo tenía allí cerca, delante de mis ojos, parecía que se me estaba ofreciendo. Corrí hacia aquel tren como en mi vida lo he hecho, sin tirar la guadaña

que me podía servir de defensa y también de disfraz. No sé de dónde saqué las fuerzas para recorrer los prados, saltar las lindes y cruzar el arroyo. Detrás de la ribera del riachuelo apareció un montículo sobre el que se elevaba, imponente, un tren de mercancías parado. Como si una mano dichosa lo hubiera retenido. Muchachos, ¡me veía libre subido a aquel tren!

El entusiasmo del auditorio que formábamos los prisioneros españoles del barracón era magnífico. Solamente nos faltaba dar vítores y aplaudir a nuestro héroe. Él se siguió recreando en el relato:

—Ya sin correr me acerqué, no sin algunas cautelas, hasta el convoy. No podía reconocerlo con detenimiento y, además, era de noche, por lo que era imposible hacerme una composición exacta de los distintos tipos de vagones. No podía andar eligiendo, pero necesitaba dar con un vagón en el que pudiera entrar. El primero al que me aproximé tenía un travesaño metálico por todo cierre; pensé que solo sería practicable por fuera y que podía quedar encerrado sin poder salir cuando lo necesitara. Hacia la cola del tren se empezaron a suceder unos vagones abiertos, con forma de recipiente o de bañera, como para transportar áridos. Por la propia escalerilla de subida del final del vagón me encaramé, y una vez arriba dejé caer la guadaña y el conejo. Sentí un sobresalto provocado por el estruendo de la guadaña al caer sobre la chapa metálica del vagón vacío, su ruido retumbó en la noche. Alguien podría haber oído algo. Pero no tenía miedo, aún estaba caliente, encendido de ilusión y de coraje. Me había prometido escapar o morir en el intento, no pensaba dejarme cazar sin enseñar la casta de español que llevo dentro.

—¡Bravo, bravo! —gritó Julián, que venía escuchando con la misma entrega que toda aquella parroquia de fieles prestos a contemplar un milagro.

Hizo un receso en el relato el amigo Fabra, pero cuando creíamos que iba a continuar, dijo que se estaba quedando dormido y que mañana se daba la segunda entrega. Unos y otros protestamos:

—No lo puedes dejar ahí, Antonio. Cuéntanos qué pasó.

—¡No ves que Antoñito tiene que ganar tiempo para inventárselo! —exclamó con su espléndida y algo maliciosa gracia Miguel Ángel.

Tuvimos que esperar a la siguiente noche para recibir el capítulo segundo de aquella fantástica aventura.

—¿Dónde me había quedado chicos? —Nos preguntó Fabra.

—Pues en que habías tirado la guadaña dentro del vagón y esta había hecho mucho ruido.

—¡Ah! Sí. Bueno, también os dije que había tirado el conejo —quiso retomar Fabra.

—No, del conejo no habías dicho nada —protestó Julián el Segoviano.

—¡Qué más da, déjale que siga! —dije yo, tan ansioso como estaba por escuchar

la continuación de aquel relato.

—Bueno, el conejo lo tiré y se salió de la camisa. Rodó deslavazado por la pendiente del contenedor como un muñeco de trapo. Luego me dejé deslizar hacia dentro como si fuera un niño que se tira por un tobogán. Una vez en el interior del vagón me pregunté si sería capaz de subir desde dentro hasta el borde, pensé que sí y que para el último tramo contaría con la ayuda de la guadaña.

»Ya sería de madrugada, habrían pasado más de ocho horas desde que comenzara la huida, y entonces, os confieso que recé. Me acordé de las oraciones que me había enseñado mi abuela María y de la imagen de la Santa Faz que se venera en mi tierra, en Alicante. Pedí a Nuestro Señor Jesucristo que me ayudara a escapar de este infierno y que me permitiera abrazar a los míos, pero en las oraciones no sabía orientar mis próximos pasos, porque, en realidad, no sabía hacia dónde estaba escapando.

»Sentí hambre y mucha sed, pero me quedé dormido. Desperté con las primeras luces del alba; cuando abrí los ojos me sorprendió que el tren estuviera ya corriendo por la estepa. Me puse a despellejar el conejillo. Para no mancharme en demasía me desprendí de la camisa nueva, la dejé en el otro extremo de aquella inmensa bañera que era el vagón y con la ayuda de la guadaña pude hacer una incisión en el conejo muerto, lo justo como para poder pelarlo. Con la vieja camisa de presidiario y restos de arena que había en el fondo del vagón me limpié las manos. Tuve una cierta sensación de triunfo, la alegría me invadió el pecho y pensé que, quizás, si el tren abandonaba aquella comarca, lograría escapar. No me quise hacer muchas ilusiones, porque, aunque mi aspecto ya no era el de un presidiario, parecía en realidad un bandido. Así no podía ir muy lejos. Pero el tren avanzaba constante y con él avanzaban también mis esperanzas. A veces asomaba tímidamente la cabeza fuera del vagón para otear el paisaje y tratar de averiguar la dirección que llevaba el tren. Tuve tiempo para reparar en muchos detalles; me fijé, por ejemplo, en la composición del tren. Me pareció que mi vagón debía de ser uno de los pocos que viajaban vacíos. Pronto me atreví a llevar asomada la cabeza, nadie de la cabecera del tren podría verme. Sentía que era el viaje más placentero que podía hacerse, un viaje en la dirección deseada, hacia el sur.

»En todo el día el tren no paró más que un par de veces. La tarde estaba ya vencida y comprendí que algo tenía que hacer, que no podía seguir aguantando sin comer ni beber nada. Me tuve que conformar con meterle el diente al conejo crudo. Tenía mucha hambre después de un día entero sin comer, y en la sed prefería no pensar. Con la ayuda de la guadaña corté las dos patas traseras. Pero solo me pude comer un cuarto de conejo. Guardé el resto dentro de la camisa vieja, que hacía las veces de trapo, y me levanté para ver por dónde andaba. Una nueva parada me obligó a echarme otra vez para abajo. Ya era de noche y quise deleitarme echando esos cálculos que tanto me entretenían: si el tren había avanzado a razón de cincuenta kilómetros a la hora y llevaba andando desde la madrugada anterior, pensé que

habríamos recorrido más de quinientos kilómetros. Estaba muy lejos de Potma, otros serían los que me capturasen, que no aquellos burlados vigilantes del *lager*.

»Asomado de nuevo en el borde del vagón, vi unas luces hacia las que se encaminaba el tren, que comenzaba a torcer. Quise permanecer un poco en alto, por si fuera capaz de leer un letrero. Por la desierta estación, me atreví a mantener la cabeza asomada, pero no pude entender el cartel con las letras cirílicas. Digo yo que andaríamos cerca de Riazán. De la cabeza tractora del tren salieron dos hombres que saludaron al factor de la estación y entraron juntos en las oficinas. A la vista de esa conducta de los ferroviarios, me hice una rápida pregunta: ¿cuánto tiempo pararía allí el tren? Calculé que unos veinte minutos y me imaginé a los afortunados maquinistas ante el samovar del factor de la estación.

»Yo debía ahora buscar agua, no podía esperar más, así que salté fuera del vagón y me fijé en el número de este, el cincuenta y seis. De unas breves zancadas alcancé una nave a la que me arrimé buscando su cobijo. Pegado a la pared observé una indicación de lo que podían ser unos lavabos. Y hasta allí me fui ya con paso sereno. La puerta estaba abierta, así que entré y me encontré un modesto lavabo, abrí el grifo y salía agua. Me pareció un milagro. Estuve por lo menos dos minutos enteros sin dejar de beber, hasta que verdaderamente no tenía capacidad para beber más. Me froté bien la cara con el agua, me lavé las manos con mucho empeño y me mojé el pelo. Pensé que era un hombre nuevo. Cuando me disponía a salir me obligué a pegar otro trago largo. Rastreando en el suelo de las letrinas no encontré ningún recipiente para rellenar con agua, pero sí un trozo de papel de periódico que me metí dentro del pantalón. Luego repetí las precauciones que había tenido a la salida del vagón para volver a subirme en él. Y ya dentro, no me quise mover hasta que, transcurrida la media hora que había calculado, el convoy volvió a ponerse en marcha. Con los dedos me fui peinando al tiempo que trataba de no pensar en comer. Entre otros motivos por uno muy principal: no quería mancharme tan pronto. En estas cuentas estaba cuando me quedé dormido con el periódico metido entre la camisa y mi pecho. En sueños sentía confirmado mi optimismo, el tren corría con apenas unas pocas paradas, siempre hacia el sur, el mejor de los rumbos para el corazón. Me desperté varias veces y varias veces volví a quedarme dormido, hasta que, clareando el día, volví a echar unos cálculos: veinticuatro horas discurridas con apenas media docena de paradas suponían más de ochocientos kilómetros recorridos. Pensé que debía apurar aquel viaje en todo lo posible, porque nada me pondría tan a salvo como un tren que no paraba. Al poner la vista en el trapo donde se escondía el conejo, decidí darle otro viaje. Me comí otra pata del animal y anduve mordisqueando el lomo, por encima de las costillas. Estos bocados me sabían formidables... —En ese momento Antonio Fabra interrumpió el relato para decir—: Bueno, habrá que dejar algo para mañana. ¿No os parece?

—Pues a mí me parece que no nos puedes dejar así —contesté yo, inquieto por saber en qué acababa todo aquello.

—¡Pero bueno, quieres decirnos dónde te cogieron! —pidió Eusebio Calavia—. Que digo yo que no será para tanto.

Pero las protestas amainaron en la conformidad de que aquella fabulosa huida nos fuera recreada a su gusto por su protagonista. Al día siguiente retomó otra vez el cuento donde lo había dejado:

—En una ocasión de ese nuevo día el tren paró entre una pradera y un maizal. Sobre los penachos de hojas y las mazorcas despuntaba un depósito circular que era un aljibe. Sin perder mucho tiempo me deslicé fuera del tren y me metí dentro de los brotes de maíz, apenas agachado. Me acerqué al abrevadero que había al pie del depósito, era una pequeña pileta de agua de la que salía una tubería a ras de suelo. Parecía que podría beber agua sin tasa. Hundí mi cabeza y bebí —aun sin sacarla fuera del todo— hasta sentir que no me cabía más agua en el cuerpo. Me froté bien la cara para lavármela de nuevo. Los oídos me decían que el tren todavía no empezaba su marcha pese a tener encendida la máquina. Tampoco allí pude enfrascar agua, tan solo conseguí arrancar unas pocas mazorcas mientras volvía a la carrera hasta el vagón número cincuenta y seis. Aquellos trofeos serían un maravilloso manjar y distracción, a pesar de estar aún algo verdes. El tren retomó la marcha con destino desconocido y rumbo siempre al sur con su único pasajero, Antonio Fabra el Español.

»El nuevo día transcurrió de forma parecida al anterior: algunas paradas y aquel tren hundiéndose en la estepa profunda, atravesando campos y más campos de trigo, de maíz y de centeno. El tren debió de parar esa misma noche en alguna ocasión sin que me diera cuenta, pues la pasé dormido después de haber ido dando cuenta de los últimos trozos del conejo. Daba la sensación de que era ahora cuando necesitaba reponerme del agotamiento físico provocado por la fuga.

»Ya eran tres noches y dos días los transcurridos desde que subí al tren del sur. Supuse que en las paradas habrían sustituido a algún maquinista, pero no podía saberlo. ¿Adónde iría aquel tren con los vagones vacíos? Perdí la cuenta de los kilómetros que podía llevar recorridos, podían ser mil quinientos como dos mil o tres mil. En alguna estación el tren quedó en vía muerta y se le engancharon o desengancharon vagones, no lo sabía con certeza. Solo pude sentir la maniobra.

»Y después de tres días con sus tres noches, amaneció ya lejos de la última ciudad que había visto hacía unas horas y que podría ser Jarkov. Parecía mentira que me hubiese tocado un tren con rumbo suroeste, como si se quisiera encaminar a Odessa, el gran puerto ucraniano, próximo a Rumanía. ¿Sería verdad que aquel tren se dirigía a la frontera? Lo cierto es que todo hacía pensar que el tren avanzaba sin tregua por los campos de cereal en busca de Odessa.

»Así sucedió, unas horas más tarde asomé la cabeza por el borde de aquella bañera y me sorprendió estar tocando con los ojos el mar. ¡Nada más y nada menos que el mar! ¡Hacía más de cinco años que no veía el mar! Creí encontrarme efectivamente en Odessa, ante su inmenso puerto. Aunque bien podría tratarse de Sebastopol o quién sabe de qué otro puerto. Sin embargo, una idea inmediata, como

todas las que me habían asaltado en el momento de tomar decisiones se me metió en la cabeza: tan pronto como se detuviera el tren debería tomar un nuevo transporte, dejaría el tren de mi fuga para subirme en algún barco mercante de bandera extranjera. El puerto podía ser un lugar propicio para que no se fijaran en mí, porque bien podía pasar por un marinero desastrado de cualquier barco. Confié en mi suerte al abandonar el vagón número cincuenta y seis que me había sacado de Potma. Allí dejé, en su interior, una camisa de prisionero convertida en trapo, y una guadaña que me había servido de cuchillo. Antes aún de salir estudié por última vez el acceso al inmediato puerto en el que trataría de confundirme entre la gente de mar. Podía ver una hilera de barcos sin fin, algunos incluso estaban abarloados unos a otros, que es como decir que estuvieran unos en segunda fila, y a estos, otros arrimados en tercera fila, y así sucesivamente. Tuve una ocurrencia muy conveniente, debía buscar un barco de algún país lejano que no hiciera las rutas del mar Negro. Pero no podía pasear poniéndome a elegir el barco que me pareciera más bonito. Y así sucedió que cuando ya caminaba por el puerto, enfilando uno de estos grupos de barcos que están amarrados unos a los otros por el costado, distinguí de lejos un enorme buque con bandera inglesa, su nombre era también inglés: que ya me diréis lo que quiere decir. Para aquellos momentos yo ya no era el prisionero cauteloso al que no se me escapaba un detalle. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había podido comer o beber algo, mi agitación interior era grande. Subí por el portalón y, al no ver a nadie a bordo, me alejé por la cubierta de la zona del puente hasta la proa. Estaba completamente desorientado, no me podía imaginar dónde esconderme. Antes de llegar al final de la cubierta encontré algunas puertas. No sabía a cuál dirigirme. Pero quiso la suerte que abriera un pequeño camarote vacío. Supuse que alguien dormiría allí, pero no tuve ya más audacia para intentar buscar otro escondite.

»No sabría decir cuánto tiempo pasó hasta que llegó al camarote aquel marinero cincuentón, de cuerpo recio, bien alto y pelo rojizo. Según entró supe reaccionar tratando de calmarle. Me lle vé las manos a la boca pidiendo comida y bebida, y junté expresivamente las muñecas para señalar que era un prisionero. *Spanish prisoner* (prisionero español), ni siquiera sabía decir que era un prisionero de guerra. Me pareció que la fortuna me seguía amparando cuando comprobé que el marinero inglés no hizo ademán de armar ningún escándalo. Tan solo me dijo que aguardara y que me traería algo para comer y beber. Y, efectivamente, me trajo algo de comida y agua. Pero también me trajo al capitán del barco. Ambos, el capitán y el marinero eran testigos de cómo podía comer aquel hombre huido. Mientras especulaban entre ellos. Yo creo que se dirían algo así: “Dice que es un prisionero español. Se ha dado la vuelta a los pantalones señalando el número. Ve usted, ese trozo de tela blanca cosido al pantalón”, le indicaba el marinero. “¿Cómo sabemos que nos está diciendo la verdad? Y aunque sea verdad, qué le vamos a hacer, no podemos ayudar a escapar a los prisioneros de guerra que se suban a nuestro barco”.

»Yo entendí a mi manera lo que hablaban. Creo que algo así decían aunque yo no

sepa inglés. Parece como si cualquier hombre que viva un trance parecido pudiera entender todos los idiomas del mundo, solamente hay que ser capaz de ponerse en la mente de los demás. Y el prisionero huido sabe lo que piensan los que con él se han encontrado. Además, yo les había perdido el miedo porque aprecié en ellos a dos hombres civilizados. Ninguno era el tipo de persona que hemos conocido en los campos de concentración. Me adelantaba a sus pensamientos y les ofrecía una solución, al tiempo que les pedía un poco más de agua. Primero les imploré ayuda, pero viendo las expresiones de sus caras comprendí que iban a dar parte a las autoridades rusas. ¿Y cómo quise zanjar el compromiso de aquellos hombres más proclives a la denuncia que a ayudarme? Me levanté para indicarles que yo ya me marchaba, que no se preocuparan. Tan pronto como terminé de beber de un solo sorbo el último vaso de agua, me levanté y me dirigí hacia fuera dando las gracias. A los británicos les debió parecer una buena solución o eso me indicaron con amables y tranquilizadores gestos. Me acompañaron de vuelta hasta el portalón y se quedaron observando cómo aquel hombre desgraciado que era yo descendía a tierra entre expresiones de humilde agradecimiento y se marchaba.

»Pero en mi cabeza estaba la idea de volver al barco inglés. Esta vez para tratar de esconderme debajo de uno de esos botes salvavidas que llevan todos los barcos en cubierta. Obedecía al mismo instinto que un animal que ha de volver allí donde no solamente no le quisieron cazar, ni pegar, sino que le dieron agua y comida. Pensaba todavía que la suerte estaba de mi lado, ¡pero qué equivocado estaba! Conseguí entrar en un viejo almacén en el que se agolpaban unas estachas. Tan solo quería estar allí un rato hasta volver a intentar el asalto al buque inglés.

»En estos días que han pasado desde mi captura he comprendido que el inglés sería mal oficial de su marina mercante si no llevara a cabo los ritos de su tradición: cumplir con la obligación fuese cual fuese. El capitán informó a las autoridades del puerto de Odessa de lo ocurrido: “Un prisionero que dice ser español ha subido a bordo del Earl of Howard”, me figuro yo que diría.

En ese momento del relato nuestros semblantes se entristecieron y fueron varios los que saltaron:

—¡Qué cabrones los ingleses! ¿Qué se puede esperar de un inglés? —dijo Calavia.

Antonio Fabra continuó su relato sin inmutarse por nuestras quejas.

—En pocos minutos una patrulla de agentes soviéticos subieron al barco para hablar con su capitán. Varias docenas de soldados recorrieron el puerto en busca del evadido. Entonces yo ya me había dado cuenta de que algo inesperado sucedía y no me atreví a moverme de aquel pañol, arropado por las maromas, las roldanas y las herramientas de los estibadores. Estuve esperando a que se dejaran de sentir los movimientos de mis perseguidores. Cuando parecía que había encontrado fuerzas para salir por una ventana trasera, vi una patrulla protegiendo aquella salida. En menos de un minuto entraron por la puerta los agentes que me iban a detener. Allí se

acabó mi fuga.

Nos quedamos un momento callados hasta que Venancio le dijo a Antonio:

—Yo te felicito. Quién sabe si no estuviste cerca de conseguirlo. Hay que reconocer que es casi imposible escapar de la Unión Soviética.

—A menos que uno sepa hablar ruso —dijo Miguel Ángel.

—Ni siquiera así. Tendrías que hablarlo como un ruso para poder hacerte pasar por un nacional —insistió Venancio.

Unos y otros fuimos dando nuestras opiniones que venían a coincidir en el mérito de Fabra, pero también en lo inútil que podían resultar aquellos intentos. No conocíamos a nadie que lo hubiera conseguido.

Algún tiempo más tarde coincidimos con Ramón Pérez Eizaguirre y él nos refirió un caso singular de un español que se había fugado con éxito. Ramón había sido uno de aquellos a los que se conocieron como «los irreductibles». Aquellos que todavía andaban enrolados en el ejército alemán hacia el final de la guerra, desobedeciendo abiertamente las órdenes del gobierno español. A algunos de estos soldados alistados en las Waffen SS se les hizo prisioneros en los Cárpatos. Entre ellos a Ramón y a otro español que se llamaba Francisco Tejada y que, según se supo muchos años después, fue el único español que pudo escapar. Ramón me refirió el caso:

—A Francisco Tejada le cupo la gran suerte de ser curado en un hospital de campaña ruso que se encontraba todavía en Rumanía. Allí se confundió con la tropa soviética. Una vez restablecido, emprendió la evasión atravesando los Cárpatos, pasando a Yugoslavia, y desde allí, tras vencer enormes dificultades, consiguió llegar a Italia. Al fin coronó su magnífica aventura embarcando con rumbo a la patria en el año 1946.

Ningún otro español logró jamás huir del todo. Victoriano Rodríguez y Luis Casado se habían fugado de la isla de los Setenta. También huyó Ramón Pérez Eizaguirre acompañado de Félix Sagredo, pero fueron capturados. Antonio Gómez se escapó de Borovichi en bicicleta durante unos días. Andrés Santiago se fugó también por poco tiempo.

Y cayeron para siempre en el intento de fugarse Antonio David, Pedro Duro, Juan Lavín, Urdirroz y Porras. Todos fueron asesinados.

Antonio Fabra volvió a escapar porque cumplía así con su destino y con su irremediable ímpetu. Anduvo deambulando durante muchos meses hasta que lo mataron en 1952 y expusieron su cuerpo durante varios días en un campo de Vorkuta. El sueño de huir de Rusia no se cumplió para ningún español, porque ni siquiera aquel hombre que nunca conocimos, Francisco Tejada, había llegado a pisar el territorio de la Unión Soviética.

XXIII

Aunque ya habíamos oído hablar de «los otros españoles», no teníamos la certeza de que existieran otros prisioneros compatriotas que no fueran los soldados de nuestra División Azul. Unos prisioneros finlandeses nos habían dicho que existían otros españoles cautivos que no eran voluntarios de la División Azul, pero no supimos cuadrar esas extrañas noticias. En Potma supimos que, un año antes, en septiembre del 46, nuestros oficiales habían coincidido en Oranki-74 con ellos.

Una mañana, el teniente Altura vino hacia nosotros para contárnoslo. El teniente Miguel Altura, haciendo honor a su apellido, era inmensamente alto y de elevada moral y espíritu. Había sido hecho prisionero en Krasny Bor, combatiendo en la tercera compañía del legendario y laureado Huidobro.

—¿Sabéis, muchachos, que hemos estado con los otros españoles? —Nos anunció.

—¿Y qué otros españoles andan por aquí, qué se les ha perdido en Rusia? —preguntó José María González con su acento montañés.

—Pues ahora os explico —aprovechó el teniente para encender el resto de un pitillo, que más bien parecía una colilla, como para darse importancia y prosiguió—: Una mañana vimos entrar en el campo a presos civiles de distintos países. Advertimos que algunos hablaban español. Nosotros les gritamos un resuelto y espontáneo: «¡Viva España!» de saludo, pero apenas se atrevió alguno a esbozar una pequeña sonrisa. Aquello nos llamó la atención. ¿Quiénes serían aquellos españoles? ¿Cuál sería el delito que hasta allí les había llevado? Cuando ya pudimos hablar con ellos nos explicaron su caso y no dimos crédito a lo que nos decían.

—¿Pero es verdad mi teniente que son exiliados rojos? —preguntó alguien.

—Pues en parte sí, pero es todavía más curioso. Resulta que unos fueron hechos prisioneros en la embajada española de Berlín. Algunos de estos eran españoles exiliados en Francia a los que los alemanes habían obligado a trabajar en sus fábricas de Alemania. Otros eran miembros de familias españolas que quedaron atrapados en el Berlín del final de la guerra. A estos infelices se los llevaron a Rusia, donde aún siguen. Otros españoles eran marinos y marineros de barcos españoles que llevan aquí retenidos desde antes del año 39. En fin, hay de todo un poco.

—¿Qué dice usted mi teniente? Eso no puede ser verdad —exclamó un español.

—Pues lo creáis o no, así es. Hay varias decenas de hombres de mar que llevan casi diez años en Rusia. Al terminar nuestra guerra les preguntaron adónde querían viajar. A los que dijeron que querían volver a España los retuvieron. Vamos, que los secuestraron. ¿Y creéis que han hecho algo los jerifaltes españoles, la Pasionaria y compañía? Y por supuesto que se han quedado con los barcos. Pero ahí no acaba todo. Hemos coincidido con militares republicanos. Aviadores españoles que estaban

haciendo cursos de entrenamiento cuando acabó nuestra guerra. También a ellos los culpan por haber expresado su deseo de volver a España. No entienden que prefieran volver a la España de Franco a quedarse en Rusia.

A través del testimonio del teniente Altura supimos, allá por el año 47, de esos «otros españoles» que andaban penando igual que nosotros.

Aquella noticia no nos podía sorprender tanto si nos fijábamos en el trato que daban los rusos a los desertores españoles. Allí seguían como prisioneros César Astor, Eliseo, Romero y otros a los que les habían prometido tantas veces que les darían un trabajo en Moscú.

De entre los desertores españoles yo había hecho amistad con un muchacho que se llamaba Juan Pedro y con el que había convivido —al principio de nuestro cautiverio— en Makarino y en la isla de los Setenta. A pesar de su desertión primera, no nos volvió a traicionar como prisionero. Debido a nuestra buena amistad yo no quería meterle el dedo en el ojo y preguntarle si era verdad que se había pasado a los rusos. Pero fue un día en el que estábamos comiendo en el tajo, al calor de unas brasas, cuando otro español al que llamábamos el Malagueño le reprochó que no hubiera recogido los azadones, como le correspondía al último de la cuadrilla. Yo había tenido a Juan Pedro por un pusilánime, porque el estigma del desertor pesa mucho.

Juan Pedro era un hombre con una mirada azul, algo esquiva, y con una tendencia a no levantarla mucho. Sus ojos pequeños, muy juntos, le concedían el aspecto de un roedor inofensivo. El ceño levemente fruncido hacía que se le marcasen profundamente las arrugas en la frente. Era desgarrado sin llegar a ser muy alto, y con una cabeza algo apepinada. Me sorprendió cómo le cantó las cuarenta al Malagueño, que le había reprendido:

—¡Mira, Malagueño, las normas esas vuestras de listillos se las aplicáis a vuestro padre. A mí no me vengáis con pamplinas, que no soy un novato en el servicio!

Estaba encendido de ira mientras hablaba. Y ahí le puso en bandeja la respuesta sangrante al andaluz:

—¡A la vista está que no eres novato, porque fuiste de los primeros en pasarte al enemigo!

Y sin tiempo de poder decir nada más, Juan Pedro se abalanzó sobre el Malagueño como una fiera. Y a juzgar por la furia con que empezaba a sacudirle, creímos que podía matarle. Entre todos los separamos. El sargento Salamanca puso orden y tranquilizó a los guardianes que ya se preparaban para intervenir.

—¡Oye, chaval —le gritó Ángel Salamanca—, aquí estamos para ayudarnos! Y tú no tienes que pedir cuentas a nadie ni poner normas de nada. A partir de mañana, cada cual recoge su herramienta. ¡A ver si hacemos las cosas bien!

Juan Pedro se quedó mustio toda la tarde, trabajando en silencio. Hasta pude apreciar en su rostro unas lágrimas de rabia. Como el soldado que nos vigilaba al borde del camino nos permitía hablar sin reparo, aproveché la ocasión para decirle:

—Mira, Juan Pedro, aquí lo que pasó en el frente ya está olvidado. De lo que se trata es de ser buenos camaradas y de que podamos volver juntos a España. ¿Tú no has visto cómo volvieron juntos los alemanes? ¿No se fue con los suyos aquel al que llamábamos Mijail?

—No es lo mismo. ¿Tú crees que a nosotros Franco nos va a perdonar? Nos meterá en la cárcel. Pero ¿sabes lo que te digo? Que no me importa, Pepe. No me importa una cárcel en España pudiendo recibir cartas de los míos. Será una bendición al lado de esto —me dijo Juan Pedro.

—El tiempo todo lo remedia —sentencié yo para serenar su ánimo.

Pero él deseaba hablar y quiso contarme lo que tenía en la cabeza, y sin levantar la vista del suelo, mientras rastrillábamos en la tierra para reparar el camino.

—¿Sabes, Pepe, lo que más rabia me da? Te lo voy a contar, y eso que no se lo he dicho a nadie. A lo mejor no me da tiempo a explicártelo todo, pero empezaré por comentarte que en mi corazón nunca dejó de latir el orgullo de voluntario de la División Azul. Fue el frío cabrón... No sabes cómo puede el frío anular la voluntad...

Juan Pedro no pudo terminar su justificación. Dejó apuntada una razón que le salía del alma. Aquel día acabó la jornada en paz y nos reclinamos todos en nuestros barracones. Sería esa misma noche cuando, en la intimidad del barracón, mientras dormían los demás, hizo memoria. Era la memoria de un desertor.

—Yo era un voluntario convencido. Y aún lo soy, Pepe. Todavía me siento orgulloso de haberme alistado en la División Azul. Jamás se me pasó por la cabeza escapar a mi obligación. Pero era el condenado frío. Ya me empezó a preocupar antes de llegar al frente. Recuerdas que no era apenas octubre y pasábamos en los cuartos de guardia un frío grande. No quería ni pensar siquiera en lo que teníamos por delante. Yo te digo que fui un soldado ejemplar. Era cumplidor, serio, ordenado en mis cosas. El teniente de mi sección estaba muy contento conmigo y hasta me pedía que hiciera tareas de enlace. Una noche en la cabeza de puente, me habían retenido en la posición que se llamaba Russa. Caía fuego del doce y medio por todas partes y nos metieron en una trinchera que se asomaba ya a una pendiente, la que sería la cuesta abajo de mi vida. Cesó el fuego y se encendieron los altavoces de la propaganda soviética. Había escuchado muchas veces aquellos sermones de los comunistas españoles sin prestar la mínima atención. Pero aquella noche, retenido como estaba en una trinchera, mordido por el frío sin tregua, temiendo por mis pies que creía perderlos... Yo no sé el frío que hacía esa noche, qué más da decir que eran veinte, treinta o cuarenta grados bajo cero. No sentía los pies y no dejaba de moverlos. Mis compañeros gritaban exigiendo un relevo que no llegaba. Llevábamos dos horas allí enterrados en la nieve helada. En aquel momento en que se anunciaba en español por los altavoces soviéticos comida caliente y literas con estufa; que el camino más corto hacia España pasaba por Moscú... y otras fantasías. Yo no sé lo que se me pasó por la cabeza, pero hubo un momento de decisión que se formó en unos minutos desde que escuché por aquella megafonía el mensaje de un español que se había pasado. Se me

amontonaron las ideas: «Y a mí qué se me ha perdido en Rusia; qué tenemos nosotros que ver con los alemanes; para qué hemos venido a morir en la nieve; no será mejor ser cautivo de los rusos que perder los dos pies y vivir el resto de mi vida sin ellos; los rusos que he conocido no me han parecido el monstruo sanguinario que me habían pintado...». Y así se me sucedían en cascada las ideas más peregrinas, pero efectivas. Miré a mi alrededor; me encontraba en un extremo de la trinchera y me deslicé diciendo que iba a buscar al sargento Vázquez. No había ningún sargento Vázquez, se me ocurrió en ese momento. Yo creo que uno de mis compañeros ya estaba pajarito. Eché a correr hasta unos árboles y ya no oí nada que me pudiera distraer de mi cometido, solo un tableteo de armas automáticas que no sabía de dónde venía. En un calvero del bosque arrojé el arma y me deshice del blusón de camuflaje blanco. A partir de ese momento comencé a caminar tranquilo con los brazos en alto. Esperaba oír inmediatamente unas voces en ruso, pero no oía nada. Estaba también fuera del alcance de visión de los nuestros. Seguí caminando con los brazos en alto hasta que salieron de detrás de mí dos rusos con sus naranjeros que me gritaban. Me llevaron al puesto de mando de su comandante, no sin sacudirme algún culatazo por el camino. Llegamos al refugio del comandante y me hicieron sentar. Yo señalaba a mis pies diciendo que no los sentía. Me ayudaron a quitarme las botas y me quise frotar yo mismo, pero ya no me dejaron. Me llevaron pronto a un hospital de campaña. Había perdido la libertad y la dignidad del soldado.

»Me arrepentí bien pronto de aquel arrebato. A las pocas semanas se disipó para mí toda esperanza de liberación. Los desertores fuimos apresados sin más. Y desde el principio convivimos con los demás prisioneros de guerra de todas las nacionalidades. Se nos prometió —eso sí— que pronto seríamos llevados a Moscú y que podríamos regresar a la nación que eligiésemos. En un principio se nos informó de que había que esperar a que terminase la guerra; más tarde ya decían que debían las naciones de acogida estar en disposición; luego que debíamos pagar nuestro ataque a la Unión Soviética desde los campos de trabajo, reconstruyendo la nación y colaborando con la propaganda antifascista... Y así se fueron sucediendo los cuentos. Si a alguien se le ocurría protestar le despachaban con la pregunta: ¿De qué os quejáis vosotros? ¿No os dais cuenta de que la Unión Soviética os proporciona abrigo y comida? Esa es toda la respuesta que recibimos. Sin embargo, los antiguos camaradas de la División Azul desde un principio os habéis mostrado condescendientes.

En ese momento apareció Ángel Salamanca, que se hizo pronto cargo de que allí estábamos conferenciando sobre los disgustos que arrastraba Juan Pedro. Un personaje tan despierto como Salamanca enseguida le citó en largo:

—¿Os dais cuenta de vuestro error? ¿Con que os iban a dar una cama caliente, tres comidas al día, ropa de abrigo y para casa? Os han engañado como a chinos. ¿A quién se le ocurre? Teníais que haber tenido lo que hay que tener para aguantar.

—Sí, sí, mi sargento, pero tampoco sabíamos cuando nos alistamos que Rusia iba a ser así. ¿Usted sabe el frío que estaba padeciendo? —le preguntó Juan Pedro.

—¡Pues no te falta ningún pie! —exclamó el sargento Salamanca sin que Juan Pedro fuera capaz de contestar.

—Bueno, mi sargento, como iba diciéndole a Maseda, con el tiempo aprendí que si hacía causa común con todos vosotros, los demás españoles, tendría vuestro favor como si hubiera caído prisionero en combate. De la vuelta a España he preferido no pensar.

—Mira, chaval, tú ya has pagado lo tuyo. Si un día nos mandan para casa, tú te vienes con nosotros para España y niegas que te pasaras al enemigo. Dices que te fuiste para allá creyendo que cumplías una orden. Nadie te va a preguntar ya nada. Otra cosa es que quieras seguir en el ejército. Entonces... sería distinto —le dijo Ángel Salamanca.

—Sabe, mi sargento, que lo mismo me da lo que hagan conmigo en España. Mientras me admitan, como si voy directo al penal. Será infinitamente mejor que esto.

En aquel punto de nuestras reflexiones estábamos cuando se acercaron hasta nuestros camastros el capitán Palacios y el teniente Altura, como si estuvieran avisados de lo que allí se ventilaba.

Y es que un hombre de tan poco espíritu como Juan Pedro era una oveja siempre en peligro de descarriarse hacia las bandas antiespañolas y, por tanto, una preocupación para nuestros oficiales, comprometidos como estaban en mantener unido el corpus español de prisioneros.

Aquellos dos oficiales llegaron justo a tiempo de confirmar el dictamen del sargento Salamanca. El teniente Altura miró un instante al capitán Palacios, en un gesto que yo interpreté como de estar pidiéndole permiso y dijo:

—Juan Pedro, tú vales por lo que hagas aquí con nosotros, no por lo que hayas hecho en el pasado, durante la guerra. Soldados que combatieron con valor y que ahora se han pasado a eso que llaman el «club antifascista», que andan renegando de España y que hablan ya como comunistas, esos no creo que vayan a ser bien recibidos en España. Pero si tú te mantienes firme con nosotros...

En ese momento en el que Altura buscaba las palabras precisas para tranquilizar a Juan Pedro, Palacios asintió.

—Nosotros seremos tus avalistas, tú sigue así, muchacho.

Los demás nos quedamos callados, advertidos ya de lo que había en juego: la fidelidad a la patria y el perdón. Yo me quedé observando por un instante al bravo capitán Palacios al que todos admirábamos, no sin un cierto temor reverencial por su gesto siempre seco y distante.

Su rostro mismo era de una gravedad que asustaba. Le tenía comida la moral a los rusos con su negativa a salir al trabajo. Tenía unas hechuras de pantera: alto y delgado en extremo. Era bastante calvo para su edad y en su cráneo se marcaban las venas y sus intenciones severas de resistir. Nunca le vi sonreír.

Cuando nos acostamos, me fui a la cama con la idea de que la preocupación de

Palacios era que nadie se pasara a los grupos soviéticos. Él estaba ya pensando en la vuelta a España mientras que muchos, por entonces, no creíamos en nada.

Al día siguiente por la noche, de vuelta del trabajo, se nos convocó para acudir a escuchar una conferencia sobre la situación de España que venía a darnos un comunista español. Según empezaba a indicarnos que teníamos que asistir a una conferencia, yo vi cómo se revolvía en su camastro —en el que ya se había tumbado— José Martín Ventaja, al que todos llamábamos Ventaja. Él era otro de esos españoles que destacaban con su sola presencia. No es fácil indicar qué elementos convierten a una persona en un hito singular que sobresale de entre todos los demás. Es ese aplomo, ese gesto apreciable de valor o carácter que buscamos los demás para fortalecer nuestro ánimo. Ventaja era un *condottiero* más fino que un cable, con una mirada profunda, inquisitiva, que muchos no eran capaces de sostener. Sus pómulos sobresalían menos que su recia mandíbula; los labios abultados dibujaban una boca bien proporcionada; su nariz era afilada y recta, lo que le daba un aire más incisivo. A su vez tenía la frente amplia y despejada.

Aquel lince de José Martín Ventaja se plantó ante el ruso que nos indicaba el camino de salida del barracón y le gritó en la cara:

—*¡Niet monsergas! ¡Niet ispanski comunista! ¡Al carajo con el cuento de España!* Si estamos nosotros aquí es porque el Bigotes no ha podido con el Caudillo.

El ruso se quedó parado apoyado en el dintel de la puerta sin entender nada más que no teníamos ganas de verle la cara al que fuera nuestro enemigo en España. Aquel gesto de duda propició que otros protestáramos diciendo que no queríamos ir a ningún sitio. Desde aquel día nunca más nos obligaron a asistir a las charlas del proselitismo soviético.

El tiempo se encargó de convencer a otros desertores de que tenían que hacer causa con los demás prisioneros y no prestarse a participar en las actividades de los prisioneros que se hacían llamar antifá o antifascistas. Estos —ya fueran alemanes, italianos, rumanos, húngaros, españoles, fineses..., que en la Rusia carcelaria había de todo, hasta japoneses—, bien pronto aprendieron la acusación soviética:

—*Fashiskaya! ¡Fascista!*

Este era el pretendido insulto constante, a lo que los españoles contestábamos siempre:

—*¡Niet fashiskaya! ¡Voluntario español contra el comunismo!*

Y sin embargo, a los españoles nos mantuvieron en grupos con otros compatriotas nuestros. ¿Por qué lo hicieron? Muchas veces me he hecho esta pregunta. Pero cuál fue la razón de que tuvieran aquella atención con nosotros. La verdad es que no había un motivo humanitario en aquella decisión de mantener grupos y barracones enteros

de españoles en los campos. La razón la he ido descifrando con el tiempo hasta comprenderla con toda claridad y certeza. Hoy no me cabe ninguna duda de que los rusos tenían intención de utilizarnos algún día como moneda de cambio con Occidente. Así sucedió con todos los prisioneros de guerra de otras naciones. Fueron dosificando la repatriación de distintos grupos y eso les permitía tener siempre esa carta en sus relaciones políticas con Europa y los Estados Unidos.

Barajarnos a todos los españoles en aquel infinito Archipiélago Gulag hubiera sido sencillo. Hubiésemos quedado diluidos a razón de un prisionero por cada *lager* hasta repartirnos en medio millar de campos, y aún restarían miles de campos de trabajo sin españoles. Los prisioneros de guerra éramos, en primer lugar, una herramienta para la reconstrucción de la Unión Soviética. Y éramos operativos si estábamos juntos. Un prisionero mezclado con extranjeros a los que no entiende no resulta útil para el trabajo. Necesita que alguien le traduzca las órdenes de los capataces, las instrucciones de los otros compañeros de barracón, las clases de adoctrinamiento político... Si nos hubieran mezclado con presos comunes —entre los que habitaban los terribles *blatnoi*, hampones y criminales de raza—, no habiéramos sobrevivido.

Pero los prisioneros de guerra éramos útiles en la política internacional de la Unión Soviética. Demostrar que estábamos vivos desmentía cualquier acusación de crímenes contra la humanidad que se hiciera contra Rusia. Ya era consciente Occidente del telón de acero que había caído en toda la Europa ocupada por el Ejército Rojo. En los albores de la guerra fría nosotros fuimos una coartada del humanitarismo de la Unión Soviética. Y quizás eso, y solo eso, nos salvó. No nos dejaron morir para poder decir al mundo que ellos no eran el diablo que se pintaba. Y durante mucho tiempo el mundo creyó a los rusos.

XXIV

Las charlas del comunista español, al que todos llamaban Igor, no tenían desperdicio. Pepe Ventaja había decidido —con su plante— por muchos de nosotros. Pero otros vecinos de literas, como Julián el Segoviano y Eusebio Calavia, sí acudieron a la conferencia; de vuelta nos refirieron algunas de las perlas de la propaganda soviética.

—¿Qué os han contado en el club? —le pregunté con cierta sorna a Julián.

—Pues estaba ese murciano comunista al que llaman Igor y nos ha dicho de todo, de todo. Ha empezado contando que tropas comunistas siguen combatiendo contra Franco en los Pirineos. Los ha llamado partisanos españoles de la resistencia.

—¿Pero no decían que ya gobernaba la Pasionaria? ¿En qué quedamos? Así que ahora andan luchando todavía. ¡Vamos, que la guerra de España no ha terminado! ¡Venga ya, Julián! —le respondí.

—Que yo solo te cuento lo que nos han dicho, no te pongas así.

Yo me encogí de hombros mientras que Eusebio Calavia tomó el relevo:

—Tú fíjate las barbaridades que ha dicho este tío. Pero lo gracioso es que alguno de los desertores ha estado duro con él, porque, claro, le han preguntado que cuándo se los llevan para Moscú. Igor no ha sabido qué responder.

—¡Eso, eso! ¿No se los iban a llevar a Moscú y les iban a dar casa y trabajo? —preguntó Ventaja.

—Luego nos ha estado explicando todo el sufrimiento del pueblo ruso durante la guerra —siguió contando Eusebio— y que se estaban investigando los crímenes cometidos contra la población civil por parte de los españoles.

—¡Eso lo dicen para amedrentar al personal! —Saltó desde su jergón Venancio—. ¿Pero no os dais cuenta de que todo lo tienen estudiado? ¿Qué crímenes contra la población rusa ni qué ocho cuartos? ¡Ya nos habrían fusilado!

—Pues ha estado dando detalles del expolio español de los tesoros rusos. Que muchos españoles han robado a las familias rusas sus viejos iconos y que eso es una vergüenza para un pueblo que se llama cristiano... Ha dicho que los españoles nos hemos llevado valiosos trofeos de guerra, en concreto ha mencionado, fíjate la poca idea que tiene, que nos llevamos la cruz de Novgorod.

Para ese momento la conversación se había animado tanto que ya estábamos arrimados en pequeño corro más de una docena de españoles. El relato de las tremendas mentiras comunistas nos parecía muy entretenido y muy enojoso al mismo tiempo. Nos consolábamos en aquel fondo del barracón con un chai (té ruso), que éramos capaces de hacer en un improvisado samovar de latón. Algunos permanecían sentados en la litera de arriba, otros en la de abajo, y los más en el suelo. En este discreto deleite andábamos cuando apareció por allí el zascandil de Miguel Ángel

Barrero y paró, como buen torero, aquellos embustes.

—¡Quieto ahí, Eusebio! Me vas a contar eso de la cruz de Novgorod, que de eso os puedo referir con pelos y señales lo que sé, porque estaba yo allí. Cuenta Eusebio lo que han dicho de la cruz.

Era costumbre entre los más veteranos de la división presumir de aventuras del frente de Novgorod. Muchos de los que habían sido hechos prisioneros tras la batalla de Krasny Bor en febrero del 43 —y que eran la mayoría de los españoles— no habían conocido nuestro frente del Vóljov, al que habíamos llegado los primeros voluntarios en octubre del 41. Por eso, cuando los viejos guripas de la primera hornada nos encontrábamos, no podíamos evitar ciertos adornos de la memoria delante de los menos veteranos.

—Bueno, yo también estuve en Novgorod, pero nunca oí hablar de esa cruz, ni de los otros tesoros que dicen que nos hemos llevado. Nos contó que se trataba de la cruz de la iglesia de Santa Sofía de Novgorod y que es muy importante para los rusos —dijo Eusebio.

—Bueno, eso tiene su historia. Porque resulta que el día del Corpus de 1942 estaba yo en el kremlin de Novgorod cuando los rusos dispararon con un cañón muy largo, del veinte o así, no una, sino cuatro o cinco veces seguidas contra la iglesia de Santa Sofía. ¡Y acertaron todas! ¿Qué os parece? ¿Así que sí nos hemos llevado la cruz y los tesoros rusos? ¡Pues vaya cuidado que tenían ellos con la casa de Dios!

—Tienes razón, Miguel Ángel, que vengan ahora con los lamentos. Yo no he visto a nadie quitarle un icono a un ruso. ¿O es que los españoles fuimos a Rusia pensando en los iconos?

—Aquella tarde de junio me encontraba yo en el kremlin —dijo Miguel Ángel refiriéndose a la fortaleza de Novgorod en el casco antiguo— cuando empezó un cañoneo insolente. Eran zambombazos del veinte y medio, nada de morteros ni pepinos pequeños. Allí me veo yo solo y me voy a meter debajo de una cubierta donde estaba reunida toda la plana mayor de los zapadores. «Oye, chaval, ¿qué haces tú por aquí, qué se te ha perdido?», me preguntó un oficial. Antes de que pudiera yo responderle, sentimos que el bombardeo impactaba en la catedral. Y siguieron disparando a la iglesia de Santa Sofía. Ninguno de nosotros parecía entender que los rusos quisieran demoler una de las iglesias más veneradas y antiguas de toda Rusia.

»Cuando cesó el fuego, el capitán Aramburu Topete me puso a recoger aquellas cosas que se podían salvar de entre los escombros. Tomé, con otro zapador, la cruz de la cúpula mayor, la de la catedral de Novgorod. Una pieza muy llamativa de cobre o bronce dorado, de considerables dimensiones, algo así como dos metros y medio de altura, y —aunque de factura un poco tosca— hermosamente rematada por unos círculos en los extremos y una paloma en la parte superior.

—Bueno, pues ya os seguiré contando la historia de la cruz de Novgorod, pero ¿a que no te puedes imaginar que a un camarada de nuestra compañía le tocó en suerte acompañar la cruz en su transporte a España? —me preguntó Miguel Ángel.

—¿Y quién pudo ser el afortunado? —inquirí, curioso.

—¡Pues el gitano cantaor, Camero! —exclamó Miguel Ángel.

A lo que Julián el Segoviano, que había estado callado escuchando el relato protestó incrédulo:

—¡Venga ya, un gitano llevándose la cruz de oro de Rusia!

Nos reímos todos con el salto que había pegado la conversación.

—¡Qué oro ni qué gaitas! ¡Una cruz muy antigua, pero de oro nada! —exclamó Miguel Ángel.

—¿Qué cofradía es esa de llevarse la cruz a España con saeteros y todo? —Quise saber yo.

—Que te lo cuente Ventaja, que es quien lo sabe y el que me lo contó a mí. A mí para entonces ya me habían cogido los rusos.

José Martín Ventaja se encontró con el compromiso de relatar cómo era posible que nuestro cantaor se volviera a España con el servicio de acompañar a la dichosa cruz de Novgorod.

—Pues nada, Pepe —contestó Ventaja con desgana—, ya os lo contaré mañana que esta noche estoy muy cansado.

Y en ese punto muerto quedó la historia, a la espera de que se reanudara en una próxima entrega.

* * *

La noche siguiente comencé yo a dar juego para preguntar por la extraña historia de aquella cruz de Santa Sofía de Novgorod que se fue para España. Seguía perplejo de la suerte que tenían algunos para volverse a casa con cualquier excusa.

—Cuéntanos, Ventaja, cómo es eso de que Camero se fue con la cruz para España.

—Pues te confieso, Pepe —contestó él—, que más te valía haber sabido cantar que ninguna otra cosa. Porque con el cuento de lo bien que cantaba el gitano se fue licenciado con la cruz de Novgorod. Vamos, que hasta le pondrán una medalla al mérito militar.

—¿Y qué tendrá que ver? —Reconvine yo—. Aunque cantando Camero era un jilguero, eso hay que reconocerlo, ¡ay, qué forma tenía de cantar! Si es que hasta a los que no les gustaba el flamenco se quedaban con la boca abierta.

—Pues eso, que más te valía cantar que andar de enlace o de cabo. El teniente al que asistía lo tuvo que ceder cuando el comandante Bellod dispuso que debía acompañar al brigada de zapadores, un tal Iglesias, para transportar la cruz hasta Burgos.

—Al final, Gamero se chupó casi dos años de campaña. No pudo volver antes, porque cuando estaba para marchar, se echó encima lo de Krasny Bor. Pero inmediatamente después volvió, y como os cuenta Ventaja, ¡y en transporte de

primera!

Así quedó desmentida para nosotros la falsa historia del expolio español del patrimonio ruso y, muy en concreto, el curioso caso de la cruz de Novgorod.

* * *

Muchos años más tarde, vuelto ya de la vida sobre los papeles viejos, los recortes amables del periódico, esos que fueron amarilleando y su tacto se volvió de algodón, me he encontrado con una hoja arrancada en su día y guardada —sin saberlo— para que hoy arrojase toda su luz. Es la carta que escribió el comandante Alfredo Bellod —jefe del batallón de zapadores y del que nos había hablado Miguel Ángel Barrero en Rusia— al coronel Troncoso, jefe de la Academia de Ingenieros:

En campaña, a 31 de enero de 1943

Señor don Luis Troncoso Sagrado Burgos

Mi querido amigo:

Esta vez me corresponde enviarte un regalo que hace el batallón de zapadores de la División Azul al arma de ingenieros. Antes te haré un poco de historia.

Al estabilizarse el frente en el río Vóljov y lago Ilmen, correspondió a la división española establecerse en la ciudad y pueblos adyacentes de Novgorod y al puesto de mando del batallón de zapadores en el kremlin, esto es, en la fortaleza, reducto o cogollo de Novgorod, en cuyo recinto existía una magnífica iglesia con cinco cúpulas de bulbo, con cinco cruces por remate. La cúpula central de cobre dorado toda ella reflejaba como un ascua la luz del sol, asimismo eran doradas las cinco cruces. Durante siglos fueron testimonio de la religiosidad de un pueblo, y después, no solo respetadas, sino también custodiadas y defendidas por zapadores españoles. Con frecuencia el enemigo bombardeaba el kremlin sin que, por fortuna, tocasen los

disparos a lo más valioso que en él existía, que era la iglesia. Pero eligiendo un día simbólico, el del Corpus Christi, 4 de junio de 1942, un intenso bombardeo con artillería del 20,3 destruyó la iglesia hundiendo dos de sus cúpulas, la central y una de las laterales, deteriorando las otras y ocasionando bajas en el personal.

El batallón recoge la cruz caída y quiere elevarla de nuevo sobre las multitudes y pretende que sea en Burgos, donde sirva de remate a la capilla que en su día tenga la Academia del Arma de Ingenieros. Los que supieron respetarla y defenderla, quieren ahora conservarla y elevarla de nuevo como símbolo y guía de las futuras generaciones de oficiales.

Aprovecho la repatriación de unos sargentos y soldados de zapadores para que la lleven a España y la entreguen a Insausti en San Sebastián. Tú verás el medio de llevarla a Burgos. Va despiezada; consérvala y en cuando tenga ocasión te enviaré al maestro de taller que la desmontó en numerosas piezas y que sabe reconstruirla.

Tan pronto como la recibas, te agradeceré me lo digas para nuestra tranquilidad.

Muchos recuerdos a todos y para ti un afectuoso saludo de tus subordinados y compañeros en cuyo nombre te escribo.

Alfredo Bellod

En enero de 1947 nos trasladaron desde Potma hasta Jarkov, en Ucrania. No era la primera vez que viajábamos con la promesa de la repatriación. Aquel transporte lo hicimos engañados, nos dijeron que viajábamos hacia nuestro reagrupamiento definitivo antes de volver a España.

La ruta elegida, en dirección al mar Negro y al gran puerto de Odessa, nos hacía albergar la ilusión de nuestra liberación. Por eso, cuando al llegar a Jarkov nos acomodaron en el segundo piso de una gran fábrica de maquinaria agrícola, sentimos un hondo desconsuelo. Habíamos sufrido otra mentira grande y cruel. La fábrica se llamaba Serp i Molot, que en ruso quiere decir hoz y martillo. Un nombre apropiado para una atronadora factoría que trabajaba las veinticuatro horas. A los pocos días fuimos asignados a distintas brigadas de trabajo.

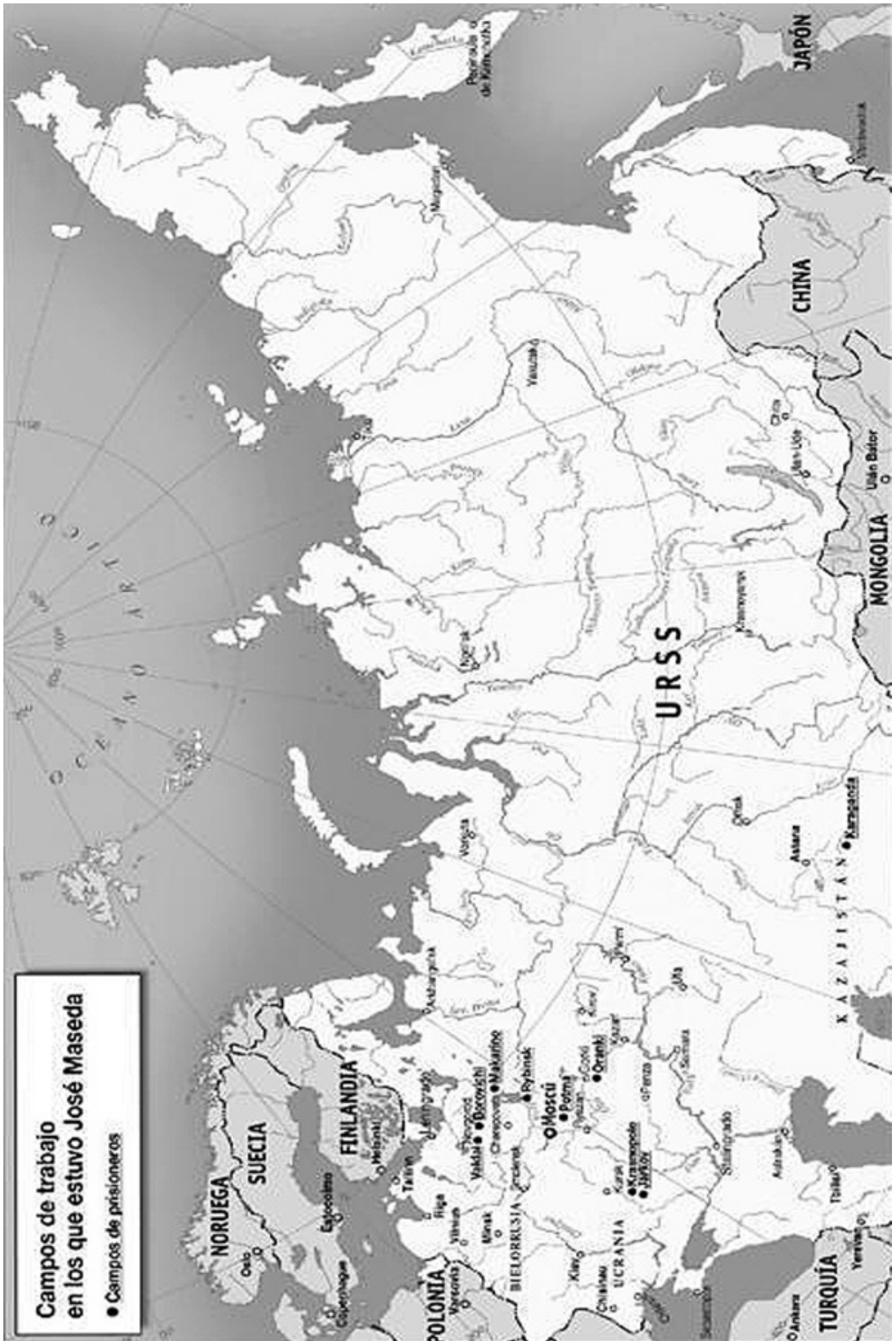
De aquella época solo tengo un recuerdo dulce: el de haber trabajado codo con codo con obreros civiles. La mayoría eran mujeres muy resignadas y jóvenes ucranianas. Allí pudimos hacer pequeños intercambios con ellas; así, por ejemplo, cambiábamos algo de nuestro pan por zanahorias suyas y otras verduras que de otro modo no podríamos consumir. Pero lo más gratificante fue poder convivir con unas mujeres que no eran prisioneras. Ellas se mostraban contentas y asombradas con nuestro carácter. Tratábamos de explicarles cómo era la vida en España y si había algo que no se creían era que una persona pudiera cambiar de residencia y viajar sin tener que pedir permiso. Por aquella época nos empezaron a dar una paga de risa y hasta pudimos hojear alguna prensa soviética, el *Izvestia*. Así nos íbamos haciendo una idea algo aproximada de la realidad. Para ello nos bastaba con interpretar los titulares con el sentido justamente contrario al de sus redactores. De esta forma, las noticias que pretendían indicar lo buenas que eran las relaciones de la Unión Soviética con Yugoslavia, Checoslovaquia o Hungría nos llevaban a pensar que algunos problemas tenían con las nuevas naciones satélites.

Conocimos allí a un prisionero húngaro al que llamábamos Francisco, según nuestra costumbre de españolizar los nombres para que nos resultaran más fáciles. Este tal Francisco había estado luchando en las Brigadas Internacionales en nuestra guerra. Hablaba bastante bien español y nos reconocía haber llegado a ostentar algún cargo en el Partido Comunista —años más tarde—, al terminar la guerra europea, que ahora todo el mundo llama la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo que me hablaba de toda aquella geografía de la batalla del Jarama que yo no había vivido: del cerro Pingarrón, de La Marañososa y del puente Pindoque, de Arganda y Perales de Tajuña, de Chinchón y Colmenar de Oreja... Conocía aquella comarca madrileña mucho mejor que cualquiera de nosotros.

—¿Y qué se te perdió a ti en España? —Nos metíamos nosotros con él.

—A mí se me perdieron muchos camaradas —trataba él de contestar sin mucho acierto.

—No, no, ¿que para qué fuiste a España, para qué viniste a nuestra guerra? —le insistíamos.



—Pues para lo mismo que ustedes vinieron a Rusia.

Yo me quedaba callado pensando que el hombre tenía alguna razón, pero otros españoles protestaban:

—No compares, hombre, nosotros hemos venido aquí por nuestra patria...

—¡Ah, la patria, la patria...! —declamaba, entornando los ojos—. Me conozco esas palabras. La patria es la coartada de los ambiciosos de la política. Sacrificaos vosotros por la patria mientras yo hago carrera de ministro.

Guardábamos silencio entonces, siendo conscientes de que no le faltaba razón al húngaro.

Las condiciones de vida en aquella factoría eran realmente penosas. Habían pasado ya más de cinco años desde que nos hicieran prisioneros y yo ya había perdido toda ilusión por volver a España. Nos habían engañado demasiadas veces con que nos iban a devolver a casa y habíamos visto marcharse a muchos prisioneros de otras nacionalidades: alemanes, italianos, rumanos, húngaros... En Jarkov tuve que recibir una dolorosa noticia: el bueno de Venancio había muerto en Makarino. Me lo contó el capitán Oroquieta que le había atendido en su lecho de muerte.

—Venancio estaba muy enfermo sin que supiéramos qué mal padecía. Sufría unas fiebres altísimas que lo acaloraban sobremanera y le hacían delirar. En el barracón le iba asistiendo como podía: refrescándole la frente cuando le subía la fiebre y tapándole cuando le entraban las tiritonas. Trataba de animarle diciéndole: «Vamos, Venancio, que tú eres el más fuerte. Ya verás como el día menos pensado nos mandan para España». Pero aquel ejemplar soldado que era Venancio se había convertido en un hombre frágil. Era todo pómulos, nariz y aquellos ojos azules, los que me asombraban porque a veces miraban como un niño.

—¡No me diga más! —le rogué al capitán Oroquieta.

Se quedó callado un momento y luego me dijo algo que me dejó meditando:

—¿Sabes una cosa que no se me quita de la cabeza? Para Venancio hubiera sido mejor que le hubieran fusilado el día que le hicieron prisionero.

—¡Ah! Entonces él le contó cómo nos hicieron prisioneros, ¿verdad? —le pregunté a nuestro capitán.

—Así es —dijo, asintiendo con la cabeza—. En las últimas semanas me habló mucho de ti, Maseda. Venancio decía que eras un magnífico camarada. Te apreciaba de verdad...

No reuní valor para escuchar más; tuve que salir fuera del barracón en busca del aire que necesitaba respirar. Me quedé apoyado en la puerta, ya era de noche y brillaban las estrellas. Pensé que eran tristes aquellos luceros de Rusia y, sin embargo, eran los mismos de España. Me consolé en la idea de que a ninguno de nosotros nos es dado conocer el sentido de nuestra vida. Pensé que deberíamos tratar de vivir con el mismo afán que Venancio, con la misma alegría que Miguel Ángel Barrero, con la

misma fe resuelta de Martín Ventaja, con la indolencia de Victoriano, con la templanza y entereza del capitán Oroquieta, con la serenidad de Eizaguirre... Dios nos proveía de hermosos y cercanos ejemplos para sacar fuerzas.

A las pocas semanas, mi ánimo se nubló de nuevo sin conocer el motivo. Si al menos pudiera dar fe de estar vivo a los míos. Si pudiera dar a mi familia la noticia de que sobrevivía. No obstante, eso no era posible. ¡Los españoles éramos los únicos a los que no se permitía mantener correspondencia con los nuestros! Sería el mes de septiembre del año 47, mientras el tibio verano ruso ya declinaba, cuando entré en ese estado de indolencia que le es propio a aquel al que ya no le importa nada. Ese regalo que es el verano en Rusia se había marchado y se anunciaban ya las largas noches de invierno. El cautiverio era ya toda mi vida. Habían desaparecido aquellas esperanzas primeras del prisionero reciente que fui —aquel que ya casi no reconocía, el del 43—, que aún pensaba que podría ganarse la guerra; las esperanzas del prisionero sobreviviente a Makarino y a la isla de los Setenta —el del 44 y 45—, que confiaba en que el final de la contienda pondría fin a la condena, en la creencia de que Rusia entendería que España no había sido nación beligerante; las ilusiones de aquellas primeras comitivas de repatriación habían sido tan grandes, que cuando comprobamos que eran un engaño —una despiadada mentira para facilitar traslados y recrearse en nuestro tormento—, ya habían hecho de mí un hombre inerme, solo preocupado por la comida y el descanso. No existía ya otro horizonte ni otro pensamiento. Me apartaba de la cabeza las imágenes de mi hermano Ramón, de mis padres, de mis hermanas, de los veranos en Rueda... Me daba un golpe en la cabeza para recordar que no tenía que recordar. A pesar de todo, nunca dejé de rezar, ni una sola noche dejé de pedir a Dios que me diera fuerzas.

También yo llegué a pensar que si nos hubieran matado habrían tenido más piedad con nosotros que manteniéndonos de aquella manera: escondidos del mundo, perdidos, entregados solo a la tarea de producir y cumplir la norma.

* * *

De Jarkov nos sacaron unos meses más tarde y, como siempre, sin dar ninguna explicación de adónde nos llevaban. Y, al igual que tantas otras veces, nos subieron a un tren-cárcel en el que malviviríamos durante más de veinte días. ¡Se dice pronto, más de veinte días en una celda dentro de un vagón de tren! Esta vez tuvimos la oportunidad de poder leer los letreros de todas y cada una de las estaciones por las que fuimos pasando. Y hasta llegamos a saber en qué localidades permanecíamos en alguna vía muerta retenidos durante largas horas. Muy contadas veces nos permitieron bajarnos. Nos consolaba pensar que la ruta que seguimos pudo haber sido más siniestra. Al fin y al cabo, evitábamos los temidos destinos en las regiones del extremo norte, o aquellas otras de la inmensa Siberia: Vorkutá, Yakutia o Kolimáv..., naciones enteras consagradas a la explotación de los hombres, rodeados tan solo por

los fríos perpetuos. Sabíamos que allí los campos ni siquiera tenían vallas; no hacían falta.

Sin embargo, el tren, una vez que llegó a Moscú desde Jarkov, siguió una ruta más templada: Gorki (hoy Nizhni-Novgorod), Kazán, Ufa, Cheliabinsk, Petropavlovsk...

El destino era Karaganda, la localidad que da nombre a una buena porción de campos de trabajo en Kazajstán.

En Karaganda pude recuperar la moral. Nos asignaron los duros trabajos de la obra de distintas edificaciones, pero eran más llevaderos que los que habíamos sufrido en la fábrica de Jarkov. De Karaganda resultó una amistad más estrecha con los prisioneros de guerra alemanes. Salíamos juntos a los trabajos que nos tenían asignados en la construcción de nuevos pabellones y compartíamos las largas jornadas de trabajo. Aunque los brigadieres y vigilantes trataran de mantenernos siempre ocupados, sin tiempo para hablar con otros prisioneros, la larga condena no podía impedir que charlásemos con los demás. Los alemanes tenían bien ganada su fama de buenos albañiles y constructores. Aún a día de hoy, en muchas ciudades rusas se presume de vivir en las casas que construyeron los alemanes.

Había un alemán robusto y risueño al que cariñosamente llamábamos Carlitos, pero que en realidad se llamaba Karl Riederer. Nos lo habían asignado en nuestra brigada para que hiciera las veces de maestro de obra. Tal era su ojo y su finura para decir por dónde había que levantar las paredes, para preparar la cantidad justa de mortero y para dar remate a los trabajos.

Carlitos Riederer hablaba algo de español. Suponíamos que, por su edad, podría haber estado con la Legión Condor en nuestra guerra, pero él nunca nos lo reconoció. Se apreciaba en su aspecto que había sido un joven grueso y muy fuerte. Le quedaban las hechuras de un hombre recio de mediana estatura, con un cuello corto y fuerte y una cabeza grande. De su cara destacaban unos labios muy abultados y sus ojos azules que hablaban con música propia, porque Riederer era muy simpático y su mirada se le iluminaba al hablar. Le gustaba estar con nosotros porque decía que los españoles le contagiábamos nuestra alegría.

—Mira, Carlitos, tú pronto te vas a casa —le decíamos con resuelto ánimo.

—No lo creo —nos contestaba lacónicamente.

—Pero ¿no ves que os están devolviendo a todos?

—No, amigo, nadie sabe por qué a unos sí y a otros no. Los prisioneros alemanes estamos divididos. Y a su vez, ellos nos tienen marcados: que si los del este, los del oeste, los de Berlín; los que se llaman antifá de la Freie Deutschland; los que no decimos nada; los que nunca podrán sobrevivir; los que consideran que trabajaban para el partido; o los que eran soldados de las Waffen SS...

—Pero tú no eres de esos. ¿No ves la confianza que te dan? —insistíamos nosotros para darle ánimos.

—Con la expectativa de la repatriación nos tienen bien exprimidos. Somos más

rentables, producimos más y somos más sumisos, porque a un puñado de alemanes los mandaron ya a casa.

Y tenía razón. Nosotros teníamos la esperanza puesta también en la repatriación de los alemanes. A falta de correspondencia con nuestras familias solo nos quedaba una forma de enviar señales de vida, y era confiar que algún prisionero alemán o italiano al que repatriaran pudiera mandar noticias a nuestras casas.

Al caer la noche y acabar la jornada de trabajo en la obra, acudíamos a devolver el material asignado. Desde las plomadas hasta los picos, todo debía ser restituido por el responsable de cada cuadrilla. Después comenzaba el primer recuento. Formábamos por brigadas, como siempre, en columnas de cinco en fondo, y quedábamos esperando en el frío a que todo cuadrara. Una vez dada la orden de marcha, caminábamos como autómatas, siempre a la misma distancia, siempre sin separarnos un paso a la izquierda o a la derecha, siempre en prudente silencio. Con la cabeza solamente puesta en la cena, en la confianza de haber cumplido la norma y habernos ganado el alimento. El recuento se repetía antes de entrar en el campo. Allí éramos registrados por varios vigilantes que, de forma aleatoria, elegían a algunos, según les parecía. La entrada en el campo se demoraba desesperadamente hasta que podíamos acudir a buscar la cena.

Una tarde comencé a instruir a mi paloma mensajera, mi buen amigo Karl Riederer.

—Mira, Carlos, yo sé que te van a liberar. Tengo mucha confianza. Cuando suceda, yo te pido un favor muy, muy grande. Tú tienes que aprenderte una dirección que te voy a dar. Cuando estés en Alemania escribes una carta a esa dirección. Escríbela en alemán, no te preocupes, que ya encontrarán los míos quien se la traduzca en el palacio de Santa Cruz. Tú escribes la carta y si en dos meses no tienes noticias, la repites a esta otra dirección. Es muy fácil. Mi familia lleva más de seis años sin tener ninguna noticia de mí. Ni siquiera saben si estoy vivo.

—No te preocupes —asentía el amigo alemán—. Pero yo te pido lo mismo si tú sales antes que yo, Pepe.

—Pero si tú ya recibes cartas de tu casa y les puedes escribir una carta cada dos meses —le insistía yo para que viera cuánto más importante era mi encargo.

—Sí, sí, yo te escribo las cartas, pero tú también escribes a mi familia. ¿De acuerdo?

—Claro que sí, Carlos, faltaría más. Pero tú escucha con atención y apréndete esta dirección en la cabeza, que no te van a dejar que saques ningún papelito del campo: «Ramón Maseda. Carrera de San Francisco, 7. Madrid. Spanien». ¿A que es fácil? Si la olvidas, la mandas a la familia de José Maseda Castro a la embajada de España en Alemania. Y si no tienes respuesta, la siguiente dirección es más fácil todavía: «Familia Castro. Rueda. Valladolid», que es la familia de mi madre en el pueblo. Con esas señas basta. Si tú haces esto por mí, toda mi familia y yo te quedaremos eternamente agradecidos.

Y cada mañana, cuando nos veíamos en la obra, trataba yo de esperar el momento en que estuviésemos solos y le preguntaba la dirección:

—Carlos, dime mi dirección de Madrid.

—Herr Ramón Maseda. Carrera de San Francisco, 7. Madrid. Spanien —me respondía él con naturalidad.

No quería yo que le calentáramos todos la cabeza al mismo alemán. No fuera que se juntara con tantas direcciones, apellidos y nombres que los trastocara y no pudiera cumplir su misión. Tampoco podía confiar aquel favor a un solo prisionero, porque bien podría ocurrir que este no fuera nunca liberado, falleciera, enfermara, o simplemente no cumpliera con su promesa. Así que repetía mi táctica con algún húngaro, algún italiano y algún otro alemán. Confiaba en que tarde o temprano un rayo de esperanza brillara en el corazón de mi madre, que se llevaría la carta a su pecho y la besaría dando gracias a Dios. Y tengo que decir que de los prisioneros a los que les pedí el favor de dar noticias mías a la familia, al menos cuatro fueron liberados. Pasaron unos años hasta que pude saber si habían cumplido o no la misión.

* * *

Hay cartas que no se olvidan. Las cartas que dan razón de un amor que ha prendido; las que comunican que se ha concedido una beca, una pensión o que se ha ganado un empleo; las que dan noticia de un nuevo niño... Pero ninguna carta llega a alcanzar el valor de las que recibieron los míos en España en las que se les decía, ni más ni menos, que yo estaba vivo en un lugar remoto de la Unión Soviética, en el nordeste de Kazajstán.

Herr Ramón Maseda
Carrera de San Francisco, 7
Madrid

Düsseldorf, a 25 de mayo de 1949

Muy señor mío:

Es para mí una noble satisfacción el poder enviarle esta carta para darle noticias de su hijo José, con el que he convivido en Karaganda, Rusia. He de decirle que estuve con él hasta que nos repatriaron a Alemania a principios de año. Si no he podido escribirles antes ha sido porque el viaje desde Karaganda hasta Düsseldorf ha llevado varios meses. Le prometía su hijo que, tan pronto como llegara a Alemania, les daría noticias suyas. Él quiere que sepan que se encuentra bien de

salud, en la compañía de otros camaradas españoles, y que no deja de rezar para que llegue el día en que pueda reunirse con ustedes.

Tengo que decirles que el comportamiento de su hijo, como el de casi todos los españoles prisioneros en Rusia, ha despertado la admiración y el respeto de todos los que hemos convivido con ellos. Se han mantenido fieles a su fe católica y no han renegado de su amor a España. Aunque alguno pueda flaquear o sufrir enfermedad, los demás españoles le ayudan a sobreponerse. No existe un grupo de prisioneros más unido que el de los españoles.

Confío en que José tenga la misma suerte que he tenido yo, al poder reencontrarme con los míos. Disculpen si no puedo extenderme más, pero tengo que escribir también a otras familias de prisioneros que aún siguen en Rusia. Quedo a la espera de recibir su contestación para saber que han recibido esta carta, y con ella, la noticia de que su hijo se encuentra fuerte de salud y moral.

Les envío un afectuoso saludo.

Karl Riederer

Y como buen alemán, una copia la envió a Rueda a la dirección de la familia Castro. La dirección que puso tenía su miga, porque decía sin más: «Castro. Rueda. Spanien».

Y con esas tres palabras el alemán cumplió a rajatabla su compromiso. No esperó a recibir respuesta a la carta dirigida a Madrid. Escribió la misma sobre un papel calco que le sirvió para enviar su copia a Rueda. Mi preocupación había sido que mi familia, en los siete años transcurridos, hubiera cambiado de dirección. Lo de Rueda era más sencillo, porque la familia de mi madre era bien conocida en el pueblo y no hacía falta indicar calle alguna.

La carta del alemán fue la primera noticia que mi familia recibía en esos años, por lo que supuso para ellos un motivo de alegría inmensa. Pero supo a poco. Se quedaron mis padres con la idea de que era una carta algo fría, que no daba ningún detalle sobre mis días. Nada sabían de mis otras circunstancias, de mis trabajos, de mis pensamientos, solamente que estaba bien. Y reconocían que no era poco, que era un certificado que daba fe de vida de su hijo.

Por eso respondieron muy pronto, a los pocos días le enviaron otra carta que conservo, porque el amigo Riederer me la mandó a España muchos años después para

que yo supiera qué habían respondido los míos.

Madrid, a 13 de junio de 1949

Querido señor Riederer:

No sabe usted la emoción con la que recibimos su carta, no falta de temor por recibir malas noticias. Pero la suya era una carta de resurrección de nuestro hijo José. Porque nos ha hecho saber que está vivo después de estos siete años en los que no hemos tenido ni una sola noticia de él. Pues la única comunicación que tuvimos fue la que nos dio el ejército en abril de 1942 de que había caído prisionero. Figúrese que nos ha dado la alegría más grande que hayamos podido tener en nuestra vida. Por eso mismo, nuestro agradecimiento hacia usted es tan grande que ya le tenemos en nuestros pensamientos y oraciones como si fuera un hijo.

Confiamos en que haya encontrado a los suyos como deseaba y que ellos, a su vez, se sientan tan felices como soñamos nosotros que seremos el día que nos reunamos con José. Quisiera que le mandara a los suyos nuestra felicitación, que sepan que esta familia española se alegra de corazón de que por fin puedan ver en casa a su hijo.

Quisiéramos pedirle un favor y confiamos en que lo pueda atender cuando bueramente encuentre tiempo. Sabemos que tendrá muchos compromisos; muchas otras familias esperan noticias de ustedes, los que ya han sido repatriados. Pero nos haría mucha ilusión que nos contara algo de las cosas que dice, de cómo afronta sus tareas, de qué compañeros tiene a su lado. En fin, cualquier cosa que nos diga será para nosotros muy apreciada.

Rogamos sepa comprender el favor que le pedimos, y que se tome algún tiempo en atender a sus asuntos.

Le enviamos un abrazo muy grande y que sepa que tiene en Madrid y en Rueda más de dos casas que son ya suyas.

Ramón Maseda Elvira Castro

Ahora que he puesto estas cartas seguidas, y que he leído una después de la otra, comprendo que la primera carta de Karl Riederer es la de un cauteloso soldado alemán. Amigo, porque fue siempre amigo y camarada, pero cumplidor de su obligación antes de nada. No quiso dar más detalles de mi vida en Rusia para que no pudieran ser motivo de desconsuelo o preocupación. Casi podemos pensar que hizo

una carta que le pudiera servir para las familias de todos los prisioneros a los que había de dirigirse. ¿Cómo iba a decirles a los míos que comíamos un chusco de pan mohoso y aquella *kasha* que era agüilla sin grasa o pescado alguno? ¿Cómo iba a decirles que nuestros calcetines eran jirones de trapos viejos? ¿Cómo les iba a contar que pesaría yo cincuenta kilos (veinte kilos menos que lo que pesaba al salir de España)?

Sin embargo, la carta de mis padres era la de una familia española que agradecía, como se merecía, aquel milagro del correo. En esa carta —redactada por mi madre, aunque con el pulso de mi padre— se dice de corazón que ese muchacho alemán ya es un hijo de nuestra familia y que tiene en España lo que necesite. La respuesta del alemán no se demoró demasiado y tampoco era demasiado alegre, como se puede ver:

Herr Ramón Maseda
Carrera de San Francisco, 7
Madrid

Düsseldorf, a 5 de agosto de 1949

Muy estimados señores:

Es para mí un orgullo y una satisfacción el saber que mi carta les ha proporcionado tanta alegría. Quisiera que comprendieran que asumí el compromiso de comunicar con muchas familias, habiendo aprendido las direcciones de memoria, pues no nos dejaron salir con notas del campo. No estaba seguro de que las direcciones fueran correctas por lo que, siguiendo las instrucciones de José, estaba dispuesto a mandar una carta a la embajada española para el caso de no recibir de ustedes contestación.

Mi llegada a Düsseldorf no fue tan feliz como yo hubiera querido. Pero lo cierto es que, como los prisioneros alemanes sí hemos tenido alguna correspondencia, yo ya sabía que el reencuentro no sería el deseado. Mi padre murió en un bombardeo en el año 45. Y mi hermano pequeño desapareció en el frente de Stalingrado, por lo que solo mi madre conserva aún alguna esperanza de que él siga con vida.

De su hijo Pepe tengo que decir que es un magnífico compañero. Conserva buena salud aunque está flaco, como todos allí. La comida no es buena, pero ya se han acostumbrado. Cuando le conocí él trabajaba de albañil

y daba la impresión de que había estado siempre en la obra. Los españoles son muy apreciados en la construcción y están más contentos en estos trabajos porque pueden hablar entre ellos todo el tiempo. No recuerdo con exactitud los campos por los que ha pasado, pero sé que estuvo también en Potma, trabajando en la madera. De sus camaradas españoles le puedo decir que está con Félix Alonso, que es de Salamanca; con Carlos Bouzas, de Lugo; con Isidro Cantarino, de Valencia. Y de los oficiales, allí todos estaban muy unidos al teniente Altura, que ha sido todo un caballero. Otros nombres españoles, pero de los que no puedo precisar su origen, son José Martínez, Miguel Ángel Barrero, Francisco Navarro, y uno que llaman el Portugués.

Yo quisiera animarles para que no pierdan la esperanza de recibir pronto a su hijo, pues tarde o temprano los españoles serán también repatriados. No dejen de hacer las gestiones ante su gobierno, ante la Cruz Roja, ante la Iglesia, ante los organismos y legaciones extranjeras que les puedan ayudar. Es muy importante que la comunidad internacional sepa que aún hay prisioneros de guerra secuestrados en Rusia. Quedo a su entera disposición y les envío un afectuoso saludo, agradeciéndoles todos sus ofrecimientos. No duden en que si pudiera ir a España iría con gusto a visitarles.

Karl Riederer

Y en esta misma línea también recibieron los míos cartas de un teniente italiano, Gianlucca Infante, de Salerno; y del soldado alemán Wilhelm Herschel, desde Karlsruhe. Fueron cartas de aliento y esperanza, de compasión y camaradería. Nunca olvidé el favor que me hicieron aquellos hombres al darle a los míos esa noticia de vida que tanta fuerza les proporcionó. Terminada la odisea del cautiverio tuve la dicha de poder comunicar con ellos y darles personalmente las gracias. Y no he dejado, cada año, al llegar la Navidad, de felicitarles las Pascuas.

XXVI

La Nochebuena de 1949 habría de resultar la más dulce. La pudimos celebrar muchos españoles a los que nos fueron concentrando en el campo que dimos en llamar Chinchilla. Alguien le puso el nombre de Chinchilla al campo de Borovichi 1. Dicen que fue José Luis Carretero, un muchacho de Albacete que provenía de la Escuadrilla Azul, el que dijo aquello de: «¡Hace más frío que en Chinchilla!». Y con ese nombre se quedó. Chinchilla pasó a ser el campo donde nos recluyeron a más de doscientos españoles con la promesa de una pronta repatriación. La nueva falsa promesa y la dureza extrema de aquellas tierras pertenecientes al Oblast de Novgorod hicieron que fuera germinando entre nosotros un ánimo de resistencia. Un lugar que no estaba muy lejos de nuestro viejo río Vóljov que disputamos a los rusos. Allí, en Chinchilla, fue también donde pudimos convivir más con «los otros españoles», los republicanos secuestrados y encarcelados por la Unión Soviética que procedían de un *lager* de Smolensko. En Chinchilla comenzaron también a deshacer su camino de deserción algunos que se habían dejado llevar por las camarillas soviéticas, para volver a la familia de los españoles leales al compromiso anticomunista. Fue el tiempo del desengaño absoluto, 1950. Si no habían acabado con nosotros, después de ocho años en los campos de trabajo, ya no lo harían. Aunque en nuestro pensamiento estaba también el recuerdo de aquellos camaradas asesinados en ese tiempo — Agapito Morales, Juan Lavín, Antonio Fabra, Pedro Duro, Antonio David...—, entendimos que no era la intención de Moscú desperdiciar mano de obra que cumpliera la norma, la cuota diaria de producción. También empezamos a intuir que no podría la Unión Soviética justificar ante el mundo la desaparición de los prisioneros españoles. Algún día habrían de dar cuenta de nuestro destino. Por eso, aún pienso que a muchos nos pudo salvar este hecho, el de pertenecer a un grupo de prisioneros pequeño, pero que representaba a todos los prisioneros de guerra españoles. Sin que lo pudiéramos advertir, la Unión Soviética ya estaba en el punto de mira de la comunidad internacional. Y en el año 50 ya no nos creíamos que pudieran acabar con Franco, por muchos bulos y rumores que hubieran puesto en circulación.

Hasta que llegué a Chinchilla no había tenido la ocasión de tratar a aquellos prisioneros republicanos. Fue allí donde trabé una buena amistad con un marino gallego, de nombre José Romero Carreiras. Y seguramente allí conviví también con el que es hoy mi nuevo amigo de las tertulias de la terraza de Rosales, el aviador republicano Francisco García, aunque lo cierto es que no le recuerdo. Desde nuestros recientes encuentros en La Perla he tratado de poner rostro a todos los prisioneros españoles y se me vienen a la cabeza muchas caras. Se me aparecen de forma clara, como si hubiera estado cenando ayer mismo con ellos, aunque no les pongo nombre.

No obstante, hay caras y nombres que no recuerdo. Es natural, han pasado casi sesenta años.

Y en Chinchilla protagonizamos los españoles una de las revueltas más destacadas que haya llevado a cabo en la Unión Soviética ningún grupo de prisioneros. Todavía hoy no comprendo cómo llegamos tan lejos. Entender lo que pasó en Chinchilla es entender la historia de nuestro cautiverio como el único eslabón que unía a las dos naciones antagónicas de Europa. Los dos extremos de Europa, Rusia y España; los dos enemigos que mantenían su odio intacto, Stalin y Franco, y que se daban completamente la espalda. Dos naciones que no tenían relaciones diplomáticas, pero a las que ya les convenía reanudar los tratos y las rutas del comercio. Nosotros éramos el único vínculo y el último escollo para empezar a desandar el camino de aquel desencuentro fatal de la historia. Con el motín de Chinchilla confirmamos nuestra intuición de que necesitaban mantenernos vivos como grupo de prisioneros.

Fue en abril de 1951. La revuelta comenzó por una cosa muy sencilla: la falta de correspondencia con nuestras familias. El asunto venía siendo motivo de queja y reclamación constante, pero se desató nuestra furia cuando comprobamos que estaban sustrayendo los paquetes que nuestras familias habían conseguido hacer llegar a Rusia. Un día del mes de marzo, el famoso agente comunista Pulgar, nos dijo que había cien paquetes que no se pudieron entregar a los alemanes ya repatriados y que se repartirían entre los españoles. Nosotros ya contábamos con que el reparto se haría de forma ventajosa para los vendidos a la propaganda comunista. Pero todavía pensábamos que algo nos tocaría. De pronto sucedió un hecho inesperado. Un muchacho alicantino, que estaba admirado de su precioso cajón, no paraba de decirse:

—Pero chicos, ¿no os parece muy raro que a unos alemanes les manden estas cosas? Que si membrillo, quesos que parecen españoles; dátiles y pasas que parecen de mi tierra...

—Eso, eso —admitió otro español—. ¿Dónde están los embutidos alemanes?

Y el de Alicante echó otro vistazo a la dirección: Heidelberg Strasse... München.

—Este viene de Munich ¿y el tuyo de dónde viene? —le preguntó a otro afortunado.

—El mío viene de... —no podía leer bien el nombre porque estaba rayada la caja; raspó un poco con la uña en el surco y comprobó que debajo había otras letras—. ¡Pero si aquí pone Logroño! —gritó el prisionero.

—¡Qué va a decir Logroño, lee bien, hombre! —le dijimos.

—¡Que sí, que sí, que viene de Logroño! —insistió el viejo guripa.

—¿Qué dices tú, majadero? ¡Cómo va a venir de Logroño! —exclamó otro en vivo ademán de protesta e indignación.

Al oírse repetidas veces el nombre de Logroño, y a voz en grito, hasta los que dormían en sus literas dieron un salto. Pensar que algún objeto podía haber sido

enviado desde España para nosotros después de nueve años de cautiverio era mucho pensar, era inconcebible.

—¿Qué dices, qué dices? —Algunos parecieron enloquecer de gozo y de asombro.

—¡Pues mira que son canallas! Nos han robado durante años nuestros paquetes, y ahora que nos llegan unos pocos, esconden los nombres y nos engañan diciendo que eran para los alemanes...

En aquel momento podíamos haber linchado a Pulgar, de haberle encontrado por allí. Y hubo más que palabras con algunos de los desertores españoles a los que les retiramos los paquetes sin contemplaciones.

—¡Trae para acá, mamón! Ahora veremos de quién es cada paquete. —De un manotazo Miguel Ángel le arrancó un cajón a uno de los elegidos en el reparto de aquel aguinaldo.

Al mismo tiempo, Gil Alpañés se dedicó a requisar otros paquetes para reunirlos todos y tratar de averiguar a quién pertenecían y entregárselos a su legítimo dueño. Ni que decir tiene que a aquellos paquetes los rusos les habían sustraído las cosas más golosas y aquellas que delataban más abiertamente que venían de España, como el chorizo o las conservas con etiqueta, así como cualquier nota.

El cuerpo español de prisioneros tenía que reaccionar ante aquel nuevo atropello con una sonada protesta. Se fue larvando en pequeños grupos la idea de hacer una huelga de hambre masiva. En un principio no se quiso decir nada a nuestros oficiales: el capitán Oroquieta y el teniente Altura, que eran los únicos oficiales que estaban en Chinchilla. Pero se terminaron enterando y hubo que planear con ellos la manera de coordinar nuestra huelga. Se acordó que sería un plante escalonado en breves días para intentar arrastrar a los más tibios. Así, el día 5 de abril de 1951, cuarenta y dos españoles nos negamos a comer el rancho de la mañana y también a salir a trabajar.

Hasta uno de los dos barracones de los españoles se acercó inmediatamente un oficial de la MVD para preguntar qué pasaba, y se le contestó de la manera que estaba estipulada:

—No voy a comer ni a trabajar hasta que no pueda recibir cartas de mi madre y enviarlas yo también.

Los prisioneros españoles expresábamos, mejor o peor, en nuestro ruso, esa idea tan sencilla que contenía una verdad y una razón tan mayúscula. Queríamos, necesitábamos, saber de nuestras madres. ¡A ver qué podían decir a eso después de tantos años!

Se había acordado previamente que el objetivo de la huelga era reclamar como derechos legítimos la posibilidad de recibir y enviar correo; la mejora de las condiciones de vida y que se nos aclarara el motivo por el que repatriaban a prisioneros de otras nacionalidades y no a los españoles. Exigiríamos que se iniciaran los trámites de repatriación, habida cuenta de que ya habíamos cumplido muchos años y no éramos criminales de guerra ni habíamos cometido tropelías contra el

pueblo ruso. Sabíamos que la razón estaba con nosotros. Teníamos la conciencia tranquila, porque siempre estuvimos convencidos de haber hecho la guerra como buenos soldados españoles, de frente y por derecho. No habíamos arrasado propiedades ajenas, ni habíamos explotado a la población civil; tampoco habíamos maltratado a los prisioneros rusos. Y ellos lo sabían. Era algo de dominio público que los españoles nos distinguimos por una forma de hacer la guerra temeraria y romántica. Los propios civiles rusos acompañaban a los españoles que se marchaban en retirada, pues tenían más miedo a los suyos que a nosotros. Las investigaciones que llevaban a cabo los rusos para determinar qué españoles eran responsables de crímenes de guerra se quedaron en nada.

El día 6 de abril se sumaron al plante sesenta españoles, con lo que ya éramos ciento dos los huelguistas. En el tercer día de la huelga, el 7 de abril, se unieron a ella los oficiales, y con ellos otros ciento ocho españoles. Los españoles que permanecían obedientes al mando soviético eran menos de cien. Resultaban vanos los intentos de los rusos por hacernos desistir de nuestra decisión. De nada servía que nos llevaran comida. Más al contrario, se encrespó la ira contra los rusos cuando nos trajeron huevos, porque en tantos años de cautiverio jamás los habíamos visto. Pero al quinto día de protesta, sucedió algo que hizo estallar aquella pacífica huelga en un abierto motín. Se quisieron llevar de una de las celdas de los arrestados a un prisionero español, a Juan Salvador de Tebar, y los demás compañeros reaccionaron oponiéndose y pidiendo auxilio. Hasta algún grito de «¡A mí la Legión!» se oyó desde la barraca que contenía los calabozos y celdas de castigo. De los barracones de los españoles salimos en tromba a auxiliar a nuestros camaradas, armados de tablas arrancadas de nuestros camastros y que sirvieron para zurrar a los que se pusieron por delante y para liberar a los otros detenidos. Los soldados rusos, con el mayor Makarov a la cabeza, tuvieron que salir corriendo hacia el puesto de guardia. A los pocos minutos se empezaron a apostar soldados que nos apuntaban con sus ametralladoras desde el otro lado de las alambradas. Nos gritaban que nos dirigiéramos a nuestros barracones. Pero nos quedamos plantados en el sitio encarando a las armas. Los más exaltados gritaban rasgándose la camisa:

—¡Aquí tenéis mi pecho, disparad!

Los demás nos deshicimos en gritos de «¡Arriba España!». Y nos pusimos a cantar todos un Cara al sol con tanta fuerza como no se recordaba desde los tiempos de Possad y Udarnik. Así comenzó la rebelión en la que el mayor Makarov perdió su gorra para escarnio y mofa de todos.

El capitán Oroquieta, el teniente Altura y otros hombres más templados nos fueron convenciendo de que volviéramos a nuestro barracón. Allí se festejó de lo lindo la rebelión. Desde las barracas de los alemanes escuchábamos sus felicitaciones:

—*Brav Spanien! Viel temperament!*

Pero aquella rebelión no debía continuar sin más. Se nombró a unos comisionados para negociar los términos del fin de la huelga con el coronel de la Uprablenia de Novgorod. Eran los soldados que mejor hablaban ruso, entre ellos mi amigo Romero Carreiras, que vivía en Rusia desde el año 38. Porque hay que señalar que nuestros compatriotas republicanos también se sumaron a la huelga. Y eso es digno de mención, allí estábamos todos los españoles haciendo frente a la injusticia soviética, hermanados en nuestra condición de españoles. Para nosotros ya no había diferencias de pensamiento, solo un amor irrevocable: España, y una causa común: volver.

El 10 de abril nos reservaba otros sofocos y altercados. Creo que vinieron motivados porque obligaron a comer a un español con todo tipo de coacciones físicas. Salió el muchacho rebelado, llorando y gritando que le habían sometido a esa humillación. El resultado fue que otra vez salimos del barracón para liberar a los arrestados. Y otra vez se emplazaron las ametralladoras desde el otro lado de las alambradas en previsión de un motín incontrolado. El coronel de la MVD que estaba en el cuerpo de guardia se decidió a parlamentar con una comisión de españoles y con mucha templanza se consiguieron apaciguar los ánimos. Se nos prometió que no se volvería a vejar a nadie.

Los siguientes días fueron de relativa calma aunque, poco a poco, iba decayendo el ánimo y la claridad de ideas. El día 13 de abril algunos de los arrestados desistieron de la huelga de hambre. Los habían separado del teniente Altura, de Ángel Salamanca, de Félix Alonso, entre otros, y mediante amenazas y mentiras consiguieron que empezaran a comer. Las noticias de lo que había ocurrido en los calabozos llegaron hasta el barracón. Hasta allí llevaron comida humeante y caliente para provocarnos y tentarnos tras nueve días sin comer. Saltó, sin embargo, y una vez más, nuestra furia. Nos liamos a golpes con los soldados rusos, pero esta vez nos redujeron a todos fácilmente, pues estábamos consumidos. Se llevaron a muchos arrestados y aquella tarde se sucedieron las renunciaciones. No se pueden comprender las causas por las que echamos a perder nuestra lucha en aquel momento y sin un motivo o una contraprestación. La debilidad de los cuerpos y las mentes encontró entonces su límite. Al día siguiente, todos los españoles habíamos abandonado la huelga de hambre.

Muchas veces me he preguntado cómo unos pobres prisioneros, más dignos de lástima que otra cosa, pudimos rebelarnos y encararnos a las armas rusas a pecho descubierto. Solo encuentro una respuesta posible: a aquellos viejos soldados, que habíamos visto la muerte tan cerca, lo único que nos importaba era mitigar nuestros padecimientos de prisioneros desnutridos y secuestrados, escondidos en el agujero de los campos soviéticos, sin que nuestras familias supieran si vivíamos aún. Aquellas penurias y aquella oscuridad, aquel pozo sin fin en el que sobrevivíamos, eran algo peor que la muerte misma. A aquella muerte de unas ráfagas de plomo no le teníamos

ningún miedo. ¿Pero quién estaba dispuesto a pasar veinticinco años en Rusia? ¿Quién sobreviviría a ese horizonte sin luz? ¿Qué hombre sería el que volviera a España con cincuenta y tantos años, habiendo pasado más de la mitad de su vida como reo en Rusia? Ese era el camino que llevábamos los españoles diez años después de llegar al frente ruso.

Y otras muchas veces me he preguntado por los motivos que impulsaron al mando soviético a prohibirnos recibir y enviar carta o paquete alguno. Era una prohibición que solamente padecimos nosotros, pues los demás prisioneros sí recibieron correo a través de las tarjetas de la Cruz Roja Internacional. Sin embargo, la explicación es sencilla: los demás prisioneros —ya fueran rumanos, italianos, húngaros, letones, alemanes, japoneses, croatas, griegos...— habían perdido la guerra. Pero nosotros pertenecíamos a una nación no beligerante y que, por lo tanto, mantuvo a su Caudillo al frente del gobierno una vez que capitularon las naciones beligerantes del Eje. Los prisioneros españoles habíamos sido soldados voluntarios acogidos en el ejército alemán, pero cuyo gobierno no había sufrido una rendición. La Unión Soviética había vencido a todas esas naciones en la Gran Guerra Patria, pero no había ganado a España. Y eso que venía de perder en su intervención en la guerra española. Si había un hombre que había vencido a Stalin, ese era Franco. Los comunistas españoles que habían servido a Moscú, los Líster, Carrillo, la Pasionaria... tuvieron que huir de España y refugiarse en Rusia. Ellos fueron los verdaderos responsables de que los españoles sufriéramos el furibundo padecimiento de no tener noticia alguna de nuestras familias. Esa falta de humanidad —peor aún que el cautiverio— es la que nunca perdonaré al comunismo soviético y a sus agentes españoles.

Cuando llegó el mes de julio del 51, fuimos muchos los que echamos una mirada hacia atrás con nostalgia.

—¡Y pensar que hace ya diez años que salimos de casa! —le comenté con tristeza al bravo camarada José Martín Ventaja.

—Hay fechas en la vida de un hombre que no se olvidan. Así ocurre con la del 13 de julio del 41. Aquella salida apoteósica de la estación del Norte... Parece que el eco de aquel fervor se extiende y reverbera por dentro del pecho. Eso no se olvida. Ahora que vaya inconsciencia la nuestra... —me contestó él con una sonrisa.

—Es verdad. No sabíamos y no queríamos saber. Con aquello de que no íbamos a llegar a tiempo ni al desfile de la victoria en Moscú. Y fíjate qué a tiempo llegamos para batirnos el cobre.

Entonces alguno se atrevía a hacer balance del sufrimiento.

—Yo solo sé que no volvería a alistarme —dijo Julián el Segoviano.

—Tú no sabes nada, porque no te van a dar la oportunidad —le espetó otro camarada—, nadie te va a preguntar. Vamos, si te parece, van a abrir otros banderines de enganche para ver cuántos se volverían a apuntar. ¡Venga ya!

En aquel instante me atreví a intervenir para pronunciar unas palabras plenas de

nuestro estilo poético, palabras parecidas a las que muchos años más tarde escucharía en boca de mi amigo Luis Teigell.

—Mirad, muchachos, aquel tren al que nos subimos en la estación del Norte un 13 de julio del 41 salía una sola vez en la vida. Y así lo sentimos muchos, como una oportunidad del destino. Era la ocasión que teníamos de reafirmar en la práctica, en el campo de batalla, lo que nosotros habíamos soñado, que era hacer una revolución. Una contrarrevolución si se quiere. Y también es verdad que queríamos acabar con el comunismo que había asaltado nuestra patria sembrando de terror y odio nuestros pueblos. Si volviésemos a tener veinte años, todos nosotros nos hubiésemos vuelto a alistar.

—Eso tendría su gracia, que el río de los años echara a correr para atrás —sentenció un granadino—. A mí que me dejen volver a casa con los míos y no hago cuentas de nada. —Claro que lo dijo con su acento granadino «que me dehen volvé a casa con loh mío y no hago cuenta de ná».

Y con eso nos quedarnos, con que no había que hacer cuentas de nada, ni siquiera del tiempo que llevábamos cautivos. Como que aún nos quedarían tres años de condena antes de volver a España.

Una vez más, Ángel Salamanca le preguntó al marino Romero Carreiras de dónde habían salido:

—¿Pero cuál es vuestra culpa? Nosotros vinimos a hacer la guerra a Rusia, pero vosotros... ¿Es verdad que los rusos se han quedado con bastantes buques mercantes españoles?

—No lo sabes tú bien, Ángel. Al menos se incautaron de diez barcos de bandera española. Y si me lo permites, te los voy a recitar todos porque he conocido a todas las tripulaciones. Las condiciones de este secuestro se sabrán algún día en España, y si no tengo yo la oportunidad de contarlos..., bueno, pues entonces lo habréis de contar vosotros —le dijo José Romero Carreiras al sargento Salamanca.

—No tengas cuidado que tú serás el primero en volver a España —le interrumpió alguien—. Sí que van a soltar antes a un falangista que a un marinero como tú.

—Bueno, lo que tú digas, pero lo importante es que todos sepáis lo que hicieron los rusos con nosotros.

—Pero ya sabemos lo que han hecho con vosotros —le volvió a interrumpir otro prisionero.

—Sí, pero no sabéis lo que han hecho con los barcos españoles. Dejadme que os lo diga. Los barcos secuestrados fueron los siguientes, que me los tengo aprendidos en la memoria, porque un caso igual de piratería no se ha visto en muchos años. El Cabo Quilates, el Marzo, el Cabo San Agustín, el Feodosia, el Ciudad de Tarragona, el Ciudad de Ibiza, el Mar Blanco, el Isla de Gran Canaria, el Inocencio Figueredo y el mercante Juan Sebastián Elcano, que nada tiene que ver con el buque escuela de nuestra Armada, el Juan Sebastián de Elcano. Que parece lo mismo, pero no lo es. Son diez barcos de las compañías Ibarra, Transmediterránea, Transatlántica, Marítima

del Nervión y Gijón. Y que han perdido sus barcos como yo perdí a mi abuela, vamos, que no tienen nada que hacer. Se los han birlado sin más.

El sargento Salamanca, que además de ser un recio toledano, imponía mucho respeto por su trayectoria de soldado ejemplar, con cierta inocencia quiso insistir:

—¿Y tú crees que eso se les va a dejar pasar sin más?

—Yo solo sé que los tripulantes de aquellos barcos llevamos secuestrados desde el 37, el 38 y el 39. Los que tuvimos peor suerte no pudimos ser evacuados a tiempo; y a los que, con toda sinceridad, dijimos que queríamos volver a España, nos retuvieron por afinidad al régimen de Franco. ¡Tiene narices! Con perdón, sargento, ¿qué afinidad tengo yo con Franco? ¡Pero si llevo navegando desde los catorce años y lo único que quiero es volver a mi casa!, ¿qué delito puede ser para un marinero el querer volver junto a su familia? No hay marinero que piense en otra cosa.

Así se explicó el gallego Romero Carreiras.

XXVII

De los llamados «niños de Rusia» tuvimos más dispersas noticias de lo que hubiéramos deseado. De hecho, podemos decir que prohijamos a alguno de ellos. Luego explicaré con mayor detalle cómo se dio el caso. Para empezar, baste con decir que se llamó «niños de Rusia» a aquellos niños que fueron evacuados de España, en barco, para ponerlos a salvo de la guerra y para que fueran acogidos por la Unión Soviética. Los padres tuvieron que soportar el dolor de una separación, que pensaron sería una cuestión de meses. ¿Cómo podían imaginar en un principio que a muchos de ellos no los volverían a ver?

A través del discurrir por unos y otros campos; de conocer a tantos prisioneros de muy distintos países; de viajar por todo el inmenso mapa soviético en los trenes de los condenados... oí hablar de españoles que no eran tampoco aquellos «otros españoles» que terminamos conociendo. Se trataba de presos comunes de origen español de los que no sabíamos nada. Hasta que en el año 48, en la fábrica de Jarkov, se acercó a nosotros un muchacho al que dábamos por ruso. Nos dijo que era español justo en el momento en que nos mandaron a formar.

—¡No está permitido hablar en la formación! —Nos recordaron los vigilantes.

Y no pudimos hablar con él hasta la noche. Entonces fui yo en busca de ese muchacho alto, de pelo claro, ojos castaños y de fuertes espaldas que podía, en verdad, pasar por ruso.

—Soy español, de Bilbao —me dijo cuando di con él—. Me llamo Josechu Mendizábal y me evacuaron a Rusia durante la guerra de España. No tenía ni diez años y ahora tengo veinte. He vivido ya más tiempo en Rusia que en España.

Hablaba con serenidad y resignación. Parecía que el espíritu sumiso del campesino ruso había calado en su alma. En sus ojos no brillaba la zozobra y el ánimo de los prisioneros españoles.

—¿Y cómo es que estás aquí? —le pregunté con un tono paternal y de sincero afecto.

—Ya le contaré, señor. No sé si me dejarán hablar con ustedes.

—Mira, Josechu, nosotros somos tus hermanos españoles. Trátanos de tú, por favor. ¿Qué piensas que te pueden hacer por hablar con nosotros?

—No lo sé. Realmente, no lo sé. ¿Pero se dan cuenta de que para las autoridades soviéticas ustedes son militares fascistas que atacaron al pueblo soviético? No nos dejan mezclarnos con ustedes —contestó el muchacho sin apearme el tratamiento.

—Pues aquí, de momento, no pueden impedirlo. Date cuenta de que una cosa era durante la guerra y otra cosa es ahora. Para ellos es un incordio mantenernos aislados solamente con prisioneros de guerra. Al principio, tampoco les gustaba que habláramos con los prisioneros rumanos, húngaros, alemanes... Pero puede más la

avaricia de explotarnos como mano de obra.

Nos quedamos callados un momento, le ofrecí un cigarrillo de majorka que guardó en un bolsillo cosido dentro de su bota de fieltro.

—¿Y saben algo de España? —preguntó Josechu.

—Pues la verdad es que las últimas noticias son las que trajeron los últimos en caer prisioneros. Cuando conocimos a Ramón Eizaguirre, que lo capturaron terminando la guerra en los Cárpatos, en Rumanía, nos informó de cómo estaban las cosas por entonces, pero ya han pasado tres años. Parece ser que Franco fue haciendo algunos cambios de gobierno, pero para adaptarse a la nueva situación de la guerra que Alemania perdía. La prueba de que Franco sigue guiando el rumbo de España es que no nos dejen salir. Qué contradicción, ¿verdad?

—¿Por qué dice usted que es una contradicción?

—Bueno, porque desde que nos hicieron prisioneros no han dejado de presionarnos para que nos hiciéramos de los Siempre con la murga de que Franco iba a ser derrocado, de que la Pasionaria gobernaría España... Otras veces con el bulo de que volvía la guerra a España, de que si ya había sido depuesto el Caudillo... Y nosotros deseamos que se mantenga Franco. Hemos hecho la guerra con él, y sin embargo, pensamos que mientras esté en el poder va a ser muy difícil que nos liberen.

—Pero algún día les mandarán a España, como a los demás.

—Sí, pero en todos los demás países hay nuevos regímenes. Rumanía es comunista, igual que Hungría y Polonia. En Alemania e Italia hay democracias amigas de Moscú. Pero España es un caso aparte. No ves que le ganamos la guerra española a Stalin, y eso no nos lo perdona el Bigotes —al decir eso, el muchacho sonrió, un poco asustado del desparpajo con el que hablaba. Yo proseguí—: ¿No ves que somos los únicos que en seis años no hemos podido mandar carta alguna a España, ni recibirla tampoco? Y tú muchacho, ¿qué sabes de los tuyos? —le pregunté.

—Pues no sé nada —me contestó Josechu.

—¿Te gustaría volver a España?

—Solo si mis padres viven.

Así de categórico fue en su respuesta aquel muchacho al que se le había apartado de su hogar, de sus raíces, de su pueblo, para crecer en un mundo extraño y tiránico.

Luego habríamos de conocer y oír hablar de muchos otros niños españoles a los que se les había prohibido volver a España. ¿Por qué motivo se cometió aquella crueldad con los «niños de Rusia»? ¿Por qué no se les repatrió con sus familias en el 39 o 40, una vez finalizada la guerra española? ¿Cómo es posible que pudiéramos volver a España nosotros —los voluntarios de la División Azul, los presuntos fascistas— dos años antes que los niños, que no lo pudieron hacer hasta el 56?

La vuelta de aquellos «niños de Rusia» a España fue muy dura. Para empezar, porque la mitad había fallecido; luego porque, cuando llegaron, se encontraron con que sus padres, hermanos y abuelos eran unos desconocidos. Habían pasado casi

veinte años y dos terceras partes de sus vidas en Rusia. Eran ya hombres y mujeres rusos, completamente desarraigados de su condición natural de españoles.

Hacia el año 57 el mundo pudo conocer el texto del discurso que había pronunciado Nikita Jruschov en sesión secreta del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética un año antes, en 1956. Aquel discurso se conoció como Los crímenes de Stalin. En él se denunció lo que habían supuesto sus treinta años de gobierno. La lectura de aquel discurso nos asombró porque nunca pensamos que, cuando falleciera Stalin, se desvelarían de pronto sus fechorías. Eché en falta la denuncia de muchos crímenes. Y de entre todos, dos muy concretos: el trato que se nos dio a los prisioneros de guerra de todas las nacionalidades y el secuestro de los niños españoles en Rusia.

XXVIII

Y llegó el día, nunca sospechado por nosotros, en que Josif Vissarionovich Djughashvili, alias Stalin, murió. La noticia se expandió desde el Kremlin hasta los últimos rincones del planeta. Para millones de soviéticos suponía la desaparición del tirano, pero nadie se atrevió a mostrar alivio o satisfacción. Menos aún nosotros, los prisioneros, que en aquella mañana de marzo de 1953 —de camino al trabajo— vimos a los soldados y oficiales de la MVD alrededor de la puerta de una isba escuchando la radio.

—¡Bigotes ha palmado! —exclamó uno de los nuestros—. ¡Eso me ha parecido entender!

De modo que se corrió veloz la noticia entre los prisioneros que marchábamos en formación. Un guardián nos lo confirmó sin añadir una palabra o un leve gesto.

—El camarada Stalin ha muerto.

Aunque se abrían nuevas esperanzas para nosotros, nadie quiso hacer un pronóstico favorable para nuestra suerte. Sin embargo, la caída de Beria, unas semanas después, sí nos infundió esperanzas de que algunos cambios se producirían en la Unión Soviética. En cuestión de pocas fechas el todopoderoso Lavrenti Pávlovich Beria había sido arrestado, procesado y ejecutado. Y en efecto, de forma inmediata se suavizó el trato que recibíamos, al tiempo que comenzó a circular el rumor de que pronto nos liberarían. Hasta los propios rusos nos lo aseguraban:

—*Scora domoi*. Volveréis pronto a casa.

No podíamos evitar hacernos ilusiones, aun después de haber sido víctimas de muchas falsas promesas y maliciosos rumores. Esta vez había un hecho cierto y era que las cosas estaban cambiando para todos los que vivíamos en la Unión Soviética. Pronto comenzaron las repatriaciones de otros grupos nacionales como los austriacos o los griegos. A nosotros nos empezaron a llegar paquetes a través de la Cruz Roja Internacional, pero no nos movilizaron hasta el verano de aquel mismo año. Nos enviaron a Rybinsk, la ciudad que entonces tenía el nombre nuevo de Cherbakov.

Cuando llegamos a la estación tuvimos la grata sorpresa de encontrarnos a un muchacho que se nos presentó como español y que nos saludó gritando: «¡Españoles! ¡Españoles!». Se trataba de otro de aquellos niños enviados a Rusia durante nuestra Guerra Civil. Se llamaba José María Bañuelos y era también de Bilbao. Quiso unirse a nosotros y lo recibimos con los brazos abiertos como a un hermano pequeño. Nos refirió las penalidades que habían pasado muchos de aquellos niños exiliados en el paraíso soviético.

En Rybinsk estábamos sesenta y dos prisioneros de la División Azul, cuatro presos comunes, que eran asimismo «niños de Rusia» —Antonio Tamayo, Jesús Peral, José María Bañuelos y Pascual Alonso—, y tres pilotos republicanos. Allí

estuvimos retenidos hasta que comenzó el año 54. En ese tiempo de espera había ocasiones en que la sombra de la duda se cernía sobre nuestras mentes para que nos hiciéramos estas reflexiones: «¿Y si no nos mandan para España y todo sigue igual para nosotros?», venían a decir algunos. Había compañeros que iban perdiendo los nervios, y más de uno la cabeza. Aquella alegría con la que recibimos la movilización, en el verano anterior, se había desvanecido. Y en ese trance nuestros oficiales, Palacios, Altura, Oroquieta, Rosaleny, supieron mantener unido al grupo de prisioneros españoles. Otros compañeros que dominaban el ruso se encargaban de cursar nuevas protestas. No nos resignábamos a quedarnos en Rusia para siempre.

* * *

El 24 de enero de 1954 nos embarcaron en un tren con rumbo a Krasno Pole, en Ucrania. Allí nos reuniríamos con gran parte del contingente español. Y cuanto más prisa teníamos en que se desarrollara definitivamente nuestra repatriación, con más parsimonia se manejaba la burocracia soviética. Todos nos aseguraban que nos iban a repatriar, pero llevábamos escuchando la misma cantinela desde hacía muchos años. ¡Habían pasado once meses desde la muerte de Stalin!

Entonces se sucedieron los interrogatorios y las presiones para que nos quedáramos en la Unión Soviética. Y aunque estas eran ya del todo inútiles para la mayoría de nosotros, había algunos que todavía prestaban sus oídos a aquellos cantos de sirena. Eran aquellos que —bien por abierta traición, o bien por debilidad y falta de voluntad— se habían sumado al grupo de comunistas y que temían que España no les fuera a recibir de buen grado. Con fundamento o sin él, pensaban que no podían volver al lado de los que tanto habían sufrido con ellos y que jamás habían dado el brazo a torcer. Entre los más irreductibles destacaron el capitán Oroquieta, el capitán Palacios, el teniente Altura, el sargento Ángel Salamanca, el indómito Ramón Pérez Eizaguirre, el valiente José Martín Ventaja, el indolente Victoriano Rodríguez... Algunos de aquellos españoles se distinguieron por ser los reclusos que más huelgas de hambre le hicieron jamás a Stalin.

A pesar de todo, el cuerpo español de prisioneros supo tener compasión de muchos de ellos. No seríamos los españoles leales los que prohibiéramos o acusáramos a los débiles. El veto solo alcanzaría a los grandes traidores de España como César Astor, el alférez Navarro, Romero, Eliseo y algún otro que teníamos todos en la lista negra.

Amaneció el día de nuestro último transporte, ¿pero quién estaba seguro de que era el último? Habíamos soportado tantos traslados... Nos mandaron formar en la puerta de los barracones para pasar lista. Allí estábamos exultantes y temerosos los que habíamos pedido volver a la patria. A los ochenta españoles que no se atrevieron o no quisieron volver a España, se les impuso la cruel tarea de preparar los vagones para nuestro viaje hasta Odessa. ¿Se puede alguien imaginar crueldad mayor que la

de obligar a trabajar en el tren de nuestra repatriación a aquellos prisioneros españoles que no podían volver?

Del drama vivido por ellos dieron cuenta los mensajes que nos dejaron escritos dentro de los vagones para que se los hiciéramos llegar a sus familias. En verdad que sus lágrimas eran sinceras. Me sobrecogieron algunas de estas notas desesperadas que tenían como destino a sus familias en España. Uno de aquellos diminutos papeles iba dirigido a los familiares de un prisionero natural de Astorga y decía:

A mi querida madre y hermanos:

Debo permanecer en Rusia, mi corazón y mi pensamiento están siempre con vosotros. Que nadie padezca por mí, ya que me encuentro bien de salud y saliendo adelante. Os quiero y os llevo en el corazón.

Luis

Me hice responsable de memorizar esta nota. Cuando ya la tenía aprendida, me la llevé a la boca para masticarla y me la tragué sin más. Sabía que esta era la única manera de poder llevar aquellas palabras de amor hasta España.

El camarada Juan Pedro, aquel temprano desertor de las filas españolas cuando estaba en primera línea del frente, se atrevió por fin a tomar aquel tren que nos llevaba a Odessa.

—¿Has visto, Juan Pedro, cómo tienes en tu mano volver con todos los demás españoles? —le pregunté una vez que arrancó nuestro último tren de Rusia.

—Y no sé si he hecho bien —me respondió, moviendo la cabeza hacia la ventana y mirando al cielo, suspiró y continuó diciendo—: Otros con menos culpas han pensado que era mejor quedarse en Rusia a la espera de una vida civil en Moscú.

—Ya, y tú te crees que les van a poner una casa y a darles un trabajo. ¡Parece mentira que digas eso! ¡Pero si tú mismo decías que era mejor un penal español que estas cárceles de Rusia!

—Y lo sigo pensando —contestó Juan Pedro—. Yo no sé si estoy cogiendo el tren de mi libertad o el de mi condena, pero con tal de que me lleve hasta España...

—Pues yo te digo que haces bien, y de los ochenta que se quedan hay más de cincuenta que podrían volver sin temer nada. Tú sabes bien quiénes son los que no pueden volver, los cabecillas..., los de siempre. Vamos a ver si esta vez los rusos cumplen con su promesa.

Cuarta parte
LA RESURRECCIÓN A NUESTRA OTRA VIDA,
ESPAÑA

XXIX

Semíramis. El nombre de este barco quedaría grabado en nuestra alma para llamar a las benditas ilusiones de libertad, vida, familia, España. El día 26 de marzo de 1954, estrechamente vigilados por un cordón de la policía de aduanas de la MVD, nos bajamos del tren que nos traía desde Krasno Pole hasta el mismo puerto de Odessa para vislumbrar, desde el muelle, el que sería nuestro barco. Vimos que lucía una bandera de la Cruz Roja y otra parecida a la de los Estados Unidos, que no supimos que era de Liberia hasta que un prisionero español, antiguo marinero, nos lo dijo. Era cierto que estábamos en Odessa, otro nombre de nuestra prometida y soñada libertad.

Aguardábamos formados, pero sin parar de hablar. Ya no parecía posible que nos pudieran echar para atrás, aunque no las teníamos todas con nosotros. Porque en el mismo muelle un oficial ruso trató de convencer, con fáciles promesas, a tres españoles que en su día habían desertado de nuestras filas, para que se quedaran. Y uno de ellos aceptó aquel ofrecimiento de una vida civil y un salario. Aquello era el esfuerzo desesperado de la Unión Soviética por retener al mayor número de testigos de su Gulag. A los demás se nos leyó lista.

Nuestros nervios permanecían tensos por el temor de que nuestro nombre no fuera pronunciado. En aquella angustiosa espera yo no dejé de rezar ni un solo instante. Después de oír muchos nombres, pude escuchar con claridad: José Maseda Castro. Di unos pasos al frente hacia el portalón de mi libertad; al pie de aquella rampa estaba una dama de la Cruz Roja Internacional con la lista de los prisioneros españoles en la mano.

Allí sonaron los nombres de doscientos cuarenta y ocho voluntarios de la División Azul, cuatro «niños de Rusia», diecinueve marinos y marineros españoles, doce aviadores republicanos y tres obreros españoles apresados en Alemania. En total, doscientos ochenta y seis españoles. Solamente volvíamos la mitad de los que un día caímos prisioneros. Se quedaron en Rusia los mejores hombres y también los peores. Allí se quedaron para siempre nuestros héroes, como el teniente Molero, Venancio, Antonio Fabra o Agapito Morales; unos fueron víctimas del hambre y la enfermedad, otros de viles asesinatos. Y allí permanecieron también los traidores más indeseables como Astor o Navarro. Otros dejaron de tener esperanza y se suicidaron, o emprendieron huidas imposibles como Fabra, lo que no dejaba de ser una suerte de suicidio. Y hubo un buen número de españoles que, por haber claudicado un día a la propaganda comunista y a los miserables beneficios con que aquella religión carcelaria pagaba a los traidores, no pudieron volver a España. Mi pensamiento estaba también con ellos desde que tomamos el tren y les dejamos atrás. Pero ahora estábamos allí, en el puerto de Odessa, en las orillas del mar Negro, con la vista puesta en aquel barco blanco, que se nos antojaba inmaculado y el más bonito del

mundo.

Semíramis. Vaya nombre raro, y como las noticias se propagan entre la soldadesca como el humo, no faltó quien dijo que era un nombre griego. Lo que finalmente se confirmó fue que el armador era griego, y su hijo —Giorgios Potamianos— era oficial en el buque, y aquel misterioso nombre se correspondía con una reina de Asiria. Aquel elegante oficial nos contaría que el buque había sido comprado por su familia el año anterior, en 1953, pero que había sido fletado en 1935. Dijo que era uno de los primeros barcos griegos destinado a crucero de pasajeros y que el nombre respondía a una antigua leyenda: la reina Semíramis, habiendo sido condenada a vagar por el desierto como castigo, fue mantenida con vida por las palomas que cuidaron de su subsistencia. Hasta que un día fue recogida y salvada por un pastor. Después de una vida azarosa como monarca, desapareció en forma de paloma.

Según oíamos ese relato legendario, pensábamos que el nuestro era también un rescate que venía del cielo. De hecho, nada más subir a bordo, nos habían recibido unas damas de la Cruz Roja Internacional que nos parecieron auténticos ángeles. De entre ellas destacaba la delegada de la misión, que se llamaba Marcelle Barry, que había sido quien nos había recibido en el portalón del barco. Nos conmovía el hecho de ser tratados con aquella delicadeza. Nosotros éramos hombres endurecidos por dos guerras y un cautiverio, hombres embrutecidos que habíamos perdido cualquier atisbo de buenas maneras, y nos dejábamos conducir como corderos. *Mademoiselle* Barry reconocería más tarde ante la prensa que los prisioneros españoles le habíamos sorprendido: «He visto pocas veces gente tan correcta, tan ¿cómo diría yo?... tan gentil».

Recuerdo un momento de la singladura hacia España, ya en el Mediterráneo, en que varios españoles rodeábamos a una enfermera francesa de la Cruz Roja. Era más que guapa, era bellísima. A ningún español le vi hacer una gracia, un gesto obsceno o una provocación. El agradecimiento por ser tratados como personas se pagaba en esta forma de mirar extasiados a nuestras rescatadoras. El sargento legionario Filiberto, que hasta el último momento me invitaba a que presumiéramos de haber pertenecido al segundo batallón del 269, el Batallón Román, me decía:

—Porque tengo que ver a mi familia y volver a mi pueblo, que si no... —se le dibujaba en la cara una pícaro sonrisa— me quedaba yo en el barco este de marinero. ¡Rodeado de estos ángeles, Pepe! —Y subía las manos como si levitara.

—Sí, sí, tú de marinero —le contestó alguien—. Me gustaría ver la cara que ibas a poner cuando te dijeran: próxima travesía Marsella-Estambul-Sebastopol.

—*Net, bolshoye spasibo!* ¡No, muchas gracias! —contestó raudo Filiberto.

—Yo ya no salgo de España, vamos —apostilló otro veterano de origen extremeño—, que ni me asomo a Olivenza.

Nos echamos todos a reír asintiendo con él.

Otro momento difícil de describir fue aquel en que el barco empezó a moverse

separándose de la orilla. El miedo del prisionero lo llevábamos en la piel, de forma que nos sentíamos más seguros dentro del barco, a refugio de la cubierta. ¿Qué instinto sería ese, qué querencia más animal la de temer que algo nos pudiera arrebatar de nuestro barco y nos devolviera a la Unión Soviética?

Pero el barco avanzó con voluntariosa fuerza. El capitán griego. Fokasa, comprobó que los españoles permanecíamos en silencio asomados a los ojos de buey. Esperó al momento oportuno para anunciar que el barco había abandonado las aguas jurisdiccionales soviéticas. El aguerrido grupo español saltó a cubierta. No nos pudimos sentir libres hasta que constatamos que allí, a lo lejos, desaparecía de la vista la orilla ucraniana y que por la megafonía se repetía que habíamos abandonado las aguas de la Unión Soviética. En ese momento saltamos todos enloquecidos. Muchos de nosotros comenzamos a quitarnos las chaquetas guateadas y otras ropas, como si quisiéramos deshacernos de aquella piel carcelaria. Nos quitamos también nuestras gorras y las lanzamos al mar, junto con la ropa vieja, con un grito de júbilo: «¡A España! ¡Que nos vamos a España!». A lo que siguieron nuestras canciones emocionadas.

Para poder hacerse una idea de la impresión que aquella liberación pudo causar a uno de los tripulantes del Semíramis conviene traer aquí su recuerdo. Cincuenta años más tarde, en el año 2004, un periodista español viajó hasta Grecia para entrevistar al hijo del armador propietario del buque, Giorgios Potamianos, quien describía así la escena de los españoles cuando supimos que abandonábamos las aguas jurisdiccionales de la Unión Soviética: «Cuando dejé de verse en el horizonte la tierra rusa, se quitaron las ropas gruesas y bastas que llevaban y las tiraron al mar. Nadie que lo haya visto podría olvidar aquella escena de casi trescientos prisioneros llorando sobre la cubierta de un barco. Se me saltan las lágrimas cuando lo recuerdo».

Nuestro barco llegó a Estambul en la noche del 27 de marzo, después de dos días de pacífica navegación. La nave no alcanzó a tocar el puerto turco, sino que fondeó a cierta distancia. Nos dijeron que iba a visitarnos a bordo una comisión española de personal diplomático y representantes del ejército. Nuestros oficiales comprendieron que debían ser ellos los primeros en recibir a la comitiva e informarles de los detalles de nuestra expedición de prisioneros repatriados. Era el primer contacto que íbamos a tener con España después de tantos años de cautiverio. En aquella inquietud permanecíamos en cubierta, asomados al festín de embarcaciones que navegan en aquel punto del Bósforo. Trataba yo de adivinar en qué barco llegarían los nuestros cuando una motora de la policía turca se acercó lo suficiente y nos rodeó buscando el lugar adecuado para arrimarse e iniciar la maniobra de desembarcar a la delegación española. Desde la lancha se oyó una voz madura y grave que gritaba: «¡Viva España!». Y el saludo fue contestado de forma aún más categórica y al unísono: «¡Arriba!». Dos Españas se venían a abrazar allí, la de los voluntarios azules de 1941

y la de los nuevos españoles de 1954. En el propio saludo se anunciaba la diferencia. La nueva España —que gozaba ya del reconocimiento de la comunidad internacional— ya estaba desterrando de forma oficial los antiguos saludos, los gritos de: «¡Arriba!» y toda la vieja parafernalia. Nosotros, sin embargo, necesitábamos recuperar los signos que nos habían prohibido durante doce años y en los que nos habíamos quedado.

Pero con aquel saludo se había roto el hielo. Para cuando subieron nuestros hermanos por la escala de cuerda que se lanzó desde cubierta, los recibimos con la efusión que merecían. Sumaban unos quince hombres, entre ellos el embajador de España en Turquía; el delegado español de la Cruz Roja, duque de Hernani; el veterano de nuestra división, entonces comandante y ahora teniente coronel, García Rebull; varios médicos militares; dos sacerdotes que habían sido capellanes de nuestra división, el padre Indalecio Hernández Collantes y el padre Caballero así como varios periodistas, de los que recuerdo muy especialmente al de la agencia EFE, don Adolfo Prego, y al enviado especial del ABC, don Torcuato Luca de Tena. Ellos fueron los primeros españoles libres que yo veía desde hacía doce años. Los abrazos y gestos de recíproca admiración y afecto se prodigaban sin distinción de clases o empleos. En aquella isla que era el Semíramis podía más la emoción de viajar juntos, los prisioneros, resucitados hacia nuestra vida española, y aquella comisión de adelantados que no podían contener su alborozo. En verdad que los abrazos que nos dieron tenían la fuerza con la que abraza el hermano mayor.

Con Luca de Tena enseguida tuvimos un diálogo sincero y muy afectuoso. Yo me atreví a sonsacarle algunas cosas, antes aún de que él tuviera tiempo de preguntarme por mi vida de prisionero de guerra en Rusia.

—Mire, don Torcuato, me gustaría hacerle una pregunta.

—Pregúnteme usted lo que quiera, pero antes dígame, porque me interesa conocerles, ¿cómo se llama usted y de dónde es?

—Soy madrileño, de la Carrera de San Francisco, al lado de las Vistillas, y mi nombre es José Maseda Castro.

—¿Pero tiene apellidos gallegos...? —siguió indagando, como buen periodista.

—Pues mire que mi familia es toda castellana. De Madrid y de la provincia de Valladolid.

—Bueno, pregúnteme lo que quiera —me dijo don Torcuato.

—Resulta que estábamos discutiendo sobre el actual gobierno de España. Y oigo cosas que no me cuadran mucho, como usted es persona informada...

—Bueno, muchas gracias por lo de informado, pero es mi obligación. Usted quiere saber qué cambios ha habido en la política nacional, ¿verdad?

—Eso es, don Torcuato, y que me confirme si es verdad que Serrano Súñer ya no está en el gobierno.

—Pues ya hace más de diez años que no está en el gobierno. El triunfo de los aliados hizo que el Generalísimo lo tuviera que sacrificar. Fue el coste político de

haber tomado partido a favor del Eje. El general Varela cesó también por aquella época y ha muerto hace tres años; el hermano de José Antonio, Miguel, estuvo unos años de ministro de Agricultura y hacia el final de la guerra mundial dejó el ministerio. Siguen en el gobierno Girón de Velasco y Salvador Moreno. El secretario general del Movimiento es Raimundo Fernández Cuesta. En exteriores está Martín Artajo, y lo que más os interesa, ministro del Ejército es vuestro general, don Agustín Muñoz Grandes.

Los que estábamos allí sentados dentro de aquella camareta mirábamos a aquel caballero tan elegante como si fuéramos niños que acudíamos por primera vez a clase.

Cuando dijo que Girón seguía de ministro, Victoriano Rodríguez me apretó fuerte en el brazo como diciendo: Y cuando confirmó que Muñoz Grandes estaba al frente del Ministerio del Ejército, oí que alguien decía por detrás de mí:

—¡Te lo dije, te lo dije, nuestro general está en el gobierno!

No acabaron ahí nuestras inquietudes. Quedaba satisfecha una curiosidad política, nada más. Pero detrás de los nombres apenas podíamos saber cómo estaba España. Y uno de los curiosos que se arrimaron al grupo le quiso preguntar:

—¿Y nos puede decir usted cómo está España; está muy recuperada de la guerra, hay aún racionamiento?

—La posguerra ha sido muy larga y dura para España —siguió contestando nuestro peculiar maestro—. España ha tenido que regirse mediante una autarquía, sin ayudas exteriores. La han sometido a un veto internacional del que hemos salido mediante nuestro reciente ingreso en la UNESCO y la previsible incorporación en la Organización de Naciones Unidas. El racionamiento se ha terminado, España está levantando el vuelo. Os encontraréis una España muy mejorada.

Las palabras de don Torcuato se me quedaron grabadas en la memoria, porque fueron una rápida radiografía y anticipo de lo que encontraríamos al llegar a España.

Sin embargo, no todo era ansia de saber de las graves cuestiones de la política nacional. Hubo preguntas de todo tipo sobre asuntos bien distraídos como el fútbol y los toros.

—Don Torcuato, díganos, por favor, qué equipo es el campeón de liga —le preguntó un muchacho.

—Pues el Fútbol Club Barcelona. Pero en este campeonato va muy destacado el Real Madrid, que no gana la liga desde hace más de veinte años —contestó nuestro informador particular.

—¿Pero qué me dice, que en todos estos años el Real Madrid no ha ganado ningún título de liga? —protestó Miguel Ángel Barrero.

—Pues así como os lo cuento. Y eso porque tienen a un argentino, del que me figuro que no habéis oído hablar, que se llama Alfredo Di Stefano. Los compañeros no son mancos: Molowny, Alonso, Lesmes, Rial, los hermanos Atienza... En fin, qué os voy a contar. Muy pronto vais a poder disfrutar de la pasión que despierta el fútbol

en España, que parece que hasta está dejando atrás a los toros.

Aquellos ratos con Luca de Tena y Adolfo Prego fueron, sencillamente, formidables. Mucho lamenté no haber podido despedirme de aquel ilustre periodista, porque, mientras desembarcamos los repatriados en Barcelona, él se quedó unas horas más en el barco recogiendo todos los detalles que le sirvieran para firmar una crónica en el *ABC* que terminaba refiriéndose a nosotros, los prisioneros:

Quiero cerrar esta crónica de despedida con las mismas palabras con que rubiqué la crónica de la salutación: ¡Que Dios los bendiga y evite que los españoles podamos empañar nunca la infinita ilusión de su regreso!

Torcuato Luca de Tena

Además de la ropa nueva que nos fue proporcionada a bordo por la Cruz Roja, nos hicieron entrega de recado de escribir. No habíamos abandonado todavía las aguas turcas cuando se nos ofreció la posibilidad de enviar correo. Nuestras cartas serían desembarcadas hasta Estambul para que salieran por avión con destino a España. De esta forma, se adelantarían nuestras letras en una o dos jornadas a nuestra llegada.

Era la primera vez que podíamos tomar unas cuartillas y un sobre para escribir a nuestras familias. Nos fuimos desperdigando en pequeños grupos, buscando —como si fuéramos escolares— el abrigo del compañero más despierto que supiera ayudarnos en el trance. Muchos de aquellos prisioneros no sabíamos por dónde empezar. Se dieron reacciones diversas; hubo quien con la misma fe resuelta con la que había afrontado el cautiverio, tomó el papel y escribió:

*Ana Eizaguirre
Madrid-España*

*En la bahía de Estambul, a bordo del Serniramis,
a 27 de marzo de 1954*

Madre del alma:

Acabamos de surcar el mar Negro, penetrando en el Bósforo, por el angosto brazo de mar que separa Asia de Europa.

Hasta nuestro barco anclado frente a la ciudad de Estambul ha llegado una lancha con la comisión española que nos trae las primeras noticias y saludos de la patria. Todos lloramos, reímos y gritamos para dar paso a la arrebatadora alegría que invade nuestros

pechos.

Al fin respiro libre y me siento seguro al saber que el infierno quedó atrás. En estos once largos años de miseria y dolor nada he podido saber de ti, sé que eres muy viejita, pero algo me dice que aún vives con la esperanza de volverme a ver. Si así es, ten paciencia y espérate un poquito más que yo a salvo pronto estaré en tus brazos para no separarme más de ti.

Mil abrazos y besos de tu hijo.

Ramón

Cuando Ramón Pérez Eizaguirre cerró el sobre y se lo dio al oficial encargado del correo alguien se atrevió a leer la dirección y exclamó:

—¡Pero mira que poner la carta sin dirección! ¡Como que te va a llegar poniendo solamente eso de Madrid y España! ¿La calle donde vive tu madre no tiene nombre, Ramón?

Pero él ni se inmutó y a los pocos días tuvo la dicha de saber que la carta había llegado a su destino; su madre la había recibido.

Otros marineros no sabían qué escribir.

—¿Qué le digo yo a mi madre si ni siquiera sé si se encuentra con vida? —me preguntaba lacónicamente Ángel Salamanca.

Las lágrimas de algunos nublaban la vista y las ideas. El papel permanecía en blanco, mojado, con las erupciones abultadas de aquellas gotas de emoción.

—Yo espero que hayan sabido de mí a través de Carlitos Riederer, el alemán —le decía yo a Salamanca—. Pero quién sabe. Quién sabe siquiera si lo devolvieron a Alemania.

—Pronto lo sabremos, porque, de no haber recibido noticias nuestras a través de los alemanes e italianos, mucho me temo que nos hayan dado por muertos hasta estos días en que ya saben quiénes navegamos vivos hacia España —me contestaba Ángel Salamanca—. Y mira que sería curioso, porque en mi pueblo ya me dieron por muerto en nuestra guerra. ¡Anda que resucitar dos veces!

Nuestro viejo camarada José Martín Ventaja nos trasladó la misma inquietud. Él había dejado a su madre enferma del corazón cuando salió para el frente en julio del 41. La carta que escribió en cubierta llegó a su feliz destino de la calle Limón de Madrid y fue publicada en el *ABC* de aquellas fechas:

A bordo del Serníramis,
a 27 de marzo de 1954

Queridos padres y hermanos:

Después de salir del infierno, lo primero que quiero enviaros son todos los besos y abrazos que os han faltado durante estos once años; recibirlos del que podéis llamar hijo pródigo. Papá, me figuro todo lo que habéis sufrido. ¡Perdón! Yo tengo miedo del encuentro; temo mucho. ¿Mamá? Esta es para mí la pregunta. Yo no puedo explicaros la emoción tan grande que hay en este momento en que nos hemos encontrado con los delegados españoles. Perdonadme. Todos mis nervios saltan y no tengo palabras para escribir.

Millones de besos y abrazos para todos.

José

P. D. Repito las mismas palabras que dije al despedirnos en la estación del Norte: no lloréis, por favor, cuando nos encontremos. La medalla del Perpetuo Socorro, como me dijiste, papá, me salvó; regreso con ella. Te la devolveré, como me pediste.

Gracias a que embarcaron aquellos representantes de España, y con ellos dos sacerdotes, pudimos por fin participar de la eucaristía. Fue el último domingo de marzo de 1954. ¡Y cuántas cosas no me han pasado en ese mes de marzo! Un día de marzo me habían hecho prisionero; un día de marzo había abandonado la Unión Soviética; un domingo de marzo del año siguiente conocería a Teresa...

Nunca una misa ha tenido más verdadero sentido que aquella que se celebró en un salón del barco, navegando ya por aguas del Mediterráneo. Se trataba de una verdadera y sentida acción de gracias. Le dábamos gracias a Nuestro Señor Jesucristo por haber sobrevivido a la guerra y al cautiverio; gracias por poder volver a escuchar nuestra lengua de aquellos compatriotas y hermanos que habían venido hasta el barco libertador; gracias por tener aún ánimo y salud para emprender la dulce tarea de volver a la vida española; gracias por volver a escuchar la palabra redentora del Evangelio.

Habían pasado doce años desde la última misa que escuché, a principios de 1942, a orillas del Vóljov.

En esta novísima eucaristía ofició el padre Caballero, que había sido *pater* en nuestra división y tuvo palabras de recuerdo para todos los camaradas —vivos y muertos— que dejábamos en Rusia.

Cuando ya habían pasado varios días de aquella navegación, se empezaron a recibir telegramas en el barco. Uno de aquellos caballeros periodistas que habían embarcado, el señor Castillo Puche, se aupó encima de un pequeño cabestrante para anunciarnos que se había recibido a bordo el saludo de Su Excelencia el jefe del Estado, Generalísimo Franco. Y fue leído en voz alta y ceremoniosa que pretendía estirar el sobrio mensaje: «Al encontrarse ya camino de la patria, envío a todos los liberados, con el saludo de España, un abrazo. Firmado Francisco Franco».

En las horas siguientes, el capitán Oroquieta —en su calidad de oficial de mayor graduación y antigüedad— envió un cable al general Muñoz Grandes, ministro del Ejército. A lo que él contestó con prontitud con este mensaje: «Recibido vuestro mensaje, la patria, llena de alegría y orgullosa de vosotros, os espera con cariño. Yo os abrazo. Muñoz Grandes». Ya entonces me pareció que mediaba una gran distancia entre uno y otro estilo. El hecho de ser saludados por aquellos jefes supremos nos conmovía, pero las palabras de Muñoz Grandes eran —como siempre— de una generosa y sincera fraternidad.

* * *

En una de las jornadas marineras previas a nuestra llegada a España, Miguel Ángel Barrero hizo por buscarme hasta que dio conmigo. Me pidió que fuera con él. Me intrigó el hecho de que viniera a avisarme y le acompañé sin más por aquella cubierta tan preñada de ilusiones. Nos encaminamos hasta una puerta que daba acceso a la sala de máquinas. Antes aún de que pudiéramos descender por las escaleras, tropezamos con un marinero griego que nos preguntó, con toda amabilidad, si queríamos algo. Miguel Ángel le dijo algo de lo que aquel hombre solo podía adivinar, o entender, la intención:

—Mire usted, venía pensando que a nosotros nos han dado alguna ropa nueva... y resulta que yo lo que quiero es su camisa.

Miguel Ángel empezó a hacer el gesto con el que se han entendido todos los pueblos a través los siglos, el de cambiar una cosa por otra. El maquinista no comprendía cómo aquella camisa azul, vieja y sucia, podía ser objeto deseado por un prisionero español. Pero así era. Miguel Ángel se había empeñado —desde el mismo momento en que había visto a los marineros destinados a la sala de máquinas— en hacerse con una de aquellas camisas azules. Y lo consiguió. El marinero griego se deshizo de su camisa vieja y se la dio, quedándose con el torso al aire y renunciando a la camisa nueva que le ofrecía Miguel Ángel. Hasta el mismo momento en que desembarcamos Miguel Ángel lució su camisa azul para asombro y envidia de todos los demás, que tuvimos que esperar a que la Hermandad de Excombatientes de la División Azul nos la regalara, junto con otras cosas que venían en una bolsa para los liberados.

La víspera de nuestra llegada, navegando ya en aguas muy próximas a la península, se pudo sintonizar en el barco la emisora de Radio Nacional en Barcelona. Hasta el camarote que yo ocupaba me vinieron a buscar Eusebio Calavia y Miguel Ángel Barrero. Este, todo nervioso, me dijo:

—¡Avíate, que vamos a escuchar un programa de Radio Nacional en el que hablan de nosotros!

Visto y no visto me terminé de arreglar y salí zumbando con ellos hasta el salón, donde se colocó un altavoz. Cuando llegamos, el programa ya había comenzado. Mi sorpresa fue monumental cuando escuché en la radio algo así: «Atención al soldado Andrés Santiago Cruz, de Linares, va a hablarle su hermana». El asombro era general y también la emoción. Andrés quería contestar mirando al altavoz sin advertir que nadie en España le podría escuchar. Antes de que se diera cuenta oyó la voz de su hermana:

—¡Andrés, soy yo, tu hermana! ¡Gracias a Dios que ha hecho posible que vuelvas a casa! Tienes tres sobrinos, porque yo me casé hace diez años... Nuestra madre estará, si Dios quiere, en Barcelona esperándote.

Andrés se llevó las manos a la cabeza sin poder reprimir el llanto, no podía sostenerse en pie y buscaba cualquier apoyo que le librara de su abatimiento. La emoción era demasiado grande. Por fin, después de trece años, podía escuchar la voz de aquella familia suya que tantas veces creyó perdida para siempre.

Así se fueron sucediendo las intervenciones de los familiares que se acercaron a la emisora de Radio Nacional en Barcelona. Eran gentes de toda España que ya estaban concentrados en la Ciudad Condal a la espera de nuestra llegada. Yo, por mi parte, estuve esperando la intervención de uno de los míos. Quería escuchar la voz decidida de mi padre o la de mi hermano Ramón. A los dos los imaginaba tan decididos como para acudir a la radio. Pero sus voces no sonaron por la radio y mi nombre no se escuchó por el altavoz. Una pequeña decepción me dejó pensativo. Sin quererlo, se fue abriendo camino en mi cabeza el miedo a que faltaran mis padres, y esa idea fue consumiendo mis fuerzas en los días que restaban de navegación hasta llegar a España.

XXX

Y amaneció un día luminoso en alta mar. Resultó ser la jornada con mejor tiempo de todas en las que estuvimos embarcados. Pocos fueron capaces de dormir y con las primeras luces nos fuimos encontrando todos en cubierta. Los marineros griegos se sorprendieron al vernos en mangas de camisa desafiando al relente de la alta mar. No nos podía intimidar. Nos informaron de que aún tardaríamos diez horas en llegar a tierra, pero nos bastó el pensar que estábamos por fin en aguas españolas. Antes aún de poder divisar nuestra amada tierra, recibimos el saludo de las sirenas de otros barcos que nos reconocieron. Eran barcos de pesca españoles, uno de ellos se acercó lo suficiente para que pudiéramos saludar a los marineros. En esos saludos andábamos cuando nuestro Rodrigo de Triana particular dio la voz de: «¡España a la vista!». Ya podíamos tocar con los ojos nuestra patria perdida. En algún sitio apunté el tiempo que había transcurrido desde que cruzamos en julio de 1941 la frontera de Hendaya abandonando España. Eran doce años, ocho meses y veinte días sin ver ni oler nuestras calles y plazas; sin pisar ni sentir nuestra tierra.

Conforme nos acercamos a la costa barcelonesa comenzaron a escoltarnos todo tipo de embarcaciones, desde pequeñas barcas de pesca con sus solitarios patrones, los pescadores, hasta motoras de recreo, cuyos tripulantes eran impacientes españoles que no querían esperar a vernos llegar al puerto. Barcelona estaba ya tan a la vista que parecía que la pudiésemos tocar con los dedos. La maniobra de aproximación al puerto y el atraque se hicieron interminables. Por todos lados rugían las bocinas de los otros barcos y los gritos de los hermanos españoles incapaces de contener su entusiasmo.

A los muchachos que se pegaban al costado por el que me asomaba les lanzábamos tabaco turco del que habíamos recibido de regalo en Estambul. En uno de los botes venían unos muchachos universitarios vestidos con americana y corbata. Uno de ellos nos gritaba agradecido por el gesto de ese tabaco que probablemente no necesitaba:

—¡El que quiera se queda en mi casa aquí en Barcelona!

Otro joven quería saber cómo nos llamábamos y le fui diciendo los nombres de los que allí estábamos asomados:

—Miguel Ángel Barrero, José Martín Ventaja, Victoriano Rodríguez, Félix Alonso, José Romero Carreiras y José Maseda Castro.

Una de las primeras embarcaciones que se nos acercó era una lancha en la que venían periodistas, fotógrafos y los operadores de la cámara de cine que movilizaba el No-Do. A aquel segundo grupo de españoles que subía a bordo lo abrazamos con la misma alegría que a los primeros que habían embarcado en Estambul; su sorpresa y emoción eran también notables. En aquel instante estallaron en el cielo los cohetes

que se lanzaban desde el muelle. Excitadas, las demás embarcaciones encrespaban el ambiente con los profundos quejidos de sus sirenas. Podían ser varios cientos los barcos que nos acompañaban, todos ellos engalanados con las banderas de España.

Dos remolcadores que lucían los nombres de Cataluña y Monte Cabrera se hicieron sitio a través de aquel cerco flotante. Ellos se encargarían de aproximar el Semíramis a la estación marítima. Entretanto, para poder superar la espera de la maniobra y aliviar nuestra emoción, la cubierta del Semíramis cantó al unísono el Cara al sol y el himno de infantería. No se nos había olvidado la canción de nuestra arma, de la que entonces me conmovieron algunos acordes con versos que llevaban una verdad de la que nosotros éramos el vivo ejemplo:

*Y por verte temida y honrada
contentos tus hijos irán a la muerte...
Pues aún te queda la fiel infantería
que, por saber morir, sabe vencer.*

Con ello queríamos gritar con todas nuestras fuerzas que seguíamos siendo los mismos soldados de España de trece años antes.

Por fin atracamos. Eran las cinco treinta y cinco de aquel viernes 2 de abril de 1954. Se largaron las estachas a la bendita tierra de España. Pero lo que sucedió allí en el puerto de Barcelona no es fácil de explicar. Las palabras resultan incapaces de representar el cuadro completo de las emociones de aquella exaltación general. Los prisioneros nos abrazábamos sin poder creernos que nuestros seres queridos estaban allí abajo, a muy pocos metros de nosotros, entre la muchedumbre que, más que feliz, estaba eufórica. Aquel recibimiento era caótico porque el gentío había desbordado toda previsión. La multitud no estaba dispuesta a esperar. Recuerdo a un muchacho que subió trepando por una maroma hasta la popa. Empeño difícil, porque además llevaba a la espalda un pendón, pero lo consiguió entre los gritos de satisfacción y alegría de los presentes.

Los familiares más jóvenes y decididos se encaramaron a cualquier resquicio del costado del barco y treparon hasta la baranda para acceder a él. Pronto nos vimos invadidos por espontáneos que se saltaban todo el protocolo de la recepción. Desde mi posición comprobé que las madres estaban escoltadas por oficiales del ejército y otros familiares. Alguna de ellas no podía soportar la emoción y tenía que ser asistida por los sanitarios.

Yo trataba de hacer un sitio para mis ojos entre las lágrimas, pero no conseguía ver a ninguno de los míos. Se oían los gritos y resonaban las sirenas y me parece que aún siento el eco de una banda de música entre la confusión. Algunos camaradas sí fueron capaces de ver a los suyos. Una familia que estaba pegada a la amura por donde yo me asomaba me preguntaba por Eusebio Calavia.

—Sí, sí. Eusebio viene con nosotros, voy a mirar a ver por dónde anda.

Y pegaba unas voces sin despegarme de la tapa de regala del buque, no fuera que me quitaran mi sitio. Era imposible dar con nadie, porque el corazón latía andanadas de fuego y uno no era capaz de distinguir a Eusebio aunque lo tuviera delante.

Presencí cómo subieron a bordo dos muchachas y me imaginé que iba a contemplar un milagro. Una de ellas dijo llamarse Margarita Llompart y buscaba a su padre, Pedro Llompart, un marinero que llevaba dieciocho años secuestrado en Rusia. Su hija, que en 1936 tenía tan solo unos meses, ya era toda una señorita. La otra chica, más joven, preguntaba por Miguel Maqueda, un sevillano de Marchena que no conocía a su hija y que ahora la iba a conocer. Ninguno de los que fuimos testigos de aquellos dos abrazos pudimos contener las lágrimas.

Un hombre de mediana edad, de aspecto sencillo y acento gallego, que me pareció que podía ser marinero, me miró fijamente y me preguntó por Daniel Somoza. ¿Y qué podía decir yo a aquel hombre si sabía que él se había quedado en Rusia?

—Sí, sí, sé quién es —y me quedé callado.

—¡Soy su hermano! —me gritó.

Y quizás Dios me sopló una contestación que no hiciera demasiado daño:

—Tal vez venga en el próximo barco. No podíamos venir todos.

Aquel hombre que me había preguntado por Somoza se quedó allí mientras esperábamos que aquella trabazón de emociones y almas se despejara.

Se logró acercar el portalón a la cubierta del barco que, por estar alta la marea, quedaba muy elevada en relación con el muelle. Se trataba de que subieran las autoridades y nos dieran la bienvenida. Nuestro viejo general, don Agustín Muñoz Grandes, debía haber sido el primero en subir a bordo. Pero aquella muchedumbre no había esperado a ceremonias y ya había más parientes y amigos dentro del barco que pasajeros. Potamianos y Fokasa, los oficiales griegos, temieron por un momento que el buque no pudiera soportar el sobrepeso.

No sin esfuerzo comenzaron a subir los empinados escalones don Agustín Muñoz Grandes y don Raimundo Fernández Cuesta. Los dos eran ministros del gobierno de España, pero les abrazamos sin ningún reparo y con todo nuestro afecto como si fueran nuestros padres. Nuestro general nos dijo algunas palabras a voz en grito y siguió repartiendo abrazos para aquellas almas tan necesitadas. Yo le vi emocionarse y cómo se le nublaron los ojos de lágrimas. Sabía mejor que nadie de nuestro sufrimiento.

Poco después comenzamos a descender por la peligrosa escala hasta aquella marea de corazones encendidos. Nos recogían en volandas sin que supiésemos adónde nos dirigían. De brazo en brazo fui llevado hasta que me topé de frente con mi hermano Ramón. Nos fundimos en un abrazo inmenso y doloroso. Yo había perdido la voz, apenas pude pronunciar con mi cara pegada a la suya:

—¡Hermano! ¡Hermano!

Fue su voz la que me dio la certeza de nuestro encuentro. Efectivamente, era

Ramón, mi hermano pequeño, que se había transformado en todo un señor. Aquel chiquillo de diecisiete años que dejé en España estaba convertido en un hombretón corpulento de treinta añazos. Pero era su voz.

Con Ramón estaban mis primos de Rueda y otro grupo de paisanos que venían, a su vez, a recibir a Francisco Velasco, otro prisionero natural de Medina del Campo. Recuerdo mis primeras palabras entre lágrimas:

—¿Y nuestros padres? —pregunté por ellos, temeroso. Tenía miedo a conocer alguna mala razón por la que no habían venido a recibirme.

—Mamá está en Madrid esperándote. Era mucha emoción para ella. Pero papá... —Se quedó un momento callado, mirándome a los ojos. Le agarré del pelo para separar su cabeza y comprender aquella expresión—. Sí, papá murió hace cuatro años.

Todavía hoy me emociono al recordar cómo supe en un momento que en realidad hacía tanto tiempo que mi padre había muerto.

—¿Y las hermanas? —le pregunté con urgencia.

—Están bien y deseando darte un abrazo enorme. Ya verás que tienes cinco sobrinos. Dos niñas que tiene Pilar y un niño y una niña, Mercedes. Yo ya tengo un niño pequeño que es todo un Maseda.

Me quedé admirado de ser ya tío de cinco sobrinos cuando ni siquiera sabía que mis hermanos se habían casado.

—¿A que no sabes cómo se llaman tus dos sobrinos varones? —me preguntó Ramón. Al ver que no era yo capaz de responder se adelantó diciendo—: ¡Pues cómo se van a llamar! Como tú, los dos se llaman como tú, José.

Los grupos se fueron dispersando y quise echar una mirada atrás, mientras abandonábamos el muelle por ver, una vez más, a aquel barco de nuestra resurrección. Comprobé que allí seguía, merodeando el hermano de Daniel Somoza, a la espera de noticias o del milagro de su aparición sobre la cubierta del Semíramis.

Los muchos años que han pasado se encargaron de borrar algunos de estos recuerdos. Pero el nombre de aquel muchacho, Somoza, que se quedó entre el grupo de los débiles y desertores de España, se me vino a la vista hace unos años mientras leía un periódico. Movidó por esa manía que tengo de leer los anuncios en lugar de las noticias, reparé en un edicto que me llamó la atención. Se trataba de uno de esos edictos que se hacen por el juzgado cuando un familiar insta la declaración de fallecimiento del hermano o el padre que desapareció para siempre. Aquel anuncio que recorté lo traigo hasta aquí:

NEGREIRA

Edicto

Doña Raquel Álvarez Rey, juez del juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Negreira.

Hago saber:

Que en cumplimiento de lo acordado por resolución del día de la fecha, que en este juzgado se tramita expediente de jurisdicción voluntaria, bajo el número 269/06, promovido por don Benigno Somoza Vázquez, sobre declaración de fallecimiento de don Daniel Somoza Vázquez nacido en fecha 13 de febrero de 1924 en Santa Comba (La Coruña), hijo de doña Carmen Vázquez Seijas y de Bernardino Somoza García, que en el año 1954 permanecía como prisionero de guerra en Rusia, en el campo conocido como Krasno Pole. Sin que desde entonces se hayan tenido noticias suyas.

Lo que a los fines prevenidos en los artículos 2042 y siguientes de la Ley de Enjuiciamiento Civil se hace público mediante el presente edicto para que cualquier persona que lo considere oportuno pueda comparecer ante este juzgado para ser oída en el mencionado expediente.

Negreira, 20 de junio de 2006 El/la juez,
Raquel Vázquez Rey

El/la secretario/a judicial, José María Fernández Clemente

Efectivamente, Daniel Somoza fue uno de aquellos prisioneros españoles que renunciaron a volver a España con el Semíramis. Claro que me he acordado muchas veces de ellos y me he preguntado cuál sería su suerte. ¿Hasta qué año permanecerían cautivos? ¿Adónde se irían a vivir en el caso de que les liberaran? Son preguntas que para mí no han tenido respuesta. Deduzco que la familia de Daniel Somoza nunca más volvió a saber de él. Medio siglo después de nuestra repatriación acudieron al juzgado para que se declarara oficialmente su fallecimiento. Probablemente porque aún estaría sin repartir la herencia de sus padres. Y sus viejos hermanos, o sus sobrinos, no podrían hacer ninguna partija hasta que se declarara oficialmente que Daniel había muerto.

Ya desembarcados, nos fueron metiendo en unos autocares que nos llevaron a la basílica de Nuestra Señora de la Merced. Hasta los pies de la Virgen nos acercamos todos con la mayor devoción y humildad para dar gracias por nuestra liberación y rezar de rodillas una salve a nuestra Virgen redentora. Las flores que las muchachas de la Sección Femenina nos habían entregado a todos los repatriados en la puerta de la iglesia las fuimos depositando ante aquella imagen de María.

A la salida de la basílica nos volvieron a embarcar en los mismos autocares, ahora con dirección al hospital. El recorrido estaba anunciado en la prensa con antelación, por lo que por las Ramblas, por el paseo de Gracia y por la calle Balmes nos iban saludando con un fervor sincero muchos barceloneses. Respondíamos nosotros también enviando saludos hacia los balcones de las casas en los que se asomaban familias enteras.

Al llegar al hospital del Generalísimo nos hicieron entrega de unas bolsas de regalo que contenían una camisa azul, emblemas de la división, un rosario, algunas golosinas y una medalla de la Virgen de la Merced. Otras instituciones nos regalaron tabaco y un billetero de piel con un billete de cincuenta pesetas, otro de veinticinco, otro de cinco y, por último, un billete de una peseta. También piezas de metal pequeñas. Con aquel regalo teníamos para empezar a soltarnos con la moneda española.

El reconocimiento médico fue para la mayoría de nosotros un trámite. Nuestra salud no parecía mala del todo porque ya hacía un año que nos habían aumentado las raciones. Y como en los últimos meses no habíamos salido a trabajar, habíamos recuperado bastante peso. En mi caso pude haber ganado cerca de diez kilos, dos de ellos se los adjudico con toda certeza a la buena dieta del Semíramis. Sin embargo, los médicos, aun siendo amables, se mantuvieron graves en su reconocimiento.

Cuando parecía que ya habían terminado conmigo, salí al pasillo; todavía permanecían en una sala aquellos compañeros a los que estaban auscultando y pesando. Detrás de una puerta entornada pude escuchar unas palabras que eran toda una sentencia sobre nuestro estado y condición.

—¿Te has dado cuenta? Todos estos muchachos de treinta y pocos años parecen jornaleros de cincuenta... —le decía resumidamente un médico a otro.

El comentario me sorprendió y me hirió por partes iguales. ¿Era ese el dictamen que se podía hacer de nuestro estado? La verdad era que nuestros cuerpos habían sufrido el terrible desgaste de la distrofia y el hambre; del frío y de todas las inclemencias posibles como la humedad, el viento y el hielo; de la sobrecarga inhumana de trabajo; de la falta de sueño; de las enfermedades sin remedio ni alivio... Teníamos, en definitiva, las trazas de ser obreros o labradores de cincuenta años.

Luego supe que reseñaron que bastantes de nosotros volvíamos con los pulmones enfermos de la mina, del polvo de las fábricas, del tremendo frío y de quién sabe qué otras penurias.

Sería ya de noche cuando se acercó hasta el hospital nuestro general, Muñoz Grandes. Quería departir con sus viejos soldados, conocer los detalles de nuestro cautiverio y hacerse rápidamente con nuestros nombres. Con los oficiales Oroquieta, Palacios, Rosaleny y Altura parecía tan familiarizado como si hubiera estado despachando con ellos unos días antes. Hubo un momento en el que estaba Muñoz Grandes en el pasillo, fumando un pitillo y rodeado por algunos de aquellos oficiales,

cuando me pidió que me acercara:

—A la órdenes de vucencia, mi general —le dije sin atisbo de nerviosismo, con plena serenidad.

También me pareció que por nuestro general habían pasado los años. Sus viejas arrugas de guerrero se hundían aún más en la piel. Su porte se había encorvado, pero su gesto —lejos ya del frente— me pareció entrañable, el de un hombre honrado y satisfecho.

—Veo que no has dejado de ser militar —me contestó, sorprendido por haber mantenido escrupulosamente el tratamiento reglamentario para con un general.

—Otro orgullo no tengo, mi general —le dije en un arrebato de lucidez que era más propio de un sueño, como si estuviera pronunciado unas palabras que llevaban mucho tiempo viviendo en mi interior, y continué—: Que en todo momento he dicho que yo era un soldado español y voluntario de la Galubaia Divisia.

—¡No sabes cómo os lo agradezco y lo orgulloso que estoy de vosotros! —exclamó nuestro general, para luego preguntarme—: Y dime, ¿estuviste a mis órdenes?

—Sí, mi general, yo salí de la estación del Norte el 13 de julio del 41; estuve en todos los fregados de la cabeza de puente: Sitno, Russa, Possad...; luego en Udarnik para fin de año; en Teremez en enero; en Bol Samoschje... y me hicieron prisionero, como quien dice, en mi propia casa, cerca de Gorka.

—Ya veo... ¿Y cómo te llamas? —me preguntó.

—Me llamo José Maseda Castro, soldado del segundo batallón del regimiento 269.

Y tan pronto oyó esto, me echó el brazo por encima del hombro.

—Otro valiente del batallón de Miguel Román. ¿Cuántos prisioneros hay de ese batallón? —me preguntó.

—Bueno, mi general, hay unos cuantos... pero de los primeros, es decir, de los suyos, ya me entiende. —En aquel instante se rio pensando que, efectivamente, los prisioneros de Krasny Bor ya eran soldados del general Esteban Infantes, que le había sustituido.

—Pues soldados de entonces, del segundo batallón... —continué hablando—: Miguel Ángel Barrero, de Madrid; el sargento Filiberto Sánchez Escribano, de Zamora; José Martín Ventaja, de Almería... En fin.

—Y dime, ¿tú de dónde eres y qué familia tienes? —siguió preguntándome.

—Pues mire, mi general, yo soy de Madrid. Aunque casi toda mi familia es de Rueda. Mi madre me espera en casa. Tengo tres hermanos, pero mi padre ha muerto hace cuatro años, no ha podido ser... —Emocionado, sentí que en ese momento el general me apretaba con fuerza en el hombro.

—Bueno, me alegro mucho de conocerte. Ya tendremos ocasión de seguir hablando. Ahora quisiera seguir saludando a tus compañeros.

Así fue cómo nos despedimos en el corredor del hospital de Barcelona. Nunca

más tendría yo el honor de hablar otra vez con él, pero me doy por satisfecho.

* * *

En Barcelona nos llevaban de un sitio a otro sin que tuviéramos noción de dónde andábamos. Cuando íbamos en el autocar a hacer la ofrenda a la Virgen de la Merced, Ramón me dijo que en el año 49 supieron que yo vivía, que habían recibido recado de los prisioneros liberados de otras nacionalidades.

—Pero ¿supo papá que yo vivía? —le pregunté inmediatamente.

—¡Claro que sí! —exclamó mi hermano—. Al menos se fue con la alegría de que estabas vivo. Fue aquel alemán, Riederer, el que nos escribió varias cartas.

—¡Bendito Karl Riederer! ¡Cuánto recé para que pudiera cumplir su promesa!

La ciudad que tan bien nos había recibido nos pareció Hollywood. En todos los años que pasamos en Rusia no vimos ni la mitad de los coches que en Barcelona en dos días. Las cafeterías estaban llenas de público elegante. De entre tantas calles hermosas, me dejó embelesado el paseo de Gracia con sus comercios señoriales y edificios modernistas. Me sorprendió la ciudad, la educación y amabilidad de sus gentes y su benigno clima.

Nos topamos con el escaparate de una pastelería y yo me quedé atónito al ver aquel muestrario de chocolates y dulces tan elegantemente dispuesto. Se llamaba Llibre i Serra y era un espectáculo de bombonería. Mi hermano me insistió para que entráramos y yo me quedé dubitativo, receloso de que un pobre prisionero de guerra tuviera derecho a entrar en un comercio elegante. Entré acompañado de Ramón y cuando le oyeron que me decía que ese chocolate no lo había visto en Rusia ni en pintura, alguien preguntó si yo era uno de los voluntarios españoles repatriado.

—¡Sí, señor, mi hermano José Maseda! ¡Voluntario de la División Azul! —exclamó Ramón—. ¡Volvió ayer con el Semíramis!

Salió entonces el dueño del establecimiento y nos hizo sentar en una de aquellas coquetas mesas del salón, para convidarnos a lo que gustásemos.

—Me va a permitir que le entregue estos bombones. Y se van a llevar la especialidad de la casa, esta cajita de lenguas de gato —nos dijo con sincera cordialidad.

—No, mire usted, es muy amable pero no puedo aceptarlo —le indiqué por cortesía. Me puse de pie para hablar con él, pues en trece años nunca hablé sentado a una persona a la que le tuviéramos que reconocer categoría.

—Pero siéntese, hombre, no se ponga de pie. Y dígame, ¿viven sus padres? —me preguntó en tono paternal.

—Mi madre está esperándome en Madrid —le contesté apurado—. Pero no hace falta que nos convide ni que nos regale nada, por favor.

—¡Es que no son para usted! ¿Me comprende? Son para su señora madre. Ni se les ocurra abrirlo ni comerse nada de esto en el viaje.

Este gesto no lo he podido olvidar. En aquellos días tan emotivos íbamos recibiendo sin cesar atenciones como esta.

No puedo precisar con mejor orden los actos y recepciones a los que acudimos. Recuerdo aquellos días como si los hubiéramos vivido a varios palmos del suelo, flotando desde que desembarcamos hasta que tomamos el tren con destino a Madrid. En el nuevo viaje se fue remansando un poco el bullicio y la alegría que no habían tenido tregua en Barcelona.

En el tren pude ir recogiendo testimonios de los encuentros de mis compañeros con sus familias. La mayoría de nosotros habíamos perdido a algún ser querido durante el tiempo en que permanecemos cautivos en Rusia. Pedro Llompart, el mismo que recibió en cubierta a su preciosa hija de dieciocho años, a la que solo había conocido siendo esta un bebé, recibió también la dolorosa noticia de que su madre había fallecido el martes día 30 de marzo. Tan solo tres días antes de su llegada a España. Qué terrible ironía de la vida que aquella señora viviera durante los diecisiete años que estuvo su hijo secuestrado y cautivo en la Unión Soviética para morir unas horas antes de poder abrazarlo. Al menos murió sabiendo que su hijo estaba vivo y de camino a casa.

Y sin embargo hubo quien recuperó hasta a la novia. Un marinero del Cabo San Agustín, Pedro Armesto, se había despedido de su novia al comienzo de nuestra guerra —cuando inició las singladuras a las que venía obligado por su oficio— y le pidió que le esperara. En el Semíramis recibió un radiograma que decía: «Te he esperado».

* * *

Ya en Madrid vino el ansiado encuentro con todos los míos. Del abrazo que le di a mi madre todavía no me he recuperado. La pobre no era capaz de decir palabra ni tampoco de soltarme mientras apretaba su cara mojada en lágrimas junto a la mía. Me sorprendió verla vestida aún de luto por mi padre. Cuando por fin pudo decir algo fue con una voz entrecortada de suspiros:

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios, hijo mío! ¡Se lo tenía pedido al Cristo de Medinaceli y a Nuestra Señora de la Asunción! ¡Qué pena tan grande siento de que no te haya visto tu padre!

En aquellos días no me separé de mi madre. Hablábamos de lo que yo le podía hablar, que no era mucho. Porque yo no traía más que penas. Le hablaba —eso sí— de mis hermanos de cautiverio; se aprendió los nombres del capitán Oroquieta, del teniente Altura, del alférez Molero, del capitán Palacios, de Victoriano, José Martín Ventaja, Miguel Ángel Barrero, Ramón Eizaguirre, Venancio, Eusebio Calavia, Ángel Salamanca, Félix Alonso y tantos otros con los que había convivido doce años.

Nos hablábamos con la mirada. Nos sentábamos en la luminosa cocina y yo veía a aquella mujer que ya tenía el pelo blanco, pero que conservaba su bella piel morena y

le decía:

—Se tendrá ya que quitar el luto, ¿no?

Pero no me respondía. Y en verdad que no conseguiría ya que se lo quitara. Murió como viuda de Maseda.

XXXI

¿Y qué hace un hombre de treinta y cuatro años sin otro oficio que la guerra? Fui soldado en nuestra guerra a los dieciocho, y en la europea a los veintiuno. Soldado del ejército nacional y soldado de la Wehrmacht. A los veintidós era ya prisionero de los soviéticos, condición que mantuve hasta los treinta y cuatro años. Y me vuelvo a preguntar, qué hace un hombre de esa edad que no ha tenido otro oficio más que el de soldado. Porque ser prisionero para nosotros no fue más que una prolongación de nuestra condición de soldados. Nosotros seguimos siendo soldados dentro del Gulag soviético. Nunca dejamos de obedecer a nuestros superiores y tratamos de marcar una raya respetuosa, pero diáfana, con los demás cautivos. Nos seguíamos sintiendo soldados españoles.

Ser prisionero de guerra no era lo mismo que ser preso. Estábamos presos, pero no éramos presos, sino prisioneros del comunismo. De nuestra condición carcelaria no hicimos carrera.

Al volver a España, los acontecimientos se sucedieron muy deprisa. A la alegría inicial e indescriptible de los primeros tiempos le sucedió el hecho cierto de que estábamos desubicados, faltos de sitio. Nos sentimos extraños en nuestras propias casas. Pero mucho más difícil había sido acoplarnos a las cárceles rusas y sobrevivir.

Por un lado, el ejército español nos reconocía todo el tiempo que habíamos estado prisioneros como cumplido en filas. Y podíamos, en consecuencia, haber continuado la carrera militar, ascendiendo en algún grado y con destinos privilegiados. Muy pocos tomaron este camino. Para otros se les abrieron diversas puertas de aquel incipiente Estado de bienestar, paternalista y preocupado por la protección social de los más pobres. La mayoría de los prisioneros repatriados entraron a trabajar en alguna empresa pública, o bien en la organización sindical o en los ayuntamientos a los que pertenecían. A mí, la vida me llevó, a partir de entonces, por un prosaico camino. Pensé que ya había tenido muchas aventuras y me prometí no volver a viajar. Madrid era el paraíso del que me maravillaba nada más abrir la ventana o salir por la puerta. ¡Ay, aquel Madrid de 1954! ¡Qué feliz Madrid para mis ojos! La primavera madrileña nunca fue tan hermosa como aquella del 54.

Mi barrio, mi viejo barrio de los Austrias, seguía siendo el mismo. Había vuelto a la vieja casa de mis padres en la Carrera de San Francisco, desde la que había salido para tomar aquel tren de Rusia. Para sorpresa mía, absolutamente inesperada, se había levantado el viaducto de la calle Bailén por encima de la calle Segovia. Circulaban bastantes coches por arriba que ya nada tenían que ver con los de los años treinta. Muchos eran americanos, Chrysler, Packard, Chevrolet, pero más frecuente era el Citroën que llamaban Once Ligero. También circulaban los tranvías y los autobuses de dos pisos traídos de Inglaterra.

La ciudad se expandía por todas direcciones. Me sorprendió que la voracidad de Madrid hizo que, por decreto, pasasen a ser barrios suyos los antiguos pueblos de El Pardo, Fuencarral, Chamartín, Hortaleza, Canillas, Barajas, Vallecas, Carabanchel, Canillejas, Vicálvaro, Villaverde... Eso ya daba una idea de su voluntad declarada de crecer sin freno.

Debo reconocer que yo venía con la predisposición de que todo me agradara. ¿Cómo no me podía gustar volver a pisar las calles en las que crecí? ¿Cómo no iba a ser feliz si volvía a dejar de pensar en qué iba a comer o en cómo me iba a proteger del frío?

Encontré un Madrid elegante y lleno de vida. Pasear por la Gran Vía —entonces avenida de José Antonio y anteriormente, durante la guerra, avenida de Rusia— era un espectáculo porque la gente «vestía». No había caballero sin su traje de corte americano y con un pañuelo blanco asomando por el bolsillo de la chaqueta. Los señores algo más cincuentones llevaban sombrero. Todo me parecía que rezumaba vida, una vida que circulaba ilusionada hacia los cines o las terrazas, hacia los elegantes comercios o los nuevos grandes almacenes, Galerías Preciados, que, como su propio nombre indica, estaban en la calle Preciados, a la altura de Callao. Y cómo no evocar aquel rosario de cines de la Gran Vía: Azul, Pompeya, Rex, Lope de Vega, Rialto, Palacio de la Prensa, Capitol, Palacio de la Música, Avenida, Callao, Imperial... Estoy viendo todavía un cartel grandioso sobre la fachada del Callao con las figuras del momento, Gregory Peck y Audrey Hepburn dibujados sobre una vespa. Era el anuncio del éxito de entonces, Vacaciones en Roma.

Aquel Madrid moderno, de rampante entusiasmo y sana voluntad de prosperidad, nada tenía que ver con el Madrid que conocí de chaval en los años treinta. No es que todo hubiera cambiado —porque ese es el sino de las cosas—, es que existía un empuje sin otras distracciones más que las del orden y el progreso. Y había diversión, ya lo creo. Ahí estaban, en la misma Gran Vía, las salas de fiestas J'Hay, Erika, El Elefante Blanco, Morocco, Pasapoga...; los viejos cafés y los nuevos bares y cafeterías tenían una vida de parroquias fieles alrededor del dominó o la baraja; los amantes del deporte tenían una Ciudad Deportiva, las pistas del SEU, las de Vallehermoso... Y los flamencos veían abrirse nuevos tablaos: Zambra en la calle Ruiz de Alarcón, el Corral de la Morería en las Vistillas...

Lo que no había era eso que yo llamo golferío de exposición. El que era golfo, si se lo podía permitir, podía acudir a cabarés o a casas de citas; se podía emborrachar cada día y martirizar su propia vida y la de los suyos, pero no podía emborracharse en la calle ni dormir la mona en una acera. Había un decoro y un respeto. Y además, había serenos.

Alguien podrá decir que, en muchas de estas cosas, no difería Madrid tanto de aquel que yo había conocido. Lo que sucede es que en mi retina se clavaron las escenas de antes de aquel verano del 36. Entonces la ramplonería, el resentimiento y el miedo se palpaban en las calles. La política lo inundaba todo dividiendo a

hermanos, primos y vecinos. Habíamos vivido la denunciada división entre españoles que había llegado de la mano de los partidos políticos, la lucha de clases y los separatismos.

De todo aquello no quedaba nada en el Madrid de mediados de los cincuenta. Justo es reconocer que quedaba pobreza, quedaban las chabolas de las Ventas y Tetuán, pero asistí al nacimiento de una verdadera revolución social. Aquella España de 1954 estaba comenzando un lento pero continuado despegue que, efectivamente, se produjo. Jamás ha tenido España una transformación social y económica mayor que la que empezó en aquella época. Nunca tantos pobres dejaron de serlo para alzarse y componer aquella gran clase media.

* * *

Quise en San Isidro acudir a las Ventas, la plaza nueva, que decíamos antes de la guerra. La plaza de toros a la que había ido muy pocas veces. Una de ellas fue la tarde anterior a salir desde la estación de Príncipe Pío hacia Alemania en una corrida que se dio en homenaje a los que marchábamos voluntarios a luchar en Rusia.

Ahora que estaba de vuelta en España iba a tener la ocasión de acudir a las Ventas para ver una corrida en la que se encerraba Antonio Bienvenida con seis toros de Pérez-Tabernero. Se colgó el cartel de «no hay billetes», pero yo había conseguido dos entradas. He de decir que fue una de las pocas veces en que acepté un favor por mi condición de prisionero repatriado. Unos días antes le había dicho a mi hermano Ramón que quería ir a los toros, como también le había dicho que quería conocer el nuevo estadio del Real Madrid, el de Chamartín, o que desearía ir al Pasapoga y a Chicote. Empaparme de todo lo que apenas había conocido hasta aquel momento. Ramonín comentó en la barra de Casa Paco, en Puerta Cerrada, que yo tenía la ilusión de ir a los toros. Y para qué queremos más, un día después se plantó el dueño, don Francisco, delante de un ganadero de Salamanca, pariente o amigo de los Tabernero, y le dijo:

—Mire, señor Honrubia, le voy a pedir un favor que no es para mí. Que bien sabe Dios que para mí no pido nada. Pero escúcheme bien, es un favor que no me lo puede dejar de hacer so pena de que me enfade mucho, mucho, mucho... —El tabernero manchego subió las manos teatralmente para asombro de todos los presentes y continuó explicándose—: Hay un muchacho de este barrio, muy querido, que ha vuelto con el Semínaris ese, o como se diga. Y me ha dicho su hermano que quisiera ir a ver a Antonio Bienvenida, que no va a los toros desde la corrida de la Prensa del 41 en que vio un mano a mano de Rafael el Gallo con Belmonte, un día antes de coger el tren para Rusia. Figúrese la ilusión que nos hace regalarle a ese muchacho dos entradas.

—¿De dónde dice que viene el muchacho? —dicen que preguntó don Vicente Honrubia.

—¡De Rusia, don Vicente! Es uno de los prisioneros de la División Azul que ha vuelto, imagínese... —le contestó el dueño.

—Entonces tendría usted, Paco, mucho derecho en enfadarse conmigo si no consiguiera yo esas merecidas entradas para un héroe de Rusia. Cuente con ellas, porque no voy ni siquiera a buscarlas, le doy mis dos contrabarreras del nueve.

Contaba mi hermano Ramón que se arrancaron todos los presentes en un aplauso. Bueno, eso ya forma parte de la leyenda particular de Casa Paco.

—Mañana mando al mecánico que se las traiga aquí —añadió el señor Honrubia.

—No se moleste usted, mando yo a un muchacho de la casa para que vaya a recogerlas donde usted diga —le contestó don Francisco.

—Bueno, pero que venga uno de sus chicos, no vaya a molestar al hermano de nuestro héroe, ni mucho menos a él mismo. El detalle ha de ser completo, ¿no le parece?

—Pues mañana mismo irá uno de los chicos a la calle Lagasca —dijo, zanjando la cuestión don Francisco—. No sabe cuánto se lo agradezco y qué feliz hará a esos dos hermanos, Ramón y Pepe Maseda. El muchacho se llama José Maseda.

De esta forma tan espléndida pude presenciar el rotundo triunfo en Madrid de Bienvenida, de quien nunca antes había oído hablar. Cuando se lo dije a mi hermano casi se molestó.

—Que sepas que este Bienvenida es nieto de otro Bienvenida y tiene varios hermanos toreros. Mira que no saber de los Bienvenida, los toreros de Madrid...

—Pues muy bien, pero que sepas que yo me quedé con Rafael el Gallo y Belmonte, que no eran mancos —no tuve más remedio que replicarle—. Ahora tú me vienes que si Bienvenida, que si Aparicio, psé, qué quieres que te diga. Ya lo veremos.

Aquella tarde gozamos de lo lindo y hasta uno de los hijos del gran fotógrafo Alfonso nos hizo un retrato que el tiempo se encargó de extraviar. Creo que mi madre nunca fue tan feliz como aquella tarde en que nos vio salir de casa después del café, endomingados, camino de la plaza de toros. ¡Sus dos hijos juntos!

Ni qué decir tiene que fui a darle las gracias a don Vicente Honrubia. Y como no podía ir a verle con las manos vacías, le llevé una caja de vino de Cigales. Don Vicente Honrubia me recibió con un abrazo muy sincero y apretado.

—Mira, hijo, tú a mí no me conoces, pero vosotros nos habéis dado una alegría muy grande —me dijo—. Hemos recuperado a un puñado de hijos perdidos, aunque nunca olvidados. Con vosotros ha vuelto la mejor sangre de España.

—Muchas gracias, señor Honrubia —le contesté—. Yo le digo que pueden estar todos los españoles orgullosos de lo que mis camaradas han hecho. Y le quería

agradecer la atención y ponerme a su disposición para lo que necesite. Aquí le traigo una caja de vino de la tierra de mi madre, de Valladolid.

—Entonces somos casi paisanos —me contestó, sonriendo y señalándome una butaca de su despacho para que me sentara. A continuación, me preguntó—: Dime, Pepe, ¿eres soltero?

—Así es, y sin novia. Casi mejor así, ¿no le parece? No creo que me hubiera esperado trece años. Aunque podría pensar que le engaño si le digo que alguna novia ha esperado todo este tiempo.

—Ya me imagino... —contestó don Vicente, mirándome fijamente a los ojos, interrogándome con compasión—. ¿Y qué planes tienes ahora que estás en España?

—Pues no he tenido la cabeza para pensar en hacer planes. Tan solo sé que quiero buscar un empleo.

—¿Tienes estudios? —me siguió preguntando.

—Mire, me fui a Rusia siendo un chaval que ya había estado en varios frentes. Ni tiempo tuve de acabar el ingreso en Derecho. Tengo el bachillerato.

—Tú eres muy joven todavía. Yo tengo amistad con una casa de seguros en la que te puedo recomendar.

Según me decía esto el señor Honrubia, yo sentía que se abría un porvenir delante de mí. Nos despedimos cariñosamente y me llevé en el bolsillo de la americana una carta de recomendación que me preparó su secretaria.

Y así empecé, ese mismo verano, a trabajar como auxiliar para la compañía de seguros La Estrella. En esta misma compañía estuve treinta y un años, hasta el año 1985, en que cumplí la edad y me jubilé. O por mejor decir, me jubilaron; que yo quería seguir trabajando.

Se puede decir que la patria, de alguna manera, nos compensó de nuestro indecible sufrimiento proporcionándonos un trabajo.

Mi pobre madre no se separaba de mí. Tampoco yo quería separarme de ella. Me daba lástima terminar de comer y levantar la vista ufano, satisfecho, y comprobar que me miraba llorando. Ella se sentaba en la mesa solo para verme comer. Pero fue mi hermano Ramón el que un día, con tono un poco triste y sin pretender herirme, me dijo:

—José, ¿te das cuenta de que ya no sabes comer?

—¿Y qué hago mal? —le pregunté yo ingenuamente—. ¡Ah!, que como muy deprisa... Pero recuerda que yo siempre he comido deprisa, no lo puedo evitar.

—No es eso, hermano. Es que no separas las dos manos del plato como si te lo fuéramos a quitar; te lo llevas a la boca para apurar lo que queda, y ni levantas la vista de él. La cuchara la coges al revés, con todo el puño. —Mi hermano Ramón me hizo así la relación de aquellas faltas de urbanidad.

—Bueno, pero estamos en casa. Aquí uno puede comer a su manera —traté yo de

justificarme.

—Sí, claro que sí, pero por ahí fuera...

En aquel momento no le di importancia. Pero gracias al aviso de mi hermano, me di cuenta de que, efectivamente, yo trataba de juntar las manos alrededor del plato, como si buscara su calor. Y por supuesto que no consentía en dejar nada de comida.

El médico había aconsejado que me sometieran a una dieta de adaptación, después de doce años sin comer un filete hasta me podía sentar mal. Así que mi madre empezó con sus cosas. ¡Qué alegría de potaje de garbanzos! ¡Qué felicidad de lentejas y patatas guisadas! Una vez que pude ir probando la carne me dio mucha satisfacción.

Creo que con el tiempo fui atenuando mis arrebatos, que no eran más que la herencia de más de doce años sorbiendo en una escudilla la balanda, la mísera sopa de ortigas, con un trozo húmedo de pan negro; aferrándonos como animales a lo que nos quisieran dar. Eso deja una huella que tarda en disiparse. Pero el comentario de mi hermano me hizo cuidar mis formas y fijarme en los demás. Se trataba de volver a aprender los usos de la civilización, porque los *lager* soviéticos no formaban parte del mundo civilizado. En aquel primer momento me dolió un poco el comentario de Ramón, por mucho que estuviera hecho con cariño. Pero luego se lo hube de agradecer; de otra manera no hubiera podido reemprender la vida social que un hombre de treinta y cuatro años está llamado a tener.

Mi madre me preguntaba temerosa si quería que me acompañara a algún sitio. Y, salvo para las salidas nocturnas o de café, iba yo siempre con ella. Durante las primeras semanas íbamos juntos al mercado de la Cebada, pero se fue haciendo pesado, porque se corrió la voz, de puesto en puesto, de que yo era uno de los prisioneros de Rusia que habían vuelto a España en el Semíramis. Así que tenía que ir saludando a todos y contestando a sus preguntas. Hubo una de estas preguntas que me pasaría entonces inadvertida y que luego recuperé del cajón de mis cavilaciones.

—¿Y cuándo os va a recibir el Generalísimo? —Quiso saber inocentemente el señor Roberto, del puesto de ultramarinos—. He oído que vais a ir al Pardo.

No supe qué responder. Pero cada vez que pasaba por el puesto del señor Roberto acudía a mi memoria aquella cuestión.

Dejé de ir al mercado en cuanto comencé a trabajar para La Estrella, hasta que un sábado en que no fui a la oficina volví con mi madre al mercado. El olor a café del puesto de coloniales ya me despertó en mi conciencia otra vez la pregunta: «¿Y cuándo os va a recibir el Generalísimo?». Reconozco que durante muchos años me sentí feliz de la repatriación y no me quise plantear nada. Al fin y al cabo, el recibimiento de Barcelona con la presencia de nuestro general y ministro del Ejército, don Agustín Muñoz Grandes, nos había satisfecho plenamente. Fueron tantas las muestras de cariño que recibimos en nuestros pueblos, que no quise poner en duda la dedicación y el compromiso de España con los cautivos. Pero aquella pregunta se quedó ahí, larvando una duda que el tiempo se encargaría en hacer más grande: ¿Qué

tenía que hacer el Generalísimo el día que llegó el Semíramis a Barcelona?

La repatriación fue, en verdad, nuestra particular resurrección. Y nada más puede pretender el muerto que volvió a la vida, pues ya todo es regalo. Pero también es cierto que el tiempo va mellando la primera gratitud. Se va uno acostumbrando a la vida recuperada y se pregunta cómo es posible que no la hubiera podido recuperar antes, ahorrándose con ello tantos sufrimientos del cautiverio; el porqué no nos recibió nuestro jefe del Estado y el porqué no se nos pudo liberar antes.

Tengo bien acreditado que Franco recibía en el Pardo a muchísimas personas. Concedía audiencia diariamente a gobernadores civiles, alcaldes, representantes de los sindicatos, patronatos de fundaciones, consejeros de compañías mercantiles, rectores de instituciones docentes, eclesiásticas... y así hasta recibir a todo aquel que hubiera hecho algo notable. Y, por supuesto, acudía al palacio cualquiera que hubiera ganado un campeonato europeo de boxeo, gimnasia o tiro al pichón.

Qué sencillo hubiera sido que alguien de la casa del Generalísimo se hubiese puesto en contacto con la Hermandad de la División Azul y hubiese manifestado el deseo del Caudillo en recibirnos. Allí hubiésemos acudido todos con la satisfacción de transmitirle a nuestro jefe que España no se doblegó a los comunistas ni en el campo de batalla ni en el cautiverio. Una foto, un recuerdo y todos a casa felices de haber visto la cara del hombre que había plantado cara a Stalin, y el único que le había vencido.

Pero no se nos hizo ese homenaje merecido, el del padre que recupera a sus hijos de la fatalidad y la injusticia. Nunca lo he entendido.

Ese agravio es el que nos lleva a la otra pregunta que merece ser contestada: ¿Qué hizo el régimen por nosotros? No digo ya una vez que volvimos a España, que de alguna manera nos proveyeron de trabajos para salir adelante, sino ¿qué se hizo por sacarnos de Rusia desde que acabó la contienda en el 45?

He escuchado muchas veces lo de la incómoda División Azul. Lo de lo difícil que era ya justificar, una vez acabada la guerra, nuestra participación en el ejército de Hitler. Pero al tiempo que entiendo algunas de estas razones, me contesto a mí mismo diciendo: «Pues entonces, que no nos hubieran mandado».

Nadie se puede imaginar nuestra amargura al comprobar que éramos los únicos soldados prisioneros que no recibíamos correspondencia y que tampoco podíamos escribir a nuestras familias. Hasta que no navegamos por el Mediterráneo no empezamos a tener noticias de ellas. Fueron muchos años sin saber de los nuestros y sin que los nuestros supieran si estábamos vivos o muertos. Nadie se puede imaginar la angustia de ver que muchos soldados y oficiales alemanes e italianos eran repatriados ya en el 46 y 47. ¿Acaso era España más culpable de la guerra que Alemania o Italia? En ese sentido sí que reconozco que Stalin no estaba dispuesto a liberarnos mientras él viviera. Solo así se comprende que nada más morir el tirano comenzara a mejorar nuestro régimen de cautivos y que comenzaran las reagrupaciones para la liberación de los españoles.

Y esta puede ser la única explicación cabal a nuestros muchos años de presidio. Así como Hitler fue vencido y muerto; así como Mussolini fue capturado, ejecutado y colgado boca abajo en Milán; Franco permanecía como caudillo victorioso de una España próspera. Ni siquiera el boicot internacional le perjudicó en su carisma y poder absolutos. Bien sabía Stalin que en España se terminaba el racionamiento y la miseria. Seguro que el padre Stalin tenía la intención de no liberarnos nunca.

Mientras tanto, adopté la postura de ir tomando a guasa la pregunta del señor Roberto. Y era yo el que cuando le veía me anticipaba y le decía:

—¿Sabe usted una cosa, Roberto? Que he recibido carta del Pardo y tengo audiencia con su excelencia para el mes que viene.

Al acabar de decir esto nuestras risas se oían hasta en la calle Toledo...

* * *

Todavía tenía pendiente saldar algunas deudas de gratitud por el cariño recibido y visitar a personas que tanto habían sufrido con nuestro secuestro. Además, tenía que comunicar con aquella familia de Astorga que no había recuperado a su hijo, el desertor que había dejado aquella nota en el tren para que alguien se la llevara a España. Era la nota que me había comido al salir de Krasno Pole.

Cumplir con esta obligación se me hacía una tarea algo espinosa, porque me imaginaba que aquella familia querría que le diera respuestas a muchas preguntas. Pero cumplí con aquel viejo compañero de infortunio. Escribí una discreta carta:

En Madrid, a 16 de mayo de 1954

Muy señores míos:

A través de la presente vengo a darles la tranquilizadora noticia de que su hijo Luis se encuentra con vida y con buena salud en Rusia. Soy José Maseda Castro, compañero de cautiverio de Luis, quien me pidió personalmente que les trasladara un mensaje —que me tuve que aprender de memoria, pues no nos permitieron sacar notas de Rusia—, y que decía como sigue:

«A mi querida madre y hermanos: Debo permanecer en Rusia, mi corazón y mi pensamiento están siempre con vosotros. Que nadie padezca por mí, ya que me encuentro bien de salud y saliendo adelante. Os quiero y os

llevo en el corazón. Luis».

Seguramente se preguntarán por los motivos por los que Luis no ha vuelto con nosotros a España. Se trata de una decisión muy difícil de comprender si no se conocen las circunstancias de nuestro cautiverio en Rusia. No obstante, desde la muerte de Stalin, la vida en Rusia se ha dulcificado para todos los prisioneros de guerra y existen perspectivas de que los españoles puedan reanudar allí una vida civil, con un trabajo y una vivienda aceptables.

Cuanto habrá para que nuevas expediciones de españoles hagan el camino de vuelta que hemos comenzado nosotros. Pues son muchos los españoles —y no solamente los viejos soldados de la División Azul— los que aún permanecen retenidos en la Unión Soviética. Confío en que estas noticias sirvan para su tranquilidad.

Cuando tomamos el tren en Krasno Pole, dejamos a un grupo de ochenta españoles entre los que se encontraba Luis, como digo, bien de salud y moral, y a la espera de un nuevo destino. En los últimos meses todos los españoles estábamos relevados de cualquier trabajo que no fuera el del cuidado de nuestros barracones y servicios. La alimentación fue mejorada considerablemente en este tiempo.

Quisiera decirles, por último, que estoy a su completa disposición para trasladarles personalmente todos los pormenores de nuestra vida en Rusia. Si tuvieran el deseo y la posibilidad de venir a Madrid, no duden en venir a visitarme a mi domicilio. Les envío un entrañable abrazo.

José Maseda

Para mi sorpresa aquella familia de Luis se conformó con el mensaje de amor de aquel desterrado y con las breves explicaciones mías. Tuve la certeza —porque hice las debidas averiguaciones— de que la carta le había sido entregada a la madre; sin embargo, jamás recibí contestación, llamada o recado de ellos. Su intuición le llevaría

a pensar que, tal vez, era mejor no saber.

* * *

La guerra de Rusia nos hizo de una indolencia que muchos no podrán comprender. Ese fue probablemente el estilo y el sello personal que he llevado en mi persona desde entonces.

Cuando se ha vivido la guerra del frío y las trincheras, la guerra del combate a la bayoneta y de las privaciones más severas, se convierte uno en un hombre distinto. Por eso, los que hemos hecho la guerra tenemos otra noción de todas las cosas materiales. Ya de vuelta en España, recuerdo cómo me sorprendían las expresiones de algunos compañeros míos de la compañía de seguros. Había quien se lamentaba al llegar al trabajo en estos términos:

—Nada chico, que no he podido pegar ojo en toda la noche por culpa de mi niña.

Yo escuchaba y callaba, pensando en mí mismo y en mis camaradas cuando no podíamos dormir. Otras veces me gustaba meter un poco el dedo en el ojo del sufriente empleado y le preguntaba:

—Bueno, ¿y tu mujer entonces sí ha dormido, porque si tú eres el que no has pegado ojo consolando a la niña...?

—No, no, mi mujer tampoco ha pegado ojo. Bueno, nos hemos turnado. Pero ya te digo, ha sido horrible —me contestaba.

—¿Y si os habéis turnado, algo habrás dormido, una cabezadita al menos? —insistía yo.

—Bueno, sí, de cuatro a ocho he dormido yo.

Al oír esto yo me escandalizaba y ponía el grito en el cielo.

—¡Pero, venga ya, vete con la música a otra parte! ¡Tú lo que estás hecho es un señorito! ¡Que nos dijeran a nosotros en Rusia que podíamos dormir de cuatro a ocho de un tirón! ¡Vamos ya!

Recuerdo que el estruendo de risas de la oficina era monumental, porque yo simulaba un enfado que no tenía y me ponía hecho una fiera. La exageración era tal que lo tomaban como puro teatro.

Pero en el fondo de todo, quedaba patente que en el alma del soldado rechinan las quejas absurdas por una vida tan regalada y deleitosa.

Nuestro estilo, el de los mozos de la guerra, el de aquella quinta del SEU, los que nos habíamos hecho hombres «en un estirón de pólvora», el de los divisionarios, era el del laconismo militar y ese mismo espíritu de sacrificio del labrador. Hasta los que éramos tachados de burgueses tuvimos que amoldar nuestras almas para ser personas de reconocible sentido del deber.

Y de ese estoicismo se fueron haciendo nuestros días mucho más sencillos. La vida militar y la civil de mis camaradas fue la de gozar de las cosas más importantes: la amistad, la familia, la fe. Un domingo nuestro era siempre feliz porque a la

comuni3n con Dios se unía el disfrute de poder reunirnos a comer con la familia. ¿Es que podíamos pedir algo más a la vida?

A mí ya nunca más me costó madrugar. Como tampoco me costó tener que volver andando a casa desde mi última inspección. Eran ritos del entrenamiento de un hombre. ¿Qué importaba que tuviera ya sesenta años y estuviera más cerca de la jubilación? Yo me volvía caminando hasta la calle Altamirano desde Velázquez, desde Francos Rodríguez o desde la Almudena.

Mis desvelos tampoco me quebrantaban. Al contrario, en las noches en que no podía dormir me salía a la terraza y me fumaba un pitillo. Solo que ese cigarro sabía demasiado a nostalgia.

XXXII

Mi tiempo está cumplido. Después de trenzar estos recuerdos que llevan el mismo orden que las cosas que va sacando de su macuto un viejo soldado, solo me queda confiar en que puedan ser leídos. Nada más ansío y eso me hace feliz. Muchos días busco en la misa de cada mañana un bálsamo para mi corazón. Quiero estar cerca de Jesucristo para cuando me lleve la muerte. Muchas mañanas me acerco, bien temprano, hasta la iglesia del Inmaculado Corazón de María que está en la esquina de la calle Marqués de Urquijo con Ferraz, para arrodillarme un minuto siquiera ante las dos imágenes que desde niño me han emocionado: la de Nuestro Señor Jesucristo en la cruz y la de Nuestra Madre, la Virgen María con su Hijo. A las dos les rezo de corazón; a las dos les pido por el eterno descanso de mi amor, Teresa; por mis padres, mis hermanas —que ya nos dejaron— y por los abuelos y los primos; por mis camaradas muertos en Rusia y por aquellos mismos rusos a los que tuve que matar; por los que tuve como enemigos en la guerra de España; por los que pude haber matado (no tengo conciencia exacta de haber matado a otros españoles, porque no llegué a combatir cuerpo a cuerpo). Pero rezo también por aquellos otros soldados a los que pude herir o matar en nuestra guerra. Quisiera que se echara tierra definitivamente sobre las heridas de nuestra vieja España. Rezo para que no vuelvan los odios de entonces.

Después de rezar de rodillas le doy un descanso a mis piernas, me siento en el banco y sigo mirando a la imagen de Nuestra Señora; en ese instante pasan por mi memoria los momentos dulces de la niñez; los veranos o las Navidades en casa de los abuelos en Rueda; el abrazo amantísimo de mi abuelo con su cara pegada a mi piel y sintiendo aquella música de fondo que tan alegre me ponía, que era el barullo de mis tíos en feliz y vociferante reunión...

Se me vienen también a la cabeza los paseos con Teresa, nuestra boda en la iglesia de Santa Bárbara, nuestro primer viaje en coche hasta Bueu...

Vienen, en tropel, los recuerdos de aquella vida guerrera: las imágenes de la ribera del Vóljov que teníamos que defender; la expresión del bravo Venancio en mi auxilio cuando aquel perro guardián se cebaba en mi cuerpo herido; las caras de algunos camaradas que, como él, se quedaron allí, sembrando aquella tierra rusa de España; la cara del bribón de Izuzqueta cuando me llevó a la cabaña donde me enamoré de Dasha; la siempre joven expresión de Miguel Ángel Barrero, con el calor de su risa repicando en mi oído: «Chaval, que cada día estás más delgao», como me decía dándome una palmada en el hombro; la llegada a España en el Semíramis; el abrazo de aquella viuda de luto que era mi madre... ¿Quién dice que todo está olvidado?

Epílogo

Relación incompleta de los prisioneros españoles muertos en Rusia

Ramiro Alonso, de Galicia, muerto en Cherepoviets.
Francisco Alonso Camaño, de Mieres, en 1945 en Potma.
Salvador Amador, de Madrid, en Novi-Jarkov.
Ángel Arambueno, de Santiago, en Cherepoviets.
Luis Arija Raba, de Madrid, en Jaroslav.
Pablo Arranz, de Madrid, en Cheliabinsk.
Francisco Barranco Martín, de Jaén, en Cherepoviets.
Elías Barrera Trujillo, de Canarias, en 1946 en Cherepoviets.
Joaquín Barreto, de Badajoz, en Cherepoviets.
Felipe Bernabé, de Barcelona, en Jarkov.
Vicente Bernal Muñoz, de Madrid, en Cherepoviets.
Ramón Blanco Ramero, en 1944 en Makarino.
Manuel Caballero Hidalgo, de León, en Cherepoviets.
Eustaquio Calderón, de Santander, en Vorochilograd.
Justo Callejo Cabrera, de Corrales de Buelna, en Jakurski.
Pedro Candelas, de Madrid, en Odessa.
Juan Carlés, de Madrid, en Cherepoviets.
Castelló, de Cataluña, en Karaganda.
Pascual Clos Herrera, de Zaragoza, en Cherepoviets.
Antonio Cuesta, en Karaganda.
Antonio David, en Makarino.
Francisco Dómenech Moli, de Valencia, en Cherepoviets.
Antonio Domínguez Díaz, de Alicante, en 1945 en Krasny Luch.
Antonio Domínguez Fernández, de Tarancón, en Rostov.
Juan José Domínguez Fernández, de Asturias, en Cherepoviets.
Pablo Domínguez Fernández, de Cambados, en Cheliabinsk.
Juan José Domínguez Millán, de Alicante, en Dombas.
Pedro Duro Revuelto, en Bovorosky.
Francisco Ejido Barrado, de Plasencia, en Karaganda.
Juan Elizarraga, de Pamplona, en 1943 en Cherepoviets.
Antonio Fabra, de Alicante, en Moscú.
Acacio Fernández, de Asturias, en Cherepoviets.
Eduardo Fernández Barrán, de Sevilla, en Rostov.
José justo Fernández García, de Barcelona, en Rostov.
Hermelando Fúster Mas, de Monóvar, en Cherepoviets.
Antonio Gallardo, de El Puerto de Santa María, en Karaganda.

Nicasio García, de Madrid, en 1942 en Jaroslav.
Pablo García, de Madrid, en Vorochilograd.
Francisco García Marchena, de Cádiz, en 1945 en Cherepoviets.
Paulino García Ramos, de Zafra, en Jarkov.
Félix Garcó García, de Vitoria, en Cherepoviets.
Pedro Gómez Naranjo, de Arnedo, en 1944 en Karaganda.
Benigno Gómez Sáez, de Badajoz, en Cherepoviets.
Eustaquio Guerrero Naranjo, de Azuaga, en Mordiera.
Manuel Gutiérrez García, de Asturias, en 1944 en Cherepoviets.
Cayo Gutiérrez Guarasa, de Asturias, en Cherepoviets.
Arturo Gutiérrez de Terán, de Madrid, en 1944 en Karaganda.
Francisco Hernández, de Canarias, en Bovorosky.
José Hernández, de Huelva, en Cherepoviets.
Ramiro Hernández de la Rosa, de Medina de Rioseco, en Cherepoviets.
José Iglesias Monaster, de Sevilla, el 15-8-1946 en Cherepoviets.
Juan Iniesta Franco, de San Fernando, en Cherepoviets.
Juan Lavín, de Asturias, el 1-1-1944 en Makarino.
Nicolás López, de Jaén, en 1942 en Karaganda.
Rafael López, de Las Palmas, en Cherepoviets.
Ángel López García, de Madrid, en 1947 en Jarkov.
José López García, en 1946 en Cherepoviets.
Francisco Marín, de San Fernando, en 1944 en Vorochilograd.
Antonio Mariño, de Asturias, en Krasny Luch.
Antonio Mata Guerra, de Lora del Río, en 1945 en Krasny Luch.
Mayol, de Cataluña, en Makarino.
Joaquín Mayoral Vergel, de Lérida, en 1946 en Cherepoviets.
Vicente Medina, de Guadalajara, en 1945 en Krasny Luch.
José Molero y Ruiz de Almodóvar, de Córdoba, el 10-7-1947 en Jarkov.
José Montañas, de Málaga, en Oranky.
José Montañés Martín, de Córdoba, en Jarkov.
Carlos Montejo, de Madrid, en Cherepoviets.
Agapito Morales, el 26-11-1941 en Otski.
Paulino Moreno Olarte, de Logroño, en 1943 en Asbets Kyus.
Juan Moreno Rodríguez, de Murcia, en 1946 en Cherepoviets.
Francisco Naranjo, de Morón, en 1942 en Karaganda.
Julián Navarro Navarro, de Ciudad Real, en 1946 en Asbets Kyus.
Luis Núñez, de Valladolid, en Budapest.
Bartolomé Oliver Ramis, de Benisalem, en Cherepoviets.
Ángel Osuna Álvarez, de Sevilla, en 1945 en Cherepoviets.
Francisco Padilla Reyes, de Barcarrota, en 1945 en Cherepoviets.
Juan Bautista Pascual Payá, de Petrel, en 1946 en Cherepoviets.

Antonio Paz Acosta, de Canarias, en 1945 en Krasny Luch.
Víctor Pérez, de Logroño, en Cherepoviets.
Esteban Ramírez, de Toledo, en Cherepoviets.
Manuel Ramírez, de Madrid, en Bovorosky.
Benito Rojo Maté, de Torquemada, en 1944 en Cherepoviets.
Luis Rueda Suárez, de Sevilla, en 1945 en Krasny Luch.
Antonio Ruiz Mesa, en Makarino.
Francisco Ruiz García, de Benejúzar, en Krasny Luch.
Juan Salazar, de Sevilla, en 1942 en Karaganda.
Julio Sánchez Barroso, de Valverde, sin más datos.
Manuel Sánchez Ponce de León, de Sevilla, en Cherepoviets.
Carmelo Santafé Jimeno, de Teruel, en Cherepoviets.
Leopoldo Santiago, de Badajoz, en 1942 en Cherepoviets.
Miguel Torres Maudacén, de Urdiroz, en Cherepoviets.
Trias, de Cataluña, en Karaganda.
Juan Valle García, sin más datos.
Juan José Vázquez Fachal, de Sevilla, en Karaganda.
José Vázquez Paz, de Vigo, en Cherepoviets.
Juan Vigil, de Asturias, en Karaganda.
Viñuelas, en Cherepoviets.
Felipe Vítores Estrada, de Portugalete, en Chakitil.



BLANCO CORREDOIRA nació en Madrid en 1968. Era aún muy pequeño cuando surgió su afición por la poesía y la historia, sus dos primeras debilidades escolares. En uno de aquellos veranos, obligado a permanecer en casa por un castigo paterno, recibió una Olivetti Lettera 25 y un curso de mecanografía con los que aprendió a escribir y a volar.

Sus primeras colaboraciones literarias fueron unos artículos taurinos entregados puntualmente a su maestro, el director del periódico escolar, anticipo de su inconclusa carrera de novillero.

Años más tarde estudió Derecho, trabajó de «chaquetilla» en selectos cócteles y sirvió de marinero en el *Juan Sebastián de Elcano*. En 1994 comenzó el ejercicio de la abogacía, que ha alternado con colaboraciones en la radio y con labores de profesor universitario.

Ha publicado los libros *Todo un verano* (2002), *Madrid no tiene arreglo* (2007), *Añoranza de guerra* (2011) y *Flagrante Madrid* (2014).